



XVIII.

D. JOSÉ MIGUEL DE CARRERA.



ON José Miguel de Carrera nació en esta ciudad de Santiago el 15 de octubre de 1785. Fueron sus padres don Ignacio de la Carrera y doña Francisca de Paula Verdugo, ambos de familias ilustres y para entónces acaudaladas. Pensaron dar a su hijo la educacion correspondiente a su clase, colocándole en el colejio de San Cárlos, que era el mejor establecimiento que existia en el país; pero la enseñanza rutinera, los malos métodos y peores textos, todo contribuia a formar hastío mas bien que aficion al estudio. Estando en el curso de filosofía renunció definitivamente al latin y al silojismo, y obtuvo de su padre el permiso para dejar el colejio.

Pocas carreras se abrian a los jóvenes en aquella época. La eclesiástica y la del foro que eran las preferentes se cierran para los que no se preparan por el estudio, la agricultura que era la ocupacion de su padre en sus valiosas haciendas, no podia convenir a un adolescente, y el campo en esa edad tiene pocos atractivos y muchos peligros; la del comercio estaba reducida a unas cuantas tiendas o bodegones administrados por sus mismos dueños, sin dependientes, sin escritorios, sin libros, i sin mas contabilidad que meros apuntes o recuerdos de memoria. Sin embargo, se quiso destinar a ella al joven Carrera, mandándole a Lima como teatro mas grande, al lado de un anciano y célebre tio que allí tenia; pero la clase de jiro que éste hacía, la di-

ferencia de edades y un jenio algun tanto raro, le hicieron insoportable tal compañía. Dejó la casa y se fué a la de don Francisco Javier de los Rios, su paisano, sujeto amable, jeneroso y mui honrado: él le volvió a su familia.

La verdadera vocacion de don José Miguel era la milicia; y como en Chile no hubiese ejército, recabó de su padre la licencia y los recursos necesarios para pasar a España. Fácil le fué a su arribo a Madrid conseguir la plaza de teniente en el rejimiento de Farnesio, recomendándose para ante sus jefes por su puntualidad, aplicacion y bellas disposiciones. Cuando la invasion de la península por el emperador Napoleon, se levantó un nuevo rejimiento denominado Voluntarios de Madrid, y se le llamó para capitan, entrando al momento en campaña y hallándose en varias batallas. Se distinguió en los ataques de Madrid en diciembre de 1808 y en las acciones de Mora, Consuegra, Puente del Arzobispo, Yevenes, Ocaña y en la de Talavera. Obtuvo varias medallas, que en la emigracion a Buenos Aires vendió su esposa por solo el valor del oro para sustentarse con sus hijos por un dia. Se habia acreditado tanto en la organizacion y disciplina de tropas, que se le ascendió a sarjento mayor y se le mandó a formar el rejimiento de Húsares de Galicia; lo que hizo en mui poco tiempo, y a entera satisfaccion del inspector Balcarce, segun se lo espresó en una carta que existe entre sus papeles, y en la que por premio de su trabajo le otorga una corta licencia para descansar en Cádiz.

Residian en esa ciudad muchos americanos que por la frecuencia de buques que llegaban de todas partes, estaban al corriente de los progresos que hacía la revolucion en toda la América española. Se reunian, se comunicaban las noticias que adquirian, formaban planes para escaparse y venir a tomar parte en la gloriosa lucha de la independenciam. Carrera fué denunciado al capitan jeneral y encerrado en un castillo como reo de estado. Pudo sustraerse de la prision por los esfuerzos de sus compañeros y por la jenerosa proteccion de los respetables ingleses Mr. Cockburn y Mr. Flemming, comodoro al mando del navío *Standart*, próximo a zarpar para el Pacífico. Le dió pasaje en él y le dispensó su amistad.

El 26 de julio de 1811 tuvo el gusto de volver a su patria, y en el Manifiesto que publicó en 1818 dice: "La situacion del país en aquella época era por cierto lamentable. Orden, combinacion, esperiencia, planes, enerjía, todo faltaba para establecer la independenciam, ménos el deseo de ser libres. Las formas republicanas unidas al poder absoluto; dividida la opinion por la diverjencia de los partidos; la ambicion disfrazada con el ropaje del bien público; la autoridad sin reglas para mandar; el pueblo sin leyes para obedecer; cual nave sin gobierno en medio de las olas, fluctuando entre las convulsiones de la anarquía, presentaba Chile en su estado de oscilacion el cuadro de la crisis espantosa que precede a la rejeneracion política de los pueblos, al esterminio de envejecidas preocupaciones, al sacudimiento súbito de un yugo antiguo y ominoso."

Situación tal no podía durar: todos deseaban remediarla. El día 4 de setiembre, es decir, a los cuarenta días de haber desembarcado en Valparaíso, varios patriotas le convidaron para hacer una revolución, quitándoles las armas de las manos que las gobernaban, y nombrar una nueva junta superior. El sonido de las doce de la mañana fué la señal para asaltar el cuartel de artillería con el mejor efecto y quedó hecha la revolución y nombrado el nuevo gobierno, llamando a don José Miguel el *libertador*. “Este digno epíteto (dice el oficio) ha merecido V. S. por la jenerosa acción de 4 del corriente, en que conciliando todo el carácter de un militar valiente con el de un virtuoso ciudadano, ha defendido a un tiempo los derechos de la religión, del rei y de la patria.” x

Pronto siguió el descontento público contra ese gobierno, y el 16 de noviembre hubo una reunión, o como entónces se decía poblada, para destituirlo, nombrando otro en que entró Carrera como presidente. Descubrió una actividad extraordinaria, que contrastaba singularmente con la apatía de sus antecesores. Todos miraban estupefactos esa sed insaciable de reformas, y ese denuedo para acometer empresas. En diez i ocho meses que duró su gobierno, logró arreglar las rentas públicas y casi doblarlas; creó el Instituto Nacional literario; trajo de Norte América la primera imprenta que vió el país, con hombres competentes para manejarla; encomendando la redacción de la *Aurora* al literato Henríquez; formó sociedades para el fomento del comercio y la agricultura; entabló relaciones comerciales con Estados Unidos por medio de su amigo Mr. Joel Roberto Poinsett, cónsul jeneral; organizó la fuerza armada y levantó los escuadrones de la Gran Guardia, que él mismo instruía y disciplinaba; se construyeron cuarteles, trenes y campamentos volantes, fábrica de armas, etc., etc.

Carrera miraba la guerra tan próxima, como remota los ciudadanos, y tantos preparativos se tomaban como amagos contra la libertad y medios para la tiranía. Pensaron contenerle por medio de conspiraciones horrorosas, en que siempre se acordaba asesinarle, junto con su respetable y anciano padre y sus dos hermanos. La primera se descubrió el 27 de noviembre: fueron presos sus autores y convictos, muchos condenados a muerte y otros a espatriación, como consta del proceso orijinal que existe en su familia; pero todos fueron perdonados sin lograr vencerlos con la jenerosidad, sino alentarlos para entrar en otras y otras que también se descubrieron.

Desesperados de obtener por estos medios sus inicuos intentos, fomentaron una guerra abierta con la vasta y poblada provincia de Concepción. Se pusieron las fuerzas de ambos bandos en campaña, y encontrándose en las márgenes del caudaloso Maule, pidió Carrera una entrevista al doctor don Juan Martínez de Rozas, que era el hombre influente en el sur, y allí pudieron su natural elocuencia, su persuasión, sus finos modales, conjurar una borrasca que podía matar a la patria en su cuna. Se firmó una convención que puso fin a la contienda, pero que no restableció la concordia y unidad tan necesarias para resistir a la futura invasión.

Vuelto a la capital y al ejercicio de la primera magistratura, redobló su actividad para organizarlo todo. Ya veía mas claro los planes del virrei de Lima, así por la rebelion de la plaza de Valdivia, como por la nota insultante que habia pasado al gobierno. Pensó Carrera salir para la frontera con el objeto de pasar una revista de inspeccion a la fuerza veterana, y organizar la de milicias, para hacer que entrase en sus deberes la refractaria Valdivia; pero listo ya para el viaje, se descubrió una nueva conjuracion que le detuvo. Finalizado el proceso y condenados los reos, llegó la noticia del desembarco de la espedicion realista en San Vicente. Este fué el momento en que Carrera desplegó todo su jenio emprendedor y activo, toda la fuerza de su intelijencia, todas sus virtudes cívicas, toda su jenerosidad. Puso en libertad a todos los reos políticos, llamó a todos los que estaban confinados en los campos, convidó con el olvido de lo pasado, pidió la cooperacion de todos los partidos para resistir al enemigo, espidió todas las órdenes necesarias, y al dia siguiente partió para el sur con una escolta de doce húsares, y dos oficiales que le ayudasen en las tareas de reunir víveres, caballos, milicianos y cuanto su prevision creía necesario. A los veinte dias estaba en las orillas del Maule al mando de mas de nueve mil hombres.

Abrió la campaña con la atrevida empresa de sorprender al enemigo en su campamento de Yerbas Buenas, lográndolo tan completamente que casi todo él rindió las armas en un instante. Este glorioso hecho tuvo el resultado de desalentar a los realistas hasta ponerlos en retirada, y entusiasmar a los inespertos patriotas hasta llegar a creerse invencibles. La batalla de San Carlos, el asalto de Talcahuano y la sumision de todo el territorio en ménos de cuarenta dias, fué la obra de Carrera; y en sus acertados planes, entró el de encerrar al enemigo en Chillan, cortado de toda comunicacion con el Perú. Pronto le puso un sitio estrecho; pero el duro invierno que fué tan funesto a Napoleon en Rusia, causó los mismos males en escala proporcional al ejército chileno. La fortaleza de ánimo, y aún de cuerpo, con que el jeneral soportó la desgracia, pasando a la intemperie dia y noche presenciando cuanto se hacía, las prevenciones tan oportunas que tomaba, todo captaba la admiracion; y el soldado, viéndole sufrir con constancia la misma hambre y sed, la misma lluvia, le consideraba como un amante padre. Levantó el sitio para reponerse.

Dos meses despues volvió, y reunida en el Roble la division de O'Higgins con la de los dos Benavente, se alojó Carrera con su pequeña escolta, y al amanecer del 12 de octubre fueron sorprendidos completamente. Esta funcion de armas fué gloriosa, como todas aquellas en que él se hallaba. Cortado por los realistas se arrojó al Itatá a nado, y al tocar la orilla opuesta, se encontró con otra partida enemiga, que no le dejó otro arbitrio que seguir aguas abajo, perseguido tan de cerca que tuvo una herida en el costado y su caballo varias; pero su valor y sangre fria, y el acertado tiro de pistola que puso en la cara de su perseguidor le pudieron salvar.

Los enemigos políticos de don José Miguel se habian apoderado de los consejos supremos, y acordaron deponerle del jeneralato; pero temiendo su resistencia, separaron la atencion de los realistas y se contrajeron a practicar mil y mil bajezas para lograr su intento. Pensaban darle por sucesor a un militar extranjero, y exaltado con esto el patriotismo de Carrera, pidió ser reemplazado por el coronel O'Higgins. ¡Qué pronto debia pesarle tal eleccion!

Separado del mando, se desencadenaron los odios contra su persona: le insultaron, le obligaron a salir de Concepcion por tierra, sin escolta competente y sin los necesarios medios de atravesar ochenta leguas de campos casi dominados por el enemigo. En Penco hizo una parada para reunir algunos amigos que le acompañasen y algunos caballos; pero al amanecer del tercer dia fué asaltado por una partida realista, asesinados los asistentes, saqueados los equipajes, y amarrados don José Miguel y su hermano don Luis, fueron llevados a Chillan y encerrados en inmundos calabozos, cargados de grillos, y procesado el primero como reo de lesa-majestad. Los realistas creyeron dominar a Chile con solo tener encadenado al leon que lo defendia. Se dijo que la prision era obra de una venta, y si no hubiese documentos, bastaria para creerlo el haberse efectuado a dos cuadras de la fortaleza, a tres leguas del ejército, y la flojedad con que fué perseguido el enemigo.

Por los ignominiosos tratados de Lircai se puso en libertad a todos los prisioneros, ménos a los Carreras, que por un artículo secreto debian ser embarcados en Talcahuano para llevarlos al virrei con la causa seguida. Carrera descubrió el plan y en la misma noche efectuó su escape para caer en nuevas persecuciones. Conociendo que miéntras dominasen el país sus crueles enemigos, no podia él gozar de tranquilidad, trató de pasar la cordillera por el Planchon y embarcarse en Buenos Aires para Norte América. Un temporal le cerró el camino, y descubierto el viaje se le atribuyó que se acercaba al ejército para sublevarlo. La persecucion fué desde entónces mas activa, lograron prender a don Luis, y llamaron por edictos y pregones a don José Miguel. No se le dejó mas camino que el de una revolucion, y el último dia que se cumplia el plazo de los edictos, se presentó con algunos amigos en los cuarteles de la capital, dirijió a los soldados algunas enérgicas palabras y la revolucion fué hecha. Trajeron a su presencia al director supremo, y Carrera le dijo:—"Señor, no he podido cumplir ántes con su llamamiento. Aquí estoi."--El buen jeneral Lastra le contestó: "Estoi en poder de V.: disponga como quiera de mí."--"Dispongo que se vaya V. tranquilo a dormir con su buena señora." ¡Qué contraste!

Colocado Carrera por segunda vez en la silla presidencial, despachó incontinenti un parlamentario para intimar al jeneral español que si en el término de un mes no dejaba el país como estaba estipulado, tuviese por rotas las hostilidades. O'Higgins apresó al oficial y le quitó las comunicaciones, y celebró una junta de guerra en la que se acordó desconocer al nue-

vo gobierno, y marchar con el ejército a derribarlo, en circunstancias que un jeneral realista habia desembarcado en Talcahuano con un fuerte auxilio. Carrera con su acostumbrada actividad levantó tropas en Santiago, bien para resistir a O'Higgins, si era tan terca i ciega su pasion, o para reforzarle contra los españoles si lograba despertar su patriotismo. Por desgracia todo fué inútil, y la catástrofe tuvo lugar a dos leguas de la capital el 26 de agosto, quedando O'Higgins completamente derrotado y la patria despedazada. El mismo dia de esta nefanda accion pasó el rio un parlamentario español que venia a retaguardia de O'Higgins para intimar la rendicion al que triunfaba. Carrera le rechazó con indignacion. O'Higgins habia escapado con unos pocos oficiales y a los dos dias pidió perdon a Carrera que se lo otorgó con la mayor jenerosidad, le hospedó en su casa y paseó las calles con él para demostrar al pueblo su cordial reconciliacion.

Un mes ántes, y en medio de tan graves atenciones, don José Miguel habia contraído matrimonio con la señorita doña Mercedes Fontecilla y Valdivieso, parienta suya, que desde su llegada de Europa habia conquistado su corazon, y con la que esperaba casarse luego que aquella jóven alcanzase a la edad nubil. Este afecto, por grande que fuese, no le embargaba el tiempo para trabajar en la reorganizacion del ejército; pero esta reorganizacion no era posible en treinta dias, despues de haber combatido una mitad contra la otra, y habiendo quedado tan hondos rencores. Consecuencia de ellos era la insubordinacion jeneral y la obstinacion para encerrar el grueso del ejército en la estrecha plaza de Rancagua. El 1.º de octubre fué atacada por el jeneral Ossorio con dobles fuerzas que las nuestras y mejor ordenadas. Se rindió con honor, pero la patria llorará siempre ese infausto dia.

Don José Miguel Carrera creyó alargar la guerra hasta donde fuese posible, retirándose a las provincias del norte con cuantos recursos pudiese trasportar, pero el pánico era jeneral y todos pensaban solo en emigrar a Mendoza. La defeccion de la guarnicion de Valparaíso que habia mandado retirar hacia Quillota, la de la escolta de los caudales públicos, y la jeneral insubordinacion le quitó hasta la última esperanza. Entónces se contrajo a formar una fuerte guerrilla, compuesta de fieles y valientes soldados, para proteger la emigracion. Tuvo varios ataques que sufrir dentro de la misma cordillera, y él fué el último que la dobló.

Sus principales enemigos volaban mas que marchaban para Mendoza, con el fin de prevenir el ánimo de San Martin contra los Carreras y sus amigos. Don José Miguel habia pedido oficialmente el asilo, i por tanto creia que los restos del ejército debian conservar su bandera, lo que no queria San Martin; porque miraba en perspectiva la reconquista de Chile bajo sus órdenes. Fomentó por todos medios las discordias, se hizo acusar a los Carreras y sus partidarios como ladrones de los caudales públicos, y por último, se apoderó de sus personas y mandó rejistrar escrupulosamente los reducidos equipajes, en los que no se encontró objeto alguno de valor. Chas-

queados en este escrutinio y rota la máscara, desterró a Buenos Aires a los dos Carreras con sus tiernas esposas y a varios de sus compañeros escoltados por una partida de dragones, que ellos habian de costear, para apurar así sus escasos recursos.

Don José Miguel llegó a Buenos Aires en mala hora. Acababa de ocurrir a su hermano don Luis un duelo, en que tuvo la desgracia de dejar muerto a su adversario. Un duelo en un pueblo nuestro y entre dos personas notables era una novedad espantosa. Se practicaron varias prisiones y se levantó un proceso para aplicar las penas señaladas por las leyes. Por fortuna este crimen tiene siempre celosos abogados en los militares, y los de allí tomaron la defensa de don Luis y con sus esfuerzos lograron sobreseer la causa.

Pocos dias despues acaeció una revolucion, y el jeneral Alvear dejó la ciudad con un bello ejército: se acampó en los Olivos. Don José Miguel que dia y noche soñaba con la restauracion de Chile, le hizo una visita para aconsejarle que, abandonando intereses mezquinos de partido y huyendo de una guerra civil, acometiese tan gloriosa empresa. Esta visita le valió una prision en el Fuerte, aunque el presidente del cabildo la atribuyó a un equívoco.

Conociendo el triste estado en que se hallaba Buenos Aires y que sus exhortaciones no encontraban eco, se embarcó para Norte América a mediados de 1815 en busca de algunos recursos para armar buques que hostilizasen a los enemigos de su patria. Para costear este viaje empeñó las alhajas de su señora en mil pesos. Fué mui bien recibido en aquella tierra clásica de libertad. El presidente Monroe le acogió con franca y leal benevolencia. Sus amigos, M. Poinsett y M. Porter, le proporcionaron valiosas relaciones en la alta sociedad, y las contrajo tambien con el rei José, con los mariscales Clausel y Grouchy y con los mas ilustres emigrados. Ellos le dieron planes de organizacion de ejércitos, de establecimientos científicos y de muchas otras cosas que podrian plantearse en Chile. Pudo formar una flotilla de tres buques, cargándolos de armamento, municiones etc. y llenarlos de hombres utilísimos, entre ellos dos jenerales franceses, treinta oficiales distinguidos y otros tantos literatos y artistas sobresalientes. Algunos han prestado servicios importantes. Para probar su gran capacidad para todo, nótese que vino hablando el frances y el ingles habiendo partido sin conocer una palabra de estos idiomas.

A los catorce meses, es decir, a fines de 1816, ancló en Buenos Aires la fragata *Clifton*, y don José Miguel, despues de abrazar a su esposa, pasó a presentarse al director Pueyrredon que le recibió con mucha frialdad. Dándole cuenta de sus planes sobre las costas de Chile, le dijo el director: "A la fecha San Martin debe haberse movido contra Chile."---Carrera le contestó: "Tanto mejor, iré a ayudarle por mar."---"V. no puede ir a Chile, porque hemos acordado con San Martin la persona que se ha de encargar

del mando.”—“Entónces San Martin no va a libertar el país sino a conquistarlo, no va a dejar a los pueblos que elijan a su mandatario, sino a imponérselo.”—“¡Qué quiere V! así es preciso.”

Desde ese momento quedó Carrera vijilado mui de cerca. Se le obligó a desembarcar a sus compañeros, tomó en arriendo una quinta para alojar a los que no cabian en su casa, y los mantuvo hasta que cada uno buscó acomodo. La fragata se dió a la vela con su cargamento, y asimismo un bergantin que acababa de llegar, y fueron a espender su carga a otra parte.

Llegó la noticia de la batalla de Chacabuco, y la noche ántes de entrar el jeneral San Martin a Buenos Aires para recibir la corona tan bien merecida por ese espléndido triunfo, fué preso don José Miguel, su hermano don Juan José y sus mas inmediatos amigos, embargados todos los papeles y hasta una pequeña imprenta que tenia empaquetada. San Martin le visitó en su calabózo, y es doloroso confesar que fué con solo el objeto de insultarle. Al dia siguiente fué llevado a bordo de un buque de guerra, de donde, burlando la vijilancia de sus guardias, logró escapar y asilarse en Montevideo.

El jeneral portugues Lecor le concedió un jeneroso asilo y mucha benevolencia, a pesar de los repetidos reclamos de Pueyrredon. Dedicó su tiempo a vindicar su honor tan vilmente ultrajado en los escritos de sus tenaces perseguidores. Escribió un manifiesto a los pueblos de Chile, y respondió a cuanta calumnia se le hacía, pero como la prensa pública no pudiese dar a luz sus escritos, se procuró una pequeña imprenta. Nunca habia conocido el mecanismo de este arte, y principió por distribuir los tipos en platos de loza, colocándolos en el suelo de su cuarto y segun el órden alfabético. Figúrense las idas y venidas, las distintas posiciones que tenia que tomar para componer una palabra. Con la paciencia propia a una voluntad fuerte, logró componer las cuatro primeras pájinas, despues de deshacerlas muchas veces. Por fortuna llegó un amigo intelijente que le enseñó y ayudó a montar la letra, a hacer i amarrar las formas, manejar la prensa, etc.

Miéntas tanto sus recursos pecuniarios se agotaban, y la corte del Brasil espedia órdenes para que se le espulsase como pedia Buenos Aires. Confiscados todos sus bienes, asesinados sus dos hermanos en Mendoza, y su respetable y octojenario padre muerto por la bárbara medida de presentarle la cuenta de la ejecucion de sus hijos para que la pagase, su hermana presa en un fortin de la frontera, y su mujer y tiernos hijos sin hogar; ¿qué hacer? Pidió asilo al oriental Artigas y se lo negó. Desesperado monta un dia a caballo con una pequeña maleta a la grupa, y acompañado solo del coronel frances M. Mercher, se arroja a la campaña sin destino y sin brújula. La suerte le llevó a Entre Rios, donde gobernaba Ramirez. Este le recibió con desden, no solo por su natural suspicacia, sino por saber que Artigas no le queria; pero ántes de tres dias se habia ganado su voluntad y confianza. Pronto le decidió a emprender una campaña contra el gobier-

no de Buenos Aires, tomando primero a Santa Fe para asegurar su retaguardia y aumentar sus fuerzas. Pueyrredon tomó activas providencias para defenderse, poniendo en campaña sus mejores tropas y acreditados jenerales. Nada pudo contener el torrente de Ramirez gobernado por Carrera. En el Rosario es derrotado Balcarce y despues en San Nicolas; Viamont, jeneral en jefe, cae prisionero; Rondeau es deshecho en la cañada de Cepeda, Soler en la cañada de la Cruz y puente de Marques y el vencedor pone sitio a Buenos Aires por diez y nueve dias. Baja del mando Pueyrredon y le sucede Sarratea. Ya Carrera ha logrado su principal objeto. Saca de los archivos la correspondencia del gobierno de Chile que le es referente; llama a los chilenos allí residentes y se le reunen como trescientos en la Chacarilla. Una asonada que fracasó en Buenos Aires le llevó al jeneral Alvear y muchos jefes comprometidos y que le comprometieron tambien por haberlos recibido bien. Entónces se puso en juego la intriga y el oro para defeccionar a los aliados de Carrera. Tuvo que quedar solo y defenderse de varios ataques en los que, si no triunfaba, se retiraba en órden. Por Melincue se internó en la pampa o desierto y despues de treinta y cinco dias de marcha, muchos sin encontrar agua ni carne, alimentándose con los caballos, llegó a una toldería de indios, entró en relaciones con los principales caciques, y se hizo adorar de ellos, hasta darle el título de *Pichi Rey* o reyecito. Algunos que renunciaron por sus insinuaciones a robar y matar, le siguieron cuando volvió a la frontera por la noticia de que Ramirez habia pasado de nuevo el Paraná.

En Chajan fué sorprendido por seiscientos cordobeses a las órdenes de Bustos y los derrotó con solo ciento cincuenta chilenos. Lo mismo hizo con los puntanos en Rio Quinto, y en el Cuarto con los mendocinos, matando a su jefe Moran. En San Luis descubrió un motin entre sus soldados ganados con los doce mil pesos que habia mandado allí O'Higgins, como mandó treinta mil a Mendoza y treinta mil a San Juan, conociendo que éste era el mejor medio para vencer a soldados mal comidos, mal vestidos y sin paga alguna. Este motin fué deshecho por entónces, mediante las medidas acertadas y jenerosas que empleó. El 29 de agosto, salió con direccion a San Juan, y en las lagunas de Guanacachi, encontró una division enemiga medio atrincherada; pero no pudo vencerla por el mal estado de su caballada.—Continuó su marcha hacia Jocoli donde se le dijo habia un destacamento cuidando cantidad de caballos. En medio de una noche mui oscura, sale de sus tropas un grito: "Alto, amarrar al jeneral y al coronel, y matar a los oficiales." Los traidores Arias, Moya, Fuentes e Inchauti caen sobre él: faltaron sus pistolas y fué amarrado. Se avisó la noticia a Mendoza y le hicieron entrar en esa situacion entre mil escarnios e insultos. Fué encerrado en el sótano e intimada la sentencia de muerte que sus crueles enemigos habian dictado el 27 de noviembre de 1811. Don José Miguel recibió la noticia sin sorpresa: pidió por confesor al que lo era de su suegra doña Rosa Valdivieso, que residia

presa en aquella ciudad, y se le negó. Quiso verla y el estado de debilidad y abatimiento en que se encontraba la señora, no le permitió darle este consuelo. Suplicó le diesen un poco de papel y tinta, y se sentó con toda calma a escribir la siguiente carta :

Sótano de Mendoza, Setiembre 4 de 1821, 9 de la mañana.

“Mi adorada pero desgraciada Mercedes : un accidente inesperado y un conjunto de desgraciadas circunstancias, me ha traído a esta situación triste. Ten resignacion para escuchar que moriré hoi a las once. Sí, mi querida, moriré con el solo pesar de dejarte abandonada con nuestros tiernos cinco hijos, en país estraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos.—¡Mas puede la Providencia que los hombres!..... No sé por qué causa se me aparece como un ángel tutelar el oficial don..... Olazabal, con la noticia de que somos indultados, y vamos a salir en libertad con mi buen amigo Benavente y viejecito Alvarez que nos acompaña.....”

El ángel era un demonio que daba esta noticia para ver si con transiciones tan violentas lograban que cayese en enajenacion mental. Al poco tiempo vinieron a sacarle para el patíbulo y entónces tomó un pedazo de papel como de dos pulgadas y escribió con lápiz por uno y otro lado :

“Miro con indiferencia la muerte ; solo la idea de separarme para siempre de mi adorada Mercedes y tiernos hijos despedaza mi corazon. Adios, adios.”

Lo dobló y encerró en la caja del reloj y se puso en marcha. Desde la puerta de la cárcel tendió la vista por la plaza llena de tropas y jente : se sonrió con los que le mostraban simpatías ; pero al oír gritos insultantes y algazara dijo :—“¡Qué pueblo tan incivil!” Los sacerdotes le pedian que perdonase al pueblo y olvidase las injurias. Les respondió : “Si el olvido pudiese mitigar los males que se han inferido a toda mi familia, o hiciere ménos notorias tamañas injusticias, lo haria libremente ; y añadió, que tenia la conciencia de la rectitud y honor de toda su vida, y que por eso no olvidaria ni pediria el olvido de sus enemigos entre los que contaba a los mendocinos como los mas bárbaros e iliberales.” Al llegar al banco se quitó un precioso poncho, y junto con su reloj, lo mandó a su señora suegra como un recuerdo para sus hijos. Se sentó, y tratando de atarle los brazos y vendar los ojos, rechazó a los verdugos con indignacion. Se puso la mano sobre el corazon y mandó el fuego ; dos balas le entraron por la frente y dos por la mano al corazon ; cayó casi sin agonía, en el mismo lugar en que dos años ántes habian caído sus dos hermanos. La cabeza y un brazo le fueron cortados y puestos en la picota en la torre del cabildo.—Despues se dijo que la primera habia sido mandada a O’Higgins.

Dos años despues, todos sus enemigos políticos habian desaparecido de la escena pública, y vagaban en tierra estraña, ocultando su vergüenza e

ignominia, sin que hubiesen podido sostenerse en el mando a pesar de tan cruel tiranía y tanta efusion de sangre.

Cuando Chile gozó de la plena libertad que nunca habia tenido, ni talvez tendrá despues, el congreso dictó una lei vindicando la memoria de los Carreras, mandando una numerosa comision a trasportar sus cenizas, honrándolas con las mas solemnes exequias y premiando a su familia; y entón-ces el fúnebre poeta cantó :

Cubran cipreses fúnebres la escena
 Del sacrificio atroz—riéguela el llanto
 De la nacion chilena,
 I desde el trono santo
 Donde reside el Hacedor Divino
 Grato perdon descienda al asesino:
 Mas eternice el jenio de la historia
 La incorrupta memoria
 Del que sabe morir como hombre fuerte,
 Del que marcha a la muerte
 Sin que le imprima susto,
 Así muere el honrado y muere el justo.
 Así inmolados por venganzas fieras
 Murieron en Mendoza los Carreras.

J. J. DE MORA.

Mr. Yates, un jóven irlandes que sirvió a las órdenes del jeneral y le acompañó hasta lo último, en un escrito que sirve de apéndice a la obra de Mme. Graham hace este retrato :

“Carrera tenia treinta y cinco años; era alta y graciosa su presencia, tenia el cabello negro, frente espaciosa, ojos negros y penetrantes; nariz aguileña. El era honorable, emprendedor y bravo; franco con sus amigos; libre de disimulacion o envidia; compasivo y jeneroso hasta el extremo. Su jenio era suave e igual; ni la adversidad ni la buena fortuna podian perturbar la elevacion de su alma. Su humanidad era tan excesiva, que casi no merecia el nombre de virtud; porque traspasando los límites que la prudencia prescribe, dejeneraba en inesplicable falta o debilidad. Un enemigo, por criminal que fuese, era tratado con la misma jenerosidad y compasion. Aun los asesinos de nuestros soldados y compañeros eran salvados, ofreciéndoles así la ocasion de continuar haciéndonos mal.

“Esta magnanimidad que habria inmortalizado a Carrera en cualquiera parte del mundo, era perdida en América, donde tal virtud es poco conocida y ménos practicada. Sus enemigos atribuian su jenerosidad a miedo, y en algunos de sus papeles públicos tenian la impudencia de llamar cobarde al que con ciento cuarenta hombres y los solos recursos de su jenio, habia hecho vacilar a los gobiernos y gobernantes desde el Atlántico hasta el Pacífico.

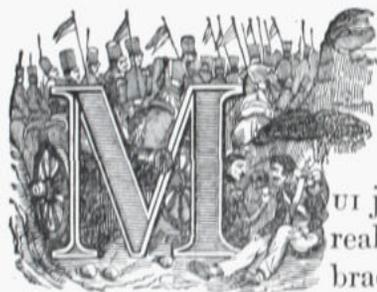
“Si su ambicion era vivir sin una mancha de sangre, crueldad o injusticia echada sobre su carácter, él logró sus deseos; pero es mas que probable que sus bárbaros enemigos nieguen todas sus buenas calidades.”

DIEGO JOSE BENAVENTE.



XIX.

D. FRANCISCO DE LA LASTRA.



MI joven era don Francisco de la Lastra cuando, por real despacho de 15 de febrero de 1793, fué nombrado guardia marina de la armada española. Temerosa por ese entónces la península de las consecuencias de la revolucion francesa cuyos ecos se estendian por sus playas, concretaba toda su atencion en la marina y el ejército: la suerte futura de la nacion exijia sobre todo que aquella fuese mas atendida y dotada de buenos elementos y de una oficialidad intelijente; así, todo aquel que era destinado a la marina ya llevaba en sí una honrosa recomendacion.

Se embarcó por primera vez el joven Lastra en Cádiz en el navío *San José* de la escuadra del exmo. señor don Juan de Langara y poco despues trasbordó a la fragata *Liebre*. En todo ese tiempo hasta 1802 en que fué nombrado ayudante de batallones y luego de arsenales, sus servicios como guardia marina fueron altamente recomendados por sus jefes. Sirvió alternativamente ya en la escuadra de Langara, ya en la de don José de Mazarredo desempeñando sus funciones a bordo de diferentes navíos. Penosos fueron esos años para el guardia marina viéndose obligado continuamente

GALERIA NACIONAL.



Dibujado y publicado por N. Desmadril



FRANCISCO DE LA LASTRA.

Francisco de la Lastra

a trasbordar de un buque a otro y a permanecer tan solo dias en los puertos a que arribara. En un viaje de Cádiz a Cartajena sufrió un terrible temporal que estuvo a punto de sepultar la escuadra de Mazarredo, pues ninguno divisaba esperanza de salvacion tras las montañas de olas que se levantaban imponentes : el mar se aplacó y la escuadra pudo salvarse totalmente.

De ayudante de arsenales se encontraba Lastra en España donde le habia mandado su familia a instruirse, cuando pidió licencia por dos años para Santiago de Chile, la que obtuvo en 20 de agosto de 1802. El recuerdo de la patria ausente grabado con fuerza en su espíritu, no habia podido debilitarse un solo dia y arrastraba continuamente su pensamiento a la distante y empobrecida colonia, donde ningun atractivo podia detener al viajero, pero donde él tenia su cuna y su familia. Se hizo pues a la vela el 20 de enero de 1803, y llegó a Santiago el 15 de mayo del mismo año.

Ya se iba haciendo difícil para la España la posesion de las colonias sud-americanas. La semilla de la democracia arrojada al mundo por la Francia de Luis XVI y la misma España de Cárlos IV, se estendia con rapidez por los pueblos del Pacífico; en esa época ya muchos entre nosotros soñaban con la *patria*, y en el silencio de sus gabinetes discutian misteriosos sobre la suerte de la futura república. Lastra pudo comprender este movimiento espontáneo de los espíritus y preparó el suyo para la hora del sacrificio. Sí, porque él bien sabía que jamas sin sacrificios se han realizado las esperanzas de los pueblos.

Sin embargo, aunque él comprendiese que fermentaba en algunos la idea de un movimiento revolucionario que aparejase un órden distinto de cosas, tenia la suficiente circunspeccion para esconder su pensamiento y guardar en el secreto los murmullos de sus amigos, pues cualquiera imprudente manifestacion hubiera costado indudablemente la inútil persecucion del sospechoso.

Concluida su licencia, solicitó prórroga por un año mas y le fué concedida, hasta que el 11 de diciembre de 1804 se le promovió a alférez de navío. Por ese entónces se declaró la guerra entre ingleses y españoles, y Lastra tuvo que embarcarse para el apostadero de Lima; en el Callao se presentó al comandante de marina que le dió el mando de una lancha cañonera. Por el año de 1806 estuvo haciendo cruceros, y pudo obtener licencia nuevamente para Santiago del comandante del apostadero en 16 de julio de 1807.

Voi a echar una rápida ojeada sobre los primeros movimientos que precedieron a nuestra emancipacion, tan narrados ya, para traer por ellos a mi protagonista a la escena.

Gobernaba a la sazón en Chile el bondadoso y prudente don Luis Muñoz de Guzman, y bajo su desinteresada administracion habian podido jerminal las ideas novadoras, mas sin esplosion alguna, porque el carácter leal y franco del mandatario sabía mantener al colono dulcemente amarrado a

su cadena. En el mes de marzo de 1808 le sucedió en el mando el jeneralmente aborrecido don Francisco Antonio Carrasco, y pudo entónces insolentarse el principio que ajitaba a la mayoría de los chilenos, y que solo el crédito de Muñoz de Guzman habia conseguido mantener en su santuario. Al advenimiento al mando tuvo Carrasco la cooperacion de todos los hombres de valer del país, pero poco a poco fueron segregándosele cuando observaron que los cortesanos del nuevo mandatario se habian convertido en ridículos imitadores de los cortesanos de Luis XV, marcando su regla de conducta las pasiones mas torpes e indignas.

Viendo el país que nada podia esperar del nuevo gobierno que no fuese en su descrédito y mengua, y que los satélites del poder se empeñaban tan solo en hacer la guerra a los hombres honrados y amantes de la prosperidad de su suelo, se preparaba en silencio por sus órganos mas respetables y autorizados para avanzar el grande y peligroso paso de la reaccion. Dejando aparte el santo pensamiento de libertar la patria, ese paso lo santificaba el deseo de hacer cesar cuanto ántes los excesos, miserias e injusticias que pesaban sobre el pobre Chile.

El buen sentido y la honradez dieron por tierra con Carrasco, y el 10 de junio de 1810 le sucedió en el mando el brigadier conde de la Conquista don Mateo Toro, anciano de carácter suave y jenerosos sentimientos. Mas la obra de la reaccion estaba comenzada, y difícil, imposible hubiera ya sido, apagar el ardor que inflamaba el pecho de los chilenos, atizado incesantemente por la idea de la independenciam y por la esperanza de la ventura y progreso de la patria. El pueblo queria cambiar de situacion, y animado por las lecciones de un amargo pasado aceleraba sus pasos con voluntad firme y resolucion valiente. Los acontecimientos siguieron poniendo en claro la mente de los novadores y arrastrando cada dia nuevos adeptos a la santa causa, hasta que al fin, retirándose prudentemente del gobierno el presidente Toro, estalló de lleno el movimiento revolucionario, tomando la direccion de la nave del estado una junta gubernativa provisional en 18 de setiembre de 1810.

Entónces fué cuando los patriotas desnudos ya de todo embozo, no pensaron sino en sostener los nuevos principios tan enérgicamente proclamados y tan prudentemente mantenidos; y ninguno hubo que no anhelase prestar su cooperacion para la consumacion de la grande obra. Así pues, don Francisco de la Lastra, iniciado ya en la revolucion, corrió presuroso a alistarse bajo el estandarte de la patria.

Hombre de carácter reservado, de intelijencia despejada y corazon bondadoso, no servia para una contienda de partido, pero sí para una guerra nacional: no era su espada la de Freire ni la de Las-Heras, pero tenia el suficiente coraje para desafiar los peligros cuando estaba de por medio el interes de su patria. Instruido en Europa y dedicado a la marina, sus conocimientos a este respecto eran estensos y bien basados.

Avaluando la exma. junta gubernativa los méritos y prendas personales de Lastra, tuvo a bien nombrarle por despacho de 11 de setiembre de 1811, capitán de ejército y gobernador político y militar de Valparaíso. En este importante empleo supo corresponder a la confianza del nuevo gobierno organizando en ese puerto las milicias de mar y tierra, y preparando arsenales de marina para su defensa. Su tino en el desempeño de sus funciones y sus acertadas medidas le formaron grande opinion en el país, opinion que él supo conservar siempre afianzándola con posteriores servicios.

A fines de 1813 mereció el alto honor de ser nombrado supremo director del estado, empleo que asumió hasta 1814, en cuyo tiempo se celebraron los tratados de Lircái con el ejército español. Como estos tratados han sido jeneralmente tan anatematizados por los celosos panejiristas de la república, y como se ha querido echar sobre los hombros del primer presidente revolucionario todo el peso de su responsabilidad, voi a hablar algo sobre ellos y a bosquejar a la lijera las circunstancias que les precedieron.

Cuando don Francisco de la Lastra se puso al frente de los negocios públicos, se hallaba el país en una situacion triste y difícil. Habian ya sucedido la sorpresa de Yerbas Buenas, de la que no se supo sacar ventajas, y la accion de San Carlos que debilitó nuestro diminuto ejército sin que se reportara el provecho deseado quedando por vencer el enemigo; nuestras tropas estaban desordenadas, y los oficiales subalternos mal conducidos llevaban una conducta reprensible: todo esto pues aflijia al país poniendo en peligro la causa de los libres y hacía desesperar de contener la invasion del enemigo. El virrei de Lima Abascal no perdía oportunidad de enviar a los españoles pertrechos y oficiales para asegurar el éxito de la invasion, y aunque el jeneral Carrera se apoderó de todos estos ausilios cuando se tomó las plazas de Concepcion y Talcahuano, no se dictaron las medidas conducentes a asegurar el resultado de la victoria. La desmoralizacion de nuestras tropas fué excesiva; los pueblos se irritaron contra ellas y empezaron a renegar de sus libertadores; se agrega a esto el inoportuno sitio de Chillan donde se habia refugiado el enemigo, y del que solo se obtuvo tristes consecuencias. En un estado tal de desaliento se cometió la torpeza de quitar a Carrera el jenerato de las tropas del sur, separando así del teatro de la guerra al hombre que mas garantías daba por su jenio y actividad en el campo de batalla y el mas esperto y malicioso en el campo de la política. Reforzado el jeneral español Gaínza que habia sucedido a Pareja, empezó a aflijirnos con sus ataques, aunque quedando en todos derrotado: estas parciales victorias no tuvieron tampoco resultados provechosos, a no ser el de exaltar el orgullo nacional por la bravura con que los soldados de la patria batian a sus enemigos.

Fué en estas circunstancias cuando Lastra tomó la nave del estado para conducirla por medio de las tempestades de una mar borrascosa que a cada instante amenazaba sepultarla. Desalentados y temerosos la mayor parte

de los pilotos que podian prestar su cooperacion, depositaron su confianza en el nuevo jefe que fluctuaba entre los horrores del naufragio. Empero, llevado éste de la prudencia que siempre le caracterizó, y temiendo esponer el porvenir de la nacion en un aventuradísimo golpe de mano, se echó a buscar medios conciliatorios con que dominar la situacion, aquietar los ánimos y dar tregua a los combatientes. Hecho dueño Gaínza de la plaza de Talca, pequenísimos y mal disciplinados nuestro ejército, el erario nacional exhausto de dinero, temerosas las poblaciones, divididos por indignos rencores nuestros principales capitanes, concibió Lastra, en medio de tantas aflicciones, la idea de un tratado que tornase al país la calma, paralizase la accion del enemigo y evitase que el virrei de Lima mandase a Gaínza las tropas y pertrechos que se sabía de positivo le habian llegado de España. A este efecto se nombraron de plenipotenciarios a O'Higgins y Mackenna para que en Talca ajustasen con el jeneral español el malhadado tratado.

Todo se hizo con informalidad, pues Gaínza carecia de las facultades necesarias para tratar, y no hubo canje de poderes, ni nada que legalizase en forma un tratado de grandes consecuencias. Sin embargo, se celebró y firmó siendo todos sus artículos obra de Gaínza, O'Higgins y Mackenna, y no de Lastra, que no hizo sino aprobar lo que los plenipotenciarios firmaron. Y ¿qué hacer? Estos jefes eran los principales del ejército, de grande influencia y que estaban llamados a dirigir las mas importantes operaciones militares; luego el jefe del estado, apoyado esclusivamente en el brazo de estos plenipotenciarios, no tenia otra cosa que hacer que aprobar igualmente los artículos de ese tratado contra el que tan heroicamente habia de protestar el ejército patriota. Así pues, el cambio de la cucarda tricolor, ese acto vergonzoso para los que habian derramado su sangre en favor de la república, no podia arrojar sombra alguna a la dignidad del supremo director que se veia arrastrado a sancionar lo que estipularan los influentes comisionados. La mala fe del enemigo desconoció luego el tratado alegando justamente su informalidad y paralizando de este modo sus consecuencias.

Que Lastra hubiese tenido por pusilanimidad la idea de parar el curso de la revolucion al prestar su sancion al tratado, es cargo injusto y gratuito; pues por tímido que se le quiera suponer, tenia la suficiente capacidad para comprender que el sentimiento de la patria estaba bien grabado en el corazon de los chilenos, y que la emancipacion del país no se ahogaria sino con el último esfuerzo del último patriota. Su honradez a toda prueba le ponía a salvo de odiosas conjeturas y su decision por la causa de la libertad, corroborada por importantes servicios, justificaba plenamente sus intenciones. Y ¿era de presumirse que un jefe, que desde el principio de la revolucion habia espuesto con abnegacion su vida, fuese a mostrarse tímido en los momentos críticos en que se encontraba depositario de los

destinos de la patria? Imposible es suponerlo. La bondad de su espíritu fué la que le estorbó calcular los planes del enemigo y la que le hizo permanecer en quietud despues de celebrado el tratado, hasta que viéndose obligado a dejar su puesto, le sucedió don José Miguel Carrera que con asombrosa actividad improvisó tropas y reforzó el erario. Pero todo sacrificio fué inútil, y si la inaccion de que se culpa a Lastra dejaba en descuido la patria, todos los esfuerzos e improvisaciones de los patriotas exaltados no alcanzaron a contener la reconquista española.

Despues de la jornada triste de Rancagua fué don Francisco de la Lastra tomado prisionero por los españoles y conducido con muchos esclarecidos patriotas al presidio de Juan Fernandez. En esta apartada y tristísima rejion nada podia consolar a los prisioneros de la momentánea pérdida de su causa, ignorando la suerte de sus compañeros y la de sus perseguidas familias. El hambre y la desesperacion los sitiaban, y hubieran sucumbido allí, si el triunfo de Chacabuco no los hubiese tornado nuevamente al seno de la patria y sus familias.

Vuelto Lastra, fué puesto en servicio activo y obtuvo el grado de coronel de ejército. Por segunda vez se le nombró gobernador político y militar, y comandante jeneral de marina de Valparaíso. Este puerto a la sazón era el teatro de las operaciones mas difíciles que debian practicarse para la seguridad de toda la nacion, pues el gobierno reconcentraba su atencion en la marina, elemento indispensable para afianzar definitivamente la libertad de los pueblos; y se fijaba por consiguiente en Valparaíso, centro del comercio y llave principal del país. Lastra continuó llenando sus deberes con el ardor de su patriotismo, sin que jamas las vicisitudes de la guerra ni los contratiempos indispensables a su posicion, hiciesen desmayar su celo ni le arredrasen en el áspero pero glorioso camino de la revolucion. Sus trabajos como gobernador de Valparaíso y principalmente como comandante jeneral de marina, fueron importantes atendidas la escasez de los elementos y las vijilias que entónces costaba sobreponerse a las riesgosas circunstancias.

En enero de 1823 fué nombrado consejero de estado, y pocos dias despues, intendente de la provincia de Santiago. Ya las cuestiones de partido, esas odiosas rivalidades que empañan la mas noble causa y desprestijian los mas nobles principios, aflijian temerariamente al país: por consiguiente la posicion de un majistrado se hacía cada dia mas complicada y difícil, pues no solo habia que atender a las maniobras de un enemigo comun, sino a ahogar la anarquía orijinada por la ambicion de poderosos caudillos que jamas se hicieron mutuamente justicia. Por do quiera asomaba el monstruo sus cien cabezas amenazando destruir y absorverse la tranquilidad y la sangre de los pueblos. Lastra como intendente de Santiago, guiado por sus nobles y bondadosos sentimientos, no contribuia poco a la reconciliacion de los partidos ciñéndose estrictamente a la justicia, y no mirando sino la prospe-

ridad de la república. Su honradez, universalmente respetada, cerraba las puertas de su ministerio a las cabalas de partido, y talvez por esto no era un mandatario mui a propósito, sino para segundar, para tolerar al ménos las indignidades de esa época.

Alarmado por ese entónces el gobierno con la noticia de que la España hacía nuevos esfuerzos con el objeto de paralizar nuestra marcha política destinando al Pacífico dos navíos de línea y dos fragatas de guerra, y temeroso de que por el deplorable estado de nuestra escuadra fuesen a quedar sin fruto tantos sacrificios por la libertad del país, o que al ménos quedase vacilante la futura suerte de la república, y teniendo presentes en tales apuros los conocimientos de Lastra, le comisionó para que a la mayor brevedad posible arreglase y organizase nuestra marina efectuando un reconocimiento del estado de los buques existentes en la bahía de Valparaíso a fin de ponerlos en el mejor pié de servicio; tanto por sus tripulaciones y pertrechos navales como por los sujetos que en ellos debian servir, autorizándole igualmente para que formase un batallon de marina, confiriéndole para todo las atribuciones peculiares al ministerio de la guerra. Tal grado de confianza en el gobierno para con Lastra, nacia de la conviccion que abrigaba de sus aptitudes y patriotismo y del buen juicio que siempre presidió a sus actos. La escuadra nacional que a fines del año anterior habia sido desarmada y licenciada la marinería, quedando únicamente en pié de guerra la goleta *Motezuma*, el erario público bien pobre, ausentes algunos de los principales marinos que habian contribuido a libertar el Pacífico con nuestra pequeña pero heroica escuadra, y principalmente Cochrane que resentido acababa de partir para el Brasil cargado de laureles, todo se aunaba a dificultar mas la comision de Lastra que tenia que echar sobre sus hombros todo el peso de nuevas improvisaciones. Empero, no le desanimaron los obstáculos y se consagró a sus tareas con el mismo celo, con el mismo patriotismo que siempre. Este nuevo servicio de la patria era bien importante, pues implicaba, segun la espresion del ministro de la guerra de entónces, “la seguridad y prosperidad de la república.”—Y no podia ser de otro modo.

A fines del mismo año 1823, habiendo tenido que pasar a la provincia de Chiloé el supremo director jeneral don Ramon Freire para romper el último eslabon de la cadena española, fué llamado mi protagonista a ocupar interinamente su augusto asiento. Por segunda vez don Francisco de la Lastra se veia al frente de los negocios públicos, sin que el rencor de los partidos que miserablemente se disputaban el dominio del país alcanzase a dañar su lealtad y sanas intenciones. Pendiente la mayoría de los chilenos de la nueva espedicion de Freire, tendia sus miradas hacia la distante provincia donde éste se dirijia esperando que nuevas victorias viniesen a afianzar el triunfo de la libertad y a dejar completamente emancipado de la España todo el territorio de la república. Lastra entre tanto convocaba a

su alrededor a los hombres de prudencia y saber para compartir con ellos los trabajos administrativos, consultando siempre el bien jeneral y procurando limpiar nuestro suelo de las malezas que se estendian sofocando el brote de la buena semilla. Pero las discordias interiores, desviando la atencion de la mayoría, habian desgraciadamente tomado ancho campo, y la mayor parte o todos los hombres respetables de entónces y el mismo valiente jeneral que clavaba el tricolor republicano en la remota provincia de Chiloé, fueron envueltos en las rencillas domésticas que mas tarde habian de tener su sangriento desenlace en los campos de Ochagavía y Lircái. Los elevados puestos en épocas tan aciagas no son mas que el origen de amargos sinsabores, de odiosos compromisos y de sacrificios casi siempre desconocidos y estériles. Sin embargo, el director supremo interino pudo dejar su puesto sin haber atraído sobre sí la animadversion de los partidos, y con la conciencia de haber cumplido con los delicados deberes que el augusto cargo le imponia.

En 1825 fué nombrado por tercera vez gobernador y comandante jeneral de marina de Valparaíso, y obtuvo en esos dias el empleo efectivo de capitán de navío, y a mediados del mismo año el de jeneral de brigada. Estos ascensos eran ciertamente una débil recompensa a sus servicios que jamas se limitaron al círculo del deber cuando ellos redundaban en provecho comun. Encontrándose suficientemente galardonado con la satisfaccion de ser útil a la patria, nunca molestó con exigencias, por justas que fuesen, ni solicitó indemnizaciones que mas que muchos tenia derecho a reclamar.

Miéntas tanto la rabia de los partidos se enconaba y se sucedian las intrigas, los pueblos se alarmaban y las ambiciones de los *pelucones* y *pipiolos* chispeaban en sus choques. Una triste fatalidad pesaba sobre los destinos de Chile: parecia que no se habia escapado de las garras del leon de Iberia sino para caer en las de la anarquía, que siempre se complace en devorar la felicidad de las naciones que principian a constituirse. ¡Lei cruel a la que hemos tenido forzosamente que someternos para alcanzar la prosperidad y paz que disfrutamos! En medio de esas conmociones interiores, de esas mezquindades inconcebibles en hombres que habian dado pruebas de la mas sublime abnegacion, en ese año fatal de 1829, fué llamado don Francisco de la Lastra a desempeñar el cargo de inspector jeneral del ejército, y luego despues el de ministro del despacho en los departamentos de guerra y marina.

Ya el partido pelucon habia pensado recurrir a las armas para hacerse dueño de los destinos de la república y habia conseguido ganarse a la mayor parte del ejército que se mantenía en las provincias del sur: fácil le fué conquistarse a los jefes alhagándolos con promesas que efectivamente les cumplió. Los pelucones pues levantaron rápidamente el vuelo y atacaron por todos los flancos al gobierno de Santiago: debilitado éste por la desmembracion del ejército y la escasez de recursos, apénas pudo resistir a

los choques y desesperó. Entónces surjieron las pretensiones y se pusieron en trasparencia los caudillos. La causa de los pipiolos era mas popular, tenia su oríjen mas cerca del pueblo, se decia la causa de sus libertades y derechos; pero un pueblo que no está educado ni instruido difícil es que sepa comprender la libertad ni hacer un razonable uso de sus derechos, y toda vez que quiera por sí mismo constituirse, no conseguirá otra cosa que envolverse en la confusion y la anarquía. Miéntas nuestro pueblo estuvo guiado por hombres inteligentes y patriotas que cuidaban de su futura suerte se encontraba satisfecho, pues se hallaba ya en posesion de una constitucion liberal y gozando de los saludables efectos de un réjimen gubernativo que prometia al ciudadano toda clase de garantías y derechos. Luego de haberse organizado el personal de este gobierno, entraron a especular individuos de innobles pasiones, y una turba de pillos, dándose aires de sabios políticos y jenerosos libertadores, se desencadenó para esplotar el país. De manera que la santa causa del pueblo, esa causa que está condenada a marchar siempre con la cruz, cuya justicia conoce todo el mundo pero que la desgracia se apresura siempre a sofocar, cayó en manos indignas que habian de hacerla casi odiosa.

Confundidos los pipiolos y sin tener un nombre de prestigio que poner al frente de los suyos para alimentar la credulidad de las poblaciones, recorrieron presurosos al jeneral Lastra haciéndole una pintura desesperante del presente y porvenir de la república. Lastra que conocia bien claramente las miras ambiciosas de los pelucones, que sabía que su objeto principal era hacer de la nacion su patrimonio, abrió su espíritu franco y leal a las quejas mentidas de la mala fe. Su amor a la patria no le permitió escudriñar en el círculo que le reclamaba las ocultas intenciones, y aceptó por fin el penoso cargo de jeneral en jefe de las fuerzas que debian combatir por la constitucion y las leyes. En los campos de Ochagavía se libró el combate, y cierto que las fuerzas enemigas hubieran quedado derrotadas y sepultado allí el partido pelucon, si la traicion no se hubiese apresurado a sorprender la buena fe de Lastra. Este, despues de haber alcanzado la victoria, fué llamado para tratar, y deseoso de evitar en lo sucesivo la efusion de sangre ocurrió jeneroso al llamamiento. Esta fué su debilidad: el enemigo le esperaba para darle el beso de Júdas. Si él no hubiese tenido ese carácter tan leal y ese corazon tan bueno, no hubiera caído en el lazo inicuo que le tendia el enemigo.

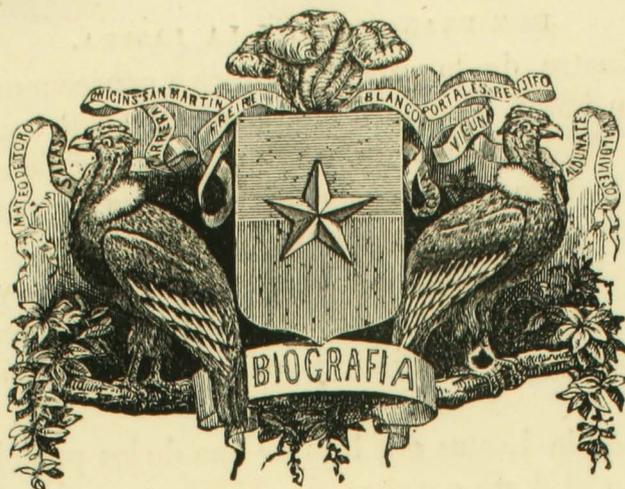
Aprisionado Lastra, todo se nubló: los pelucones cobraron fuerzas y extendieron sus influencias; los pipiolos se anegaron en el desaliento y empezaron a no entenderse, a pesar de que todavía les quedaba el brazo invencible de Freire, que aunque en un principio no se mezclaba en sus movimientos, arrastrado despues por los sucesos no titubeó en ponerse al frente de la causa popular cuando creyó a la patria en peligro. No mas feliz que Lastra tuvo tambien despues que lamentar un amargo desengaño.

Desaparecido Lastra de la escena pública a consecuencia de los fatales acontecimientos de 1829, vuelve a aparecer en 1839 como miembro de la junta calificadora de los servicios de los jefes y oficiales del ejército, y en 1841 como miembro de la corte marcial. Los sucesos anteriores que fatalmente le envolvieron, no habian podido destruir su reputacion de esclarecido patriota y honrado militar siendo para todos y por todos conceptos un hombre respetable. El departamento de Lautaro le dió sus votos para diputado al congreso en 1843, y un año despues fué nombrado consejero de estado.

Don Francisco de la Lastra era hijo de una de las principales familias del país; habia nacido el 4 de octubre de 1777, y murió el 13 de mayo de 1852.

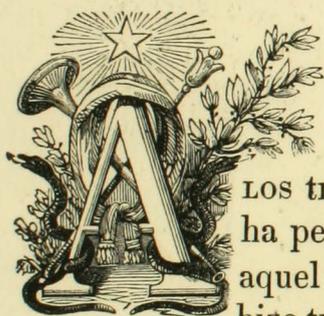
JOSÉ ANTONIO TORRES.





XX.

D. FRANCISCO RAMON VICUÑA.



Los treinta y nueve años de su revolucion de independenciam ha perdido Chile uno de los ciudadanos que prepararon aquel grande acontecimiento y le dieron el impulso que lo hizo triunfar. Don Francisco Ramon Vicuña, testigo y actor de aquel glorioso movimiento, murió el 13 de enero de 1849 a las seis y tres cuartos de la mañana. Su nombre pertenece a la historia de su patria; sus servicios, sus virtudes y su patriotismo le señalan en nuestros anales una brillante página; y aunque un hijo suyo se propone delinear el cuadro en que se reunan los hechos de una vida tan honrosa, no por eso serán menos ciertos y exactos.

Nació don Francisco Ramon Vicuña en el año de 1775, siendo sus padres don Francisco Vicuña e Idalgo i doña Cármen Larrain, mui conocidos por la piedad y virtudes que hicieron reflejar sobre sus hijos y familia. Su primera educacion fué la mas esmerada que entónces pudiera darse en Chile, sometido al sistema colonial, que habia organizado la metrópoli mas celosa; pero los talentos naturales de que dió muestras desde luego el jóven Vicuña, indicaron no solo que sus progresos serian mas aventaja-

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadryl.

FRANCISCO RAMON VICUÑA.

Fran. R. Vicuña




dos a la situación política de su patria, sino también un carácter particular que le pondría al lado de cualesquiera acontecimientos extraordinarios, en que la justicia y la razón pudieran aunarse. Conocedor exacto de todos los sucesos que formaron en el Norte de la América una gran nación, ya no perteneció a las ideas jeneralizadas entonces en Chile, y una revolución igual en la América española era su ensueño y su delirio. Nada había entre nosotros que pudiera alimentar tan gratas esperanzas; pero una inteligencia superior y un carácter nacido para obrar en otro teatro que en una pacífica colonia, que desconocía el peso de sus cadenas, espiaba los momentos que pudieran favorecer sus ideas. La ocupación de España por Napoleón y la prisión de la familia real dieron simultáneamente a todos los hombres ilustrados de América la voz de alarma. Don Diego y don Vicente Larrain, su hermano don Joaquín, y su sobrino don Francisco Ramón Vicuña, en lo privado de la familia, concibieron que era llegado el momento de una revolución para la América y trataron de explotar el campo. Otros chilenos distinguidos, conducidos por la misma idea, hacían también las mismas investigaciones, y difícilmente dejaron de entenderse y comunicarse sus mutuos pensamientos y esperanzas. Las primeras reuniones fueron en casa del canónigo don Vicente Larrain, eclesiástico de luces, que había viajado por Europa y que abrigaba con entusiasmo la idea de emancipar su patria del poder español. Un gobierno que contaba tres siglos de dominación, y a quien se prestaba un respeto idólatra, efecto de nuestras preocupaciones y de nuestra ignorancia, no podía ser desquiciado tan fácilmente. Era preciso que el valor fuera proporcionado a la inteligencia y a los medios que debieran ponerse en movimiento para obtener el resultado que se proponía. Don Francisco Ramón Vicuña, entusiasmado con la sublime idea de la independencia y libertad de la patria, se puso siempre al lado de su tío don Joaquín Larrain, que dotado de una alma enérgica y de sentimientos elevados, desechaba todos los partidos medios que precisamente harían fracasar la revolución. Los movimientos de la Paz y de Quito conmovían ya la América, y la revolución de Buenos Aires vino a impulsar en Chile lo que hasta allí solo se había preparado. Un mensajero de los revolucionarios de Buenos Aires, el señor don Gregorio Gómez, hoy residente entre nosotros, trajo los primeros planes y combinaciones para realizar en Chile un igual movimiento. Su presencia excitó las alarmas del gobierno, y al descender de los Andes, se le tomó preso; pero como la revolución había ya ganado multitud de prosélitos, don Tomás Vicuña que mandaba en Aconcagua, tuvo conversaciones privadas con el prisionero, y le dirigió en sus posteriores pasos para ponerle en contacto con los que impulsaban la revolución. El señor Gómez, aunque conservaba las apariencias de un prisionero, y como tal vino a la capital, tuvo ocasión de entregar su correspondencia al doctor Rozas, a don Ignacio de la Carrera y otros ciudadanos respetables relacionados en Buenos Aires, y

el cuartel de artillería donde estaba preso, se hizo el foco de aquel movimiento que poco debía tardar en hacer su esplosion. Don Juan Mackenna, cuñado de don Francisco Ramon Vicuña, militar distinguido y valiente, colocado al lado de la revolucion por las instancias y razonamientos de su amigo y de su hermano, facilitó al emisario de Buenos Aires una comunicacion directa con los revolucionarios de Chile, que obtuvieron por fin su libertad. En casa del canónigo don Vicente Larrain, donde se habian ajitado tantos planes, asistió don Gregorio Gomez por primera vez a una reunion, y allí vió a todos los hombres que tenian demasiado adelantados sus proyectos para que la revolucion dejara de tener efecto. El valor ostentado por todos aquellos respetables chilenos era el signo mas seguro de la realidad de una revolucion, que un solo instante de incertidumbre o debilidad debia desbaratar completamente, y este espíritu, comunicado ya a la juventud, dió a la revolucion los auxiliares que necesitaba, y puso al pueblo en la conviccion de un próximo y extraordinario acontecimiento. Don Francisco Ramon Vicuña, que reunia a un carácter decidido la esperiencia que se gana a la edad de treinta y cuatro años, asistia a todas las reuniones y jamas se escusó a ninguna de las muchas comisiones que se confiaban a su ardiente patriotismo. Él ganó para la revolucion a todos sus amigos y parientes, y era el mas incansable promotor de todas las ideas que podian ayudarla.

La revolucion tomó entónces una marcha directa a la emancipacion completa del poder español, y la organizacion de un ejército que nos pudiera poner a cubierto de una invasion, fué ya el pensamiento del gobierno que se habia organizado. Sin armas mal podrian realizarse estos pensamientos, pero el ardiente patriotismo de don Francisco Ramon Vicuña, ofreciéndose a organizar una fábrica de fusiles en que se ensayara el hacer algunos nuevos y componer todas las armas que el tiempo habia inutilizado, sacó al nuevo gobierno del mas grande embarazo con que entónces pudiera tocar. El señor Vicuña abandonó sus intereses y sus negocios, y no tuvo mas idea ni mas pensamiento que llenar aquel importante servicio. La contraccion asidua del señor Vicuña para llenar debidamente las esperanzas de la patria, que veia en la recomposicion de las armas el único medio de repeler aquella invasion, le atrajo una enfermedad peligrosa que dejeneró en una tisis, que alarmó a su familia y a la que era preciso poner un pronto remedio. Este servicio, quizá hoy inapercibido, hacía su orgullo, y constantemente se le oia recordar como el mayor sacrificio hecho por su patria. Sin instrumentos, sin mas que rudos artesanos, él organizó una fábrica en que se hicieron fusiles enteramente nuevos y mejores que los que venian de Europa, y aquellas arruinadas armas, amontonadas desde la conquista, espeditas por su empeño y laboriosidad, aseguraron la república en aquellos críticos momentos hasta que el comercio extranjero empezó a proporcionarnos municiones y armamentos.

El primer congreso que tuvo Chile, contó en su seno al señor Vicuña, y en los ensayos de una reforma que el cambio del gobierno hacía necesaria, sus ideas demasiado ilustradas, quizá caminaban adelante de la verdadera posición de su patria.

Mas divididos los patriotas y abanderizadas las familias enteras que habían impulsado la revolución, los restos de la dominación española principiaron a cobrar ánimo y conspirar, y la invasión del jeneral Pareja dió principio a una reacción en los solos intereses de la metrópoli. Los Carreras organizaron una oposición armada, pero sus esfuerzos luchaban con la desopinión que se habían granjeado entre los mismos hombres que mas hubieran podido ayudarlos, y las grandes fuerzas militares que reunieron, carecían de estas fuertes convicciones que obran y sostienen esas revoluciones que cambian la faz de los pueblos.

El elemento destructor que minaba la revolución, era la democracia que entónces sin luces ni conocimiento alguno político, era mero instrumento del poder. La parte aristocrática del país que había abrazado la revolución no podía mirar con ojo indiferente la preponderancia de aquella, y mucho mas cuando estaba penetrada de que la importancia que se le prestaba era para contener el influjo de los mas ricos propietarios que se declaraban abiertamente contra el poder de los tres hermanos. Pero no podrá negarse una verdad, que en medio de las pasiones y odios de los partidos aparece incontestable y que la historia recojerá. La revolución hecha y consumada por la parte aristocrática, aunque apoyada en los grandes principios de la libertad e igualdad, estaba aun distante de haberse popularizado; y sea que los Carreras estuviesen penetrados de esta idea, o que de ella se sirvieran para contener a los que habían agraviado y cuyo poder temían, familiarizaron esa revolución con el pueblo, al que prestaron todo su apoyo. Lo mismo que en la Francia los jirondinos procuraban el poder de la parte ilustrada, y un descenso gradual en la reforma y en los cambios políticos, los hombres sensatos de Chile aspiraban al mismo resultado. Pero las grandes revoluciones sociales necesitan quizá de estímulos mas fuertes, y esta es la causa porque los partidos moderados son víctimas y no llenan sino a medias el objeto que se proponen. Los Carreras inflamando la muchedumbre formaban entre nosotros el partido de la Montaña, pero enemigos de la sangre no pudieron introducir el terror para dominar a sus enemigos y quedaron espuestos a las maquinaciones de los partidos del interior y a una invasión extranjera que contaba un estenso proselitismo.

Don Francisco Ramon Vicuña, acusado de conspirar contra los Carreras, fué preso y perseguido y tambien su numerosa familia, que inerte por esta causa, no podía servir con su acostumbrada enerjía en una revolución en que tanta parte había tenido. Pero los peligros comunes al fin los reunieron, aunque sin aquella fe viva que nos encamina a la victoria, y siempre temiendo las asechanzas y el poder de un gobier-

no, que apoyado en la muchedumbre, podia caminar con seguro paso a la tiranía.

Destituidos los Carreras por la junta de gobierno que habia ido a Talca, y centralizada poco despues la autoridad en las manos de un solo individuo bajo el título de director supremo, verificaron una nueva revolucion en que el señor Vicuña fué preso y desterrado. Su cuñado el jeneral Mackenna no pudo conseguir quedar en Chile y partió a las provincias argentinas despues de recibir el último abrazo de éste, que no debia ver mas en la vida al héroe y al hermano que habia organizado nuestros ejércitos y conduciéndolos a la victoria. Unidos por tantas relaciones y por una simpática amistad, estos dos patriotas al separarse lamentaron la pérdida de la república que creyeron segura, y tuvieron el triste presentimiento de darse un eterno adios.

Miéntas habia durado alguna regularidad en el gobierno, el señor Vicuña habia obtenido la distincion de ser llamado al senado, que entónces por primera vez tuvo Chile, y desempeñó estas funciones con su acostumbrado tino y circunspeccion, teniendo siempre en mira los intereses de la libertad y los progresos de su patria. Pero la revolucion acaecida y los sucesos que la siguieron le arrancaron de la vida pública para ir al destierro a esperar el triste desenlace de un drama que debia ya ser funesto a la república.

Despues de la batalla de Rancagua, el señor Vicuña supo en el destierro estos extraordinarios acontecimientos, y lleno de dolor, ántes que separarse de una familia que amaba con ternura, se preparó a todos los sufrimientos que sus pasados compromisos pudieran traerle. Su vida en veinte i ocho meses es un tejido de persecuciones, de peligros y ansiedades, no teniendo una hora segura para consagrarse a su familia. Perseguido por el gobierno español, que nos rejia como a pueblos conquistados, el señor Vicuña tuvo la ocasion de probar que la vida de un proscrito era bien diferente de la de un emigrado, y de sus aventuras en este período bien podria formarse una historia en que se creeria hallar la exajerada pintura de una novela.

La espedicion del jeneral San Martin le sacó del lóbrego retiro en que estaba como sepultado desde el último asalto que le dieron un mes ántes cincuenta hombres de caballería, que entraron a su casa rompiendo las cerraduras a balazos. Cuando en Chacabuco aun resonaba el cañon, ya sabía el señor Vicuña por el conducto de un amigo, que la victoria se decidia por los republicanos. Una tal noticia le puso en un estado mui cercano a la locura. Al que escribe estos recuerdos le convidó a subir a un empinado árbol, y a pesar de que el campo de batalla distaba doce leguas, él creia oír las descargas, y en su delirio veía los movimientos de las tropas; aplaudia por momentos, lamentaba la pérdida de los valientes que nos daban libertad, y concluyó por enojarse con el que nada veia ni oia, diciéndole que por su edad en nada se fijaba. Sus largos sufrimientos y su patriotismo exaltaron su espíritu hasta aquel punto; y en la noche, cuan-

do la noticia exacta de la victoria de los republicanos vino a sacarle de sus alarmas, jamas se vió mayor contento ni alborozo, ni un entusiasmo mas cercano a la locura.

El nuevo gobierno le dió la importante comision de ir a representarlo en todo el norte de la república, autorizándole para nombrar gobernadores e intendentes, como tambien todas las autoridades judiciales. Esta confianza extraordinaria era debida a su crédito, a su honradez y a las virtudes republicanas que siempre fueron el norte de todos sus procedimientos. Despues de un penoso y dilatado viaje, no solo sirvió a los intereses del nuevo gobierno, sino que se atrajo la admiracion de aquellos mismos pueblos por su moderacion y por su tino en elejir para los empleos los ciudadanos mas idóneos y mas respetables por sus virtudes. A su vuelta a la capital recibió del jeneral O'Higgins las mas sinceras demostraciones de amistad y lo mismo del jeneral San Martin, y el pueblo le elijió de municipal.

Una cooperacion activa y decidida encontró el nuevo gobierno en el señor Vicuña, que jamas dejó de aceptar toda comision en que pudiera servir a su patria. La batalla de Cancha Rayada vino a llenar de amargura la perspectiva brillante con que a sus ojos se presentaba toda la América, y a contristar todas sus esperanzas personales, reducidas a sus goces domésticos; felicidad bien grata que siempre halló en el seno de una familia que tanto le amaba. Los recuerdos de su proscripcion, miéntras permaneció el gobierno español, le decidieron desde luego a emigrar. Al dejar su familia, quizá llevaba en el alma el mismo presentimiento que su amigo el jeneral Mackenna, que no volvió a ver ni a su esposa ni a sus hijos. Aquella escena de ternura siempre la recordarán sus hijos, pero la suerte preparaba los acontecimientos de otro modo despues de tantas zozobras, y tuvo la grata satisfaccion de ver su patria libre y vivir en el seno de su familia.

El señor Vicuña no tomó como los demas el camino de las provincias arjentinas; se presentó al jeneral San Martin despues de haber depositado en un monasterio a su familia y le ofreció sus servicios como coronel de milicias. El jeneral le destinó con un destacamento a guardar el puente de Pilque con órden de cortarlo, si el enemigo intentaba el paso del Maipo por aquel punto. Cuando su comision fué ya inútil, se unió al ejército, y si no peleó como guerrero, fué testigo de aquella espléndida victoria que tanto iba a influir en los destinos de la América española.

La política, despues de la batalla de Maipo, tomó un aspecto siniestro, y un sendero, que a un ciudadano tan honrado como el señor Vicuña no podia convenir. Sin declararse hostil a la administracion, empezó a separarse de ella, y la impopularidad en que fué cayendo, preparó la revolucion que hizo el jeneral Freire. Hasta esta época el señor Vicuña, retirado de los negocios públicos, se ocupó solamente de sus intereses particulares,

prosperando en todos por su conocido crédito, por su honradez y por el espíritu de orden que reinaba en cuanto le concernia.

El cambio que obró en la política el movimiento que habia hecho el jeneral Freire, volvió a la escena pública al eminente patriota que tantas pruebas habia dado de su liberalidad. El congreso de 1823 contó entre sus mas distinguidas lumbreras al señor Vicuña; pero dominaba en aquella asamblea ese espíritu aristocrático que queria concentrar todos los resortes administrativos en el reducido círculo de algunas familias, que trabajaban por conservar la importancia de la época colonial, que debia haber concluido con la revolucion. Un hombre impregnado de las teorías de los antiguos gobiernos de la Grecia y exéntrico en política, para plantear sus planes, lisonjeó aquellas pretensiones y se atrajo el apoyo de la mayoría de aquel congreso, para sancionar una constitucion calculada por el espíritu de aquellos siglos y desproporcionada enteramente a las necesidades y convicciones de los pueblos modernos. La voz del señor Vicuña y la de sus compañeros, que se oponian a aquellos ensayos puramente teóricos, nada pudieron, y la constitucion de 1823, tan pronto como fué puesta en ejecucion, se vió su inutilidad. El pueblo se sublevó para destruirla, y el gobierno que tenia las mismas convicciones, tuvo tambien que convenir en que aquel código era ideal e inaplicable, y se uniformó con el pueblo. Un nuevo congreso fué citado, pero la libertad habia traspasado sus barreras y los hombres que dirijian la república, por aparecer liberales y contrariar la rijidez del jeneral O'Higgins, se fueron al opuesto extremo, donde solo deberia hallarse licencia. El señor Vicuña, estudiando la verdadera posicion de su patria, si daba un paso en el camino de la libertad, se detenia para ver los efectos que producia y si el pueblo se hallaba en actitud de marchar adelante. En estos momentos de oscilacion el jeneral Freire le llamó al ministerio de hacienda y poco despues al del interior, y hallando a las diferentes facciones políticas en actitud hostil contra el mismo hombre que por su lenidad les habia dado aliento, tuvo que tomar otro camino, en que léjos de perder la libertad, adquirió nueva vida por medio del respeto a la autoridad y a la actitud imponente que el gobierno tomó. Una asonada tumultuosa en aquellos dias, capitaneada por hombres influentes en el país, puso al gobierno en grandes alarmas. El jeneral Freire, decidido como militar, era tímido político, y su ministro ordenó que un batallon de infantería rodease la sala que servia de foco a aquella conmocion, sin permitir que nadie entrase y dejando libremente salir a todos. Antes de doce horas la sala estaba vacía, la tranquilidad restablecida y el gobierno asegurado. Una medida tan sencilla dejó alarmas en el jeneral Freire de haber obrado violentamente, y al siguiente dia llamó a los mas activos instigadores de aquel movimiento a la sala de gobierno, donde se renovaron las mismas declamaciones contra la tiranía. La expedicion preparada a Chiloé puso término a aquellas conmociones, y el señor

Vicuña volvió a la vida privada, sin haber perdido nada de su popularidad.

La revolucion de la asamblea de Santiago, que se tituló congreso, por haber reunido mayor número de diputados que las otras dos en que estaba dividida la república, estalló miéntras el señor Vicuña residia en su heredad, pero apénas se restableció el órden, fué nombrado diputado en el congreso constituyente que se habia convocado, y mui luego presidente de la comision de constitucion.

El señor Vicuña abrazó con zelo y entusiasmo como diputado y como redactor de la constitucion el pensamiento de la federacion, que el ejemplo de la gran nacion que se elevaba en el norte hacía mui practicable a sus ojos. Una gran mayoría se habia decidido por este sistema, y todos los pueblos y provincias creian haber hallado el remedio de sus desgracias y abrirse en su beneficio una era de progreso y engrandecimiento. Pero los que habian creído que la revolucion de América solo era un cambio de dominacion, y que les pertenecia la autoridad por haber cooperado a derribar los antiguos amos, se espantaron de un ensayo de esta naturaleza, y principiaron a hacerle la guerra. Tambien los que ocupaban los principales destinos de la república, aunque de distintas ideas, calcularon que su autoridad iba a recibir una disminucion, y rechazaron este pensamiento que demasiado se habia estendido por toda la sociedad. La revolucion que entónces hizo el coronel Campino, era una consecuencia de la lucha que las ideas de federacion habian promovido entre nosotros, pero la reaccion que la siguió, sin apagar el jérmen de este sentimiento nacional, lo modificó; y en la administracion del jeneral Pinto, el mismo señor Vicuña nombrado por el congreso constituyente presidente de la comision de constitucion, ya que no pudo hacer recibir su pensamiento, le dió la suficiente estension para dar a los pueblos y a las provincias una injerencia en sus propios asuntos. La constitucion del año 28 era mas que un ensayo político, el resultado de nuestras necesidades. Todos los partidos la abrazaron como la aurora que debia salvar la república. Unos adoptaban sus principios con la mayor buena fe; otros la elevaban a los cielos con siniestros fines, proclamando mas que todo las garantías individuales a cuya sombra iba a fraguarse una conspiracion permanente, que sofocada en un punto, debia renacer en otro, hasta consumir una revolucion centralizadora, que era el pensamiento dominante de ciertos hombres. El señor Vicuña, contento con esta constitucion y de haber en ella sembrado los jérmenes de una federacion que mas tarde podria realizarse sin esfuerzo, tuvo por compañeros en aquel trabajo a distinguidos patriotas, entre ellos el señor Infante. El congreso, sancionando aquel código bajo los auspicios de una completa uniformidad de toda la república, pudo con justicia creer que habia puesto los invariables fundamentos de la estabilidad nacional, y que su obra iba a fijar la revolucion de Chile.

Sin duda habríamos con ligeras alternativas llegado a aquel resultado, pero el que se habia hecho el centro de las públicas esperanzas, era un hombre tímido que dejó tranquilamente fraguarse ante sus ojos conspiraciones, en que sus mismos agentes tenian una parte no pequeña. La revolucion salia sin esfuerzo de la inercia administrativa, que por el miedo que la rodeaba, aparecia a los partidos como una segura presa de que mui luego se apoderarian. El primer congreso constitucional se reunió en medio de estos preparativos, y a la cabeza de la república se hallaba entónces el señor Vicuña como presidente de la comision permanente, habiéndose separado poco ántes el jeneral Pinto del gobierno para contemplar desde léjos la tempestad que veia venir, y ponerse, si le era posible, a cubierto de sus estragos. Una revolucion que estaba hecha, hacía ya tiempo, debia estallar con pretextos o sin ellos, y la nulidad en las elecciones e ilegalidades de las mismas cámaras fué el grito con que se anunció el levantamiento del ejército del sur. El señor Vicuña, que veia apoyarse aquella revolucion en la eleccion a la vice presidencia de la república de su hermano don Joaquin Vicuña, entónces intendente de Coquimbo, para quitar todo pretesto, hizo renuncia a su nombre de aquel destino, la que fué aceptada. Llamado el jeneral Pinto al gobierno, como presidente constitucional, por debilidad y temor apoyó ante las mismas cámaras los motivos que se daban por sus enemigos para la revolucion, y un documento en que está trazada la victoria anticipada de la revolucion y firmado por él mismo, fué a desmoralizar a aquel cuerpo con el que pudo salvar la república.

Como las condiciones impuestas por aquel jefe a la lejislatura, encerraban ademas su renuncia, en caso de no ser admitidas, el congreso fijó sus miradas en el señor Vicuña, para que le sucediera. Las importunidades de sus amigos para que admitiera aquel cargo, no bastaban a decidirlo. Él veia relajados todos los lazos sociales, perdido el respeto a la autoridad, y un ejército insurreccionado en el sur sosteniendo la anarquía, que mui luego se apoderaria del resto de la república. Cuando mas le estrechaban a hacer aquel sacrificio, decia por lo regular a sus amigos:—“Ya estoi viejo, yo no sé llevar armas ni quiero derramar la sangre de mis compatriotas: si un jeneral mas jóven, (el jeneral Pinto) y cuyo deber era sostener las leyes con su espada, huye de la tempestad, ¿qué podré yo hacer?” Se le observó que su amistad y relaciones con el jeneral Freire podrian influir para que este jefe, que gozaba de una merecida popularidad, poniéndose a la cabeza del ejército, contuviera la anarquía que iba a despedazar la patria. Convino, pues, en aceptar la presidencia, si ántes podia arreglarse un plan de esta naturaleza. El jeneral Freire aceptó el mando del ejército por las mismas razones, y lleno de patriotismo, dos horas despues de estos conciertos, estaba con el señor Vicuña combinando los medios de sofocar la revolucion y volver a la nacion su tranquilidad.

No estaba en los intereses de muchos amigos del jeneral Freire esta

conducta, tan honrosa y patriótica, nacida espontáneamente de su corazón y conocida lealtad, y le rodearon para pintarle los peligros que corría, sirviendo a un partido que debía concluir por sacrificarle, después de que por sus esfuerzos hubiera triunfado. Todo se ajitaba al rededor de este jefe, que entonces era el árbitro de los destinos de su patria, y colocándose entre tan opuestas pretensiones, tomó el partido medio de ofrecer al señor Vicuña a nombre de los demás partidos la presidencia por dos años y con tal de que se renovasen las cámaras por una nueva elección. El señor Vicuña, que veía en aquellos planes la ruina de la constitución y un agravio a la legislatura, quizá la más libremente elejida, lo desechó desde luego, diciendo que todos los honores y poder del mundo no bastarían a hacerle faltar a su deber. El jeneral Freire quedó inerte en la lucha que era ya preciso sostener, y el señor Vicuña, que tantas veces se había negado a admitir la presidencia, colocado en ella, no era hombre que volviera atrás ántes de haber tocado los medios de salvar la república.

Dos batallas y multiplicados encuentros ensangrentaron nuestra patria, y la revolución por fin triunfó. El señor Vicuña, perdida la capital y Valparaíso, se dirigió al norte en busca de recursos para continuar la guerra, y allí fué tomado prisionero junto con sus ministros. También cayó en poder de los revolucionarios el bergantín *Aquíles*, único recurso para dominar la mar y proteger los esfuerzos de las provincias, que no podían tardar en reclamar sus derechos, volviendo al imperio de una constitución que les ofrecía tantas ventajas y recursos.

Hai un rasgo en la vida del señor Vicuña con que cerraremos la lista de sus importantes servicios. Su legalidad y espíritu de orden no le permitieron dar a la causa que seguía un impulso peligroso. Después de cubiertos los gastos corrientes de la administración, el señor Vicuña tenía un sobrante de quinientos cuarenta mil pesos, con que pudo lanzar las masas populares contra sus enemigos y haberlos abatido; pero ántes que faltar a sus principios, prefirió su ruina y dejó a los revolucionarios esta extraordinaria suma, que les sirvió para organizar las tropas llevadas a Lircai.

Concluyó con estos ruinosos acontecimientos la vida pública de este esclarecido patriota. Durante los peligros y azares de esta larga revolución, manifestó la energía y dignidad de su carácter, y los sucesos ocurridos en nuestra patria en estos veinte años corridos, manifiestan la prevision con que se anticipaba a los acontecimientos. El señor Vicuña veía en el triunfo de la revolución el jérmen de un retroceso que debería conducir la república a mil desgracias de que él quiso libertarla aun a espensas de su vida. La providencia, que guía los acontecimientos humanos de mui distinto modo que nosotros calculamos, nos ha dado una gran lección, que Chile no olvidará nunca. Hemos sido detenidos en medio de la carrera, pero nadie es capaz de anular la revolución que principiámos en 1810. La libertad volverá sin duda llena del brillo de tan costosa experiencia, y entonces

la memoria del señor Vicuña, hoi bien grata a los chilenos, merecerá los honores públicos con que la patria siempre premia a sus dignos hijos.

Después de haber diseñado al hombre público, vamos ahora a ver al individuo, al esposo y al padre de familia. El mundo juzga a los hombres por el brillo de su vida; no así el hijo ni el amigo, que ha visto por cuarenta años tantas virtudes privadas, tantos rasgos de sensibilidad y de amor; y que educado o presente en medio de tan nobles ejemplos, puede apreciar en su justo valor el mérito de ellos.

El señor Vicuña fué casado con doña Mariana Aguirre, que reunia a mil virtudes sobresalientes una hermosura recordada siempre con entusiasmo de cuantos la conocieron en el albor de su juventud. Nada era este mérito con que la adornó la naturaleza, comparado con los inagotables tesoros de una sensibilidad y de un amor que no solo se hacía sentir en su familia, sino también en cuanto la rodeaba. Esposa incomparable, fué la madre mas tierna y mas solícita, formando así la dicha de una familia que siempre la miró como un ángel descendido del cielo para hacer su felicidad y ventura. Al lado de mujer tan interesante, el señor Vicuña llevó siempre una vida tan dulce como apacible, viendo crecer su naciente familia. Cuando las borrascas de la primitiva revolución vinieron a turbar aquellos goces, en el amor de su esposa hallaba el alivio de los disgustos que le causaba la política. Enteramente uniformados en sentimientos, jamás los deslumbró la fortuna ni los abatió la desgracia, y llevando una vida ejemplar, siempre fueron el modelo de cuantos pudieron conocer sus íntimas relaciones.

El señor Vicuña no perteneció de modo alguno a la época en que nació; no tuvo las preocupaciones que ni aun la revolución ha hecho desaparecer en algunos; ni su ilustrada razón admitió otras ideas que aquellas que inspira una sana filosofía y un juicio recto y justo. Fué muy relijioso y moral en sus costumbres, dando a sus hijos una educación que nacía mas del ejemplo que de los preceptos y reglas que imponía, atrayéndose por su franqueza mas bien su amistad que el respeto. Vivió siempre con ellos como un hermano y un amigo, y toda su familia presentó siempre la imájen de una felicidad que era imposible no se hallara en medio de tantas virtudes. Para el señor Vicuña los deberes sociales eran de tanta importancia como la rectitud y honradez individual, y en todas sus conversaciones de familia procuraba infundir en sus hijos su patriotismo, no como una inspiración del corazón, sino como uno de sus deberes mas sagrados.

Sus hábitos de orden y de economía, unidos a su laboriosidad y buen tino, le hicieron acumular una gran fortuna. Su patria no era para él un objeto de especulación, y jamás, en tantos empleos y comisiones, recibió un centavo de renta, que siempre rehusó jenerosamente. Solo admitió tres mil pesos por el último período de su presidencia, porque se los ofrecieron los mismos que le habían derribado.

Para el señor Vicuña la política era ya una necesidad; su alma necesitaba de estímulos mas poderosos que los que pueden hallarse en la vida privada. La multitud de destinos y empleos que habia ejercido, dejaron en él hábitos que al declinar su existencia, no tuvo con que reemplazar. Sin ambicion de ninguna clase, el servicio de la patria era para él una costumbre, y el servirla sin interes, con rectitud y apoyando la justicia, era ambicion bien noble y bien sublime, si por tal puede interpretarse. El vacío que su retiro de los negocios públicos dejó en su ánimo, le arrastró a investigaciones de naturaleza mui distinta. Creyó enfermedad lo que en realidad era falta de ocupacion y de pábulo a su ardiente imajinacion, y una curacion prolongada en que influyeron médicos sin filosofía, que desconocian que las afecciones morales minan tambien la salud, ayudó a debilitar su sistema y privarle de su razon durante mas de cinco años. Apenas vislumbró la pérdida de su excelente y amada esposa; y la muerte de dos de sus hijos, la de su virtuoso hermano el arzobispo Vicuña, y la de su querida hermana la viuda del jeneral Mackenna, le fueron enteramente desconocidas, precediéndoles objetos tan queridos en el camino del cielo, donde sus virtudes deben de haberles reunido.

El hijo a quien ha tocado trazar el cuadro tan sencillo de tantas virtudes públicas y privadas, no puede estar contento de su obra, hecha con tanta precipitacion y sin mas documentos que sus recuerdos y memoria. Pero la efusion de su amor y de su respeto por un padre tan querido, aparecerá en cada línea. En medio de las vicisitudes de su vida, el imitar su patriotismo, y algunas de sus virtudes será su mas noble ambicion y el homenaje mas justo que pueda tributar a la memoria de uno de los mejores padres. Este sencillo bosquejo servirá tambien a toda su descendencia, para enseñarles a amar la patria y servirla en todas las condiciones de la vida. La nacion entera, no podemos dudarlo, acompañará a nuestra familia en el profundo sentimiento que nos agobia, y estas rápidas pinceladas sobre la historia de un hombre de bien, tambien servirán de leccion y de modelo para todos los que amen a su patria y tengan un noble corazon para servirla.

PEDRO F. VICUÑA.



XXI.

D. JUAN EGAÑA.

(DEDICADA A DON VICENTE ZORRILLA.)



A historia de la independencia americana registra en sus páginas dos largas series, de heroicos militares la una, la otra de ilustres ciudadanos.

La reputacion de los primeros ha casi ofuscado la de los segundos. La lucha a muerte que ellos sostuvieron, la victoria que coronó sus esfuerzos han contribuido a darles un prestigio y renombre sobresalientes.

Los que prestaron a la revolucion la sancion moral de sus principios, de sus virtudes cívicas, los que tomaron sobre sí la carga de rejenerar un país arrancado al despotismo y presa de la anarquía, esos han ocupado hasta hoi un lugar mas o ménos secundario.

Pero la esperiencia nos hace comprender que es mas difícil constituir un país que conquistarlo, y que la mision mas ardua y noble es la del ciudadano llamado a dirijir los destinos de su patria, a mejorar sus instituciones,

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N°Desmadryl

JUAN EGAÑA.

Juan Egaña




a preparar las bases de la felicidad futura por el estudio y la aplicacion concienzuda de la ciencia. Hoi dia no es la espada, es la pluma la que rige la humanidad. Esto nos hace simpatizar mas con los hombres de letras, y por eso creemos que en adelante ellos ocuparán la escena; y aunque los héroes que nos dieron libertad tendrán siempre un lugar distinguido en nuestro reconocimiento, aquellos sin embargo serán los que, mirados como padres de nuestra rejeneracion social y política, figurarán sobre todos en la historia de nuestra patria.

Don Juan Egaña, uno de los apóstoles de la independencia americana, descuella entre los ciudadanos que le rindieron mas grandes y útiles servicios. Sus caracteres esenciales fueron la laboriosidad, la abnegacion, el desinteres, la filantropía: como hombre de letras fué el primero. Jenio vasto, jeneral, casi enciclopédico, se ejercitó en diversos ramos del saber humano. Instruido en la ciencia política cuanto se podia serlo en esa época de ensayos, su nombre está unido a todos los primeros trabajos de constitucion del país; creador del gusto literario, sirvió a sus conciudadanos con sus escritos y con sus lecciones; filósofo, empleó sus ocios y la época de su destierro en los amenos estudios del espíritu, buscando consuelo en una filosofía relijiosa.

El hombre privado tenia el antiguo temple de la virtud. Lleno de paz y mansedumbre, afable, bondadoso, era el ídolo del pueblo, que recojia el fruto de su caridad cristiana. Entregado a los estudios, no perteneció a la plaza pública, sino a su gabinete y a su familia. Austero en sus costumbres, retraído del trato constante de los demas hombres, acaso fué tenido por excéntrico y aun estravagante. Pero estas tachas han sido injustas. Los estudios imprimen en el alma de cada uno su sello particular. Los del corazon y de la naturaleza hacen al hombre concentrado y contemplativo.

La fisonomía de don Juan Egaña es una de las mas difíciles de retratar. Personaje demasiado adelantado para la época y para el país en que vivió, se levanta sobre todos los demas, y aparece rodeado de una aureola de erudicion, de saber profundo que admira, y que hace que el escritor abandone la pluma que le ha servido para los otros, y emprenda un trabajo de apreciacion y de análisis.

Egaña es orijinal atendida la época y el terreno en que floreció, y habria sido orijinal en cualquier tiempo y circunstancias. En efecto, nos ofrece una estraña mezcla de ideas avanzadas y retrógradas, pero fruto ambas del estudio y la conviccion y sostenidas con notable buen sentido, de principios sanos y algunos otros acaso peregrinos. Copió de la antigüedad, en lo que no hizo mas que seguir la corriente, porque en verdad los pensadores del siglo XVIII no fueron orijinales, y en filosofía y en política calcaron sus doctrinas sobre los modelos que les ofrecian Grecia y Roma. Egaña formó su república a imájen y semejanza de las antiguas, y las constituciones que le dió participaban de la misma democracia pura y

soberana de aquellas. En esa época en que la ciencia política era un verdadero caos, don Juan no alcanzó a comprender bien el sistema representativo, y aunque quiso sofrenar un tanto el elemento popular, le dejó armas formidables. Apénas arrancado Chile al despotismo mas absurdo, no pudo ser montado sobre las bases de constituciones liberales por excelencia, y la del año 1823, obra maestra de nuestro hombre, quedó como tipo en teoría, pero no fué posible reducirla a práctica.

Estudiemos cronológicamente al personaje.

Egaña no nació en Chile, pero murió chileno. Vió la luz en Lima el año de 1769. Su padre fué español, su madre americana. Hizo sus primeros estudios en el colegio de Santo Toribio de Lima. Desde el principio reveló las dotes que le adornaban: en la carrera de humanidades sobrepujó a sus condiscípulos, y a los diez y seis años de edad tuvo la gloria de ser nombrado profesor de filosofía. Cinco años mas tarde, recibió los títulos de maestro de teología y de leyes, y en ambas cátedras desplegó las mas brillantes aptitudes para el profesorado.

Lanzado en esta carrera debia marchar hasta su fin. Por entónces no habia para el americano otros caminos espeditos que el de la iglesia y el foro. Los estudios y las inclinaciones de don Juan le llevaban a este último. Con aptitudes de poder solicitar ya una toga, que harto necesitaba porque en sus primeros años habia perdido a su padre y quedádole una madre tierna y anhelosa que habia visto desaparecer, despues de la muerte de su esposo, los restos de una escasa fortuna, pensó en acercarse a la corte de Madrid. Solicitó de la universidad de Lima ser incorporado a la práctica forense, y una vez en posesion de sus títulos, emprendió viaje pasando por Chile. A la sazón era rejente de la audiencia de este estado don Francisco Antonio Morena, amigo de la familia de Egaña. Bajo los auspicios de este sujeto, el jóven practicante debia abreviar sus estudios para continuar su viaje a España. Pero hé aquí que los lazos de un matrimonio feliz vinieron a sujetarle para siempre en el suelo de Chile. Se estableció en la capital, y este fué el teatro en que jugó sus talentos, en que rindió claros servicios a la causa de la libertad.

Desde esta época don Juan Egaña nos pertenece, y desde entónces hablaremos de él como de un chileno, porque habiendo sido uno con nuestros padres, fué su hermano, y porque si el liberal es cosmopolita, ningun país tiene derecho de reclamarle, si no es aquel que escojió como campo de batalla para hacer triunfar los sagrados principios.

¿Quién era Egaña en los momentos en que Chile alzó el grito en contra de la dominacion española? Entregado a los estudios de derecho, ejercia con universal aplauso la profesion de abogado. Sus profundos conocimientos, su elocuencia, su constante aplicacion, su probidad le hacian merecedor de una reputacion inmensa. Uno de los hombres de aquella época, justo apreciador del mérito de sus contemporáneos, decia que Chile contaba

entre sus literatos, dos abogados y medio, y ponía en primer lugar a don Juan Egaña. En efecto, ¿quién tenía como él tamaña instruccion en el derecho? ¿quién había penetrado tan adentro en el laberinto de la ciencia política? ¿quién se había desvelado por estudiar la literatura antigua, e iniciarse en los entónces vedados misterios de las ideas modernas? Nadie podía ponerse a la altura de Egaña en literatura, en filosofía, en historia, en lenguas, de las que conocía la griega, la latina, la francesa, la inglesa y la italiana. Y esto, ¿en qué época de tan tristes recuerdos! Allá cuando era un crimen el cultivo del espíritu, cuando los libros se proscribían como peligrosa mercancía, cuando solo se ofrecían a la ávida curiosidad de los lectores uno que otro de añeja escolástica, o de indijesta teología. En esa época fué pues cuando don Juan Egaña llegó a adquirir una vasta instruccion literaria y ponerse al corriente, cuanto le fué posible, del movimiento intelectual de la Europa. ¡Con cuánta justicia se le respetó como el primero entre los hombres de letras, y cuán poderosos motivos hai para llamarle personaje raro por su saber, su virtud, sus religiosos principios, atendida la lobreguez de los tiempos en que vivió, atendido el influjo que la filosofía enciclopédica ejerció en todos aquellos que meditaron sobre ella!

Así corrían los pacíficos días de su vida. Siendo el progreso de la humanidad el móvil de sus acciones, sentía que la manera de aliviar la opresion, era cultivar el espíritu de sus conciudadanos, enjendrar en sus pechos la elevacion de las ideas. Con este objeto propuso a la corte de Madrid el que se erijiese una cátedra de elocuencia en la universidad de San Felipe. Efectivamente sus pretensiones tuvieron buen éxito, y dada ella a oposicion, la obtuvo don Juan con notable ventaja sobre sus competidores. Nos queda el discurso que pronunció, obra maestra de lenguaje, en que se hace gala con admirable soltura de una erudicion vastísima. En el trascurso de cada año leía a sus discípulos doce o mas oraciones trabajadas con esmero, y que podrian tomarse como ejemplos de buen gusto. Se distingue entre todas la que prueba la necesidad del estudio de la elocuencia para todas las profesiones literarias. ¡Qué noble tarea desempeñaba Egaña en esos tiempos! ¡Puede decirse que era el artífice de Dios que estaba encargado de arrancar la corteza que el servilismo y la abyeccion creaban en la intelijencia del americano!

Y ¿acaso desempeñaba su mision a oscuras? ¿ignoraba por ventura a dónde conducian sus trabajos? ¿veía el término de ellos, o solo le animaba el instinto divino que prende en ciertos corazones, y que hace del hombre, átomo del universo, un ente sublime por la abnegacion, que pone en continjente su vida para un fin que no divisa, pero que siente ser el de su creacion? Parece que Egaña esperaba por momentos el desenlace de la tragedia hispano-americana. Un ilustre escritor contemporáneo, que fué su discípulo, y que escribió sobre su tumba algunos de sus rasgos biográ-

ficos, le considera en esos tiempos ocupado seriamente de la libertad de la América y a propósito le compara a Franklin meditando sobre las vidas de Plutarco.

En estos momentos el reloj del destino marcó con una aguja el año de 1810 y con la otra la libertad de Chile. Don Juan estaba retirado de la vida pública; su salud quebrantada no le permitía la ajitacion consiguiente a aquella, pero sí le dejaba tiempo para ocuparse con mas esmero de la educacion que daba por sí mismo a sus hijos. Lanzado Chile en una difícil senda, ya don Juan se debia a la patria, y como aquellos viejos romanos que abandonaban el arado por la espada de la república, él abandonó su laborioso retiro, y fué a ofrecer sus virtudes y talentos al primer cabildo de feliz memoria.

La entusiasta corporacion los aceptó con dilijencia, y tuvo que deberle servicios esclarecidos. El congreso de 1811 le contó entre sus miembros y le entregó las mas delicadas comisiones. Entónces se abrieron los puertos a las naciones extranjeras, se abolió la esclavatura, se dotaron los párrocos. Siempre se dejó oír la primera la voz de don Juan Egaña. Recibió el encargo y presentó un plan de defensa y organizacion militar, un plan de estudios para la juventud, y suyo fué el primer proyecto de constitucion política que se leyó en aquel congreso y que no pudo ver la luz pública sino el año de 1813 cuando hubo imprenta. Entónces fué tambien cuando sometió a la deliberacion de sus conciudadanos su célebre memoria sobre la reunion de un congreso jeneral de los estados americanos, idea que acariciaban con entusiasmo algunos eminentes patriotas.

Dijimos al principio que la biografía de Egaña era un trabajo de apreciacion. Perdónesenos que seamos breves porque la estension que debemos darle no presta campo a un desarrollo completo de las ideas. Recopiláremos en pocas palabras el juicio que personas mas competentes que nosotros han hecho de la constitucion del año de 1811. Ella apareció como hemos dicho, el año de 1813, precedida de un proyecto de declaracion de los derechos del pueblo chileno con notas ilustrativas en que Egaña esplana sus vastas teorías. Trata primero de inculcar la necesidad que los pueblos de América tenian de reunirse para su seguridad exterior; despues, como para convencer de este aserto, prueba la dificultad que ellos encontrarían para sostener por sí solos su soberanía. Además no solo aconseja el acuerdo de unas secciones con otras, sino el de todas ellas, en diversos objetos con los pueblos de Europa, por cuya razon opina que no debia establecerse la soberanía hasta tanto no se verificase dicho acuerdo; y finalmente concluye por manifestar la seguridad que debe asistir a la América de que podrá sostener su libertad. A continuacion de esto viene el proyecto del congreso americano, despues la declaracion de los derechos de Chile, y en seguida el proyecto de constitucion.

Todos estos trabajos son dignos de todo respeto, y el chileno debe apre-

ciarlos, no solo por su oríjen histórico, cuanto porque hacen honor al país que abrió la primera página de su vida bajo los auspicios de ideas eminentemente liberales. Para la calificación de esos documentos y de su autor deben tomarse en cuenta las circunstancias del país y de la época, tal como lo indicamos al principio.

Egaña creyó necesario dar a conocer primero al chileno sus derechos, porque debía formarles el paladar con que iban a saborear el fruto de la libertad. No de otro modo Robespierre, que se creyó el reformador de la humanidad, pensó que a él le tocaba leer al mundo la declaración de los derechos del hombre.

La constitucion del año de 1811 es un documento precioso por la orijinalidad de sus ideas. Ella establece todo el plan político y social que el lejislador pensó debiera establecerse en adelante. El jefe de la nacion no es Fernando VII como lo proclamaba en su artículo tercero el reglamento que se dictó para la autoridad ejecutiva provisoria de Chile, sino que lo era la persona física o moral que señalase el congreso americano. La encabeza una esposicion de los principios que consolidan el pacto social de los habitantes de Chile, y despues sigue desarrollando el autor todo su sistema constitucional. Aquí es donde hace una mezcla minuciosa, reglamentaria, desgrenaada que forma un todo de imposible aplicacion; aquí es donde se encuentran deslumbrantes teorías, verdades antiguas y modernas, sazoadas con principios relijiosos. El derecho y la moral son el norte que dirige los pasos del lejislador: quiere reformar a la vez la sociedad y el estado, y entra con planta incierta al dominio de todas las instituciones sociales. El que estudia esa constitucion tiene pues que usar un escalpelo mui delicado para hacer la anatomía de cada una de las esferas de actividad que ella reglamenta. La organizacion de los poderes políticos apénas se divisa envuelta entre una multitud de artículos que tocan a la iglesia, la moral, la industria, el comercio, etc. Aparecen en ese torbellino de disposiciones el gobierno empuñando los poderes ejecutivo y lejislativo, las juntas cívicas y la censura atajando las usurpaciones de aquel, y todos a la vez manejando el timon de la administracion. ¡Orijinal república a la griega y romana, con honores de moderna, confuso caos que atesora los elementos de libertad que mas tarde ha debido Chile depurar!

Inútil nos parece analizar con detencion esta pieza; se han ocupado de ella escritores de bastante nota. Recordando la historia de don Juan Egaña nos contentaremos con decir que la constitucion de 1811 prueba que su autor no comprendia cuáles eran los límites de la ciencia constitucional, y que por consiguiente no supo solucionar sus problemas; que la teoría triunfó en su cabeza, y que no se ocupó en hacer transacciones entre ella y los elementos tradicionales. El hombre de gabinete, el humanitario, quiso abrazar la reforma completa de la sociedad, quiso destruir completamente el pasado, desmontar, enjutar el terreno, sembrar la buena semilla, todo

a un tiempo y con mano pródiga; y al efecto dictó el evangelio mas bien que la constitucion.

Observarémos sin embargo que la del año de 1811 es mas representativa que la del año de 1823, porque ésta estableció la censura en su forma mas democrática; lo que prueba que el pensamiento político de Egaña era la soberanía popular absoluta, la democracia de Atenas.

Así fué como Egaña consagró a la patria el fruto de sus estudios. Trabajos de no menor importancia le fueron encomendados, y los satisfizo todos con admirable abnegacion.

Pero hé aquí que un día las bayonetas brillaron a las puertas del congreso. Don Juan sostuvo con heroicidad la resistencia, porque ese hombre pacífico, moderado, tenia, como hemos dicho, templada el alma en las fuentes de la antigüedad. Jamas las pasiones, los tiranos ni los demagogos acallaron su voz, jamas pudo gloriarse partido alguno de contarle en sus filas.

Puesto a la cabeza del gobierno el militar bizarro que habia hecho de cureñas la escala del poder, Egaña se retiró al campo. El mandatario le ofreció empleos, honores, le hizo senador, pero no consiguió que volviera a la capital. Consultado por aquel sobre un proyecto de lei que evitase las conspiraciones, contestó: *la única lei efectiva es dejar el mando, y restituir a la patria su libertad.*

Por ese tiempo tropas venidas del Perú, invadieron nuestra república. La patria alzó el pabellon de socorro, y Egaña corrió en su auxilio. Tomó la parte que se le asignaba en la salvacion del país, y de su mano salieron trabajos sobre censo, estadística, plan de contribuciones, reforma de rentas eclesiásticas, establecimiento del instituto.

Nuestros campos fueron teatro de encarnizadas luchas; corrió la sangre de cien y cien patriotas, y con ella se escribieron en los anales de nuestra historia los nombres de Yerbas Buenas, San Carlos, Talcahuano, Membrillar. El enemigo amagado en su último atrincheramiento capituló.

Pero, para desgracia de Chile, no estaba mandado que esos fueran sus últimos heroicos sacrificios. Las ambiciones demagójicas ponian a precio el mando supremo, y el enemigo debia aprovecharse de nuestras disensiones de familia. Asomaron jérmenes de guerra civil, y el español vijilante se presentó a sofocarlos con su mano. El 3 de octubre de 1814 la victoria espiró en las calles de Rancagua.

Multitud de patriotas se vieron obligados a dejar anticipadamente el suelo de su amor. Egaña, el valiente que en los dias aciagos de la patria corriera a tomar las armas, no quiso partir. A los pocos dias de establecido el gobierno español, fué arrancado del seno de su familia, desposeído de sus bienes y puesto con otros ciudadanos en un bergantin que los condujo al presidio de Juan Fernandez. Se le formó causa criminal, pero ella no se terminó, porque llegó a tiempo un real indulto. Sin embargo el gobierno

español le mantuvo siempre en ese atroz depósito de bandidos. Fué preciso que la patria renaciera, y fuera a abrirle las puertas de su prision.

El cautiverio de Egaña nos valió el filosófico y ameno poema *El chileno no consolado o Filosofía de la relijion*, poema variado, lleno de los incidentes históricos que se consumaron a vista del autor, y salpicado de máximas filosóficas y de piedad, que forman un cuadro a la vez triste y consolador. Allí se encuentran escritos con caractéres dramáticos y en estilo fluido los desahogos de una alma piadosa y caritativa, allí las quejas evangélicas del solitario filósofo que contempla con dolor los males de la humanidad, allí los ayes del padre amante léjos de su esposa y sus queridos hijos. Jamas brotaron de la pluma de Silvio Pellico raudales mas abundantes de resignacion.

Desde su destierro elevó memoriales al gobierno, haciendo presentes las desgracias de su familia, y pidiendo que se le formulase de nuevo un proceso, para divisar siquiera el término de su prision. ¡Inútiles querellas!

Pero entre tanto el jenio de Chile no habia muerto para siempre en Rancagua. Como el fénix debia resucitar y ponerse a la cabeza de las huestes libertadoras. De repente vese desfilar por las laderas de los Andes un pequeño ejército, mensajero atrevido que trae la nueva de la libertad de otra república, y que pronto contará al mundo la gran victoria de Chacabuco. Volvió la patria a romper sus cadenas, y el año de 1817 volvió Egaña a pisar el suelo rejenerado.

Desde esta época hasta el año de 1823 ocuparon su vida comisiones delicadas y penosas que le exijian trabajo y erogaciones pecuniarias. Trajo de Juan Fernandez el pensamiento de un instituto de beneficencia que tuviera por objeto curar grátis a los pobres. Por sus empeños logró realizarlo, y hoi dia ese hermoso plantel, que es una sociedad perfectamente organizada, cuyo asiento está en la iglesia de la Compañía, da copiosos frutos de caridad cristiana. Sirvió ademas como catedrático de bellas letras en el instituto nacional, como miembro de la junta de educacion, y como escritor público atacando de frente los abusos morales y políticos de la sociedad.

En estos momentos la administracion que crearon los vencedores de Chacabuco vino por tierra, y con ese cataclismo quedó la atmósfera ajitada por elementos desorganizadores. Las provincias en choque con la capital, un soldado feliz en camino que venía a cobrar los gajes de la victoria, todas eran circunstancias alarmantes contra el órden y tranquilidad del país. En tal crisis la asamblea de Santiago facultó a Egaña para que de acuerdo con los plenipotenciarios de Coquimbo y Concepcion formase una administracion capaz de restablecer el órden. Antes de diez dias presentó don Juan firmada el acta orgánica de reunion de la nacion y establecimiento provisorio de su gobierno. Indicó tambien la necesidad de un congreso constituyente, y mui en breve quedó establecido este poderoso instrumento de rejeneracion.

Debia trabajarse seriamente en constituir el país. Egaña fué llamado al congreso y nombrado su presidente. Elejida la comision que debia presentar un proyecto de constitucion, se le dió tambien el encargo de presidirla: y así se realizó la grande obra que esperaban con ansiedad los chilenos, obra salida de manos del hombre a quien habian contemplado en incesante y anheloso estudio por espacio de catorce años. La patria le pidió cuenta de sus meditaciones, y él le regaló un precioso volúmen de esperiencias, de conocimientos, de instituciones liberales que a haber sido realizables hicieran de Chile el tipo ideal de la república.

No nos es permitido desarrollar todo el plan de la obra, y nos contentaremos con hacer un análisis en grande, remitiendo a los que quieran instruirse en pormenores al *Exámen instructivo* que publicó el mismo Egaña, y a los artículos publicados en el *Mensajero de Lóndres* por el célebre escritor que hemos citado arriba.

Así como mereció respetuosos aplausos el trabajo del publicista chileno, así tambien se le hicieron acres observaciones. Se le juzgó en abstracto, sin relacion a la época y al individuo, sin acordarse de que no puede pedirse al hombre mas de lo que es posible en circunstancias dadas.

La perfeccion teórica es el defecto capital que se atribuye a la obra, y de su autor se dice que careció del tino práctico necesario para constituir una nacion. No se cuidó de representar en lo posible a la sociedad para la cual lejislaba, sino que desde luego sobre un viejo lienzo pintado al óleo, quiso dibujar, sin preparacion alguna, cuadros de distinta naturaleza. Por lo demas se ha incubado en la multitud de instituciones y en la calidad de ellas, y con mucha justicia porque el principio orgánico de la existencia moral de un pueblo no puede pecar por sencillo; a lo cual contestaba Egaña evasivamente diciendo que los Estados Unidos, la Francia y el Perú habian creído necesario sentar sólidas y numerosas bases en sus cartas fundamentales. En particular, la idea del código moral, la censura, la intolerancia relijiosa, la proscripcion del jurado recibieron golpes mas o ménos mortales. White, recopilando en pocas palabras el erudito y sagaz juicio que hace de la constitucion, se espresa en estos términos: "faltan las miras políticas y en grande que solo pueden adquirirse en pueblos mas generalmente literatos que los de América. Tienen los autores de la constitucion chilena conocimientos profundos en cuanto a la constitucion e historia de las repúblicas antiguas, limitando con bastante destreza y tino el influjo del poder popular".

Darémos una breve idea de la organizacion de los poderes públicos, para tener despues la satisfaccion de recordar algunos trozos de los escritos que publicó el autor en defensa de su obra, trozos llenos de talento e ingenio. La suma del poder está equilibrada entre las siguientes majistraturas: un supremo director de limitadas facultades, un pequeño senado, otra cámara numerosa y transitoria, asambleas nacionales y provinciales. Las primeras

ejercen la censura y derecho de suspension sobre todo funcionario de cualquier órden o jerarquía, las segundas tienen igual competencia en los límites de su provincia. Estas independientes unas de otras, de modo que la centralización fuera imposible. Cada asamblea propone sus jefes políticos, nombra los municipales, vela sobre la inversión de las rentas etc., ejerce, en una palabra, facultades tan amplias y liberales, como son las que aconseja la ciencia política mas adelantada de hoy día.

El mecanismo administrativo está calculado de tal modo que el directorio no pueda invadir los derechos de la nación, porque es nulo sin el voto de su consejo y la sanción del senado; éste por su parte tiene delante de sí al gobierno que limita su poder; entre ambos se instala la cámara nacional, especie de agente plástico o iris de paz como lo llama Egaña; y sobre todos se alza formidable la censura de Aténas.

El *Exámen instructivo* explica clara y satisfactoriamente estas bases. Omitirémos cuanta observación pudiéramos hacer ya sobre las facultades del director, ya sobre la naturaleza y objeto de la cámara nacional, ya..... etc., porque estas son materias de estudios mas serios que el presente.

Pero sí, no podremos escusarnos de recordar las respuestas de Egaña a algunos de los cargos que se le hicieron referentes a sus mas orijinales principios. La idea del código moral se atacó como visionaria. En efecto, no era otro su objeto que el de reglamentar las conciencias, sujetar la opinión interna a la pauta de la lei escrita; y sabido es cuán impracticables son las disposiciones que tienden a reglamentar el fuero moral del individuo. Pero aun hai mas, y es que por un artículo del código se obligaba al ciudadano a hacer delaciones secretas, para que el gobierno en caso de elección no pudiera equivocarse. Semejante precepto no pudo ménos que rechazarse como absurdo y atentatorio. Jamas erijieron los pueblos despóticos del viejo mundo una autoridad mas severa. El poder del censor romano era invisible en comparación del que la carta chilena ponía en manos del soberano pueblo. Ya dijimos que en esta parte la constitución del año 1811 fué mas representativa. A todo esto contestaba Egaña: "que su censura era una especie de voto universal para las elecciones, porque, como dice Montesquieu, el pueblo es el mas a propósito para conocer y apreciar el mérito de los ciudadanos. Pero el pueblo, juez del mérito, no lo es de las aptitudes, y por esto el gobierno debe calificar a la persona."

El código moral que el mismo don Juan escribió en cumplimiento del artículo constitucional, y que se publicó a fines del año 1836, es una pieza admirable, en su mayor parte, por la sanidad de los principios, por el conocimiento que manifiesta el autor de la índole del pueblo para quien lejislabá, y mas que todo memorable por su orijinalidad y mérito histórico.

En punto a tolerancia relijiosa lucharon, en aquel entónces, a brazo partido Egaña y Blanco White. El primero, escritor orijinal y de talento, abogado ingenioso, católico apostólico romano, ortodoxo por excelencia,

apegado a las tradiciones españolas en cuanto a relijion; el segundo político ilustrado y de miras estensas, escritor brillante y juicioso, liberal en todos sentidos, que habia no hacía mucho desertado las banderas de Roma. La discusion fué sostenida por una y otra parte con brillo; ambos sacaron recursos de la filosofía y de la historia. Desgraciadamente don Juan ocupaba el puesto falso, y White hablaba con la superioridad y la uncion que solo tiene el que cree combatir por la dignidad del jénero humano. Apenas podrémos traer a la memoria algunos rasgos jenerales de la brillante discusion. White se admira de que el autor de una constitucion tan liberal pudiese haber escrito este párrafo: “En Chile no habrá tolerancia, porque esta supone necesidad de sufrir, y aquí no conocemos ni tenemos mas culto que el católico.” Para apoyar este aserto Egaña recordaba que en muchos pueblos se habian sufrido males infinitos y crudas guerras hasta establecer la tolerancia. Por ella, dice, fueron en Francia pasados a cuchillo y espatriados los calvinistas y hugonotes; por ella en España fueron espelidos los moriscos. El primero rechaza el mérito de estos ejemplos, diciendo: “cuando la diversidad de cultos se ha introducido en la masa del pueblo, y cuando los gobiernos han querido imponer la relijion única del estado, es cuando se han suscitado esas desastrosas contiendas que al fin han acabado por dejar a la fuerza y de mala voluntad a cada uno servir a Dios. Agrega despues, que la proscripcion de los católicos en Inglaterra no ha sido efecto de la tolerancia sino del sistema opuesto. I cuando recuerda que Egaña ha llamado en su auxilio las leyes intolerantes de Grecia, de Roma y la China, no puede ménos que lamentar los tristes recursos de que ha tenido que echar mano el pensador chileno. Este consideró a la relijion como una parte de la máquina del Estado a la que todo debia sacrificarse, y así es que opina que “sin relijion uniforme no puede haber un civismo acorde, y que ningun gobierno puede tener la absoluta indiferencia de que se habla.” ¡Verdad práctica la última, que hasta este siglo no es dado combatir! Mas abajo concluye: “¡Infelices ciertamente los pueblos, donde la política no cuenta para nada con la relijion! Su código criminal será atroz y su moralidad corrompida.” I en otra parte, dejándose arrebatado por su místico entusiasmo, esclama: “si cada uno adorase a quien y como quisiera, si existiese un verdadero ateísmo político, en que la sociedad no tuviese formas ni culto con que adorar al verdadero Dios, entónces preferiria mas bien habitar en Roma pagana, donde viese al cónsul de la república subir al capitolio rodeado de la gran pompa triunfal, para humillarnos delante de Júpiter, reconocido como Dios del imperio, que en un país donde los beneficios de la Providencia se celebrasen en las fondas y faltase un Dios nacional a quien implorar en las desgracias.—Dos son los ejes en que descansa el órden social, la tranquilidad pública y seguridad individual, y ambos se encuentran en el país de relijion uniforme.”

White hablando como un verdadero filósofo del siglo XIX dice: “poca

reflección se necesita para ver dos cosas, 1.^a que la existencia del cristianismo se debe a la victoria que ganó contra la intolerancia religiosa; 2.^a que la intolerancia mas feroz no es capaz de contener el progreso de las opiniones con quienes la conciencia toma partido." Concluía de este modo: "desengáñense los hombres que piensan en todos los países hispano-americanos. En tanto que no logren persuadir al pueblo que la religión cristiana no obliga a ser intolerante, en tanto que el entendimiento mas noble tenga que recoger las alas ante el hombre mas zafio, en punto a materias religiosas, la libertad civil de aquellos países continuará en una perpetua infancia. El disimulo y la hipocresía roerán el corazón del carácter nacional, marchitando en flor los hábitos del valor y denuedo civil, sin los cuales no existen virtudes públicas."

Debatida la cuestión en este sentido, creemos que ninguno de los dos adversarios la dió fondo de un modo a la vez filosófico, político, práctico. Por una parte, si bien es cierto que la tolerancia es el espíritu del siglo y de la religión cristiana, por otra no lo es que debiera predicarse a los pueblos de América en aquellos tiempos, como Blanco lo exige, ni ménos proclamarla como un dogma constitucional. Habría sido ponerse en pugna con los antecedentes sociales que mas hondas raíces tenían en el mundo en que Colon plantó la primera cruz. Un gobierno sabio e ilustrado no necesita legislar a este respecto, conténtase con dejar la puerta franca a los hechos, protege al extranjero, ilustra a las masas, y entónces la tolerancia hace la conquista pacífica de la sociedad.

Por lo que hace a don Juan, parapetado inflexiblemente en un extremo, lanzaba sus proyectiles al otro, y se empeñaba en probar cuán fatales consecuencias proñijaria la absoluta indiferencia religiosa de los gobernantes. No sabemos que su adversario profesase la doctrina opuesta, pero sí sabemos que la religión, ya se tome como necesidad del corazón, ya como convencimiento del espíritu, debe tener su asiento en los gobiernos, porque ellos son el corazón y la cabeza de las naciones. La religión debe brillar en la cúspide del estado como el luminar del día, pero el gobierno no debe tener la misión de fulminar los rayos de la una para extinguir las creencias de la conciencia individual. Egaña era absolutista en sus doctrinas. ¡Este era su defecto!

En cuanto al jurado, don Juan lo atacó acremente sin consideración alguna. Para él era una institución extravagante y bárbara, en una palabra chocaba con sus principios teóricos, y eso era bastante. Decía que faltos los pueblos un tiempo de protección contra la tiranía de los reyes se refugiaron al jurado para moderar la arbitrariedad de éstos; pero que no hallándose Chile en esas circunstancias, mal podría desconocerse la verdad de que necesitan ciencia y hábito de juzgar los tribunales. Esta objeción que es la favorita de los enemigos del jurado tiene también su antídoto. El hecho es que él cuenta con defensores ilustres y no poco apoyo en la espe-

riencia. Chile, es cierto, en la época de que hablamos no estaba dispuesto a admitirlo.

¿Qué progresos habia hecho pues Egaña, desde el año de 1811, en la ciencia política? Desde luego se descubre que habia adquirido nociones mas exactas sobre la estension y alcance de las constituciones. La de aquel año encerraba una mezcla heterojénea e infinita de disposiciones, porque al lado de títulos que reglaban la forma de gobierno aparecian otros sobre empréstitos, contribucion, beneficios, y hasta sobre policia; al paso que la de 1823, si bien defectuosa todavía por el recargo de instituciones, eran éstas de naturaleza mas análoga, y aunque inútiles en gran parte, podian con todo figurar en una carta. La censura, segun su última idea, tuvo proporciones mas vastas e inacceptables; lo que prueba, dijimos, que el tipo de su república era la democracia pura.

En lo que se conoce visiblemente que Egaña habia adelantado es en el cuidado que tomó por evitar la anarquía, el choque de los poderes, y conservar la unidad. I como vió que el gobierno no podria manejar las riendas de la administracion, sin brazos ausiliares, quitó a las asambleas el derecho de proveer por sí solas los empleos de su provincia, y les dejó solo la facultad de presentar a la eleccion del director.

La constitucion de 1823 fué para todos el íris de bienandanza. Promulgada en una época turbulenta y bajo los auspicios de un nombre respetable, acalló las pasiones, concitó la calma de los espíritus. Sin embargo no fué de larga vida. Freire que la habia apadrinado no pudo gobernar con ella, sea porque no fuera posible reducirla a práctica, sea porque entónces se necesitara un brazo ejecutivo mas fuerte para manejar la nave del estado espuesta a ser el juguete de un mar revuelto. El imperio de la constitucion duró solo cinco o siete meses. Su caída espuso el país a zozobrar.

Egaña que veia amontonarse las nubes en el horizonte no quiso abandonar su puesto de senador, aunque apenas podia sobrellevar el peso de su disgusto. A mediados del año siguiente de 1824 el jefe supremo se dirijió al senado, reclamando la caducidad de derecho a que debia condeñarse el pacto fundamental, porque el pueblo se resistia a obedecerlo. Ese mismo año se reunió un nuevo congreso, y el ilustre Egaña recibió del senado la comision de presentar ante aquel un mensaje a su nombre, espresando los motivos que habian obrado para la suspension de la carta, y dando cuenta de las notas cambiadas entre el senado y el gobierno. Don Juan obligado a pronunciar la oracion fúnebre sobre la tumba de su hija, iba a llenar una mision solemne. Efectivamente presentó su mensaje, y ese documento precioso fué digno de la elevacion y contrariedad de los sentimientos que lo dictaron: virtud, respeto, amargo resentimiento, dignidad, todo se espresaba en varoniles acentos. El congreso prestó atencion; pero no oyó, o no dió muestras de oír.

El director Freire decretó la ereccion de un monumento a la memoria de

la constitucion de 1823. Esto fué en 10 de enero de 1825. Pinto era ministro. El monumento no existe, como no existe vestijio alguno duradero de aquellas épocas gloriosas. Las Heras nos las recuerda con orgullo, pero hoi, mañana.....

Al congreso de 1824 sucedió el de 1825. Este, que mereció el burlesco apodo de *asamblea mama*, nada hizo. Fué violentamente disuelto, y allí quedó postrada en tierra la representacion nacional. No escasearon en ese tiempo las dolorosas convulsiones, los destierros, los insultos hechos a la autoridad, porque todos esos escándalos son el condimento con que se prepara el festin a que asisten los pueblos que inauguran súbitamente épocas nuevas.

Siguió el congreso del año de 1826, y en él hizo oír su voz Infante, proclamando la federacion. Ya entónces habia Egaña publicado varios escritos sobre las ventajas e inconvenientes del sistema federativo, porque temia que fuera a asaltar el ánimo de los chilenos el vértigo de la moda. En verdad Infante popularizaba con talento sus ideas. Llegada la época de los debates, don Juan tomó la palabra de los primeros, y combatió la federacion con una fuerza de lójica admirable; al mismo tiempo que colocaba a la vista del auditorio las ventajas de la unidad, las hacía contrastar con los peligros del sistema opuesto. La república federal es mas un tipo ideal que una entidad realizable, y si apénas pueden constituirse de ese modo, hablando de Norte América, pueblos educados en la escuela de la libertad, ¿acaso podria establecerse en Chile, que acababa de abandonar el regazo de su tiránica madrastra? Tal fué, poco mas o ménos, la tésis que desarrolló nuestro publicista. I agregando a eso las razones jeográficas y estadísticas que adujo convenientemente, podemos asegurar que no dejó argumento por combatir.

La comision habia adoptado el proyecto adicionándolo, y entónces Egaña publicó a nombre del diputado por Melipilla, un análisis crítico de todos los capítulos que contenia. El efecto de sus esfuerzos fué prodijioso. La reaccion que ellos causaron en los ánimos, trabajados tambien por la memoria que publicó don Domingo Eizaguirre, dió con la federacion al traste, y dejó cimentado para siempre el sistema unitario.

Este, puede decirse, fué el último año que apareció Egaña en la escena pública. Siguió siempre despues influyendo mas o ménos en los gobiernos, sirviéndoles de consejero, pero ya no ocupó puestos en la administracion. Un retiro pacífico, su interesante biblioteca, formada en medio de las revoluciones y del ignorantismo, y la consideracion universal, alimentaron los últimos dias del ilustre patriota. Desde su gabinete continuó defendiendo las mas arduas cuestiones de derecho, pero ya no se presentaba a los tribunales. El campo fué siempre un lugar de predileccion para él, hacía frecuentes visitas a su hermosa chacra, o a otros puntos mas distantes, y allí ocupaba sus ocios en rendir culto a las musas, que tambien le prestaron sus favores.

Llegó el año de 1833, y se convocó una constituyente. A ella no fué llamado don Juan. Su ciencia pertenecía mas bien a la historia de la patria que a las circunstancias de la época. Los llamados pelucones confeccionaron la constitucion de 1833, y entre ellos no podia tener asiento el ori-jinal restaurador de la censura de Aténas. Don Mariano desempeñó en esa época el rol del padre, y se esperó que, así como éste habia escrito en el papel una pieza de tan buen aspecto, aquel escribiese en el estado con caractéres materiales, el sistema que se iba • inaugurar.

Miéntras tanto el año de 1836 se acercaba, y traía en su seno un día funesto para Chile. Una mañana se esparció la noticia de que don Juan Egaña habia muerto. ¡Triste acontecimiento! Acababa de venir por tierra uno de los monumentos mas respetables de la revolucion, acababa de desaparecer una fuente viva de luces, de piedad, de beneficencia.

Ahora, ¿qué importaba para el país la muerte de Egaña? Perdía un varon eminente por sus conocimientos, que dia a dia derramaba escritos luminosos en todas materias, y en jurisprudencia sobre todo; perdía un tipo social edificante, porque él representaba al amigo de la humanidad, al hombre justo. ¡Qué grato era oír las sabias lecciones del filósofo, predicando la lei de amor en un estilo suave, inimitable, aroma de piedad evanjélica! I ¿qué influia esa muerte en el órden político? Ya hemos dicho que nada.

Desde este punto, y para acabar de una vez el rápido bosquejo que hemos trazado, echemos una mirada atras, y contemplemos la figura de Egaña dibujada en el cuadro revolucionario hasta el año de 1826. La vemos dominando mas bien el órden social que el político. Jamas puede decirse que representó a su época. El primero en teorías, nadó en la superficie, llevando en la mano una tea luminosa, pero no imprimió con su brazo movimiento al estado. Sus constituciones han quedado archivadas en el gran libro que encierra las lucubraciones del espíritu humano, pero no figuran en el tomo de las esperiencias.

Ahora se comprenderá porque no aparecen nombres, y apénas una que otra fecha, en el curso de nuestro trabajo. No hemos creído necesario seguir el desarrollo de la historia política, al tratar de describir a un hombre escepcional, porque habríamos tenido que consagrarnos a otros personajes mucho mas que al de nuestro objeto, y necesitado a cada paso estraviarnos para explicar anomalías. Bástenos haber estudiado en particular al hombre superior que desde su asiento derramaba sobre la sociedad el agua de la rejeneracion. I si alguno se pregunta ¿por qué Egaña siendo un modelo de dulzura y de paz se concitó el odio de algun mandatario? yo responderé: porque jamas se abanderizó en ningun partido, porque mostró la frente adusta a la demagogia anárquica y a la tiranía.

No nos ha sido posible injerir en el cuerpo de esta biografía, por órden cronolójico los numerosos y variados escritos de Egaña. Ellos for-

man una larga nómina que mereceria consignarse en este panteon, como el mas elocuente epitafio del hombre de jenio eminentemente laborioso. Pero, como es fácil instruirse de ella en la coleccion de sus obras, que es bastante popular, creemos inútil trascribirla. I por otra parte, ya hemos dicho que, como filósofo, como abogado, como literato, como publicista, nos ha dejado multitud de obras de singular mérito. Todas ellas son notables por la profundidad de los pensamientos, precision de raciocinio, amenidad de estilo. Si como poeta, en sus piezas dramáticas y composiciones sueltas, si como escritor satírico en sus *Cartas Pehuenches*, no puede competir con los autores de primera nota, en cambio tiene sus tratados jurídicos, entre los que merece recordarse la memoria sobre estincion de los mayorazgos, sus discursos académicos, memorias políticas, tratados de educacion que pudieran servir de modelos hoi dia.

Aquí darémos fin a nuestro trabajo. ¡Egaña ha trasmitido a la posteridad uno de los nombres mas envidiables! ¡Supo conquistar la inmortalidad y haciéndose chileno empenó nuestro eterno reconocimiento!

Don Juan era mas bien bajo de cuerpo, de regulares proporciones. Su fisonomía llevaba visibles las trazas de la meditacion: una espresion dulce modificaba enteramente la imperfeccion de su rostro prolongado que se estrechaba hacia las sienes. Sus ojos eran pequeños, pero en ellos irradiaba el jenio; su boca grande se embellecia, cuando rodaban de sus labios las flores del bien decir.

MARCIAL MARTINEZ.





XXII.

DON RAMON FREIRE.



IN la revolucion de 1810 Freire habria llevado la vida oscura de la colonia. Las altas dotes que como guerrero y como patriota habia traído al nacer habrian quedado ignoradas aun de él mismo a falta de objetos en que ejercitarse, y su nombre no despertaria como ahora eco en el corazon de todo un pueblo. El jeneral Freire nació en la provincia de Santiago el 29 de noviembre de 1787. Poco dirémos de sus primeros años; para los que como él dejan un nombre ilustre la vida no debe ser contada sino desde que empiezan a elevarse sobre la esfera vulgar. Desde temprano manifestó una aficion decidida por la carrera de las armas, y su padre habia resuelto llevarlo a España y obtenerle una colocacion en el ejército. La súbita muerte de éste último vino a frustrar tan lisonjeras esperanzas y a sumir al niño Freire en la horfandad. Entónces se hizo comerciante para sustraer a su familia de la pobreza a que habia quedado reducida. Con este motivo hizo varios viajes al Perú, familiarizándose así con el mar, que habia de ser con el tiempo teatro de algunas de sus hazañas. En sus cor-

GALERIA NACIONAL.



Grabado i publicado por H. Thomson y C.



RAMON FREIRE Y SERANO.

Ramon Freire y Serano

tas residencias en el Perú acreditó en diversas ocasiones el valor que le distinguió en seguida y el orgullo del nombre nacional manifestado sin embozo a los habitantes de un país en que nosotros éramos entónces jeneralmente despreciados por pobres e ignorantes.

En 1811 Freire se enrolaba como cadete en los dragones de la frontera. El cambio no era desventajoso. En vez de las riquezas que le ofreciera su profesion antigua, iba a recojer los laureles que le prometia su patria en una guerra gloriosa. En efecto ya se habia dado el primer impulso a esa revolucion que, iniciada por los hombres de toga en los cabildos y en los congresos, debia terminar en los campos de batalla; y no estaba léjos la época en que Freire tendria que hacer pruebas de su valor brillante y de la pujanza de su brazo.

Desde el establecimiento de la primera junta nacional hasta 1813 la revolucion habia hecho grandes progresos. Se habia reunido un congreso de los representantes de los diversos pueblos del reino; se habia decretado la libertad de comercio y el establecimiento de la imprenta; se organizaba un ejército nacional para defender el país; en una palabra Chile se gobernaba por sí mismo. Aunque algunos de los revolucionarios solaparan todavía sus intenciones con mentidas protestas de sumision a Fernando, la colonia era independiente de hecho y solo le faltaba que conquistar el derecho. Entre tanto los promotores de aquel movimiento, como si olvidaran la responsabilidad que habian asumido y los peligros que los amenazaban, parecian cuidarse poco de los ataques exteriores al paso que los traian inquietos rivalidades internas nacidas de la diversidad de opiniones y de intereses. Afortunadamente la guerra civil que amenazaba estallar fué reprimida en sus principios. En los últimos dias de marzo de 1813 un correo enviado a toda prisa de Concepcion esparcia la alarma por donde quiera que pasaba. El jeneral Pareja habia desembarcado en San Vicente al mando de un ejército y se habia apoderado de Talcahuano y Concepcion. Este anuncio produjo una impresion profunda en los habitantes de la capital. El temor acabó de restablecer la unidad y, olvidadas las antiguas diferencias, ya nadie pensó sino en defender a la patria. Don José Miguel Carrera, omnipotente en Santiago, despues de haber hecho declarar la guerra por el pueblo, depuesta la autoridad en una junta, volaba a las provincias del sud, jeneral sin ejército, y seguido solo de algunos edecanes, para oponerse al invasor. Carrera desplegó en aquellos dias una actividad sorprendente. En poco tiempo pudo reunir en Talca un ejército con el que se atrevió a pasar el Maule; pero ese ejército, mal armado y bisoño en la disciplina militar, carecia de todo, escepto del valor para batirse. La primera campaña de la independenciam fué pues una guerra de partidas. Esta circunstancia en nada disminuye el mérito de nuestros jefes, porque este jénero de combates ha sido en todos tiempos escuela de buenos capitanes, ni ménos apoca los resultados, porque fué siempre favorable a los defen-

sores de la libertad de un pueblo contra las invasiones extranjeras. La guerra de partidas, por otra parte, se adapta admirablemente a nuestro suelo cortado en todas direcciones por rápidos torrentes y cordones de montañas, que facilitan las emboscadas y las sorpresas; se adapta tambien a la índole de nuestros soldados valerosos, pero indisciplinados, de tal modo que aun ahora apénas pueden los jefes impedir que en una batalla dejen sus líneas para combatir cada uno por su lado.

Entre los oficiales patriotas que, despues de haberse opuesto en vano a la ocupacion de Concepcion, fueron a reunirse con Carrera en Talca figuraba en primera línea don Ramon Freire, bizarro teniente de veinte y cuatro años de edad. El jeneral le dió el mando de una partida y le ordenó pasar el Maule. Desde entónces empezó para Freire esa vida del guerrillero, vida heroica que participa de la del caballero de las antiguas edades y de la del bandido moderno. Hacerse indiferente a la sucesion del dia y de la noche para tomar su alimento o entregarse al sueño solo donde y cuando podia; dormir lo mismo en campo raso o sobre el arzon de su silla que en una tienda de campaña; galopar un dia entero al traves de bosques y pantanos y conservar, sin embargo, bastante fuerza en el cuerpo y enerjía en el alma para caer de improviso sobre un enemigo descuidado a las horas en que hombres y animales se entregan al reposo; pasar rios a nado y al favor de las sombras de la noche sorprender a sus contrarios y no dejarse sorprender por ellos; vida de aventuras, llena de contrastes en que cada momento es un peligro, y cada peligro una emocion de placer cuando se ha sabido burlarlo; y en que el hombre a pesar de todo conserva mejor que nunca la jovialidad del espíritu, porque la perpetua actividad en que vive es un obstáculo a que en él penetre el tedio, cáncer que suele roer las almas estacionadas en un gabinete solitario: tal fué la vida de Freire durante los años de 1813 y 1814. Siempre al frente de su guerrilla supo arrebatarse la admiracion de sus compañeros y los elogios de sus jefes. Los partes oficiales hacen de él mas de una vez honoríficas recomendaciones, y su reputacion de valiente llegó a ser proverbial. El asistió a casi todos los combates de aquella época: Huilquelemu, Talcahuano, el Quilo. La presa de la *Thomas* es debida en gran parte a Freire. Al mando de una lancha cañonera, da un asalto nocturno a la fragata y no salvó la vida de un cañonazo disparado por la tripulacion en el momento de dar el abordaje, sino por ese respeto que, segun una lei al parecer providencial, tiene la muerte en los combates a los hombres mas arrojados.

El mismo, recordando despues este hecho, solia decir: "salvé del cañonazo de la *Thomas*; esto me prueba que no debo morir en el campo de batalla." En el Roble, cuando sorprendido por Eleorreaga el ejército patriota hacía impotentes esfuerzos para resistir, Freire atraído por el ruido de las balas aparece de repente sobre los cerros vecinos. No puede obrar contra el enemigo por la naturaleza del terreno, pero su presencia sola

basta a infundir nuevos bríos en los nuestros y temor en los contrarios. Freire traía la victoria en sus miradas; aquellos a quienes éstas eran favorables obtuvieron el triunfo. No es nuestro intento seguir paso a paso todas sus correrías ni narrar todos sus hechos de armas; la naturaleza de nuestro trabajo no lo consiente. Habiendo obtenido el grado de capitán siguió sirviendo a las órdenes de O'Higgins con el mismo celo, con el mismo valor que había desplegado cuando Carrera era el jefe supremo. Pero lo que no podríamos omitir sin caer en la nota de negligentes es que el bravo capitán fué uno de los defensores de Rancagua. Encargado de observar a Ossorio en el paso del Cachapoal se batió en retirada de este lado del río con un enemigo inmensamente superior hasta encerrarse en la plaza, y fué actor en aquel drama de sangre y de heroísmo. Después de dos días en que no se cesó de dar y de recibir la muerte, cuando O'Higgins, pidiendo consejo a la desesperación, resolvió abrirse paso por entre las filas enemigas halló a Freire a su lado impávido y sereno en medio del peligro y del tumulto. Cuéntase que Freire mandó a sus dragones formar en círculo para colocar en el centro al jeneral; pero éste no quiso que su vida corriera ménos riesgos que la de los bravos que mandaba y agradeciendo este acto de cortesía cargó al enemigo al frente de los suyos gritando: "no damos, ni recibimos cuartel". Esta rivalidad de heroísmo es uno de esos hechos que la memoria conserva con placer a causa de la belleza y elevación de alma que en él reluce.

El sitio de Rancagua fué para Chile una decepción amarga y una lección severa. A las orgullosas esperanzas sucedieron largos sufrimientos. De los patriotas unos fueron arrojados a Juan Fernandez o en las Casas-Matas del Callao; otros ocultos como bandidos vivieron sin hogar en su propia patria, y la mayor parte se condenaron a un destierro voluntario. El capitán Freire fué uno de éstos últimos. Los emigrados hallaron al otro lado de los Andes un país empobrecido por la guerra; muchos de ellos se vieron casi reducidos a la mendicidad, si bien encontraron jenerosos socorros y simpatías en sus hermanos de las provincias argentinas. Es digno de observarse que los militares fueron los ménos desgraciados. Para escapar a la miseria y a los pesares de la patria ausente, males que se exacerban en las cabilaciones de la vida inactiva del proscrito, ellos tenían su espada, su juventud y la América entera por campo de batalla. Arrojados de un punto podían continuar en otro la guerra de la libertad: desde Méjico hasta Chile se combatía por una sola causa y contra los mismos enemigos. Freire comprendió los deberes de su nueva posición y no vivió ocioso en la tierra extranjera. En 1815 le vemos asociado a una empresa de corsarios que, bajo las órdenes de Brown y de Buchard, se proponía adquirir riquezas y arrancar a los españoles el cetro del Océano Pacífico. Empresa temeraria, si se considera que los que tanto osaban solo tenían cuatro buques en mal estado, uno de los cuales desapareció en medio de las borrascas del

Cabo. La flotilla tocó en Juan Fernandez sin poder libertar a los confinados chilenos. Despues dirijió su rumbo al norte e hizo varias presas miéntras las autoridades españolas ni aun sospechaban la aparicion de estos nuevos enemigos. Los insurjentes llevaron su audacia hasta penetrar en la bahía del Callao; era su designio apoderarse de este puerto famoso por sus castillos y aun de Lima si la fortuna los ayudaba. No lo consiguieron, pero sus esfuerzos fueron bastantes a dar una idea de lo que estos mismos insurjentes podrian hacer con mas elementos de guerra y dirigidos por un jefe mas esperto; Brown fué digno precursor de lord Cochrane. Los corsarios pasaron de allí a Guayaquil, donde efectuaron el desembarque. Freire, que indudablemente era la mejor espada que entre ellos habia, se posesionó por un golpe de mano de un fuerte denominado *Punta de Piedra* y situado sobre la ribera del rio. Brown embistió la ciudad desde las naves miéntras que Freire secundaba este ataque por tierra. Un incidente casual hizo caer al primero en manos de los contrarios. El populacho despedazó el buque que montaba Brown; pero Freire sin intimidarse embarcó su jente y amenazó bombardear la ciudad sino se le restituia a su jefe. Este fué el último triunfo de los corsarios; demasiado débiles en adelante para permanecer impunemente en el mar del sur se dividieron; uno de los buques dió la vuelta a Buenos Aires y en 1816 Freire iba a reunirse al ejército libertador que debia pasar los Andes bajo el mando de San Martin. Allí encontró a sus antiguos compañeros de armas y a los demas emigrados. Los primeros buscaban como él un puesto en el ejército; los otros esperaban que la espedicion se moviera para seguir sus huellas. Entre los sufrimientos de toda clase que tenian que soportar los emigrados, era uno la ignorancia absoluta en que estaban acerca de los planes del jeneral. San-Martin, que aspiraba a señalarse como el primero entre los libertadores de la América, acariciaba desde 1814 el proyecto de reconquistar a Chile e invadir en seguida el Perú. Gobernador entónces de la provincia de Cuyo, habia recibido y amparado a los emigrados chilenos; habia recabado de su gobierno proteccion y ausilios. A fines de 1816 tenia en actitud de marchar un ejército de chilenos y arjentinos bien respetable, aunque inferior al que Marcó podia oponerle de este lado de la Cordillera. Era, pues, necesario para el éxito de la empresa ocultar a su enemigo el lugar por donde pasaria los Andes; y en este punto el cauteloso jeneral temia mucho las imprudencias de los emigrados: este temor esplica su conducta. El emprendia la conquista de un país con el sijilo de un conspirador. En aquel grande hombre, como en el hombre típico de Maquiavelo, habia algo del leon y del zorro; no queria arrebatar por la fuerza sino lo que le era imposible conseguir por la astucia. Al fin llegó el dia de emprender la marcha, y Freire, a quien sus antiguos servicios y sus recientes proezas hacian popular en el ejército, recibió la órden de penetrar por las cordilleras del sud y apoderarse de Talca. Para conseguirlo solo tenia cien hombres y debia

atravesar por montañas escarpadas bien defendidas por partidas enemigas.

La Providencia favorecia evidentemente la causa de los americanos ; ninguna de las previsiones del jeneral salió errada ; hubiérase dicho que Marcó le obedecia con la misma prontitud que sus edecanes. Freire, desbaratada la fuerza que se le opuso, se posesionó de Talca al mismo tiempo que San Martin derrotaba al ejército español en Chacabuco y el comandante Cabot entraba en Coquimbo. Desde esta ciudad hasta Talca aparecen vencedores los tercios del ejército libertador. Los realistas, vencidos en todas partes, se replegan en partidas a la ribera meridional del Maule, como las sombras de la noche a la aparicion del alba, miéntras que Marcó, no sintiéndose con valor ni aun para huir, caia en poder de sus enemigos e iba a terminar sus miserables dias en un presidio. Solo al otro lado del Maule quedaban aun enemigos que combatir, ciudades que tomar ; allí debia abrirse una nueva campaña ; Freire y Las Heras fueron los héroes de ella. Las Heras enviado por O'Higgins, que acababa de ser electo director supremo del estado, salió de Santiago pocos dias despues de la batalla de Chacabuco y fué a reunirse con Freire en Talca. Nos es grato figurarnos a estos dos guerreros narrándose mutuamente las grandes cosas que habian ejecutado desde su separacion, y abrazándose el uno al otro. Dulce efusion de la amistad entre los riesgos que acababan de correr y los nuevos peligros y la nueva gloria que a ambos estaban reservados. Las Heras y Freire, vencedores en Curapaligüe y dueños de Concepcion sin resistencia, fueron a sentar sus reales en el cerro del Gavilan. No teniendo fuerzas suficientes para sitiar a Talcahuano, plaza en que se habia hecho fuerte el enemigo, se contentaron con tenerlo en respeto. Pero Ordoñez mandaba a los realistas ; y este hábil jefe, que jamas perdió una ventaja sobre su enemigo ni por pereza, ni por falta de arrojo, queria atraer a los independientes a una batalla ; él habia comprendido la necesidad de derrotarlos ántes de que recibieran socorros de la capital. Con este fin dispuso un ataque el 5 de mayo de 1817. Hizo de sus tropas dos divisiones, una de las cuales confió a Morgado, reservándose para sí el mando de la otra. En este órden las dos columnas caen sobre los patriotas. Freire, no bien hubo recibido la órden de atacar, se lanza sobre Morgado con la velocidad del rayo, le atrae a una emboscada, le vence y le persigue hasta las trincheras mismas de la plaza. Una hora despues Las Heras obtenia igual triunfo sobre la division de Ordoñez. La llegada de O'Higgins al campamento con nuevas fuerzas y municiones permitia estrechar el sitio ; pero ántes se creyó prudente arrojar a los realistas de los fuertes que aun poseían al otro lado del Biobío y que podian servirles de asilo en caso de derrota. Formaban éstos una cadena, que en manos de nuestros enemigos podia estenderse a todo el país, y era necesario arrancarles esta cadena. En pocos dias fueron tomadas las plazas de Naci-

miento, San Pedro, Santa Juana: no quedaba mas que Arauco situada sobre la ribera del mar, Arauco la mas importante y mejor defendida de todas. Esta obra estaba reservada a Freire. El 26 de mayo llega con una pequeña partida a las márgenes del Carampangue, los realistas desde la ribera opuesta le disputan nuevamente el paso del rio y parece imposible atravesarlo. Todo se conjura contra aquellos valientes. La noche que llega con sus tinieblas; la lluvia del dia convertida en una furiosa tempestad; el rio que ha perdido sus vados; la naturaleza entera que combate por nuestros enemigos. Sin embargo el valor de Freire se irrita en presencia de tantos obstáculos; él se avergonzaria de volver al campo balbuciendo disculpas, él que ha desempeñado siempre las comisiones mas difíciles, y a cuya voz ha obedecido siempre la victoria. Protejido por la oscuridad penetra en el rio a la cabeza de sus jinetes, miéntras que sus infantes hacen desde la ribera una diversion al enemigo. Algunos de sus soldados perecen en los remolinos de agua; él mismo se ve espuesto a ser arreba-do por la corriente; mas los peligros pasan con la noche y a la mañana siguiente es dueño de Arauco, donde encuentra fusiles, municiones en abundancia y once cañones. Esta misma plaza, perdida poco despues por un accidente desgraciado, fué recobrada por Freire, quien en esta segunda vez tuvo que superar casi las mismas dificultades.

En aquellos dias recibió un testimonio del alto aprecio que se hacía de su valor y de sus servicios. Instituida por O'Higgins la lejion de mérito en reemplazo de los títulos de nobleza abolidos, el vencedor de Arauco fué electo para miembro de aquella corporacion por el voto unánime de todos los fundadores, compañeros de armas de Freire y testigos oculares de sus hechos.

Ordoñez no tenia ya mas que a Talcahuano por asilo y el mar para huir. Reducido a la última estremidad durante todo el invierno habia echado fuera de la plaza las bocas inútiles y aun así no procuraba el sustento a sus soldados sino por la fuerza de las armas. Frecuentemente enviaba a los alrededores partidas de caballería a tomar ganados y bastimentos. Freire, que velaba siempre, la espada desnuda y el pié en el estribo, derrotó muchas veces estas partidas; las persiguió hasta las puertas mismas de Talcahuano despreciando impávido los tiros de los cañones enemigos. Tantos triunfos parciales, la vuelta de la buena estacion, nuevas tropas venidas de Santiago pusieron a O'Higgins en estado de dar un asalto. El 6 de diciembre Las Heras y Conde con dos fuertes divisiones embisten la plaza, miéntras que Freire al mando de la caballería espera impaciente que el primero de estos jefes le abra paso para atacar a su vez, segun las órdenes que ha recibido. El valor y la constancia de nuestros soldados se estrellaron aquel dia contra la habilidad y la vijilancia de Ordoñez. En vano Las Heras traspone dos trincheras tomadas a viva fuerza, porque se ve detenido delante de la última por un foso que es imposible colmar,

y tiene que retirarse; mas no lo hace sino cuando ha perdido hasta los dos tercios de su jente, cuando ha inutilizado los cañones del enemigo clavándolos, cuando obstinarse era ya ofrecerse a una muerte segura y sin venganza, a una muerte indigna de un soldado.

Entre tanto que O'Higgins preparaba otro asalto recibió cartas de Santiago. En ellas le ordenaba San Martin levantar el sitio y marchar con el ejército a reunírsele en Talca. La causa de este nuevo plan era haber sabido que Ossorio surcaba ya los mares con direccion a Chile. San Martin queria oponer fuerzas poderosas a la invasion y decidir de un solo golpe la contienda. El director movió su campo y para privar al enemigo que dejaba a su espalda, de los socorros que hallaria en la provincia de Concepcion arrastró con hombres y ganados. Venía, pues, con el ejército una emigracion de ancianos, de mujeres y de niños, jente inútil para la guerra y que era no obstante necesario amparar. Freire, puesto a la retaguardia, fué encargado de proteger con la caballería aquel movimiento. ¡Bello papel el que le cupo! servir de fuerte muro entre la inocencia inerme y la opresion injusta. Y a la verdad él se mostró en estas circunstancias como un caballero sin tacha y sin miedo: todos los dias combates y todos los dias victorias; su brazo era el emblema de la Providencia, protector para los inocentes y los débiles, terrible para los que traian la guerra y con ella el hambre y la desolacion a este suelo tantas veces regado con la sangre de sus propios hijos. Cuando el ejército del sur se hubo reunido a San Martin, Freire siguió combatiendo dia a dia. Enviado de explorador pasa el Lontué y con solo dos escuadrones sostiene el choque de una fuerte division enemiga. La tarde misma que precedió a la sorpresa de Cancha Rayada habia peleado en un encuentro parcial con Campillo, uno de los principales jefes del ejército de Ossorio, con Campillo, que no salvó de las manos de Freire, sino para morir algunas horas despues en aquella funesta noche en que la desesperacion triunfó de la prudencia y del plan mejor combinado. En las llanuras de Maipo hallamos aun al coronel Freire. Desde las primeras cargas con los cazadores que mandaba rompió el ala derecha del enemigo y hostigó hasta bien léjos en su retirada a Rodil, imperturbable despues de la derrota como en el calor del combate.

En el año siguiente fué nombrado intendente de Concepcion despues de haber ayudado al jeneral Balcarce a espeler de aquella provincia a Sanchez con los restos del ejército realista. Entónces solo pudo gozar del placer que le darian tantas victorias y otro placer de una naturaleza aun mas tierna: entónces pudo abrazar a su madre a quien no veia largo tiempo. La pobre señora habia pagado con crueles sufrimientos las glorias de su hijo. Prisionera al principio en su propia casa; fué trasladada en seguida a las bóvedas de Penco. Los españoles le habian dado por compañeros de calabozo dos cadáveres reducidos a esqueletos de cuyo espectáculo solo pudo librarse abriéndoles una sepultura con sus propias manos. Un dia

sintió cerrar por fuera la puerta de su prision; los soldados realistas salian de la plaza para batirse y no habia quien la custodiase. Cuando volvieron le avisaron falsamente la muerte de su hijo y la obligaron a encender luminarias en celebracion de esta victoria. Refinamiento de crueldad, propio de los tiempos de barbarie o de enconadas pasiones. Por último, don Santiago Ascacibar apiadado de ella la pidió a las autoridades para guardarla en su casa, y allí permaneció hasta 1818, época en que fué canjeada. Si Freire hubiera querido vengarse de los dolores que sus enemigos habian hecho sufrir a su madre, ¡qué bella ocasion se le presentaba! Era intendente de Concepcion y todo el peso de la guerra del sur reposaba sobre sus hombros. El hubiera podido ejercer represalias sobre los españoles establecidos en la provincia, tanto mas disculpables cuanto que desde entonces ellos procedieron mas como salteadores que como guerreros. Pero en su alma noble no cabian bajas pasiones; un valor a toda prueba andaba unido en él a una jenerosidad magnánima. Olvidando sus propios agravios y los ajenos coadyuvó a todas las medidas del gobierno para que no se molestase a ninguno de los realistas por sus antiguas opiniones, y él mismo pidió al supremo director la devolucion de las propiedades confiscadas a sus primitivos dueños. Freire fué jeneroso hasta con Benavides a quien hizo la guerra con una hidalguía de que indudablemente era indigno este bandido. Vicente Benavides que desde 1814 habia servido alternativamente a los españoles y a los patriotas, prisionero en Maipo, escapado del banco casi por milagro, se hallaba despues de evacuada la provincia de Concepcion por los realistas, encargado de recojer los dispersos que Sanchez dejaba detras de sí. De repente levanta bandera nuevamente por el rei y empieza una guerra de verdadero bandalaje. Freire le derrota desde luego en Curalí; pero él se rehace en las selvas de la Araucania y ausiliado por los jefes españoles de Valdivia y Chiloé, alentado por las promesas del virrei de Lima, reaparece mas fuerte que ántes acaudillando un ejército de dos mil hombres. Esta vez puso a la provincia en serios conflictos; una pequeña division mal vestida y casi hambrienta es todo lo que Freire podia oponerle; ni hallaba en su rededor medios de reparar estas faltas. De Santiago no le llegaban recursos ni podian llegarle, porque los sacrificios hechos para armar la expedicion libertadora del Perú habian dejado exhausto el país. Entre tanto Benavides y sus secuaces llevaban el terror y la ruina a todas partes; degollaban a los prisioneros, mataban a los campesinos para que no mostraran sus huellas; para ellos no eran sagrados ni el sexo, ni la edad. No guardaban ni aun ciertas leyes del derecho de la guerra respetadas entre los pueblos mas bárbaros. Así es como Pico mata inhumanamente a O'Carrol y Benavides al comandante Alcazar y a sus oficiales que se habian rendido bajo la fe de una capitulacion. Un dia Benavides se presentó delante de Concepcion, y Freire, que no tenia medios de defender la ciudad,

se retiró a Talcahuano. Sitiado en esta plaza, espuesto a perecer de hambre, no debió el salvarse sino a un acto de arrojo. El 25 de noviembre de 1820 rompió impetuosamente sobre los enemigos, y dos dias despues acabó de derrotarlos en la Alameda de Concepcion: solo escapó Benavides con algunos jinetes. Freire, siendo despues director supremo del estado, decretó un premio a los vencedores de esta jornada.

II.

Hai quienes imputan a Freire como una grave falta la revolucion que derrocó a O'Higgins. Dicen que él dió el primero el funesto ejemplo de las revoluciones militares y abrió con su espada una ancha senda a la anarquía. Basta para justificarle de semejante acusacion estudiar este acontecimiento en las ideas y en los hombres que lo prepararon. Las ideas eran las mismas de la época de la independendencia; los hombres la mayor parte de cuantos eran capaces de pensar o de obrar. Aun los partidarios de O'Higgins no pueden negar ahora, cuando las pasiones se han calmado, que este acontecimiento era inevitable. A Freire solo le cupo ser el brazo de la revolucion para derribar el despotismo y enfrenar la anarquía. Esto es lo que nos enseña la historia. Desde 1810 Chile habia sido un campo de batalla. Las ideas en cuyo nombre se habia proclamado la independendencia solo existian en la cabeza de los revolucionarios; estas ideas no se habian formulado en instituciones protectoras de los derechos del individuo y de la sociedad. Solo en los primeros años de la revolucion se habian reunido congresos y dictado algunas leyes, que por otra parte habian quedado sin efecto: la necesidad de defender el territorio habia absorbido despues los pensamientos de todos los chilenos. En 1822 las circunstancias eran diversas; la guerra, si no habia cesado del todo, no infundia temores y la actividad de los ánimos se habia convertido a las reformas políticas. Se queria saber lo que era una república; se pedia una representacion nacional y una constitucion que asegurase garantías al ciudadano; se queria saber lo que importaban al fin estas palabras de independendencia, libertad, igualdad, que vagaban en los lábios de todos, que durante tantos años habian inflamado el valor del soldado y habian sido su último suspiro al morir, estas palabras por las cuales se habia sufrido tanto y combatido tanto. O'Higgins estaba mui léjos de satisfacer estas aspiraciones; tenia miedo a los congresos y nunca creia oportuna la época de dictar una constitucion. El descontento cundia en razon de las arbitrariedades de los mandatarios y del silencio a que estaba condenada la nacion; ni bastaron a acallar este clamor los simulacros de representacion nacional y de constitucion que por dos veces habia hecho el director. Se atribuian al gobierno hasta faltas de que no podia ser responsable y crímenes escandalosos. Sea como se quiera, casi todos los hombres que por sus talentos

o antecedentes tenían alguna importancia en nuestra sociedad, estaban anhelosos de una nueva administración y creo poder consignar como un hecho incontestado que la caída de O'Higgins no fué obra ni de un motin militar, ni de una asonada de populacho sino de una revolución nacional. Se ha dicho también que hubo de parte de sus enemigos odio contra el director, pasiones personales que satisfacer; no lo dudo y mucho se engañaría el que pretendiese explicar los hechos históricos sin contar con las pasiones personales de los que en ellos han intervenido: éstas fermentan en el fondo de todos los acontecimientos políticos y sociales, pero figuran solamente entre las causas secundarias de ellos: esto no obsta que la revolución fuera nacional. ¿Por qué motejar entonces la conducta del jeneral Freire? Debía él solo en Chile encadenar su conciencia de ciudadano en las prescripciones despóticas de una ordenanza de soldado? Hizo mal si entre un hombre y su patria se decidió por esta última y sirvió a la causa nacional con el prestigio de su nombre? Freire en el curso de su vida pública dió hartas pruebas de amar verdaderamente al pueblo y de haber tomado la defensa de sus derechos con pureza de corazón. El había cumplido también con sus deberes de ciudadano y de amigo advirtiendo a O'Higgins los peligros que le rodeaban, mostrándole el abismo en que se precipitaba. A pesar de todo no quiso asumir solo la responsabilidad de esta revolución y fué necesario que los representantes de la provincia de Concepción reunidos en una asamblea le nombraran su jefe. Entonces aceptó protestando que no se movía por miras personales ni ocuparía el puesto de que se iba a derrocar a O'Higgins. Después ofició a Coquimbo y a Valdivia y ambas provincias respondieron a este llamamiento. Cuando Freire llegó a Valparaíso con el ejército del sur no quedaba por fortuna nada que hacer: el director había demitido su cargo y se hallaba en este puerto preparándose para ir a buscar un asilo en el Perú. Nosotros no creemos que para defender la pureza de las intenciones de un hombre sea necesario rebajar lo que es grande ni arrojar lodo sobre lo que es ilustre. La caída de O'Higgins fué digna de su glorioso pasado. En la magnífica escena del 28 de enero él tuvo siempre un continente grave y un aire dominador. El descendió voluntariamente; aun le quedaban soldados fieles; aun podía provocar a sus enemigos al combate y aunque no podía abrigar dudas sobre el mal éxito de éste, O'Higgins, alma fuerte y apasionada, debía naturalmente sentirse inclinado a la resistencia. ¿Qué podía temer? a lo sumo la muerte; y la muerte no era nada para él, que la había arrostrado tantas veces. Haciendo su dimisión, ahogando las pasiones de que debía sentirse en aquellos momentos dominado, hizo un sacrificio mas a su patria, y para este acto necesitó de tanto valor como en un día de batalla: O'Higgins al caer fué aun grande como en Rancagua y Chacabuco.

Freire había cumplido su empeño sin imponer a nadie el tributo de una

gota de sangre, ni una lágrima, y no pensaba mas que en retirarse a la frontera. El estado de la república no se lo permitió: elementos desorganizadores asomaban por todos lados y era inminente una guerra civil. Fué una fortuna para Chile tener a la sazón un hombre como el jeneral Freire que tan bien representara las ideas del mayor número y en tan alto grado arrastrara las simpatías de todos. La junta de los plenipotenciarios de las tres provincias en que se dividía nuestro territorio reunidos en Santiago le defirió el mando supremo. Freire rehusó al principio; no habia olvidado su protesta de Concepcion; él se habia movido por patriotismo y conviccion y temia se le confundiese con un miserable ambicioso. Fué necesario que la junta recurriese a las súplicas y a las amenazas echando sobre él la responsabilidad de los males que de su obstinacion podian resultar. Entónces se rindió sometiendo su eleccion al próximo congreso, y el 4 de abril de 1823 prestó juramento de observar el acta orgánica de union acordada por los plenipotenciarios; y empuñó el baston del mando, que en breve habia de parecerle mas pesado que su grande espada.

Freire fué fiel a todas sus promesas; no llevaba al poder ningun plan sistemático que realizar, ninguna pasion que satisfacer, ni la de la ambicion. Tenia solo una adhesion sincera e instintiva a las ideas que representaba el partido liberal, y nadie mejor que él hubiera podido fundar la república en Chile. A la sombra de su administracion los espíritus comienzan a levantarse de la postracion en que hasta entónces estuvieran sumidos. Las ideas se esparcen rápidamente, se buscan los medios de reglamentar el orden político y administrativo y la prensa es libre hasta el punto que el gobierno se suscribe a todos los diarios para proteger la difusion del pensamiento. Los hombres que figuran en esta época son tambien casi los mismos de la anterior y solo sí diversos los principios dominantes. Chile entraba en ese período de su historia que empieza en 1823 y termina en 1833 y que podríamos llamar de organizacion constitucional, con toda la confianza e imprevision que infunden un gran fin y la ignorancia de los obstáculos que a él se oponen: no se tenia aun la esperiencia de los sucesos.

Uno de los primeros cuidados del director fué reunir un congreso constituyente. La eleccion se hizo en toda la república con la mayor libertad, y esta asamblea comenzó sus funciones en agosto de 1823. En el mensaje que Freire le dirijió a su apertura se hace una reseña de todas las necesidades políticas, económicas y administrativas que se hacian sentir en el país y se manifiesta la intencion decidida de remediarlas. Muchas de ellas por desgracia eran superiores a los medios de que podia echarse mano. Fruto principal de los trabajos de aquella asamblea fué la constitucion dictada, puede decirse, en la plaza pública y en presencia del pueblo. En efecto se habia colocado una tribuna en la sala del congreso, y se concedia a todo ciudadano el derecho de tomar la palabra para impugnar o defender las disposiciones de esta carta; pero esta concesion era casi

inútil, porque don Juan Egaña, su autor, representaba la suma de todos los conocimientos que en ciencias políticas y sociales habia a la sazón en Chile, y nadie habria osado controvertir sus ideas. Antes de disolverse aquel congreso decretó a la constitucion honores desusados, una columna e inscripciones como si hubiera de durar eternamente. ¿Quién hubiera dicho a aquellos lejisladores que al cabo de algunos meses su obra ya no existiria? Esta carta por mas elojios que haya merecido aun en Europa adolece de grandes defectos. Don Juan Egaña habia meditado sobre los hombres y las sociedades mas bien como filósofo que como estadista y habia consignado en ella el fruto de sus estudios. La constitucion de 1823 es un compendio de máximas relijiosas, morales y políticas tan aplicables a Chile como a cualquiera otro país. Su autor no percibia bien la distancia que separa las ciencias morales de las ciencias políticas y sociales, y muchas de las disposiciones de este código, bebidas en las reminiscencias de la historia antigua, son de todo punto inadecuadas a una república moderna. La constitucion trababa, por otra parte, demasiado la accion del gobierno, cuando éste necesitaba de mas libertad y desenvoltura para arreglar la administracion en todos sus ramos, lejislacion, hacienda, tribunales de justicia etc., y la guerra que aun duraba: porque en todo era necesario pensar y todo reclamaba remedios urgentes. Así Freire, aunque animado de la mejor voluntad para plantearla en todas sus partes, se convenció al poco tiempo de que era imposible y solicitó del senado su suspension ofreciendo dejar el mando en caso de negativa. El senado, en cuyo seno habia muchos de los que sancionaran aquel código, no queria ni lo uno ni lo otro y exijia una enunciacion de los artículos inaplicables, es decir, un análisis de la constitucion. El gobierno tomó un camino mas corto; apoyado en el favor que el pueblo concedia largamente a Freire promovió una reunion del vecindario, que se dirijió al palacio del director pidiendo se suspendiese la constitucion. Freire reiteró entónces sus instancias al senado, y éste, en vista del peligro, se vió obligado a ceder. La constitucion quedó suspensa por tres meses y el director encargado de reunir un nuevo congreso a quien debian consultarse las dificultades ocurridas: en 1824 la constitucion era legalmente derogada. Puede decirse en alabanza de Freire que gobernó sin leyes y no puede imputársele ningun acto de tiranía ni de violencia en una época en que los derechos políticos eran una verdad para todos y en que los peligros surjian a cada paso. Este congreso se disolvió en mayo de 1825 sin haber hecho nada. En él se habian insinuado todas las pasiones de los partidos. El espíritu de provincia, precursor del federalismo que despues habia de agitar inútilmente a la república, las recriminaciones mutuas de varios de sus miembros en medio de las vociferaciones de una barra tumultuosa hicieron de su disolucion una medida de seguridad pública. En setiembre de aquel mismo año se convocaba otro nuevo que no tuvo mejor suerte.

Solo los representantes de la provincia de Santiago alcanzaron a reunirse; pero formaban casi las dos terceras partes de los diputados. Hasta aquí no habia verdaderamente mas que una asamblea provincial, si bien compuesta de individuos respetables, hostiles casi todos por sus antecedentes y opiniones al gobierno. Sin embargo, el director aprobó la reunion de la asamblea, que se titulaba de diputados para servir al congreso jeneral y representantes provisorios de la provincia de Santiago. Coquimbo y Concepcion nunca quisieron enviar los suyos a pesar de las instancias de la asamblea, porque se veian en minoría, y los diputados de Santiago, como hemos dicho, eran casi todos contrarios al gobierno, que halló siempre un apoyo seguro en el provincialismo. Vamos a ver cómo en el espacio de un mes estalló la desavenencia que existia entre el director y la asamblea.

Freire, por un acta del pueblo acordada en junio de aquel año, no tenia mas que una autoridad mutilada. Podia decidir sobre los asuntos de interes nacional; pero los meramente provinciales quedaron sujetos a una junta y despues a la misma asamblea. Ahora bien, tratábase de libertar a Chiloé ocupado aun por los realistas y, como la espedicion del año anterior fracasara i ofreciese entónces un auxilio de mil hombres el libertador del Perú, Freire, sin estar obligado a ello, defirió a la asamblea la resolucion de este punto. Ella aprobó y el director, guardando silencio al principio, se opuso despues fuertemente. Y a la verdad le sobraban motivos, ¿quién puede calcular las consecuencias de introducir un ejército estranjero en Chile, cuando el país estaba lleno de partidos? quién nos asegura que este ejército no hubiera servido mas bien para destrozarnos mutuamente que para cimentar la independenciam? Fué una medida de política rehusar esta oferta y mas glorioso para el honor nacional conquistar a Chiloé con solo el ejército patrio. Aun duraba la excitacion producida por este asunto, cuando el 30 de setiembre estalló en Valparaíso una sublevacion que no tenia ningun carácter político y era únicamente resultado de la miseria y de ciertas providencias que el ejecutivo habia tomado por la escasez del erario. Miéntras el director mandaba fuerzas para reprimirla, la municipalidad de aquel pueblo por medio de un comisionado impetraba la proteccion de la asamblea y ésta daba órden a Freire de suspender toda medida hostil contra los sublevados y hasta despachaba una comision de su seno para asegurarse la aquiescencia del director. No obteniendo una respuesta satisfactoria, la asamblea llama a los jefes del ejército que habia en Santiago y les obliga a prometerle obediencia. Hasta aquí habia dado pruebas de independenciam y de valor obrando dentro de la esfera de la lei. Pero no se contentó con esto; en una noche crecieron sus pretensiones y al dia siguiente, 6 de octubre, se proclamaba representacion nacional, y exijia igual reconocimiento del director y de las otras autoridades. Freire, que veia la dignidad de su puesto

y su nombre mismo comprometidos, salió furtivamente de la capital, dejando consignados en un oficio los motivos que le impelían a obrar así. La asamblea cantó triunfo, depuso al director y nombró para que le sustituyera por un mes al coronel Sanchez investido de un poder prorrogable y restringible a voluntad de ella misma. ¡Victoria efímera! El 8 de octubre Freire, que no se había alejado mas de cinco leguas y que se había puesto secretamente de acuerdo con los mismos militares que juraran obediencia a la asamblea, se presentó de nuevo en Santiago y disolvió aquel cuerpo deliberante a pesar de la actitud valerosa que había tomado. Para asegurar la tranquilidad hizo salir súbitamente y sin forma de proceso a diez y siete ciudadanos, algunos de los cuales eran diputados. Hemos visto este decreto, y por los términos respetuosos en que está concebido, por las recomendaciones que el mismo gobierno ofrece hacer de los desterrados a los gobiernos de los países que ellos elijan para su residencia, nos hemos convencido de que una necesidad imperiosa, en su concepto, le obligó a dar este paso. Por lo demas algunos no alcanzaron a salir de Chile. Los tiempos eran difíciles y Freire conoció que en adelante para sostenerse le sería necesario oprimir o ser oprimido, mostrarse déspota o esclavo: doble miseria que de allí a pocos meses tuvo la magnanimidad de despreciar, abandonando a otros el cuidado de rejir un pueblo, presa de las facciones. Pero ántes hizo un servicio esclarecido a su patria, libertando a Chiloé sin valerse de soldados extranjeros. Esta guerra fué para él un paseo y un solaz en medio de los sinsabores que le producian los disturbios políticos. Porque Freire tenía principalmente las dotes de un guerrero y su jeneroso pecho respiraba con mas libertad en medio del polvo de un campamento, que en la atmósfera mefítica de un palacio. Allí no hallaba ni conjuraciones, ni intrigantes, ni intenciones solapadas que adivinar, ni pareceres diversos que poner de acuerdo: ningun obstáculo entre la voluntad que resuelve y el brazo que ejecuta; ningun peligro fuera de la muerte ménos temible, para almas de su temple, que la vergüenza o la infamia que de ordinario se cosechan en las alturas del poder. Freire salió de Valparaíso con poco mas de tres mil hombres el 28 de diciembre de 1825, y ántes de dos meses había vencido a Quintanilla y completado el territorio de la república anexando a ella el archipiélago. A la vuelta de esta espedicion, que ponía fin a la guerra de la independenciam y el colmo a su propia gloria, apénas reunido el congreso de 1826, hizo su renuncia, la que le fué admitida el 8 de julio de aquel año.

El había tenido en la administracion y en la política esa buena fe, esa hidalguía antigua que los hombres de honor ponen en sus negocios privados. Constantemente respetó el derecho de sufragio, único acto de la vida pública en que el pueblo ejerce esa soberanía que en principios se le atribuye. Su corazon franco y leal se indignaba de que se le imputaran

miras de parcialidad en las elecciones. Don José Miguel Infante le preguntó un día: "¿cuál es el candidato del gobierno?" "El gobierno no tiene candidato", respondió Freire con calor. En las elecciones de 1823 habia hecho la misma protesta por escrito y todos los congresos reunidos en aquella época son una prueba de esto. Si hubo en ellos tantas divisiones, tantas luchas no fué sino porque allí tenian un órgano todas las opiniones, una representacion todos los partidos. En su larga carrera, Freire no habia contraído esos hábitos tan funestos en los que gobiernan de considerar a un pueblo como un ejército y nunca trató de imponer su voluntad al país como un sello indeleble. Quería organizarlo constitucionalmente, y si no pudo conseguirlo, mas que al mandatario, que hacía gozar a Chile de una libertad hasta entónces desconocida, debemos acusar a las circunstancias y a la inesperienza de la nacion, de cuyas luces, de cuya voluntad quería Freire que naciera la república. El poder no le envaneció hasta apartarle de este sendero. En 1824, cuando mas que nunca debia ser adulado e incensado por los lisonjeros que no faltan a los poderosos, dijo hablando a la juventud de entónces en una reunion solemne: "Nosotros hemos hecho bastante con daros independencia; a vosotros os toca lo demas". Estas palabras, pronunciadas por un hombre de 1810 en el auge de su gloria y de su edad, revelan modestia y serian ahora mismo el reproche de toda una jeneracion a las que le han sucedido. En efecto, en casi todo el continente americano los descendientes de los fundadores de la independencia vagan inquietos y divididos sobre las losas de sus padres, sin haber cimentado el órden, ni fundado la libertad, y la América se parece a un astro, que, lanzado fuera de su órbita primitiva por un choque violento, no se ha abierto todavía otra nueva.

Freire era simpático para el pueblo, que amaba en él el valor, la apostura marcial y ese respeto al título de ciudadano chileno que este hombre tenia siempre en el alma y que revelaba en su porte y hasta en la expresion de sus ojos. Cuando llegó de Concepcion bastaba que se presentase en público para que le victoriasen, y despues de tantos años es ahora el mas popular de todos los militares de la revolucion. Entrad al taller del artesano y pronunciad los nombres de Carrera y de O'Higgins y sus labios y su corazon permanecerán mudos; nombrad a Freire y os contará alguno de sus hechos de armas o recordará que durante su gobierno se acabó de hacer efectiva la libertad de los esclavos.

En 1826, Freire se separó de toda injerencia directa en los negocios públicos y se retiró a la vida privada. Hasta la revolucion de 1829, ya no le verémos aparecer sino en los momentos de crisis, cuando el órden público está amagado. Estos fueron quizas los años mas tranquilos y mas felices de su existencia. Si miraba dentro del hogar doméstico, solo hallaba motivos de satisfaccion; hacía poco tiempo que se habia casado con una señorita jóven y hermosa, doña Manuela Caldera, a quien amaba y

de quien le habia sido fácil hacerse amar: la belleza busca siempre a la gloria. Si estendia su vista hacia fuera, encontraba una larga clientela de amigos y el respeto y veneracion de sus conciudadanos; pues él era la primera reputacion del país.

Entre tanto la suerte de Chile era cada vez mas precaria. El movimiento que las ideas habian impreso a nuestra sociedad en 1823 se aumentaba de dia en dia y nadie sabia ya prever un desenlace. Habíase proclamado la federacion como forma de gobierno; hacíase de la libertad un ídolo, y a su sombra se fraguaban conspiraciones y motines, no diré revoluciones, porque no merecen este nombre alzamientos de soldados, que no tenian por objeto hacer triunfar una idea, ni estaban animados siquiera de una ambicion tenaz; la silla de los presidentes era un potro de tortura que nadie queria ocupar. Blanco y Eyzaguirre se sucedieron rápidamente; y a consecuencia de una revolucion, que por fortuna fué sofocada, el congreso llamó de nuevo a Freire a ejercer la presidencia en 1827. Pero pasado el peligro, éste hizo su renuncia, cediendo el puesto a don Francisco A. Pinto.

Una nueva carta promulgada en 1828 a juicio de todos debia resolver el problema constitucional. Ella no era utópica como la de 1823 y correspondia a las ideas, a las pretensiones de todos los partidos entónces belijerantes; sancionando el principio de la unidad nacional, descentralizaba la administracion; federales y unitarios debian por consiguiente quedar contentos. Pero este remedio llegó demasiado tarde, en las luchas anteriores se habian enjendrado fuertes pasiones; los ánimos no tenian ya la calma suficiente para distinguir entre los principios y las personas que los apellidaban, y esta constitucion fué como un edificio asentado sobre una tierra movediza y volcánica. La revolucion que iba a derribarla, rujia ya sordamente.

Este acontecimiento, que produjo cambios radicales, tenia hondas raíces. El partido liberal habia cometido faltas que hubieron de perderlo; puro al principio, su modo de obrar apenas se conformaba despues con los principios e ideas que representaba; a trueque de ostentar popularidad no tenia reparo para admitir en su seno a muchos hombres de aquellos que desacreditan el partido que los prohija y deshonoran el puesto que ocupan, haciendo servir estas ventajas a la satisfaccion de sus miras y pasiones personales. Habíase ademas fraccionado, de modo que en el momento de la lucha, y cuando mas necesitaba de la fuerza que da la unidad, algunos de sus parciales combatian en las filas contrarias. Por otra parte, el cansancio y desencantos de tantos ensayos infructuosos, como se habian hecho en los años anteriores, aguijoneaban la reaccion. Los adversarios del gobierno, sin distinguir entre los hombres y las ideas, atribuian a éstas lo que solo era un defecto de aquellos. Creian que la libertad produciria siempre los mismos vaivenes, sujetaria la sociedad a una agitacion perpe-

tua e infecunda, cuyo resultado final sería la estenuacion de sus fuerzas y la muerte; ellos, en consecuencia, la condenaban, y anhelando consolidar el estado, no veian otro medio que robustecer sin medida la autoridad. Tales son las verdaderas causas de la revolucion y los frutos que de ella esperaban sus autores. Así es como de cuantas parcialidades se disputaban el triunfo, federales, o'higginistas, estanqueros, éstos últimos quedaron dueños del campo; ellos resumian mejor que los otros las aspiraciones de la revolucion; preciso tambien es confesar que allí se encontraban los hombres mas emprendedores.

Las elecciones para el congreso en 1829, en que se habian cometido algunas ilegalidades y tropelías para hacer triunfar a los partidarios del gobierno, fueron el pretexto y el punto de partida de los revolucionarios. El 4 de octubre el ejército de la frontera mandado por el jeneral don Joaquin Prieto se levantó y se puso en marcha para la capital aumentando al paso sus fuerzas con las milicias del Maule y de Colchagua. Santiago desde la reunion del congreso era presa de las mas vivas agitaciones. A favor de la libertad que todos tenian para asociarse y escribir, se clamaba contra las elecciones de diputados, contra la eleccion del vicepresidente, que la cámara acababa de hacer y en la que se acusaba una infraccion de la constitucion; se clamaba en fin contra todos los actos del congreso y se aspiraba a suprimirlo. La renuncia que en esta crisis hizo el presidente, debilitó mas al gobierno y dió alas a la revolucion. Los agitadores de Santiago no tuvieron ya freno en su conducta. El 7 de noviembre, reunidos en el consulado, levantaban un acta en que, deponiendo al presidente interino don Francisco Ramon Vicuña, le sustituian una junta compuesta de tres individuos, y cuando estos actos habian sido consumados se introducian tumultuosamente en el palacio atropellando la guardia. El gobierno, como es natural, no quiso reconocer la autoridad de una junta que elejia al motin de órgano para comunicar sus acuerdos, y sintiéndose débil, se retiró a Valparaíso. Vióse entónces la capital dividida en dos bandos, uno de los cuales obedecia al gobierno y el otro a la junta. Los cuerpos del ejército que formaban la guarnicion apoyaban al primero. ¿Qué parte tomó el jeneral Freire en estos sucesos? En un manifiesto publicado en Lima por él mismo dice que retirado a la vida privada habia sido ajeno a *todas las intrigas y sordas maquinaciones que precedieron al 7 de noviembre*. Los pelucones fueron a buscarle y consintió en ser miembro de la junta, porque creyó ser éste el único medio de salvar el órden público amagado. Sea que el jeneral solo quisiera restablecer la armonía de la lei, como él dice, y como da márgen a creerlo el desprendimiento que manifestó en diversos lances de su vida, o que adhiriéndose desde luego a la revolucion, se arrepintiese despues al ver el jiro que tomaba, ello es que intentó robar al gobierno la obediencia de la tropa. Pero ella y sus jefes permanecieron fieles a su deber, y nadie ignora la noble y caballe-

rezca firmeza del coronel Tupper. Entre tanto, Prieto se acercaba a Santiago, y el 14 de diciembre Lastra, que mandaba en jefe las fuerzas del gobierno, salió a su encuentro y se batió con él a las puertas de la ciudad. El resultado del combate quedó indeciso, y el tratado de Ochagavía, firmado dos días después, puso en manos de Freire la suerte de Chile. Según el tenor de un artículo de este tratado, Prieto y Lastra debían igualmente dejar el mando de sus respectivas divisiones y ponerse a las órdenes de Freire. Pero desde aquel mismo día comenzó a manifestarse a las claras la desconfianza recíproca que existía entre Freire y los estancieros. El jeneral, por sus ideas, por sus antecedentes, no podía aceptar la revolución tal como ellos la entendían; éstos a su vez tenían miedo de que Freire dominase sin contrapeso, porque veían perdido el fruto de sus afanes. Freire, elemento necesario para hacer la revolución, iba en adelante a ser un obstáculo al desenvolvimiento de ella; y por esta causa el tratado de Ochagavía no llegó nunca a cumplirse en todas sus partes. Freire, no recibió obediencia sino de la división de Lastra y tuvo la imprevisión de diseminar estas tropas en diversos puntos, al paso que el ejército revolucionario, cuya entrega era diferida con varios pretextos, permanecía unido cerca de Santiago. Las quejas y recriminaciones recíprocas, que entonces comenzaron a hacerse Freire y Prieto, estallaron al fin por una hostilidad abierta. Cuando el último, pasando a las vías de hecho, puso sitio al cuartel de artillería, el primero, demasiado débil para parar el golpe, abrazó el partido que le imponían las circunstancias. Reunidos en junta de guerra los militares que aun estaban bajo sus órdenes, y resuelto en ella sostener la constitución, se dirigió a Valparaíso y de allí a Coquimbo. Desde este puerto se hizo a la vela para las provincias del sud, donde esperaba hallar numerosos partidarios, y desembarcó en Constitución. Habiéndose volcado el bote que le llevaba a tierra, estuvo a riesgo de ahogarse. Este suceso era fatídico, y en efecto el pronóstico se realizó muy luego, cuando remontando el Maule fué a batirse con su adversario en Lircái, cerca de Talca (17 de abril de 1830). De propósito no queremos entrar en los pormenores de esta batalla. Es cosa triste narrar estas luchas fratricidas, en que la espada al parecer debiera pesar a la mano del guerrero y el valor caer abatido en su pecho, y en que por una experiencia de todas las épocas sabemos que las pasiones son más encarnizadas. Es cosa triste referir como los que han nacido en una misma tierra, los que tienen un mismo origen se dan furiosos la muerte a la sombra de la misma bandera; como esta insignia de unión lo es entonces de odio; como los que mueren pueden solamente reconciliarse y volver a abrazarse como hermanos; porque en las guerras civiles la bandera nacional no es un signo de fraternidad sino sobre las tumbas.

Freire vencido pudo todavía por algún tiempo sustraerse a la persecución de los vencedores, primero en Aconcagua y después en Santiago.

Descubierto al fin, fué preso, conducido a Valparaíso y espatriado sin proceso. En esta travesía, ¡cuántas veces debió asaltarle el recuerdo de O'Higgins, que siete años ántes recorría el mismo camino, mientras él llegaba de Concepcion en aparato de triunfo! El jiro de los sucesos igualaba a estos dos rivales; elevados al mando supremo por el prestigio militar iban del mismo modo a espiar en el destierro, con el intervalo de pocos años, el uno su constante oposicion a la voluntad nacional, el otro su excesiva condescendencia con los caprichos de los partidos y ambos su gloria.

Hasta 1836 Freire y sus compañeros de infortunio vivieron en Lima esperando la lei de amnistía. A esta época viendo siempre sus esperanzas resueltas en humo probaron otro medio de volver a su patria. El desarme de la escuadra peruana ordenado por el gobierno les hizo ceder a la tentacion de arrendar dos buques, porque comprarlos les hubiera sido imposible en su pobreza. El gobierno del Perú debió saber que los emigrados disponian en aquellas naves una expedicion jirada sobre las costas de Chile; mas no parece que haya tenido en ella una parte mas directa. En cuanto a Freire y sus compañeros, víctimas de una revolucion y no reos de un crimen, habian esperado en vano la amnistía, y sus amigos de Chile los llamaban asegurándoles que, a su vuelta, el país, exasperado por la nueva administracion, se pronunciaria unánimemente en su favor. ¿Qué mas incentivos para un proscrito? Son demasiado severos o poco independientes en sus juicios los que afectan creer que por este acto Freire ha empañado sus antiguas glorias hasta ser hoy indigno de la gratitud nacional. El que haya hecho grandes servicios a su patria y haya recibido en recompensa grandes agravios; el que, habiendo experimentado la tiranía que las pasiones políticas ejercen sobre el alma, haya sabido dominarlas y comido el pan del destierro sin murmurar, ese y solo ese puede tirarle la piedra. Pero nosotros, sin haber hecho la triste experiencia de la vida pública, si bien comprendiendo lo que ella es, desaprobamos la accion y somos algo mas induljentes para juzgar a un gran ciudadano. Hé aquí los hechos.

En aquella época Santa Cruz, presidente de Bolivia, fomentando revoluciones, habia penetrado en el Perú a título de protector, y ya se mostraba pujante y hostil a las demas nacionalidades de América. El gobierno de Chile temia fundadamente que respecto de él se siguiera la misma conducta con el fin de obtener el mismo resultado. No dudamos que a Santa Cruz le halagara esta esperanza, aunque era un verdadero sueño de loco, pero ¡cuántos delirios no se albergan en los cerebros de los ambiciosos? no dudamos tampoco que a ocultas fomentara la empresa de los emigrados; ver arder en Chile la tea de la discordia le hubiera sido un espectáculo sumamente agradable; esta luz siniestra, en sus sueños de ambicion, iba a ser la aurora de un nuevo dia de engrandecimiento y de orgullo para él. Pero ¡qué hai en todo esto de que pueda hacerse una

acusacion seria al jeneral chileno? Se vendió acaso a los enemigos de su patria, compró la proteccion de ellos con la promesa de ausiliar sus planes? Para sospecharlo sería necesario olvidar la vida anterior de Freire, los sentimientos e ideas que reglaron siempre su conducta, y que le sobra- ba como chileno el orgullo de que no hacía alarde como hombre. No, él no era un mercenario, ni traía tampoco a sus órdenes la vanguardia del ejército de Santa Cruz; no dependia en nada del Perú; él solo acep- taba los riesgos y la responsabilidad de su arrojo; y si los extranjeros hu- bieran osado inferir el menor agravio al honor nacional de Chile, habria sido el primero en lavar esta mancha con la sangre de ellos. Freire no fué culpable mas que de haber usado, en su situacion desesperada, de los recursos que solapadamente ponía a su alcance una mano estraña; mas no cometió un delito de lesa nacion. Los medios mismos con que obraba no revelan otra cosa: dos malas naves, sin armas ni municiones, tripuladas por unos cuantos chilenos, y en las cuales no tremolaba mas bandera que la nuestra.

Chiloé era el punto fijado para el desembarco, y allí llegó Freire sin contratiempo a bordo del *Orbegoso*. Bien acogido, no supo aprovecharse de esta ventaja y perdió el tiempo aguardando a la *Monteagudo*, en que venía el coronel Puga con el resto de la jente. La tripulacion de la fragata habia tenido miedo y habia ido a entregarse en Valparaíso. Puga, que estaba enfermo, no pudo impedir esta insurreccion y pasó casi sin saber- lo del mar a un calabozo. La misma fragata montada por tropas del gobierno sirvió inmediatamente para aprehender a Freire. Los reos fueron juzgados por un consejo de guerra y condenados a muerte; el tribunal de apelacion conmutó esta pena en diez años de destierro. Portales, mi- nistro entónces, destituyó a los jueces que no habian querido confirmar el primer fallo, no porque tuviese intenciones de llevarlo a efecto; pero queria humillar a Freire obligándole a mendigar del gobierno su propia vida por medio de un indulto: se engañaba. El jeneral habria dado su cabeza al verdugo primero que su dignidad a sus enemigos.

Vedle otra vez espelido de su patria. Antes de salir estuvo preso cuatro meses en la isla de Juan Fernandez. Allí se le ofreció dejarle pasar a Eu- ropa, si daba una fianza de no volver a Chile miéntras no fuese llamado; él solicitó que a esta condicion se le permitiera residir con su familia en alguna de las provincias arjentinas. Pero tan cerca infundia temores; el gobier- no no quiso consentir en ello y un buque le condujo a Nueva Holanda. Esta segunda prueba le fué dolorosísima. Tenia una gran ternura por sus hijos y amaba a su mujer y a su patria con pasion: privado de estos objetos, no se hallaba bien en ninguna parte. Sus ojos y sus pensamien- tos estaban siempre vueltos hacia esta tierra de Chile, la única que en todo el mundo le estuviera vedada, y la única sin embargo en que podia vivir contento. Los que han acompañado a Freire en el destierro, los que

han entrado en la participacion de sus pensamientos mas íntimos dan testimonio de sus largos y penosos sufrimientos y de su elevacion de alma en medio de ellos. El no era de esas naturalezas irritables que se dejan llevar de sus impresiones momentáneas y que revelan así, no la enerjía, sino la debilidad de su temperamento. El juego de los impulsos de aquel corazon era casi siempre ordenado como de quien tiene conciencia de sus fuerzas, y es superior a cuantos males pueden causar los sucesos o los hombres. Freire sabía sufrir y callar: tenia cierta especie de estoicismo que hacía venerable su infortunio. Pero en este silencio no habia nada de siniestro; no era el silencio de esos caractéres que una vez ofendidos no podrian olvidar el ultraje y que se concentran en sí para meditar mejor los medios de vengarse, porque la vida misma no podria ya tener atractivos para ellos despojada de esta esperanza. Léjos de esto, Freire jamas descendió a redactar para lo futuro planes homicidas, ni a verter su resentimiento en palabras venenosas. Entrar de nuevo en su patria aclamado por el voto de sus conciudadanos, verse otra vez en la plenitud del poder, contemplar a sus enemigos vencidos y no hacerles mal ninguno, esta era la sola venganza que él habria querido tomar y el único proyecto que podia sonreír a su imaginacion. Pero esta satisfaccion no le estaba reservada, y ántes de volver a Chile como simple ciudadano anduvo peregrinando en diversos lugares. En Otahiti recibió de la reina de un pueblo de salvajes la hospitalidad que le negaban sus compatriotas. En Bolivia no halló una acogida tan cordial; porque el gobierno de este país, sometiéndose con desdoro propio a órdenes emanadas, al parecer, de Chile, le obligó a residir en Chuquisaca, ciudad del interior y capital de aquella república. Por último el jeneral Búlnes, elevado a la presidencia en 1841, promulgó una lei de amnistía en favor de los desterrados por causas políticas; y algunos meses despues Freire era restituido a su familia y a sus amigos.

Desde esta época hasta su muerte, nunca quiso mezclarse en los negocios públicos. Su nombre no obstante habria podido servir de bandera a un partido; y éste, cualquiera que fuese, habria arrastrado sin duda las simpatías del pueblo. Pero Freire estaba ajeno de toda ambicion; acaso tambien queria poner un interválo entre la muerte y su juventud constantemente ajitada por las alarmas de la guerra o los azares de la política, y saborear en paz este fruto de la vida que para muchos hombres solo tiene jugos amargos. En su retiro, cuando era consultado sobre los hechos de la revolucion, manifestaba una gran modestia, elojando siempre a sus compañeros y olvidándose a sí mismo: dejaba a los otros el cuidado de tejerle coronas. Por lo demas era afable y franco en el trato con sus amigos, y de una dulzura incomparable en el seno de su familia. Parece que estos hombres de guerra deberian llevar hasta el hogar doméstico la rijidez y aspereza de los hábitos de la vida militar, y contrastan cuando

se les halla suaves e indulgentes. Pero este contraste no sorprende sino a las personas poco observadoras; porque él existe en la naturaleza del hombre y la epopeya misma le debe algunos de sus mas bellos y verídicos rasgos.

Freire tenia una hermosa figura, cabellos rubios, mirada grave y resuelta, formas atléticas. Su cuerpo parecia hecho para luchar con los hombres o resistir a los mas fuertes dolores; él estaba en proporcion con su destino, porque durante su vida debia recorrer todas las gradas de la escala del valor hasta un heroísmo sublime. Tener coraje en el campo de batalla cuando la juventud nos alienta y las imágenes deslumbradoras de la gloria ajitan el corazon y ponen una especie de vértigo en la cabeza, es sin duda bello; pero hai muchos hombres capaces de hacerlo. Sufrir en silencio y resignado los mas crueles tormentos, sin que ninguna pasion redoble momentáneamente nuestras fuerzas morales, sostenerse en esta lucha por sola la enerjía pasiva del alma, vivo aun ser roído como Prometeo, y no exhalar una queja, ni dar la mas lijera muestra de dolor, esto sí que supera con mucho las proporciones ordinarias de la naturaleza humana. El jeneral Freire, que en tantas y tan brillantes pruebas acreditó tener la primera especie de valor, poseia tambien en alto grado la última. Nada hai comparable a lo que sufrió en los postreros meses de su enfermedad. Atacado de un zaratan, el cáncer le habia devorado parte del cuello, de la lengua y aun el labio superior. Los médicos le habian arrancado los dientes y las muelas y habian operado varias veces sobre su cuerpo y nunca se le oyó un solo *ay*, ni tuvo un movimiento de impaciencia. A veces, retirado en el fondo de su aposento, presa de horribles dolores, se veia algunas lágrimas correr lentamente por sus mejillas. Era un efecto meramente físico; su alma no tenia parte en estas lágrimas, porque si se le hablaba respondia con la misma serenidad que si hubiera estado en perfecta salud. Pocos dias ántes de morir un sacerdote le habia anunciado la proximidad de su fin; inmediatamente despues entró a verle el jeneral Las Heras y Freire haciendo alusion a su muerte le dijo con la sonrisa en los labios: "Amigo, me acaban de comunicar la órden del jeneral en jefe (1)." "No hai mas que cumplirla como bravo," le respondió Las Heras. Este lenguaje militar de dos viejos soldados en aquellas circunstancias, esta asociacion de la muerte a los hábitos que habian hecho la gloria de su vida dejaron conmovidos a cuantos se hallaban presentes. De allí a pocos dias, el 9 de diciembre de 1851 espiró el capitán jeneral don Ramon Freire a los sesenta y cuatro años de edad.

Tal es en resúmen su vida y su muerte: de él podríamos decir que le faltó el jenio político, don que el cielo concede a mui pocos; mas tuvo la virtud, adquisicion del hombre; y ésta unida a su gran corazon

(1) Dios.

y a los gloriosos hechos a que dió cima miéntas vivió, basta para ilustrarle en los anales de la América. Su nombre es popular, su reputacion es pura; él brilla de los primeros entre aquellos hombres de cuyos pensamientos y esfuerzos ha nacido la que hoi llamamos patria. Los chilenos reconocidos le han votado una estatua y este monumento, fruto de erogaciones privadas, hermosea ahora nuestro paseo principal. Allí, en el dia de la inauguracion, la poesía y la elocuencia han rendido un tributo de admiracion al héroe (1). Antes de concluir, permítaseme expresar un deseo. ¿Por qué no se hace lo mismo con otros como Carrera, O'Higgins que lo merecen igualmente? Debemos gratitud a estos hombres; seamos justos con ellos, aunque tarde; pongamos sus imájenes en los lugares públicos para que su presencia despierte continuamente nuestros recuerdos, y nuestra memoria llegue a ser un Elíseo para estas sombras venerandas. Hagámoslos revivir, pero sin sus odios y rivalidades personales, pasiones bajas y terrenas, que talvez nosotros mismos exageramos, y que de cualquier especie que hayan sido, han devorado ya con sus cadáveres los gusanos del sepulcro: en nuestros recuerdos no deben tener derecho de inmortalidad sino los sentimientos nobles y jenerosos que han agitado a nuestros padres.

PIO VARAS.

(1) Insertamos a continuacion las bellas y varoniles estrofas que un poeta bien conocido pronunció el 18 de setiembre de 1856, dia de la inauguracion de la estatua de Freire.

A FREIRE.

Allí el héroe se alza! El héroe noble
 Que amó a su patria, que le dió victorias.
 Coronas del pasado son sus glorias,
 Rancagua, Concepcion, Maipo y el Roble!
 Hoi en el bronce de esa estatua inmoble
 La envidia el filo de su diente mella;
 Encienda el pueblo su entusiasmo en ella
 Y mudé faz, al contemplarla, doble!

Déspota, nunca! siempre ciudadano,
 No fué su via la ambicion menguada.
 Los espectros que acechan al tirano,
 Nunca durmieron en su pura almohada!
 Del niño ejemplo, admiracion del hombre
 Vele a Chile tu estatua eternizada.
 Freire, símbolo angusto fué tu nombre
 Y hoz de laureles tu gloriosa espada!

GUILLERMO MATTA.



XXIII.

DON MANUEL VICUÑA

PRIMER ARZOBISPO DE SANTIAGO.

Subiendo al sagrado altar dió gloria
a la vestidura de santidad, y cuidó de
su pueblo y le libró de la perdición.
(Eclesiast., cap. 50, vers. 12 y 4.)



o hai una idea mas consoladora para la humanidad, ni que tenga una tendencia tan directa con sus inmensas aspiraciones, como la consideracion de la dignidad a que ella misma puede elevarse por el ejercicio constante de la virtud. ¡Con qué interes no leemos u oímos referir los diferentes rasgos de bondad, de benevolencia, de magnanimidad, que se encuentran esparcidos en la historia, y cuánto placer hallamos en admirarlos! Pero si acontece que estos diversos rasgos se vean reunidos en una misma persona formando aquel conjunto armonioso y perfecto que constituye los verdaderos héroes del cristianismo, si el objeto sobre quien han recaído tantos dones del cielo nos es conocido y en cierto modo nos pertenece, entónces la admiracion se convierte en entusiasmo, nos apropiamos su gloria, queremos conocerle en detalle y estudiar, por decirlo así, este

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadryl.

MANUEL VICUÑA.

*Man. Arzobispo de
Santiago*



modelo que la divina Providencia se ha dignado presentarnos. Por otra parte, al considerar que estas mismas virtudes han crecido y se han perfeccionado bajo el influjo de la relijion, la fe parece tomar a nuestros ojos mayores grados de certeza, la esperanza se afirma en el alma, y comunicándole nuevos consuelos le da un aliento jeneroso para continuar con constancia la dolorosa prueba de la vida. A estas reflexiones nos conduce naturalmente la venerada memoria de nuestro primer arzobispo, el señor don Manuel Vicuña, cuya interesante vida nos proponemos bosquejar. Vamos a tratar de un santo, y por lo mismo no deberá estrañarse el lenguaje que emplearemos ni el jiro que tomarán muchas veces nuestras ideas. Los lectores de estas biografías van a trasladarse de las escenas tumultuosas de la guerra, de las estrategias de la política y de la encarnizada lucha de las pasiones humanas, a la consideracion del animado pero suave panorama de las virtudes evanjélicas, tocando con su perfeccion al heroísmo, y a la soledad de una alma privilegiada, que se depura y santifica, bajo las benignas influencias del espíritu de la relijion. Estamos seguros de que nada perderán en el cambio; y entre tanto, guiados siempre por la verdad, invocaremos nuestros recuerdos y dejaremos correr la pluma en un asunto no ménos honroso para Chile, que dulce y grato a nuestro corazon.

Nació el ilmo. señor don Manuel Vicuña en esta ciudad de Santiago en 20 de abril de 1778 de una noble y distinguida familia, siendo sus padres el señor don Francisco Vicuña y la señora doña Carmen Larrain y Salas. La belleza de su rostro y una dulzura particular de fisonomía transmitida por su virtuosa madre parecieron anunciar desde su nacimiento las estraordinarias gracias con que le previno el cielo. Aun no contaba seis años, cuando perdió a su madre, y entónces sucedió una cosa digna de notarse y que le caracteriza perfectamente, porque sabedor el sensible niño de su desgracia fué tal la esplosion de su dolor, que alarmados sus deudos no sabian qué hacer para consolarle; pero en medio de sus llantos, se le vió quedar repentinamente sereno y como sorprendido por alguna idea nueva. Preguntáronle la causa y respondió: "Me ha venido al pensamiento que siendo mi madre tan buena como era, debe estar ahora en el cielo y por eso no quiero llorarla mas". Así se preludiaban en aquella alma inocente el imperio de la fe y el saludable fruto de las ideas sobrenaturales. Hasta los juegos de su infancia presajieron su vocacion apostólica, teniendo particular gusto en reunir en su casa niños, a quienes hacía lleno de fervor pláticas y sermones. Desarrollábase con la edad en él la inclinacion a la piedad y al estudio, por lo cual su padre, que habia puesto particular esmero en su primera educacion, apénas tuvo la edad correspondiente, le puso en el colejio victorino de San Carlos, donde en breve tiempo terminó la reducida carrera de estudios que se cursaba entónces hasta recibir el grado de bachiller en sagrada teolójia. Su recoji-

miento, su modestia, y la regularidad de su conducta, le atrajeron desde luego el respeto de todos sus colégas, y su ejemplar devocion fortificada con el uso frecuente de los sacramentos fué sin duda una ejida poderosa contra la tempestad de las pasiones. Desconoció totalmente los entretenimientos juveniles; pero supo hermanar esta estremada rijidez con unas modales tan dulces y tan atractiva franqueza, que desde entónces echaron raíces entre él y sus compañeros aquellas tiernas amistades que tan útiles le fueron en lo sucesivo para sus piadosos designios, y que supo conservar miéntras vivió. El estudio y el retiro formaban sus delicias, y de tal modo vivia desprendido de lo terreno que se negó con obstinacion a recibir el grado de doctor en teología, bien sea porque temiese hallar en este acto algun oculto lazo para su amor propio juvenil, o porque creyese que un corazón lleno de Dios debía ser superior a toda gloria mundana.

Convencido de que el cielo le habia escojido para sí, abrazó el estado eclesiástico, siendo tal el ascendiente de su fervor, que muchos amigos suyos siguieron su ejemplo, resueltos a consagrarse al ministerio apostólico a que le conocian tan decidida inclinacion. Con el nuevo estado creció su devocion a tal punto, que no era posible verle sin sentirse penetrado de respeto a su persona. Desde luego se advertia en la espresion de su rostro una mezcla singular de dignidad, de modestia y de emocion, que parecia revelar la existencia de un pensamiento grave y tierno, que predominaba en su mente sobre todos los demas; y que siempre en la presencia de su Dios sentia por él como los serafines tanta reverencia como amor. Cuando celebraba el sacrificio de la misa, se veian correr de sus ojos devotas lágrimas, y el involuntario temblor de sus manos a la elevacion de la sagrada víctima, atestiguaba la fe viva de que estaba penetrada su alma. Empero todas estas estraordinarias gracias tenian un centro determinado y le inspiraban una pasion ardiente y jenerosa que vivificaba toda su existencia: el celo por la gloria de Dios y la salvacion de sus prójimos.

La estinguida compañía de Jesus habia dejado en Chile un vacío inmenso, y al mismo tiempo una memoria de bendiccion que los años no podian borrar. Su templo abandonado iba a reducirse a escombros. Los habitantes del campo ya no escuchaban la voz de sus misioneros, ni rodeaban estos hombres de Dios el lecho del moribundo para darle los últimos consuelos. La estension de nuestras parroquias, aumentando las atenciones de los curas, no les dejaba tiempo suficiente para vacar a la intruccion del pueblo a medida de sus necesidades; y en fin las nuevas ideas que preparaban la revolucion, exaltando las cabezas, eran un objeto constante de distraccion que no permitia fijarse en nada concerniente a la piedad y mejora de las costumbres. El señor Vicuña sintió, no solo el deseo, sino tambien la fuerza de remediar estos males. Tomar a su cargo un curato, dirigir un cierto número de almas, habria sido en algun modo estrecharse y poner límites a un celo que no los conocia. Emulo de los enviados del

Señor, salió por los campos y villas en compañía de otros jóvenes sacerdotes a repartir la divina palabra, y Dios derramó con liberalidad sus bendiciones sobre estos primeros ensayos de su celo. Tomó bajo su protección la iglesia de la Compañía con el título de su capellan, y en poco tiempo, merced a la cooperación de otras personas piadosas, la puso en un regular estado de aseo y de decencia, estableciendo en ella varias distribuciones y prácticas en que se atendía no ménos a la instrucción relijiosa, que a mantener viva la preciosa llama de la devoción en los corazones de los fieles. Los jóvenes sacerdotes asistian constantemente en esta iglesia al confesonario, al púlpito, y a las conferencias sobre puntos de moral y otras materias análogas a su profesion. No contento con haber establecido las misiones dos veces por año en la Compañía, salió a darlas por los estramuros de la ciudad, buscando a ejemplo del Divino Maestro a los pobres y miserables, y parece que aun resuenan los acentos de su voz penetrante en la plazuela de San Lázaro y otros sitios de esta capital donde recordamos haberle oído muchas veces en los primeros años de nuestra infancia, recibiendo de sus palabras de fuego impresiones relijiosas que no se borrarán jamas.

Hábiale dotado la naturaleza de un órgano de voz puro, lleno, sonoro y flexible, y reunia a una pronunciación perfecta, un lenguaje limpio y correcto. Familiarizado con las santas escrituras habíase apropiado en cierto modo su estilo; y ménos se ocupaba de citar los textos, que se servía como sin pensarlo de aquellos vivos coloridos y aquellos jiros elevados y majestuosos de que tanto abundan los sagrados libros. Si reprendía los vicios, si anunciaba los terribles castigos de la justicia divina, era con la voz tremenda de Isaías o los lúgubres acentos de Jeremías. Si hablaba del último día del mundo, parecía escuchar como San Jerónimo el sonido de la terrible trompeta. Si era la eternidad el tema de su discurso, a todos sus oyentes agobiaba la inmensidad de este pensamiento sublime. Pero si excitaba a los pecadores al arrepentimiento y a la penitencia, era entónces el buen pastor corriendo por los amenos campo de la misericordia del Señor en pos de la oveja perdida, y empleando para llamarla voces tan dulces como las sentidas quejas de la esposa, o los melodiosos acentos del rei profeta. Al opinar de este modo nosotros seguimos nuestro propio juicio formado por las impresiones que en diversos tiempos hemos recibido; pero cualquiera que sea el concepto que una severa crítica haga de las prendas oratorias del arzobispo, no vacilarémos un momento en colocarle entre los buenos oradores cristianos, ménos aun por las dotes ya mencionadas, que por aquella unción divina que acompañaba sus palabras y el ascendiente supremo que ellas ejercian sobre los corazones; y en efecto ¿cómo habian de ser débiles los argumentos que partian de una convicción tan íntima, ni opaco y tenue el colorido de sus pensamientos, siendo sus emociones tan vivas y tan profundas? Y ¿podrian re-

cibirse con indiferencia las amonestaciones del sacerdote santo, cuyo pecho trasparente, por decirlo así, nos descubria su ardiente caridad, y cuya vida ejemplar era una noble y segura garantía de la sinceridad de sus palabras? Convengamos pues en que elejido por el cielo para apóstol de la iglesia chilena, él mismo le habia concedido en alto grado, el don de conmover, de persuadir y de inspirar. Pero volvamos a tomar el hilo de nuestra interrumpida narracion.

Los acontecimientos funestos de los años 1814 y 1815 en nuestro país, son tan conocidos, que nadie deberá ignorar fué aquel un tiempo de prueba para los habitantes de Chile, hechos el blanco del odio de sus opresores. No emprenderémos analizar los sentimientos patrióticos que sin duda alguna habia en el corazon del señor Vicuña, aunque embalsamados por su caridad; pero recordamos mui especialmente que penetrado de celo por el bien de las almas y deseando por otra parte alijerar los sufrimientos de sus compatriotas, una de las noches de la mision de la Compañía, convidó para el dia siguiente a su auditorio anunciando que la materia del sermon sería mui importante. Llenóse con efecto el templo, y entónces pronunció un excelente discurso sobre el perdon de las ofensas con tal fuerza y uncion, que arrancó lágrimas a todo el concurso, saliendo de allí unos arrepentidos de sus malos procederes y otros dando mil bendiciones al que armado solo de las verdades relijiosas, osaba levantar la voz en medio de los gritos de la persecucion, y demandar en nombre del Dios de paz el consuelo para sus oprimidos hermanos.

No es ménos digno de recuerdo otro rasgo de caridad de nuestro arzobispo. Concluida la accion gloriosa de Maipo que afianzó nuestra independencia, dispuso el gobierno se trasladasen los heridos del campo de batalla al hospital de San Borja, para que allí recibiesen la asistencia que requeria su situacion. Verificóse con prontitud, y dos mil y tantos hombres, incluso los prisioneros fueron trasportados en el estado mas deplorable, hallándose el hospital desprovisto de recursos para tan crecido número de dolientes. Fué necesario apelar a la caridad pública, y al momento se colectaron ausilios en abundancia para los pobres guerreros. Las señoras sobre todo manifestaron en esta ocasion su tierna sensibilidad, presentándose ellas mismas, para curar y servir a los enfermos; pero el que las presidia en estas obras de caridad, animándolas con sus dulces palabras y con sus edificantes ejemplos, era el señor Vicuña. Ora se le veía junto al lecho del moribundo, oyendo su confesion y encaminando su alma al cielo, ora ministrando a otros el alimento por sus manos; ora a ejemplo de Fenelon ayudaba a vendar las heridas de un veterano, o bien como otro Javier descendia en su ayuda a los mas abatidos ministerios. Esta clase de actos tan conformes a su estremada humildad eran familiares al señor Vicuña desde sus mas tiernos años, y era fácil conocerlo en la brevedad y gusto con que los desempeñaba. Así este

árbol plantado a la corriente de las aguas, daba sus frutos segun las sazones y los tiempos, y a medida de las necesidades. Pero aun le quedaba mucho que hacer en los designios de la divina Providencia.

El torrente de irreligion que inundó la Europa a fines del siglo pasado habia salido de madre y sus impuros raudales penetraban hasta en nuestro Chile, este suelo vírjen, cuyos habitantes llenos por la mayor parte de una fe pura y sencilla no hubieran imaginado algunos años ántes hubiese hombre bastante atrevido para atacar de frente los fundamentos de nuestra creencia. Oyéronse con asombro proposiciones impías. Viéronse aparecer una multitud de libros perniciosos, y los nombres de ciertos autores, por desgracia célebres, eran repetidos con entusiasmo por la juventud alucinada o por aquellos hombres que aspirando al concepto de sabios, despreciaban lo que no conocian, y pretendiendo trabajar por la dicha del jénero humano, ahondaban el abismo de infelicidad en que iban a precipitarse para siempre. Por otra parte la escena tumultuosa de los negocios políticos, conmoviendo todas las pasiones y relajando los vínculos de la sociedad, amenazaba con el olvido de Dios y la total corrupcion de las costumbres. Es fácil comprender lo que debió sufrir el alma relijiosa de nuestro digno sacerdote en esta peligrosa crisis. ¡Cuántas noches pasaria ante las aras santas implorando el remedio para tan graves males! Cuántas lágrimas derramaria en la presencia del Señor! Al fin debió ser oído; lo cierto es que la caridad y la prudencia le inspiran de consuno un proyecto, que no tardó en realizar, y de cuyo acierto son buenos testigos los felices resultados que hemos visto.

Las exigencias de la guerra habian obligado al gobierno a ocupar en otros destinos la antigua casa de ejercicios de la Ollería, y su falta consternaba a la parte piadosa de los habitantes de Santiago. El señor Vicuña, heredero de un injente patrimonio, resolvió emplear una porcion considerable de él en la construccion de una casa de ejercicios, a fin de poner un dique a los males que de otro modo no le era dado remediar. Allí se retiró a vivir no causándose jamas de repartir la palabra del Señor y trabajando de un modo poco notable a los ojos del mundo, pero ciertamente mui eficaz, en la reaccion de los buenos principios y en el triunfo de la fe.

Los observadores lijeros no ven por lo comun en los ejercicios sino una práctica piadosa, reducida cuando mas a excitar en los ánimos débiles ciertas impresiones de temor que se disipan fácilmente y que no producen ningun efecto sólido ni útil. ¡Pero cuánto se engañan! Atraer fuertemente la voluntad hacia el bien por los móviles poderosos de la razon y las verdades reveladas, es y ha sido siempre el objeto esclusivo de los ejercicios. Un padre de la iglesia decia, que era mejor ver nuestras propias faltas que todas las maravillas del universo; y los mas grandes filósofos y moralistas de todos los tiempos han convenido en el fondo de esta idea. Aho-

ra preguntaremos nosotros, ¿la esposa, la madre ante cuyos ojos se ha desplegado el cuadro de la eternidad, y que durante ocho dias ha oído eficaces exhortaciones sobre la importancia de unos deberes que talvez desconocia, no volverá a sus hogares mas solícita por la educacion de sus hijos y la moralidad de toda su familia? El jóven ¿no se apartará de sus malas compañías; la doncella no dejará sus libros peligrosos: y en fin las jentes de cualquiera edad o estado no sacarán alguna impresion saludable, alguna resolucion que influya en su ventura y la de la sociedad? Ademas ¿quién no ha sentido alguna vez la necesidad de detenerse en la carrera de la vida para sondear las inclinaciones de su corazon, y echar una ojeada sobre su conducta, a fin de nivelarla con aquella pauta eterna que Dios ha puesto dentro de nosotros mismos? ¿Quién no suspira por alijerarse del peso del remordimiento, o por lo ménos, del de los cuidados que le sitian por todas partes en el torbellino del mundo? Y ¿habrá medios mas adecuados, ni mas felices para llenar estos objetos, que los ofrecidos por una relijion que bendice las lágrimas, y convida a los que están cargados y fatigados para aliviarlos en sus trabajos y alentarlos con sus consuelos? Pero dejando aparte los racionios ¿cuántas restituciones hechas, cuántos odios estinguidos, cuántas injusticias reparadas no hemos visto a consecuencia de los ejercicios? Perdónesenos por tanto la breve apolojía que hemos hecho de una institucion tan estrechamente ligada con la vida del ilustre arzobispo que consagrado durante veinte y seis años a este piadoso ejercicio se habia adquirido por él, aun ántes de ascender al episcopado, el título honroso de padre espiritual y maestro de todo el pueblo chileno.

La espatriacion del ilmo. señor don José Santiago Rodriguez acaecida en 1825 habia dejado sin pastor nuestra iglesia y los resortes de la administracion no marchaban tan espeditos que no presentasen algunas dificultades y dudas a las conciencias timoratas. Llegó el conocimiento de estos sucesos al sumo pontífice Leon XII, que orientado ademas de las esclarecidas prendas del señor Vicuña juzgó conveniente nombrarle obispo de Ceran y vicario apostólico de esta santa iglesia. Todo Chile aplaudió con entusiasmo una eleccion que galardonando el mérito prometia al mismo tiempo los mas felices resultados. Solo el señor Vicuña la reprobó en términos que casi se rindió al peso de su dolor. Desconfiando modestamente de sus aptitudes para cargo de tanta responsabilidad, lo habria renunciado gustoso, si las instancias de sus deudos y amigos, y los votos de un pueblo que le adoraba no le hubiesen obligado a reconocer la voluntad del cielo. El 21 de marzo de 1830, fué ascendido a la augusta dignidad del episcopado, no cesando de dar en todo el curso de su vida, pruebas irrefragables de la acertada eleccion de su santidad.

La esplosion de la guerra civil se hizo sentir en el mismo año con el mayor estrépito y estuvo cerca de envolver en sangre toda la república.

La familia del obispo arrostraba en esta terrible lucha los mas serios compromisos; mas no por eso se desmintió en lo menor su prudente manejo, ni aquella santa imparcialidad que no le dejaba ver en las diferentes facciones que se ajitaban otra cosa que su amado rebaño por el que imploraba incessantemente el bien inestimable de la paz. Querido y respetado de todos los partidos, ni la persecucion ni la calumnia osaron turbar su reposo. Hasta la última clase del pueblo dió en aquellos aciagos días una prueba de la veneracion que le profesaba. Habiéndose dirijido a la casa de San José, que era entónces la de su habitacion, una partida de forajidos y jente armada con el objeto de apoderarse de los bienes de algunas personas a quienes su ilustrísima habia dado hospitalidad, golpeaban reciamente la puerta y disparando sus fusiles amenazaban derribarla. Consternadas las jentes que estaban dentro, no sabian qué hacerse ni adónde huir. Solo el señor obispo conservó en aquel lance su acostumbrada serenidad, y desoyendo las súplicas de los que intentaban detenerle, revestido de sus ropas episcopales se adelantó a la puerta que hizo abrir inmediatamente, y dirijiéndose a la multitud, les habló con tal autoridad, que confundidos los malvados, no solo abandonaron su criminal designio, sino que arrodillados muchos de ellos le pidieron su bendicion.

Suscitáronse poco despues en el cabildo eclesiástico algunas dudas sobre la estension de las facultades del señor obispo. Sintiólo su ilustrísima en extremo; pero tan ajeno de personalidades como de injustas y exajeradas pretensiones, en breve se vieron sofocados estos jérmenes de discordia, a efecto no ménos de su singular prudencia, que del amor que le profesaban aquellos mismos eclesiásticos, que teniendo opiniones diversas de las de su ilustrísima sobre puntos delicados y controvertibles, se habian visto en la dolorosa precision de manifestar francamente su modo de pensar.

Despejado algun tanto el horizonte político, y espedita la marcha del gobierno de la iglesia, pensó en poner mano a varios proyectos que habia concebido para su mejor desempeño. Persuadido de que el medio mas seguro de lograrlo, es la eleccion de buenos ministros, dirijió a este fin todos sus desvelos. Examinaba por sí mismo a los ordenandos y sometia cuerda-mente su vocacion a repetidas pruebas. Trabajó con indecible constancia en la reposicion del Seminario Conciliar; e hizo construir a sus espensas una casa inmediata a la de su morada para velar por sí mismo sobre este nuevo plantel, objeto de sus mas lisonjeras esperanzas. Quería que su clero fuese tan sabio como piadoso y que su educacion marchase a par de las luces del siglo en que vivimos: por esto es que no satisfecho con haber puesto aquel establecimiento en el pié brillante en que le vemos, tenia resuelto fabricar otra casa de retiro para los jóvenes que se sintiesen con vocacion al estado eclesiástico, a fin de que se consagrasen allí esclusivamente a los estudios que requiere tan delicado ministerio.

Desembarazado algun tanto pensó en visitar el obispado; pero como nada

podríamos decir a este respecto, que no haya dicho la *Revista Católica* en su número 4, copiaremos de ella el siguiente pasaje. “Dispuso, dice, la visita jeneral de esta vasta diócesis, y de tal manera que era necesaria la constancia infatigable del señor Vicuña, para no arredrarse en el plan de trabajos que se habia propuesto.—Marchaba una comitiva de predicadores y confesores para misionar en las parroquias visitadas, se examinaba con esmero la administracion parroquial en todos sus ramos, se tomaban datos estadísticos, y se administraba el sacramento de la confirmacion con tezon a la inmensa muchedumbre que se presentaba.—No habia hora segura de partida, ni lugar fijo de hospedaje en el camino, cuando se presentaba algun infeliz a pedir los socorros espirituales de su ministerio. Un año empleó en tan penosas fatigas el señor Vicuña en las dos épocas de su visita, y habria recorrido las parroquias a donde no alcanzó, si la muerte no le hubiese arrebatado tan pronto.”

Erijida esta diócesis en metrópoli eclesiástica, fué presentado por el supremo gobierno para su primer arzobispo, y la Santidad de Gregorio XVI le instituyó por tal en su bula de 23 de junio de 1840. El mismo dia que cumplian once años de su episcopado, fué inaugurado en la dignidad metropolitana, vistiendo el palio en medio de las aclamaciones de toda la poblacion.

Se embarazan la imaginacion y la pluma cuando se trata de enumerar las eminentes virtudes de este prelado ejemplar. Si la bondad de su corazon fué siempre manifiesta a todos, no lo fueron otras prendas que supo ocultar su modestia y que solo las ocasiones dieron con el tiempo a conocer. Tales eran su firmeza, su extremada circunspeccion en las deliberaciones y aquella prudencia admirable que resplandecia en todos los actos de su administracion. Irresoluto por que era timorato, desconfiado de sí mismo por que era humilde, siempre tomó consejo de otros, aun sobre negocios de menor importancia; pero conservando de tal modo su independenciam que nadie pudo decir jamas ejercia predominio sobre su voluntad. Llamado por el gobierno, o por sus compatriotas a ocupar destinos importantes en el consejo de Estado, o en los cuerpos lejislativos, siempre prestó sus servicios; pero estraño a los manejos de la política supo inspirar tan plena confianza a sus conciudadanos, que su nombre figuraba el primero de todas las listas formadas por diferentes partidos para las elecciones populares. Siendo su renta ménos que módica, no parece posible se estendiese a hacer grandes limosnas; y no obstante era difícil hallar un corazon mas compasivo que el del señor arzobispo, ni manos mas liberales que las suyas. La viuda y el huérfano jamas le imploraron sin fruto. Cercenaba cuanto podia de sus gastos mas precisos para acrecentar el patrimonio de los pobres, y si por alguna cosa se aflijia, era por no tener como subvenir a todas las necesidades. ¡A cuántas doncellas desvalidas sustrajo de los lazos de la seduccion poniéndolas en asilos decentes y seguros! A cuántos sacerdotes indijentes y

enfermos enviaba el alimento y el vestuario! Qué de escándalos evitaba con sacrificios pecuniarios que excedían sus recursos, y cuán crecidas sumas no invertía en la compra de estampas y libros inmorales que condenaba a las llamas, ántes que con su veneno infestasen los corazones inocentes! Hasta la tierna infancia le mereció particulares atenciones, y a veces le vimos separar niñas pequeñas de la compañía del vicio para ponerlas en casas de respeto. Nosotros podríamos referir hechos particulares en apoyo de cada una de estas aserciones, si no diesen de ellas un elocuente testimonio tantas lágrimas vertidas sobre su sepulcro, y tantas alabanzas tributadas a su memoria. Con todo no podemos terminar este cuadro sin fijar nuestra atención en otras prendas de nuestro arzobispo que eran como las flores de esta magnífica planta y el pulimento de esta piedra de inestimable valor. Queremos decir, su dulzura, su condescendencia, su cortesanía, su tierno amor para con sus deudos, su consecuencia en la amistad y otras cualidades que tan interesante hacían su trato. Siendo un varón espiritual y abstraído de las cosas del mundo, sabía no obstante llenar sus deberes de sociedad con afabilidad y gracia. Su humor era igual y aun festivo, cual convenía a la suavidad de su índole y a la paz interior de una conciencia tan pura. Amable y franco para con sus amigos, era en extremo bondadoso para con sus inferiores, y aunque gustaba del retiro, siempre estuvo dispuesto a dar audiencia a los que le buscaban para tomar sus consejos o esponerle sus necesidades, no habiendo querido jamás descargar en otros estos cuidados minuciosos de una caridad activa, que solo su tierno corazón sabía debidamente apreciar. Hasta los últimos períodos de su vida continuó dando ejercicios, por lo que podía decirse con toda propiedad, que él era el pastor bueno y que sus ovejas le conocían y escuchaban su voz; esta voz cuya suave persuasión, cuya dulzura eficaz era un verdadero imán para los corazones. Rodeaban su palacio una multitud de familias pobres, a las cuales daba gratuitamente habitación. Había establecido una escuela allí cerca para niñas y hubiera fabricado un asilo destinado a los eclesiásticos indijentes e inhabilitados por vejez o por enfermedad para el servicio del culto, si la muerte no hubiese tan pronto terminado su carrera. Sin exajeración puede afirmarse que él tuvo la primera idea y echó los fundamentos de las instituciones de caridad, que tan felizmente se desarrollan y progresan en el día; por que todo se revelaba a aquella mente superiormente ilustrada, y nada podía arredrar a aquel corazón magnánimo. Pero en medio de sus vastos proyectos y a fines de 1842, una grave enfermedad se presentó con síntomas tan alarmantes que le fué indispensable abandonar la capital e ir a buscar aires más propicios. Un triste presentimiento se apoderó de las personas que le rodeaban el día de la partida. Los pobres lloraban amargamente a las puertas del palacio, haciendo ardientes votos por la conservación de una vida tan preciosa; pero estaba decretado no debían volver a verle sino en los brazos de la muerte. Vanos fueron los esfuerzos de la medicina y los solí-

bitos cuidados de la ternura y de la amistad. Viósele por muchos meses apurar con indecible paciencia la copa de los sufrimientos, no cesando durante tan largo período de aconsejar a su clero las virtudes de su estado. En fin, el día 3 de mayo del año 1843 hallándose en Valparaíso despues de haber recibido lleno de resignacion y de fervor los últimos sacramentos, a las once de la mañana entregó su espíritu a su criador :

Y fué su muerte el sueño delicioso
Del discípulo amado,
De Jesus en el seno reclinado.

Tal fué la edificante vida y el dichoso fin de nuestro primer arzobispo, a quien con justicia podemos llamar, columna de nuestra iglesia, rejenerador de la moral, apóstol, hombre evangélico, y una de aquellas criaturas extraordinarias que honran la especie humana y son objetos de complacencia a los ojos de Dios, cuya imájen reflejan en la tierra para consuelo de sus semejantes y estímulo poderoso de la virtud. Dejemos a la crítica de los hombres discurrir a su modo sobre esta especie de fenómenos, o enmudecer y confundirse sin saber qué pensar; y suspendiendo nosotros nuestra justa admiracion, procuremos penetrar en el santuario de esta alma privilegiada y remontarnos al oríjen de tan esclarecidas virtudes.

Desde luego nos inclinamos a creer que fueron mui copiosas las gracias que Dios se complació en derramar en el alma de este justo, y talvez las pasiones humanas resbalaron sobre su corazon, como la punta de una flecha sobre un acero bien templado, sin dejar la menor huella de su paso; pero a juzgar por el conocimiento que tenemos de la naturaleza del hombre en jeneral, ¡cuántos contrastes no debieron ofrecérsele ántes de alcanzar tan sublime grado de perfeccion! Talvez la historia de sus combates interiores y de sus triunfos sobre sí mismo no sería menos interesante que la relacion de sus hechos, porque si se reflexiona bien sobre su perfecta abnegacion, su estremada pureza y su ardiente caridad, no debemos dudar fué su juventud un campo de batalla donde lidió valerosamente contra sus afectos mas naturales, sometiéndolos a la lei del espíritu y al imperio de la razon. Pero ¡cuál sería la recompensa de tan grandes sacrificios? ¡Qué dulzuras celestiales anegarian su alma! ¡Qué alegría tan pura sentiria todo el resto de su vida y qué inefable consuelo al acercarse la muerte! Uniendo a la práctica de una moral perfecta, la exaltada fe de un mártir, ni el fantasma aterrador de la duda sorprendió su mente, ni la ferrada mano del remordimiento se asentó jamas sobre su corazon: y si talvez corrieron lágrimas de sus ojos, o alguna nube oscureció su frente, fué al espectáculo del dolor y de la miseria, o cuando su grei no guardaba la lei del Señor con la exactitud a que aspiraba su fervoroso celo. Querríamos saber con qué elementos podria formarnos un hombre semejante la árida filosofía, la moral del interes: actos de beneficencia hechos de vez en cuando, uno que otro sacrificio dictado por el entusiasmo, ¡podrán jamas compararse a este con-

junto grandioso de todas las virtudes evangélicas, practicadas con infatigable constancia durante mas de sesenta años de vida? Pedir a la moral del egoísmo un modelo tan acabado, sería exigir de un hombre que animase un mármol, o sacase un mundo de la nada, lo que no podría hacer, aun cuando tuviese la mano de Fidias, o la intelijencia de Newton. Solo sobre la base incontrastable de la fe, a la vista de un modelo divino, y con la perspectiva de interminables esperanzas, puede nuestra frágil naturaleza elevarse a tan alto grado de dignidad; y si la relijion de Jesucristo produce estos milagros, si ella sola posee el secreto de trasformar los hombres en ángeles, es preciso confesar que en ella está la verdadera luz y el camino que conduce a la vida; porque nunca la felicidad y la virtud pudieron ser hijas del error, cuyo imperio destruye el tiempo, y cuyas consecuencias son siempre funestas a la especie humana.

¡Sublime, celestial y consoladora relijion, tú eres el único rayo de luz que ilumina las tinieblas de nuestro destino, la guia que nos conduce en el laberinto de nuestra doble naturaleza, el suave lenitivo que calma las ansias que producen en el corazon del hombre su inquieta curiosidad y sus insaciables deseos! ¡Felices nosotros, si alentados por tan nobles ejemplos, nos proponemos imitarlos! ¡Feliz mil veces Chile, nuestra dulce y querida patria, si altamente ilustrada sobre sus verdaderos intereses, fiel a sus honorables y relijiosos antecedentes, llena los votos, que sin duda formó hasta el último suspiro, aquel venerable y digno pastor, que no solo queria para ella una prosperidad material y terrena, sino el bien inestimable de la fe y la santa aureola de una dichosa inmortalidad.

Nuestros lectores tendrán a bien aceptar estas reflexiones, corolario indispensable del cuadro que acabamos de trazar; pero para terminar debidamente nuestra tarea aun tenemos que añadir algunas líneas. Los restos del ilustre arzobispo, despues de embalsamados debidamente, fueron conducidos con toda la veneracion posible a la capital, y estuvieron durante tres dias espuestos a las dolorosas miradas de su pueblo, en el antiguo palacio de los obispos, de donde fueron trasladados con solemne pompa a la sepultura que se les dió en la iglesia Catedral. La elocuencia y la poesía pagaron su tributo a tan esclarecido varon; su lápida se vió por muchos dias toda cubierta de flores; y en fin la patria siempre celosa de sus glorias, ha querido consignar su memoria entre sus hombres ilustres, añadiendo a los timbres de sus guerreros y de sus hombres públicos, la palma de los trabajos evangélicos, y el indefinible encanto de la pureza y de la virtud.

MERCEDES MARIN DE SOLAR.



XXIV.

DON MARIANO DE EGAÑA.

“Dios, la patria y tu honor, me trepetia continuamente mi padre desde mi primera infancia, deben ser tu norte, los únicos móviles y objetos de todos tus actos; la mayor desgracia es cometer una acción mala; solo lo malo es degradante; y no hai hombre verdaderamente apreciable sino el hombre de bien. Así pues, una mala acción me horrorizaba; y por el contrario un acto de religiosidad, de patriotismo, de honradez, de beneficencia, etc., me llenaban de satisfacción porque concebía que este era el único medio de ser feliz y estimado. Pero sobre todo, las máximas que mas se me imprimieron y que pasaron a ser en mí como naturaleza, fueron las dirigidas a hacerme pensar y obrar con elevación y dignidad. Con tales principios, no cometería una baja ni a vista de los mas horribles males ni por el aliciente de los mayores bienes.”

(Carta muy confidencial de don Mariano de Egaña a un íntimo amigo suyo.)



STABA próxima la época en que Chile debía sufrir el fuerte sacudimiento de separarse de la España y de pasar de colonia de ésta a constituirse y organizarse en estado independiente y republicano. La Providencia, en sus altos designios, tenia ya preparados o preparaba los hombres que debían realizar tan difícil empresa. Uno de ellos fué don Mariano de Egaña, nacido en Santiago de Chile el 1.º de marzo de 1793. Fueron sus padres el benemérito y esclarecido don Juan de Egaña y doña Victoria

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadryl.



MARIANO DE ECAÑA.

Mariano de Ecaña

Fabres, personaje notable aquel por sus escritos, saber y talentos. Siendo el mayor y más amado de los hijos de éstos, su padre se empeñó en educarle con el más grande esmero. Dedicósele a la carrera de las letras, y desde muy joven manifestó las buenas cualidades, que tan recomendable le hicieron durante su vida. Unido a su padre, no solo por los vínculos del parentesco, sino por el más cordial afecto recíproco y por uniformidad de ideas, le asoció don Juan desde muy temprano a los trabajos preparatorios y peligrosos que con otros patriotas había emprendido para la emancipación de Chile. Tal distinción, tal confianza hecha al joven don Mariano, no fueron efecto solo de esos vínculos, sino de las recomendables dotes que en tan temprana edad le caracterizaban. Patriotismo, juicio precoz, reserva, dignidad, elevación de ideas, valor cívico, eran cualidades que ya poseía y que habían atraído la atención de su padre y de los amigos de éste.

Se acercaba el 18 de setiembre de 1810, en cuyo día debían principiarse a realizar los trabajos mencionados, poniendo la primera piedra de los cimientos de la grande obra de la emancipación. Alarmas frecuentes, reuniones misteriosas, temores nacidos, no del peligro individual, sino del de la empresa, agitaban con frecuencia a los patriotas, quienes se ocupaban de ella con abnegación y valentía. De esa agitación participaba todo el país y principalmente Santiago. Los no iniciados en los secretos percibían que estaba cercano algún acaecimiento muy importante. Del mismo modo suelen presentirse los grandes movimientos de la naturaleza.

Llegó ese día tan deseado; los trabajos de los patriotas fueron fructíferos y una nueva era principió para Chile. La juventud de don Mariano de Egaña, que aun no tenía diez y ocho años, fué causa de que no apareciese de un modo espectable entonces; mas no por eso deja de ser cierto que tomó en esos trabajos, en unión de su padre, más parte de la que atendida su edad hubiera podido esperarse. Ella contribuyó muy particularmente a atraerle las persecuciones de que luego se hablará.

Los patriotas habían dado solo el primer paso y necesitaron muy luego ocuparse de la nueva organización del país. Dificilísima tarea: faltaban costumbres, libros, conocimientos y casi todo lo que para ello era preciso. Quizas el primer trabajo serio que se emprendió con tal fin fué un proyecto de constitución escrito en 1811, cuyo orijinal se conserva. Obra del benemérito don Juan de Egaña, debió tener alguna parte en él su hijo y más íntimo amigo don Mariano, de cuya letra está escrito. No me ocuparé de su mérito; pero sí diré que atendidas las circunstancias y la época de ese trabajo, hace grande honor a sus autores. Este proyecto es el mismo que con algunas alteraciones ha publicado don José Victorino Lastarria en su elegante *Bosquejo histórico de la constitución del gobierno de Chile durante el primer periodo de la revolución*.

Don Mariano de Egaña en medio de todas esas agitaciones continuaba

sus estudios con gran lucimiento, y a los diez y ocho años de edad era ya abogado. A los veinte fué llamado a servir uno de los primeros destinos del país: la secretaría de la junta representativa de la soberanía de Chile. Se hizo justicia a su ya notorio mérito, el que se aumentó por los mismos empeñosos y buenos servicios que él prestó a su patria para corresponder a tan honrosa distincion. Muchos son los actos gubernativos de esa época que llevan su firma como tal secretario. Mas sus compromisos crecian para con los partidarios y autoridades del gobierno español, con quienes sostenian una encarnizada guerra los patriotas.

Fueron éstos vencidos en la sangrienta accion de Rancagua, a principios de octubre de 1814. El país quedó nuevamente bajo la dominacion de la España y principió contra los patriotas una cruel persecucion. Como era de esperar, ella se cebó en los mas distinguidos y entusiastas partidarios de la independencia. Una de las primeras víctimas fueron pues, don Juan de Egaña y su hijo don Mariano. Vejados, aprisionados y aherrojados en noviembre del mismo año, se les mandó con otros compañeros de infortunio a la isla de Juan Fernandez, peñasco aislado en medio del océano, donde hombres acostumbrados a las comodidades de la vida sufrieron indecibles privaciones y tormentos. En una representacion hecha en 15 de enero de 1816, por todos los en ella confinados, al virrei del Perú, se expresan así:—“Entónces desaparece todo repentinamente; se nos sorprende, encierra en calabozos, y sin mas audiencia, aviso, ni prevencion, puestos sobre unas bestias y avíos de prorrata y en medio de bayonetas se nos conduce a Valparaíso y embarca en la corbeta *Sebastiana*, unos sobre otros, muchos sin cama, y todos sin auxilio el menor, siquiera para el sustento de la vida: así peor que a unos negros de Guinea se nos conduce hasta esta isla, negándonos aun la respiracion necesaria para la vida.”

“Decir a V. A. las penalidades de este lugar sería no acabar: estaba abandonado y fuimos sus primeros pobladores, sin ranchos en que hospedarlos, sin víveres, sin servicio el menor, en un temperamento el mas cruel que se ha experimentado, y donde todos los elementos declaran por instantes una dura guerra a nuestra existencia, como que en el último incendio, de cuatro que hemos experimentado, muchos hemos quedado sin la triste choza de nuestra habitacion, algunos sin mas ropa ni bienes que los que traian en sus cuerpos y otros perdiendo todo con su vida al frente de las llamas; y si no cesa el incendio, hoi seríamos todos las víctimas mas desgraciadas, pues en una hora de fuego se consume toda la isla con sus víveres, y sus habitantes, aunque salven la vida en los cerros, la perderian despues en manos de la necesidad.”

Inútiles fueron las representaciones y otras dilijencias de don Juan y don Mariano de Egaña para que se les suspendiera la confinacion o minorasen sus sufrimientos. Y lo habrian sido, ¿quién sabe por qué tiempo? si los azares de la guerra, la justicia de la causa y el denuedo de los pa-

triotas, no hubiera dado a éstos un espléndido triunfo. El 17 de febrero de 1817 vencieron completamente al ejército español en la acción memorable de Chacabuco. Los confinados en Juan Fernandez fueron luego traídos al seno de sus familias, después de dos años y cerca de seis meses de padecimientos.

Ellos no entibiaron el celo patriótico de don Mariano de Egaña. En agosto del mismo año de 1817 fué nombrado secretario de la intendencia mayor de alta policía, en atención, dice su título, a su *decidido patriotismo, probidad e instrucción*. Mas duró bien poco en este destino; pues el mes siguiente pasó a desempeñar el cargo de agente fiscal del tribunal superior de apelaciones; y en diciembre del mismo año comenzó a ejercer el de secretario de la junta de economía y arbitrios.

Entre sus miembros le contaron la municipalidad de Santiago que principió a funcionar en 1820 y la comisión que en marzo del mismo año nombró el exmo. senado para repartir una contribución con que llevar a efecto la expedición al Perú que se trataba de realizar. Fué uno de los partidarios mas ardorosos de esta empresa por creerla muy necesaria a la causa de la independencia de las repúblicas nacientes de Sud América.

En marzo de 1822 principió a servir el cargo de teniente asesor letrado de la intendencia de Santiago; y en enero del año siguiente se le autorizó para que como tal entendiera en el despacho de todo lo contencioso y de hacienda. Mas su patriotismo, sus servicios, sus talentos, sus conocimientos, su honradez y aun su carácter afable y bondadoso, le llamaban a ocupar un lugar mas importante. A principios de 1823 fué nombrado secretario de la junta de gobierno que entonces mandaba el país; mas tarde, en abril siguiente, el supremo director del estado le hizo su ministro en los departamentos de gobierno y relaciones exteriores. En ambos destinos prestó servicios valiosos. Muchas de las disposiciones de su tiempo sobre publicidad de los actos del gobierno, residencia de ministros, arreglo del ministerio de su cargo, de la administración de justicia, policía, culto, establecimientos de beneficencia, educación, artes, medidas orgánicas del país, etc., le harán siempre grande honor por la parte que en ellas tuvo. Para apreciarlas debidamente, es necesario retrotraerse a esa época en que las ideas eran poco avanzadas, tan confusas, y tan escasos los buenos conocimientos. El autorizó como ministro la promulgación que el supremo gobierno hizo de la constitución chilena de 1823, primer código fundamental que se dió el país, ordenado i digno de ese nombre. Fué obra de don Juan de Egaña, y su hijo don Mariano tuvo mucha parte en su formación. Si bien tiene defectos, abunda en buenas disposiciones. Y son éstas tanto mas recomendables, si se atiende a que en esa época la ciencia del gobierno era casi del todo desconocida en Chile, y a que ese trabajo vino a establecer los cimientos de los posteriores de su clase y a llamar la atención e ilustrar al público sobre asuntos del mas vital in-

teres para la nacion. Alto honor y reconocimiento merecieron sus autores.

El código de que se acaba de hablar creó el importante cargo de procurador nacional, cuyo empleo fué conferido a don Mariano de Egaña. Se necesitaba un hombre como él para desempeñarlo.

El senado conservador y el supremo gobierno creyeron con fundada razon preciso enviar a Europa una persona competente, que velara por los intereses de Chile y de la América. Reconocióse luego que don Mariano de Egaña era el llamado a tan importante cargo, y en marzo de 1824 se le nombró ministro plenipotenciario y enviado extraordinario del gobierno de Chile cerca de sus majestades los emperadores de Austria y Rusia y reyes de Francia, España, Gran Bretaña y Países Bajos, para cada uno de los cuales se le espidieron competentes diplomas y credenciales. Las instrucciones que se le dieron contenian encargos graves y delicados. En ellas se le hicieron prevenciones referentes al empréstito de cinco millones de pesos que Chile habia levantado en Lóndres en el año de 1822, cuyo remanente se deseaba recaudase y remitiese al país.

Mucho costó a don Mariano el resolverse a dejar el suelo natal. Temíase, no sin fundamento, que en su tránsito a Europa fuese aprehendido por un navío español que cruzaba estos mares. Pero él ni se arredró por esto ni por considerar su separacion, como lo decia, uno de los tormentos mayores de su vida. Despues de algunas dificultades salió de Valparaíso con direccion a Lóndres, en el buque *Real Soberano*, en mayo de 1824. Su viaje, aunque corto, fué lleno de molestias. Un temporal en el Cabo de Hornos puso al buque en bastante peligro; y el choque con una balandra en el Canal de la Mancha le hizo creer que era inminente su pérdida. En una carta a su padre, hablándole de este suceso, le dice:—"Los furiosos estremecimientos de dos buques golpeándose y enredados por sus velas y embergaduras; los gritos de los pilotos y tripulaciones maniobrando, y los llantos de las mujeres, es pasaje de los que no se olvidan." El 27 de agosto de 1824 llegó a Lóndres.

Esta célebre capital no le produjo una fuerte impresion. Echaba ménos su país, sus costumbres, su familia y sus amigos, y deseó volverse pronto. "El amor al suelo en que se nace, escribia, es un afecto desconocido hasta que uno se separa de él y ve usos distintos: entónces los compara con los suyos y ciegamente da la preferencia a éstos." Luego despues de su llegada se puso en relacion con los enviados americanos que allí habia, y los invitó a unirse y a obrar de consuno en los negocios comunes de América. Convinieron en ello, y este fué el principio del desempeño de su comision, cuyos pormenores mas o ménos interesantes, no es posible referir aquí sino mui rápidamente. Pero no bien habian empezado sus tareas cuando llegó allá la noticia de la revolucion acaecida en Chile en julio de 1824. Deploró con amargura esa ocurrencia, principalmente por los obstáculos que hizo nacer para su mision y por lo mucho que perjudicaba al

crédito de la patria en el extranjero. Empeñóse en desvanecer el siniestro efecto que este suceso habia producido valiéndose de la prensa y de todos los recursos que su posicion le suministraba. Pero no era posible des-hacer del todo la malísima impresion que esa noticia habia hecho. Mr. Canning, jefe del gabinete ingles entónces, hizo saber al cuerpo diplomático que la Inglaterra iba a celebrar tratados de comercio con las repúblicas de Colombia y Méjico, y que en cuanto a Chile se aguardaban informes que debian hacer formar a su majestad un juicio exacto del estado de este país. Chile tenia el interes que debe suponerse en que la Inglaterra reconociese su independenciam; y don Mariano hacía lo posible con tal fin; hablaba, escribia, instaba y procuró con grande empeño atraer al país, con ese y otros objetos, todos los capitales ingleses que fuera posible. Consideraba esto mui útil por razones fáciles de calcular. Al efecto promovió y llegó a formar compañías de minas y de colonizacion. Entre tanto molestábale la idea de que quizas se creyera en Chile que él hacía poco en el desempeño de su comision, y esto aumentaba su deseo de volver.

En una de sus conferencias con Mr. Canning, el 21 de mayo de 1825, don Mariano reiteró la espresion de los deseos de su gobierno de cimentar sobre un tratado las relaciones de amistad y comercio que ya existian entre los súbditos de Chile y de la Inglaterra; mas aquel le espresó terminantemente que era preciso aguardar a que Chile se constituyera de un modo estable, pues la Inglaterra no trataba sino con gobiernos ya constituidos. Hasta ese punto habian llegado a perjudicarnos en el extranjero nuestras disenciones intestinas. Estas, los retardos en el pago de los dividendos de la deuda anglo-chilena y varias otras causas hicieron sumamente difícil y enfadosa la posicion del señor Egaña en Inglaterra, e impidieron que obtuviese todos los bienes que sin ellas habria obtenido para el país.

A fines de 1827 pasó a Francia y visitó a Paris y otros pueblos de aquella nacion. Desde esa capital escribia:—"Me tiene U. en Paris examinando con cuanta atencion y estudio puedo este pueblo. Jamas he sentido un aprovechamiento mas manifiesto en ningun jénero de instruccion a que me haya dedicado, que el que he adquirido en el estudio de la historia, de las leyes, de las costumbres y del carácter frances. Mui defectuosa habria quedado mi educacion política, si no hubiese venido a Francia; porque es preciso observar estas dos grandes naciones vecinas y compararlas. De esta comparacion resulta que se penetre uno prácticamente de ciertas grandes verdades políticas, cuyo conocimiento es indispensable para servir a la patria con provecho. ¡Cuánto no conoce uno, por medio de esta comparacion, la certeza de aquel importantísimo principio: que nada valen las instituciones si no están apoyadas sobre el carácter nacional, o lo que es lo mismo, que las leyes nada son sin las costumbres, aunque aquellas sean el producto del mayor saber y civilizacion! Arcanos impenetrables me parecian ántes de salir de Chile, la atrocidad de la re-

volucion francesa; el que se hubiese dicho que Robespierre era el hombre que habia manifestado mas estension de miras; la caída inesperada de Napoleon, su abandono despues de la batalla de Waterloo; la restitution de la familia real, etc. Pero a la vista de los hombres y del teatro de los sucesos se rasga el velo del misterio.”

El señor Egaña atesoraba, pues, en Europa conocimientos *para servir a la patria con provecho*. En Paris conoció a varios hombres célebres de la revolucion: Talleyrand, Marmont, Macdonald, Oudinot, Sault, La Fayette, Portalis, B. Constant, etc., y trató a la mayor parte de ellos. Tuvo tambien en Europa relaciones con otros personajes notables e íntima amistad con los mui distinguidos literatos americanos Bello y Olmedo.

Vuelto a Lóndres, continuó sus tareas con los mismos inconvenientes y disgustos que ántes; y en virtud de la órden que recibió, tan deseada por él, de suspender su mision, se embarcó para Chile. Llegó a Valparaíso a fines de 1829.

No se presentó, pues, en las demas cortes para las cuales se le habia nombrado ministro plenipotenciario; ni tampoco al gobierno de los Estados Unidos para quien le habian dado credenciales en junio de 1826. Sus deseos de volver al país, sus ocupaciones en Lóndres y la órden de suspender su mision, fueron sin duda las causas de no haberla llevado a efecto completamente.

Un supremo decreto de marzo de 1830 le nombró ministro del interior; mas parece no haber aceptado tal cargo. Y en abril del mismo año se le llamó a servir la fiscalía de la exma. Corte Suprema de Justicia, a cuyo destino correspondia el de procurador nacional, que ya no existia y que retuvo al encargarse de su mision a Europa. Con solo las interrupciones que el ejercicio de otros empleos incompatibles hicieron precisas, sirvió la indicada fiscalía hasta su muerte. Sus numerosos y eruditos dictámenes dan a conocer, ya al profundo jurisconsulto, ya al hombre de excelente criterio o al consumado político. Ellos ilustraban siempre las cuestiones mas intrincadas y son mui notables por el acopio de conocimientos de todo jénero que manifiestan y por la claridad, buen juicio y razonamientos convenientes.

En marzo de 1831 fué electo diputado al congreso nacional por el departamento de Santiago; y la gran convencion instalada en el mismo año, encargada de examinar la constitucion política de la república y que formó el código fundamental de 1833, que ahora nos rige, contó al señor Egaña entre sus miembros y le tuvo de presidente. Fué uno de los mas laboriosos de ese cuerpo y la mayor parte de ese código le es debida.

⌈ Casi todo el tiempo trascurrido desde su vuelta de Europa hasta su muerte, el señor Egaña sirvió los altos destinos de senador y de consejero de estado. En esos cuerpos respetables era siempre oída con interes su elocuente e ilustradora palabra.

Se creyó preciso practicar una visita en la Catedral de Santiago, estensiva a muchos y delicados pormenores. Don Mariano de Egaña fué el visitador nombrado por supremo decreto de julio de 1832, y llenó cumplida y satisfactoriamente su encargo. De manera que a mas de las ocupaciones de su destino de fiscal, era frecuentemente llamado al desempeño de repetidas e importantes comisiones.

La política del jeneral Santa Cruz como presidente de Bolivia, su intervencion en los negocios del Perú y su actitud y medidas hostiles respecto de Chile, alarmaron con muchísima razon al gabinete de Santiago y al país. Era preciso enviar un ministro plenipotenciario cerca del gobierno del Perú, y el señor Egaña fué revestido de este carácter en octubre de 1836. Este destino le fué propuesto por el ministro Portales, a quien contestó:—“Si lo pienso, he de encontrar que no puedo ir, y pues segun U. dice, es necesario que vaya, no lo pienso y digo desde ahora que voi.” Admitió pues el encargo, y el 31 del mismo mes llegó al Callao. En las negociaciones que entabló fué inútil su empeño para evitar la guerra. Al fin, despues de agotados por su parte todos los medios prudentes de impedirla, la declaró a nombre de Chile al gobierno del jeneral Santa Cruz. Esa declaracion fué ratificada por lei de 26 de diciembre del citado año de 1836.

Tantos eran los servicios prestados ya al país por el señor Egaña, tanto su mérito, que el supremo gobierno le dirijió un oficio acompañándole una caja de oro adornada de un grueso brillante. Escribiendo su biografía no es posible dejar de copiar ese oficio que la contiene en compendio, dice así:—“Santiago, febrero 16 de 1837.—El presidente me ha ordenado trasmitir a U. S. la caja de oro adjunta, como un testimonio del singular aprecio con que mira las eminentes cualidades cívicas de U. S., y los servicios distinguidos que ha prestado a la república en los diferentes empleos y misiones que se le han encomendado, y particularmente en la serie de trabajos orgánicos a que se ha dedicado el gobierno para varias e importantes reformas, entre ellas la de la administracion judicial, obra tan urgente como vasta y difícil, y que, si se lleva a cabo, como S. E. lo espera, deberá mucho a las luces y al virtuoso y patriótico celo de U. S.

“El presidente está seguro de espresar en la ocasion presente los sentimientos del pueblo chileno, que es quien, por el órgano de S. E., da a U. S. esta muestra de su aprobacion. Esta sola circunstancia constituye el precio de un objeto que, despojado de ella, es insignificante, y el gobierno ha querido que ella sola lo constituya, porque a la misma moderacion de U. S. no podia ser lisonjero ver en esta señal de distincion otro valor que el que le dan los sentimientos que manifiesta.—*Diego Portales.*—A don Mariano de Egaña fiscal de la suprema corte.”

Esa especial distincion y muestra de aprecio fué para el señor Egaña una de las recompensas que mas estimó en su laboriosa vida pública.

En junio de 1837 fué llamado a servir el ministerio de justicia, culto e instruccion pública. Lo desempeñaba cuando, con retencion de él, volvió a nombrársele ministro plenipotenciario cerca del gobierno del Perú, en octubre de 1838. El 24 del mes siguiente llegó a Lima. Los acaecimientos de la guerra en que entónces se encontraba Chile con el gobierno de la confederacion perú-boliviana, le obligaron a salir mui luego de aquella ciudad y le causaron mil molestias. No fueron de las menores las que le ocasionó la expectativa que se juzgaba entónces probabilísima de un próximo combate naval, en que tomara parte el buque a cuyo bordo se encontraba de regreso a Chile. Llegó a Valparaíso en enero de 1839. Allí recibió la tristísima noticia de la muerte de su madre, acaecida el 4 de ese mes. Pronto estuvo en Santiago, y poco despues continuó sus tareas al frente del ministerio de justicia, culto e instruccion pública. En él permaneció hasta marzo de 1841. Numerosas e importantes fueron las disposiciones que se espidieron por ese ministerio durante el tiempo que él lo sirvió. La administracion de justicia y la lejislacion recibieron bajo sus auspicios utilísimas mejoras, y la instruccion pública y los asuntos eclesiásticos fueron tambien debidamente atendidos y mejorados. Basta para conocer esto recorrer la coleccion de las leyes y de los decretos del gobierno de esa epoca: ahí se encuentran las obras del señor Egaña manifestándose lo que era, laborioso, profundo y variado en conocimientos y aplicando con oportunidad e intelijencia remedio a todas las necesidades, a todos los males a que le era posible. Como miembro del gabinete en la época difícil de la guerra contra el gobierno de la confederacion perú-boliviana, concurrió con sus luces y trabajos a las acertadas medidas que entónces se tomaron y que tanto contribuyeron al triunfo de las armas chilenas en el extranjero.

En el mismo mes de marzo de 1841 se hizo nuevamente cargo de la fiscalía de la corte suprema, destino que, como se ha dicho, ejerció hasta su muerte.

No se crea que el señor Egaña prestó al público solo los servicios que exigian los empleos que se han referido. Su vida fué toda dedicada al país y mui pocos adquirieron los derechos que él a la estimacion pública mientras vivió y a que despues de su muerte sea reverenciada su memoria. Varias veces fué nombrado comisario por el supremo gobierno para arreglar cuestiones con ajentes extranjeros, y desempeñó otros muchos encargos accidentales, ya para arreglar el precio del papel sellado, ya para presidir una junta con el objeto de formar un plan de estudios, ya para revisar los libros que se introducian al país, ya el de elector de senadores; etc., etc. Era incansable cuando se trataba de servir al país.

Don Mariano de Egaña fué oficial de la lejion de mérito de Chile, por sus *acciones loables de virtud y noble patriotismo*, dice su nombramiento; y la sociedad de agricultura y la universidad de Chile le contaron tambien

entre sus miembros. En ésta lo fué de la facultad de filosofía y humanidades y de la de leyes y ciencias políticas, de la que se le hizo decano. Algunas sociedades extranjeras le admitieron igualmente en su seno, como la jeográfica de Paris y la real de antigüedades del Norte, de Copenhagüe. La comision científica para la esploracion de las antigüedades de América, establecida en Paris, le invitó para que fuese uno de sus colaboradores; y es de creer accederia a ello.

Sin duda habríamos tenido varias obras estimables del señor Egaña, si la tranquilidad y tiempo que ellas demandan hubieran sido compatibles con la multitud de ocupaciones a que sus numerosos empleos y comisiones le obligaban. Sin embargo, dejó escrita e inédita la *Historia de Chile* hasta el año de 1808, un proyecto bastante avanzado de código civil, tambien inédito, otro sobre organizacion de tribunales y juzgados, y recopiladas y en arreglo sus muchas e importantes vistas fiscales. Sus demas trabajos, sin ser de aquellos que forman volúmenes, produjeron grandes bienes al país.

Casi no hubo durante su vida ramo de la administracion pública que él no contribuyese a mejorar, ni trabajo de interes para la nacion en que no tomase parte.

El señor Egaña fué uno de esos pocos hombres a quienes en vano la crítica mas severa se empeñaria en denigrar. Sobre su probidad y moralidad no hubo jamas ni una sombra de duda; y sus grandes servicios, su abnegacion, su celo por los intereses y por el honor de Chile y sus profundos y variados conocimientos, le hicieron uno de los ciudadanos mas importantes y meritorios. Sobresalientes eran las dotes que le adornaban como orador. Bajo este aspecto dejó un grande y sensible vacío. Valiente como el que mas cuando se trataba del bien del país, ninguna consideracion le detenia si creia preciso defenderlo. Entónces de afable y sencillo pasaba a ser un ardoroso abogado de los derechos y los intereses de la patria; y sus francos, elocuentes e instructivos discursos era raro que no produjesen convicciones profundas. Varias veces con solo breves y oportunas insinuaciones impuso silencio a una barra que salia de los límites de la moderacion. Interrumpido por ella, en circunstancias que hablaba en el senado en un asunto de grande importancia, dijo: "Señores, este es un lugar de libertad y órden; dejadme pues ambas cosas para expresar mis opiniones." Un súbito y grande silencio sucedió al bullicio, y fué la respuesta a estas elocuentes palabras. Dichas sin alterarse, siguió despues con calma su discurso. Sería mui largo referir las muchas ocurrencias semejantes del señor Egaña, y mas todavía dar una idea algo detallada de algunos de sus muchos discursos notables. Hubo caso en que el temor de que, en circunstancias de agitacion, se atentase a su vida al salir del senado, no fué bastante a impedirle que espresara en él con la mayor entereza sus opiniones. Hablando en asuntos de interes su aspecto

era imponente, su semblante animado, su tono el del convencimiento y decision; su voz alta, arjentina y clara; su accion decorosa, noble y fácil; las palabras salian de su boca con afluencia y lucidez; y sus discursos siempre lójicos, brillantes y nerviosos, estaban constantemente a la altura de la materia. Sobresalia mui particularmente como político y jurisconsulto; y sus juicios bajo ambos respectos eran solicitados y oídos con interes. Su correspondencia oficial, miéntras estuvo de ministro plenipotenciario en Europa, manifiesta la estension de sus miras, su fino tacto para apreciar los sucesos y su buen juicio para calcular los resultados. Siempre tuvo al gobierno instruido de todos los sucesos europeos que tenian o podian tener alguna relacion con Chile y de su opinion sobre ellos y aun sobre muchos de los que acaecian en el país. Durante su larga vida pública, bien notoria es la influencia que ejerció en la política de Chile. No lo fué ménos la que siempre tuvo en los asuntos lejislativos: las leyes vijentes, de procedimientos ejecutivos, de nulidades, de implicancias y recusaciones, y otras muchas fueron obra suya; y ya se ha dicho cuanto le han debido casi todos los códigos fundamentales que ha tenido la nacion. En jurisprudencia se habia dedicado mui especialmente al derecho canónico; y en este ramo eran bien profundos sus conocimientos.

Si despues del lijero bosquejo que precede del señor Egaña como hombre público, se desciende a considerarle como hombre privado, tambien en este carácter tiene muchos títulos de estimacion. Nació con una gran sensibilidad, y tuvo constantemente una fuerte inclinacion a todo lo que era recto, decoroso, elevado y digno. Su padre se esmeró en formar su espíritu y su corazon; y a esos cuidados era en gran parte debido el afecto intenso que hacia él tuvo siempre don Mariano, afecto que tocaba en la veneracion mas respetuosa. Fué el mejor de los hijos, y la muerte de su padre, acaecida en abril de 1836, le ocasionó una de las mas dolorosas impresiones de su vida.

Desde mui jóven tuvo una grande aplicacion a leer y a proporcionarse buenos libros; así es que a su muerte dejó una abundante biblioteca, sin duda la mas numerosa i escojida de las particulares de Sud América. Casi toda su educacion la adquirió al lado de su padre, dada por éste o bajo su direccion; y desde mui temprano dejó traslucir claros indicios de lo que fué despues. De niño no tuvo los juegos de las personas de su edad; preferia a la sociedad de éstos la de los hombres maduros y sus entretenimientos eran principalmente la lectura y el estudio. Sencillo, modesto, afable y chistoso, fué estimado de las personas que le trataron de cerca, y contó siempre un número crecido de amigos. Con ellos, y en medio de variadas e interesantes distracciones, pasaba agradables temporadas en su deliciosa propiedad de Peñalolen. Allí descansaba de sus fatigosos quehaceres públicos. Su instructiva y amena conversacion hacía desear su sociedad. Sin los extravíos de un celo exajerado, se hacía notar por sus

prácticas y sentimientos religiosos, y desde mui jóven se desarrolló en él una gran propension a los actos de caridad. Animado de esta virtud, coadyuvó a la institucion y progreso de los establecimientos de beneficencia, y era frecuente verle en busca de los pobres que sufrían, entrar en sus miserables habitaciones y socorrerlos. Segun sus apuntes y otros datos, una parte mui considerable de sus entradas la invertía en erogaciones caritativas: muchos fueron los necesitados que lloraron su muerte y perdieron en él un favorecedor liberal y afectuoso.

El señor Egaña se casó con la señorita doña Rosario Zuazagoitia en mayo de 1830; tuvo el gran sentimiento de perderla mui pronto, y solo le quedó una hija a la que quiso con gran ternura. No volvió a contraer matrimonio.

Don Mariano de Egaña era de un alto regular y bastante corpulento; su cabeza abultada, su frente espaciosa y prominente; aunque un poco miope centelleaba la intelijencia en su mirada; y su semblante aunque afable, inspiraba respeto. Este benemérito patriota, este hombre bajo todos aspectos estimable y sobresaliente, murió en Santiago, el 24 de junio de 1846, a los cincuenta y tres años tres meses y dias de edad; su fallecimiento fué repentino; y jeneral el sentimiento que produjo: el que manifestaba la multitud de pobres que acudió a su casa y a quienes acostumbraba socorrer, no fué el ménos sincero ni el que ménos le honró. El supremo gobierno espidió el siguiente decreto:—"Santiago, junio 26 de 1846.—Siendo un deber del gobierno tributar un homenaje de gratitud y respeto a la memoria del senador, consejero de estado y fiscal de la corte suprema, don Mariano de Egaña, fallecido en la noche del 24 del presente, por los importantes y extraordinarios servicios que prestó a la república, he venido en acordar y decreto: 1.º Los restos mortales de don Mariano de Egaña serán conducidos al cementerio público acompañados de una comision compuesta de dos ministros del despacho y de dos consejeros de estado. 2.º Todos los empleados públicos vestirán luto por el término de ocho dias. 3.º Se pedirá al congreso que decrete los honores debidos a las eminentes virtudes cívicas y los servicios hechos al estado por don Mariano de Egaña como sabio y profundo lejislador, como magistrado íntegro y dominado de un ardiente amor a la patria, como distinguido estadista y como ciudadano infatigable en promover el bien público.—BULNES.—*Manuel Montt.*"

El supremo gobierno dirijió poco despues una comunicacion a la hija del señor Egaña, espresándole el dolor profundo que en él y en el público habia causado aquella muerte; cuánto simpatizaba con el pesar que a ella la aflijia, y que debia servirle de lenitivo la reputacion sin mancha que su padre habia dejado vinculada a su nombre, *nombre*, se le dice, *que la república de Chile mirará siempre como uno de los que le han dado mas gloria, y que es para U. una herencia preciosa.*

Por lei de 16 de octubre de 1846 se ordenó la compra por cuenta de la nacion de la numerosa y selecta biblioteca del señor Egaña; que ella formase un departamento en la nacional, colocándose en salones aparte, cuyas puertas y estantes tuviesen esta inscripcion:—*Biblioteca Egaña*; y que en la testera principal se colocase el retrato del señor Egaña y al pié la silla que ocupaba en el senado, marcada con las iniciales de su nombre y sostenida por un pedestal de mármol. Esta lei se ha llevado a efecto casi en todas sus partes, y es de esperar lo sea completamente,

Los servicios del señor Egaña no tienen el brillo de los del guerrero; mas no por esto fueron ménos importantes para la patria. Su muerte dejó un gran vacío entre los buenos, mas distinguidos y meritorios servidores del país. Es probable que su vida se escriba, y entónces en un campo mas estenso podrán entrar pormenores ajenos de una lijera biografía, y será mejor retratado este personaje a quien la naturaleza dió un tipo orijinal y propio y cuya alma ha sido dignamente bosquejada por él mismo en aquellas notables palabras: “no cometeria una bajeza ni a vista de los mas horribles males ni por el aliciente de los mayores bienes.” Bellísimo principio de conducta que ojalá adorne siempre a todos nuestros hombres públicos.

JOSÉ SANTIAGO MELO.



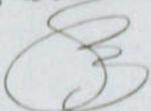
GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desnadyi.



JOSE ALEJO EYZAGUIRRE.

*Jose Alejo Eyzaguirre
Act.º Elev*




XXV.

DON JOSÉ ALEJO EYZAGUIRRE.

Si los guerreros conquistaron la patria con su espada y los políticos la sostuvieron con sus consejos, los hombres de bien la edificaron con su ejemplo.



El día 4 de agosto de 1850 amaneció con síntomas siniestros para la ciudad de Santiago. Era uno de esos días crueles de invierno tan frecuentes en esa estación de lluvias y nieves continuas. El cielo estaba sombrío, y la mezquina luz que despedía el sol al través de la niebla comunicaba un aspecto de melancolía a toda la naturaleza. Los campanarios de nuestras iglesias repetían de hora en hora la triste plegaria de los muertos. Pero sobre todo, una palabra lastimadora como un quejido llevaba la consternación por todas partes, y parecía sembrar el luto en el seno de todas las familias. Esta palabra repetía: el señor Eyzaguirre ha muerto hoy a las seis y media de la mañana.....

Cualquier extranjero que hubiese llegado en ese día a la capital, sorprendido a la vista de un duelo tan jeneral, habría naturalmente preguntado

si ocurría alguna calamidad pública, y al respondersele que era un anciano sacerdote el que acababa de morir, habría comprendido fácilmente el alto mérito del ilustre finado, y sospechado que bajo ese modesto carácter se ocultaban sin duda grandes virtudes. Este pesar tan profundo como extenso revela quién era ese hombre, cuya pérdida tan vehementes sentimientos despertaba en un pueblo de cien mil habitantes, y comienza a dar al lector una idea del personaje de quien vamos a ocuparnos.

Pocas biografías, a la verdad, ofrecen al historiador un campo tan fecundo como la del señor don José Alejo Eyzaguirre; pero esto mismo nos hace vacilar entre la omisión de algunas de sus virtudes privadas y el relato de sus virtudes públicas. En esta alternativa nos hemos decidido por las segundas, y prometemos, desde luego, no decir nada que todos no hayan visto u oído, y cuya memoria no esté todavía palpitante en el corazón de todos los chilenos. De este modo los hechos narrados tan injenuamente y sin ningún jénero de entusiasmo se transmitirán dignos de fe a la posteridad.

No es la cuna la que hace ilustres a los hombres; y al hablar del señor Eyzaguirre que fué tan ilustre por sus virtudes, debía dispensárenos ese preámbulo de todas las biografías que contiene una relacion jenealójica de nobles projenitores y ascendientes titulados, cuyos honores, si hemos de decir verdad, no siempre son adquiridos por el mérito, ni las hazañas, sino las mas veces debidos a la suerte o al favor. Por otra parte, su familia es harto conocida, y comenzando por el esclarecido obispo Aldai, su tío materno, los Eyzaguirres y Arechavalas han gozado de una reputacion distinguida, y han ido legando a sus descendientes un nombre sin mancilla, y casi sinónimo de buena fe y de bondad. Sin embargo, no creemos nos sea permitido pasar en silencio un documento importante que hemos tenido a la vista, y se registra en los actos capitulares de la iglesia Catedral. Hélo aquí:

“Nació el señor Eyzaguirre en Santiago de Chile el dia 13 de julio de 1783, siendo sus padres el señor don Domingo Eyzaguirre, y la señora doña María Rosa Arechavala, familia de primera distincion por su nobleza, y por cuantos privilejios establecen las preferencias sociales; pues su padre obtuvo destinos públicos y honoríficos, así en el virreinato de Lima como en esta ciudad. Su madre fué igualmente ilustre, sobrina del reverendo obispo que fué de esta diócesis doctor don Manuel de Aldai y Aspus, cuyo nombre y sabiduría atrajo la admiracion y el respeto de los sabios.”

Chile fué pues la patria del señor Eyzaguirre y Santiago su cuna. Su corazón preparado desde mui temprano, para la humanidad fué educado en la piedad cristiana. Hizo sus primeros estudios en el antiguo seminario conciliar, llamado vulgarmente el colejio azul. Los estudios en aquel tiempo estaban reducidos a pocos ramos, el latin, la filosofía peripatética, que

formaba ergotistas consumados, la teología dogmática y un tratado de historia eclesiástica, completaban la carrera del estudiante. El jóven Eyzaguirre cursó estos ramos con provecho. Pero despues de haber consagrado a la ciencia de la relijion sus primeros desvelos, quiso dedicarse al estudio, tan raro en aquella época, de los derechos del hombre, adornando así su intelijencia con los ramos mas importantes del saber, y haciéndose dos veces útil a sus semejantes, tendencia mui pronunciada en él desde niño. Advirtiéndolo el gran vacío de aquel sistema de aprendizaje, no se contentó solamente con la instruccion adquirida en las aulas; se entregó con teson al estudio de las ciencias modernas, que entónces alboraban para Chile, tales como el derecho público, las lenguas vivas y la historia. Ademas se familiarizó con los clásicos, prefiriendo siempre en sus estudios las fuentes sagradas a las profanas. De aquí, esa instruccion tan fecunda y tan amena, que sin el vano aparato de frases ampulosas, enseñaba recreando hasta en la conversacion familiar.

La aureola literaria no tardó en brillar sobre su frente, como un justo tributo debido a su talento y capacidad. Recibió el grado de bachiller en leyes y sagrados cánones, en la antigua universidad de San Felipe. Cumplidos sus tres años de práctica, obtuvo el de licenciado en el foro, y luego el de miembro de la real academia Carolina, donde desempeñó ademas el honroso cargo del profesorado. A estas prendas reunia una índole apacible, la pureza de un niño, la severidad de costumbres de un viejo y la piedad de un santo, con un cuerpo esbelto, y una fisonomía varonilmente bella.

Habiendo sido nombrado el mayor de sus hermanos, don Miguel Eyzaguirre, fiscal en lo criminal de la real audiencia de Lima, el jóven Alejo marchó en su compañía, con el objeto de probar su vocacion al sacerdocio, para el que se sentia inclinado. Despues de un largo tiempo de prueba entre los continuos ejercicios de la vida ascética, venciendo al fin sus temores, recibió los sagrados órdenes a la edad de veinte y cuatro años de manos del discreto prelado don Bartolomé de las Heras, arzobispo a la sazón de Lima. Bastante conocidas le eran al sabio arzobispo las raras cualidades del sacerdote chileno, para que dejase de procurar por todos los medios posibles, domiciliarle en su diócesis. A este propósito se le brindaron los mejores empleos y mas pingües beneficios eclesiásticos, abriéndosele en lontananza un brillante porvenir como término de su carrera. Pero Eyzaguirre tenia una familia en Chile, tenia mas, una patria, una y otra dignas de él, y acreedoras ambas al fruto de sus desvelos. Volvió, pues, a su país hacia mediados del año 1815, época por cierto azarosa, en la que la revolucion de la independenciam tenia divididos los ánimos en dos bandos, a cual mas encarnizados, de realistas y patriotas. La mayoría del clero se mantenía aferrada al primero; los hermanos del clérigo Eyzaguirre ocupaban puestos distinguidos en el segundo.

Su situacion era por demas dificil. El era patriota por corazon, pero realista por conciencia; queria la independenciam de América, la libertad de su patria; veia solo en aquella la felicidad y prosperidad de unos pueblos que eran llamados a gobernarse y engrandecerse por sí mismos; pero tenia fe en el juramento de fidelidad que sus padres habian prestado a la corona de España; acataba las tradiciones en cuya creencia, casi ortodoja, él y los de su tiempo se habian educado. ¿Qué hizo pues? se encerró en una prudente reserva, y aguardó a que el desenlace de los sucesos justificase a los ojos del mundo y de la relijion el nuevo sistema.

Hai la pretension, mui comun entre nosotros, de querer hacer aparecer a todos nuestros hombres ilustres despues de su muerte como grandes republicanos, aun cuando muchos de ellos se hallan sometido por fuerza a la república, como si dejaran de ser verdaderos patriotas, porque juzgaron mas conveniente al bien de su país este o aquel sistema de gobierno, o porque, aun cuando amaban la libertad, no creian que les era lícito romper sus cadenas. No queremos decir por esto que el sabio Eyzaguirre no fuese jamas republicano; él lo fué desde el principio por inclinacion, pero lo fué concienzudamente cuando pudo salvar sus temores; entre tanto conservó la dignidad de su carácter sirviendo a la iglesia y a la patria con un interes digno de elojio.

En unas memorias inéditas escritas de su mano, que hemos podido consultar se deja ver a primera vista el plan de conducta político que se trazó él mismo desde el principio de la revolucion. Allí domina el principio de la justicia en todos sus actos, y en todas las situaciones de su carrera pública se le encuentra aspirando a la felicidad de los pueblos por medio de la ilustracion y del fomento de la moral cristiana. En esas memorias están consigados los sucesos que cambiaron la faz de la América y especialmente los que conciernen a Chile; las verdaderas causas del progreso y retrogradacion del país; las violaciones de la carta fundamental, y la invasion lenta pero sistemada en los derechos de la iglesia. Es sensible que este escrito, tan interesante por su verdad e injenua sencillez, no vea la luz pública.

A su vuelta del Perú fué nombrado promotor fiscal, y en este ministerio tan delicado como laborioso se desempeñó con el aplomo de un viejo majistrado. Promovido luego al curato del Sagrario, en estas importantes funciones, dió a conocer mas que nunca, su celo por el culto sagrado y su caridad para con los pobres. De esta época data la predicacion del señor Eyzaguirre que solo cesó con su muerte. Su estreno en el púlpito fué en unos ejercicios espirituales dados a los clérigos en presencia del obispo, el célebre Rodriguez Zorrilla, y sin mas preparacion que de la mañana a la noche. Su facilidad de espresion, su profundidad de doctrina y su piadosa uncion, conmovieron de tal modo al prelado y al clero que desde ese momento, el doctor Eyzaguirre entró en posesion de un alto crédito.

Su predicacion no se limitó a su iglesia, sino a todas aquellas partes donde habia necesidad de la palabra evangélica. No fué tampoco cura para tomar la renta, y exigir las obvenciones de sus feligreses; él ajustó su conducta a la del verdadero pastor que pinta san Pablo: *sobrio, prudente, circunspecto, modesto, hospitalario y siempre pronto para enseñar a los ignorantes*. De los ingresos de su beneficio no reservaba ni la mas pequeña parte, creyendo que pertenecian a los pobres. Es verdad que desde el principio de su sacerdocio se habia propuesto no poseer sino lo indispensablemente necesario para una decente subsistencia; y para conseguirlo se habia despojado de la mayor parte de su patrimonio, que invirtió en limosnas entre pobres vergonzantes.

El fiel cumplimiento de su ministerio le acarreó por algun tiempo la persecucion y el destierro, persecucion tanto mas sensible, cuanto fué ménos merecida de su parte. Habiéndose quejado una señora, esposa de un hombre de influencia, al supremo director don Bernardo O'Higgins, del cura Eyzaguirre por una amonestacion que le habia hecho privadamente en la iglesia, el director, en uno de esos arranques de violencia que en él eran frecuentes, y de que despues tuvo que arrepentirse, como él mismo lo manifestó a sus amigos, le mandó desterrado a Mendoza. Se ha dicho que el cura Eyzaguirre al hacer aquella advertencia a la señora cumplia con una orden del obispo. No obstante él en sus descargos, aunque se sinceró dignamente, no hizo alusion a aquella orden. De la prision, en el cuartel llamado de *Guías*, salió para atravesar las cordilleras, sin mas equipaje que su breviario y casi en el invierno del año de 1822.

Largas noticias se tenian en Mendoza del talento y virtudes del proscrito, lo que le mereció ser recibido con entusiasmo del pueblo y en especial del clero. Se proyectaba a la sazón un instituto provincial para la enseñanza de la juventud, y el cabildo comisionó al señor Eyzaguirre para formular un reglamento. El se prestó gustoso, y su reglamento despues de examinado se aprobó por todos los intelijentes. En reconocimiento de este servicio, y advirtiéndole que nadie mejor que él podría ponerlo en práctica, se le nombró rector del colejio, empleo que desempeñó con grande aprovechamiento de sus educandos y satisfaccion pública.

Restituido a la patria, despues de dos años de ausencia, parece que se le hubiese querido indemnizar con usura las privaciones del destierro. Pero es preciso decir que el dictador O'Higgins habia ya abdicado, y en su lugar gobernaba el noble jeneral don Ramon Freire. Recibió comisiones honoríficas de parte del gobierno. El obispo le hizo su vicario delegado para las causas eclesiásticas y defensor de matrimonios. En seguida fué nombrado visitador de los curatos rectorales de la capital, y asesor jeneral de la diócesis; y para acabar de dársele una prueba espléndida de la estimacion y confianza que gozaba cerca del gobierno, se le nombró canónigo penitenciario de nuestra Catedral, dispensándose en su favor las

leyes civiles y canónicas de la oposicion a que está sujeta esta silla.

La crisis eclesiástica que ocasionó en Santiago el estrañamiento violento de su obispo el señor doctor don José Santiago Rodríguez, proporcionó al señor Eyzaguirre un nuevo terreno en que dar a conocer su tino conciliador y su poderosa influencia entre sus paisanos. El solo pudo calmar las alarmas. El obispo habia oficiado al cabildo eclesiástico, desde Acapulco, el nombramiento que habia hecho en el señor Eyzaguirre para vicario jeneral y gobernador del obispado, delegando en su persona todas sus facultades ordinarias, medida que honraba altamente al delegado, i que acreditaba la sabia discrecion del delegante, que se valia un individuo tan competente, y cuya prudencia era una prenda de armonía y de paz. Desgraciadamente no tuvo efecto esa providencia, porque el cabildo eclesiástico apoyándose en ciertas disposiciones canónicas, sostenia el principio de que estrañado el prelado de su silla a un país remoto, se resumian en el capítulo todas sus facultades como en sede vacante. El señor Eyzaguirre, aunque no suscribia a esta opinion, despues de haber espuesto sus fundamentos, se sometió al voto de la mayoría, delegando inmediatamente sus facultades en la corporacion, para evitar de ese modo que pudiesen quedar sin validez los actos que emanaban de una jurisdiccion dudosa. A pesar de esto, gran parte del clero, las monjas, los regulares y todas las jentes timoratas ocurrían a él con frecuencia para asegurar sus conciencias.

El señor Eyzaguirre no se limitó solamente a las funciones del ministerio sagrado: la patria le encontró siempre pronto a prestarle sus luces y su esperiencia. Tres veces consecutivas fué llamado a las juntas populares o asambleas, con que el país comenzaba a ensayar su nuevo sistema representativo. En ellas desplegó un vivo interes por la cosa pública, y una noble independencía. Mas tarde fué elejido diputado por los departamentos de Curicó, Quillota y Santiago en tres congresos nacionales. En la liberal constitucion de 1828, encontramos igualmente su firma, como miembro de la cámara constituyente, y casi no habia eleccion para presidente de la república en que el nombre de Eyzaguirre no encabezase las listas de los electores de todos los partidos. Tal era la popularidad que disfrutaba y el prestigio que gozaba cerca de los gobiernos. En tan diferentes destinos manifestó una rectitud, una entereza y una asiduidad admirables; trató de conciliar siempre la libertad con el órden y la justicia, abogando noblemente por la primera en favor de los pueblos. Ocupando un asiento en el consejo de estado, que solo quedó vacante con su muerte, se mostró solícito defensor de las garantías individuales, no suscribiendo jamas a las facultades estraordinarias y estados de sitio. Digno, sin ser altivo, no se prosternó en presencia de los gobiernos, ni lisonjeó al poder, aun cuando se hallaba todavía en la mitad de su carrera, y podían deslumbrarle el brillo de las altas dignidades.

Pero por distante que estuviese el señor Eyzaguirre de toda otra aspira-

cion, que no fuese el bien de su patria, los honores i las dignidades le perseguian en su misma abnegacion i retiro. Durante el gobierno del jeneral don Joaquin Prieto, se le ascendió a la dignidad de tesorero, que sirvió algunos años. Mas tarde, a instancias de los mismos capitulares, i lo que es mas honroso para él, del mismo arcedeano don José Miguel del Solar, a quien por derecho de escala correspondia el deanato que se hallaba vacante, el señor Eyzaguirre fué promovido a este cargo. El caballeroso señor Solar mereció por su conducta un voto público de verdadera estimacion, pues dió a conocer de un modo inequívoco sus jenerosos i dignos sentimientos.

La fama del grande hombre cuya biografia bosquejamos, se estendió hasta el otro lado del Atlántico; el papa Gregorio XVI le comisionó, *motu proprio*, para hacer la ereccion de la metropolitana que se acababa de crear en la república. Esta ereccion, que existe en nuestros archivos episcopales, es un precioso documento, que prueba por una parte la confianza que el pastor universal tenia en este sacerdote, i los profundos conocimientos de su autor en el derecho eclesiástico. Creado el nuevo obispado de la Serena, se le propuso, al instante, por unánime aclamacion del consejo de estado en el primer lugar de la terna. Su celo le habria hecho superior a su humildad; pero no pudiendo montar a caballo por causa de la enfermedad de gota que sufría de continuo, i siendo sumamente fragosos los caminos de esa parte del norte, le habria sido imposible cumplir con las visitas anuales que ordena el concilio de Trento a los obispos. Estas fueron las razones, verdaderamente justas, que espuso en su renuncia.

No le fué dado hacer otro tanto, cuando por fallecimiento del arzobispo de Santiago, todas las miradas se volvieron hacia él. El siempre de grata memoria don Manuel Vicuña acababa de dejar con su muerte un vacío, que nada parecia capaz de llenar. ¡Ah! era que bajo la primera impresion del dolor nadie se habia acordado del señor Eyzaguirre. El cabildo eclesiástico se apresuró a elejirle vicario capitular, i el gobierno sin vacilar acabó de cumplir los votos del público elevándole al arzobispado. Resistióse fuertemente a aceptar esta dignidad; pero la súplica de sus numerosos amigos, los clamores del pueblo, las instancias del gobierno i los ruegos mezclados con lágrimas de todo el clero que veia en él su salvacion, le hicieron decidirse. En situacion tan espectable pudo conocerse mas que nunca de todo lo que era capaz el digno Eyzaguirre. La abrumadora carga del gobierno de la arquidiócesis, no alteró en nada sus habitudes, ni le hizo declinar un ápice de su bondad. Su palacio siguió siendo siempre su pobre cuarto, tan modestamente amueblado, que su dormitorio carecia hasta de una pobre estera. Allí no habia dificultad para llegar hasta su persona; él mismo introducía con una dulzura anjelical a todo el que deseaba hablarle; todavía conocia ménos esas odiosas diferencias que aun en el trato doméstico, han establecido el orgullo i la vanidad. Con la misma urbanidad recibía al grande que al pequeño, al potentado que al pobre i

desvalido. Pero no nos detengamos mas en hechos tan sabidos de todos: Digamos algo, aun que sea lijeramente, sobre los trabajos importantes que emprendió en el corto período de su administracion.

El seminario conciliar, débil retoño todavía, que su digno antecesor tuvo la gloria de plantear a fuerza de grandes sacrificios, atrajo sus primeros cuidados. Sabio apreciador de un establecimiento en que se contienen las esperanzas de la iglesia i de la patria, se dedicó a su fomento i desarrollo introduciendo en él útiles reformas, mejorando su sistema de enseñanza, adoptando textos mas conformes a la época de ilustracion que atravesamos, i poniendo a la cabeza del colejio hombres competentes para formar la intelijencia i el corazon de la juventud.

Las calamitosas circunstancias por que habia pasado la iglesia chilena desde la revolucion, no habian permitido a los obispos cumplir con una de las mas grandes disposiciones del santo concilio de Trento, la convocacion a concurso para proveer de párrocos a las parroquias vacantes. El arzobispo electo creyó que era llegado el tiempo de satisfacer esta urjente necesidad; al efecto nombró examinadores sinodales, tanto clérigos como relijiosos, de luces i conocida integridad; i convocó al primer concurso que tuvo lugar entre nosotros despues de veinte años. Presidió él mismo los exámenes, investigando con escrupulosidad las aptitudes i costumbres de los candidatos; rechazó con firmeza las pretensiones de los que creia indignos; i de este modo dotó a muchas iglesias de pastores celosos e ilustrados.

La curia i secretaría episcopal estaban recargadas de graves asuntos, cuya paralización perjudicaba a los contendientes i orijinaba un verdadero mal a la sociedad; el arzobispo electo nombró con este objeto un asesor i aumentó las horas del despacho. Eliminó muchas causas i procesos de divorcio de la secuela ordinaria, para arreglarlos él mismo privada i paternalmente; de este modo volvió a unir muchos matrimonios separados por querellas domésticas. Era tanta la confianza que su carácter inspiraba a todos, la dulce persuasion con que convencia, la paciencia con que escuchaba i toleraba a los de ánimo exaltado, i la sabia discrecion con que decidia los negocios mas arduos que hacía imposible toda resistencia. Así es que aun en los asuntos que parecian mas ajenos de su ministerio, cuando se habian frustrado todos los demas medios de arreglo, se ocurría al señor Eyzaguirre, i esta esperanza jamas era burlada.

Estas penosas atenciones no le impedian continuar las tareas del apostolado. Abreviando las horas de descanso, las dedicaba al confesonario i predicacion. Dirijia multitud de personas de ambos sexos, muchas monjas en todos los monasterios i gran número de sacerdotes. Predicaba casi diariamente, i el crédito que tenian sus ejercicios espirituales, que daba con frecuencia en Santa Rosa, hacía afluir a ellos multitud de oyentes de todas categorías. Hasta que él murió, no dejó de ir el clero todos los años a la casa de San José a recibir de su boca las lecciones mas sublimes de la moral evan-

jélica. Daba los mismos ejercicios en los monasterios de monjas, i hasta los regulares le solicitaban para beber en esa fuente inagotable de doctrina el verdadero espíritu de la vida monástica. Añádase a todo esto que en medio de tantas ocupaciones que parecia imposible pudiera desempeñar un solo hombre, no faltó nunca al coro, ni aun siendo arzobispo electo.

El doctor Eyzaguirre no tenia las apariencias de un grande orador: su voz era débil, le faltaba la accion, sus discursos carecian de imájenes i de esos trasportes que dan tanta alma a la oratoria. Pero habia un no sé qué de encantador en sus palabras, una tierna armonía en su diction i una lógica tan irresistible en sus temas, que uno se dejaba dominar por él; cuando se le escuchaba, el tiempo se deslizaba sin sentir, i al separarse de su lado el oyente salia convencido i mudado en otro hombre.

Si a todo lo que hemos dicho del señor Eyzaguirre, se agrega una caridad sin límites, pues llegó al extremo de despojarse de su cama i sus vestidos para dárselos a los pobres, una bondad i mansedumbre, que no se desmintieron por la mas pequeña alteracion, aun en aquellos casos en que se veia en la triste necesidad de reconvenir, i una humildad que le hacía estimarse como al último del clero, i que tuvo ocasion de probar en muchas ocasiones, se tendrá una verdadera idea de este insigne varon que ha sido i será por mucho tiempo el orgullo del sacerdocio chileno.

Aunque la constitucion del señor Eyzaguirre era sana i robusta, llevando una vida tan laboriosa, teniendo una intelijencia siempre en accion i estando su cuerpo trabajado por la abstinencia, no podia ménos que destruirse prematuramente. Comenzó a sentirse desfallecer desde que cargó sobre sus hombros el gobierno de la arquidiótesis; parecia que este nuevo peso hubiera agotado sus fuerzas. Hasta dos veces habia hecho su renuncia, que no se le admitia; pero cuando llegó el momento de poner a prueba su conciencia exijiéndosele que faltase a lo que creia deber a la iglesia, su resolucion fué inevitable. Queriendo el supremo gobierno poner en práctica una ley del senado consulto del año 1823 que prohibia las profesiones de los regulares ántes de la edad de 25 años, ordenó al arzobispo electo que no diese dimisorias para órdenes a los infractores de esta ley. El señor Eyzaguirre elevó sus observaciones i manifestó sus lejítimos temores; pero como el gobierno insistiese, Eyzaguirre prefirió dejar su puesto a conservarlo a costa de su conciencia, pero tratando al mismo tiempo de evitar un conflicto entre ambas autoridades. El gobierno la admitió con pena, pero se convenció de los sólidos fundamentos en que estaba apoyada.

Breve tiempo rijió el señor Eyzaguirre la iglesia chilena: pero la huella que dejó en su paso fué tan profundamente benéfica, que no se borrará en un siglo.

Desde que depuso el báculo pastoral, recobró al parecer su salud i ajilidad antiguas. Esto hacía concebir a sus amigos esperanzas alhagüenas, prometiéndose que alcanzaria una larga ancianidad; pero estas esperanzas se

frustraron demasiado presto. Un accidente repentino le llevó en pocas horas al sepulcro a la edad de 67 años. Santiago dió pruebas nada equívocas de la alta veneracion que le profesaba. Sus funerales fueron solemnizados con una pompa extraordinaria. Una comision del gobierno, todas las corporaciones civiles, las comunidades relijiosas, i un pueblo numeroso asistieron a su entierro. Por un privilejio singularísimo fué sepultado en la iglesia catedral en la bóveda de su familia i junto a las cenizas del señor Aldai, su ilustre deudo.

Entre los beneficios que nos legó i que perpetuarán su memoria no es el menor el colejio de educandas de los Sagrados Corazones, dirijido por relijiosas traídas con este objeto de Francia. A él se debe principalmente esta bella institucion, la primera que hemos visto en Santiago i quizá en América, donde a mas de la educacion que se da a las clases acomodadas que pueden pagar su pension, se enseña gratuitamente a multitud de muchachas pobres, instruyéndolas en aquellos trabajos mecánicos que aseguren para mas tarde su subsistencia con comodidad i honradez.

No terminaremos esta biografía sin repetir lo que dijimos al principio: «Si los guerreros conquistaron la patria con su espada i los políticos la sostuvieron con sus consejos, los hombres de bien la edificaron con su ejemplo.» Don José Alejo Eyzaguirre perteneció a los últimos; él tambien, puede decirse, contribuyó de un modo digno i eficaz a la causa de nuestra independencia. En aquella terrible lucha de las conciencias, orijinada por la firme adhesion de gran parte del clero a la monarquía, que repelia el nuevo réjimen como ilejítimo, los hombres como el señor Eyzaguirre solo podian calmar los ánimos ilustrándolos, i serenar los temores resolviendo las dudas. Una virtud tan sólida como la suya, era mas que garantía para hacer desaparecer todo temor; de manera, que no solo aquellos espíritus apocados, que se asustaban de la república sin comprenderla, sino hasta esos otros talentos superiores, pero fanáticos, que se aferraban al viejo sistema i la condenaban sin oírla, cedian a su irresistible ejemplo. Toda causa que tenga en su apoyo hombres tan eminentes, debe contar con seguridad el triunfo.

FRANCISCO DE PAULÁ TAFORO.

GALERIA NACIONAL.



Dibujado y publicado por N. Desmadri.



JOAQUIN PRIETO.

Joaquín Prieto



XXVI.

DON JOAQUIN PRIETO.



L nombre que encabeza estas líneas es el de uno de los hombres que han hecho un papel mas importante en la historia chilena en los últimos años de la guerra de la emancipacion i en los primeros tiempos de la república. Buen soldado del ejército insurjente durante la guerra de la independenciamas tarde su jefe i presidente del estado despues, el jeneral Prieto ha vinculado su nombre a los mas grandes triunfos del pabellon nacional, i a los mas gloriosos pasos de la república.

Nació don Joaquin Prieto en la ciudad de Concepcion el 20 de agosto de 1786. Era su madre la señora doña Cármen Vial i su padre don José María Prieto, capitan entónces del rejimiento de dragones de la frontera.

Apénas hubo cumplido 19 años de edad se alistó en un rejimiento de milicias de caballería de aquella provincia con el grado de teniente. Un año despues, en 1806, acompañó sin sueldo ni emolumento alguno al teniente coronel don Luis de la Cruz en su viaje de esploracion por las cordilleras de los Andes en busca de un camino carretero que uniese a la ciudad de Concepcion con la capital del virreinato de la Plata.

Apénas vuelto a Chile, el jóven Prieto fué ascendido al grado de capitan de milicias de Concepcion. Entónces se hacian sentir los primeros síntomas

de la revolucion de 1810: Prieto adhirió a ella desde luego, i en marzo de 1811 se alistó voluntariamente en la division de ausiliares que bajo el mando del capitán don Andres del Alcázar, partió de Chile a apoyar a los revolucionarios de Buenos Aires. Diósele entónces el grado de capitán de dragones; i con este mismo grado entró a servir en el ejército chileno a su vuelta de aquella campaña.

La guerra de nuestra independencia dió principio en marzo de 1813. En los primeros dias de abril se comenzó a organizar el ejército insurgente en la ciudad de Talca, i en él se dió a Prieto el mando de la tercera compañía del rejimiento de la gran guardia. Con ese grado se batió en la jornada de San Carlos, en la division de vanguardia.

Desde el siguiente día de esa accion, tomó el mando de una guerrilla con que pasó a inspeccionar al enemigo en sus posiciones de Chillan. Al mando de esa misma guerrilla, hizo la mayor parte de la primera campaña cortando las comunicaciones al enemigo, atacando sus partidas i convoyes, inquietándolo en sus posiciones, con gran peligro de su vida, apoyando con acierto al ejército insurgente en los combates, i auxiliándolo en sus necesidades con las presas que quitaba a los realistas. Su nombre figura entre los militares que hicieron rendir a Concepcion i tomaron a Talcahuano, i entre los héroes de Quirihue, Chillan, Cauquenes, el Roble, el Quilo i Quechereguas. En el Roble, particularmente, él fué uno de los jefes que apoyaron con mas valor i enerjía al denodado O'Higgins.

En la campaña de 1814 sirvió Prieto en calidad de cuartel maestre, o jefe de estado mayor, de una division del ejército. Despues de los tratados de Lircai, cuando O'Higgins salió de Talca con el ejército en marcha para Santiago, quedó con el mando político i militar de aquel canton.

La invasion de Ossorio en agosto de 1814 le obligó a replegarse a Santiago para juntarse con el ejército insurgente que disciplinaban Carrera i O'Higgins. Desde luego, tomó el mando de un escuadron de caballería: éste formaba parte de la division que mandaba el jeneral en jefe, que no se batió en la funesta jornada de Rancagua.

Despues de esta desgracia, Prieto, como sus otros compañeros de armas, tuvo que emigrar a las provincias arjentinas para huir de la saña de los invasores. Estos venian a sofocar la revolucion chilena i a castigar a sus autores; pero, por fortuna de la buena causa, la mayor parte de los hombres que podian tomar las armas, cruzaron los Andes i volvieron despues organizados en un ejército poderoso.

Durante el tiempo de la emigracion, Prieto encontró en marzo de 1816, una ocupacion honrosa i lucrativa en los arsenales de Buenos Aires con el grado de teniente coronel i jefe de una brigada de artillería de mar; pero sabedor de que San Martin i O'Higgins organizaban un ejército en Mendoza para reconquistar a Chile, elevó su renuncia en noviembre de aquel año, i corrió a incorporarse en él. Obtuvo desde luego el mando de un

cuadro de oficiales de artillería para organizar en Chile una respetable brigada. En el servicio de esta arma se batió en la gloriosa jornada de Chacabuco.

Después de esta victoria, los restos dispersos del ejército realista se embarcaron en confuso desorden para el Perú, o fueron a encerrarse detrás de las fortificaciones de Talcahuano. Allí los estrecharon algunos cuerpos patriotas, hasta que el anuncio de una segunda invasión realista capitaneada por el brigadier Ossorio, los obligó a replegarse al norte para reunirse con los otros cuerpos del ejército chileno. Prieto se había ocupado, entre tanto, en la instrucción i disciplina de reclutas hasta el mes de diciembre de 1817, época en que fué nombrado comandante jeneral de armas de Santiago. Con este destino quedó en la capital cuando el ejército independiente marchó al sur a las órdenes del jeneral San Martín, para rechazar la segunda invasión de Ossorio.

Fué entonces cuando sobrevino la funesta sorpresa de Cancha Rayada. En la angustiada situación que ella produjo, Prieto prestó a la patria mas de un servicio importante; i voluntariamente se hizo cargo de instruir 400 reclutas para organizar una división de reserva. Esa división recibió orden de entrar al campo de batalla de Maipo cuando estaba empeñado el combate, i alcanzó a presenciar aquella importante victoria.

La independencia nacional quedó perfectamente asegurada desde aquel día. Pensó entonces el gobierno en la creación de una escuadra, i en la organización del ejército libertador del Perú. Empresa tan audaz, que requería para su realización el apoyo de hombres audaces i previsores, encontró en don Joaquín Prieto un celoso colaborador. Poseía entonces el grado de coronel, las medallas de Chacabuco i Maipo, i la de la Legión de mérito, i desempeñaba todavía la comandancia jeneral de armas de Santiago. Sus servicios en ese puesto no fueron puramente militares: él reunía en la maestranza de ejército los elementos heterojéneos que formaban los donativos gratuitos para hacerlos servibles a la empresa en que estaba empeñada la patria. Una arma descompuesta, una vara de jénero o cualquier otro objeto insignificante para otros ojos que los suyos, eran para Prieto un valioso presente que, con diligencia i economía, hacía servir al ejército de Chile. Sus buenos servicios fueron premiados con la medalla de la Orden del sol del Perú.

Después de la salida de esa expedición, Prieto quedó en Santiago. El ejército nacional estaba dividido en dos fracciones, de las cuales la una combatía contra las bandas de Benavídes en el sur, mientras la otra marchaba al Perú. Prieto fué uno de los pocos oficiales de mérito i de elevada graduación militar que quedaron en la capital: el mantenimiento del orden público o el temor de un peligro imprevisto, requerían la asistencia de un cuerpo de tropas; pero por desgracia, el gobierno no tenía a su disposición mas que unos pocos jefes de valor i de pericia.

Ese peligro imprevisto sobrevino en la segunda mitad del año de 1820. En setiembre de ese año, el feroz Benavides destrozó las divisiones del ejército del sur i obligó a Freire a encerrarse en las fortificaciones de Talcahuano. Un conjunto de desgracias habia abierto el camino de la capital a aquel audaz caudillo, i era preciso ponerle una barrera formidable que le detuviera en sus conquistas. Como queda dicho, el gobierno no tenia fuerza alguna de que echar mano, i solo pudo comisionar a Prieto, entónces brigadier de la república, para que organizara un ejército en el canton del Maule, capaz de contener al caudillo del sur, sin mas bases que las esquilmas milicias de caballería. En el desempeño de tan importante comision, falto de recursos de guerra i demas elementos para una empresa de esta especie, alcanzó varias victorias parciales, i concluyó con algunas partidas del enemigo.

A mediados del siguiente año, tomó el mando en jefe de la provincia i la direccion de su ejército. Gracias a su actividad, Prieto derrotó completamente al ejército de Benavides que por mas de tres años consecutivos habia destrozado las provincias del sur. La accion tuvo lugar en las Vegas de Saldías el 10 de octubre de 1821: desde ese dia no volvió a levantarse mas un ejército medianamente organizado que inquietase la tranquilidad pública de aquellas provincias.

Quedaron, sin embargo, algunas partidas de bandidos que robaban audazmente, i huian a la vista del ejército. Entónces i despues fué Prieto uno de los mas encarnizados enemigos de esas bandas: él las batió repetidas veces, i tuvo la dicha de verlas concluidas bajo sus solícitos cuidados, en el primer año de su gobierno, en 1832.

Sus victorias sobre Benavides dieron a Prieto la importancia que merecia: su ardor i su pericia militar habian concluido en un solo dia con uno de los mas formidables enemigos de la república, temible por su carácter cruel, por su audacia inaudita, i por su talento superior. Desde entónces comenzó a ser mirado como un hombre altamente útil para su país, i a figurar en la vida política. Durante el período de nuestros primeros ensayos en el gobierno representativo, constantemente ocupó el jeneral Prieto un asiento en el congreso, i en una eleccion obtuvo un gran número de votos para vicepresidente de la república. Fué entónces, cabalmente, cuando un partido conservador en sus tendencias comenzaba a protestar contra el orden de cosas entónces existente, i se proponia cimentar la tranquilidad pública con leyes adecuadas a la situacion del país, dar respeto a esas leyes, introducir la moralidad en la administracion i echar las bases de una política mas moderada i sensata que la que habian seguido los gobiernos anteriores.

El jeneral Prieto adhirió a estos propósitos, i quiso hacerse el jefe del movimiento que proclamaba esos principios. El mismo dió principio a la revolucion con el ejército que tenia a sus órdenes.

Ese movimiento no tocó a su desenlace hasta el 17 de abril de 1830. Para esto fueron necesarias dos batallas i una multitud de encuentros parciales en que corrió la sangre de mas de una víctima. Esa revolucion, como todas las revoluciones del mundo, costó mas de un sacrificio, i fué causa de mas de un estravío; pero ella fué moderada en cuanto era posible serlo: ha dado al país frutos benéficos, i ha echado las bases de la prosperidad actual de Chile.

En las campañas militares de esa revolucion, Prieto se condujo bien: con táctica i prudencia, i del mejor modo que le permitian sus circunstancias, supo llevarlas a un desenlace pronto i favorable, evitando los excesos, i reprimiendo el encarnizado furor de sus subalternos. Si se vió alguna relajacion, culpa fué de algunos de éstos, i no del jeneral en jefe, a quien siempre distinguió un corazon jeneroso i un carácter humano.

En el parte que pasó Prieto de la batalla de Lircai, pedia al gobierno su pronta separacion del mando del ejército. Fué, sin duda, este poco deseo de engrandecimiento personal lo que le mantuvo hasta cierto punto retirado de la política despues de la victoria con que acababa de asegurar la dominacion del partido conservador. Solo despues de la muerte del presidente Ovalle, en 1831, fué elejido el jeneral Prieto para ocupar el puesto que quedaba vacante, i se recibió del mando el 18 de setiembre de ese mismo año.

Los viajeros que despues de esa época han visitado a Chile, han escrito con no poca exactitud sobre el gobierno del jeneral Prieto: de algunos de ellos son los siguientes extractos.

«El primer cuidado del jeneral Prieto, dice un marino frances que publicó un largo artículo sobre Chile en la *Presse* de Paris, fué asegurar la tranquilidad pública despachando al jeneral Búlnes contra la formidable banda de Pincheira que habia cometido abominables atrocidades. Este bandido i todos los subalternos que mandaba, cayeron en manos del jeneral chileno.

«Una vez libre de este azote, el gobierno de Prieto entró de una manera firme i atrevida en la via de las reformas.

«Los males que sus predecesores no habian podido evitar, los reparó el gobierno del jeneral Prieto, llenando poco a poco el abismo de una deuda amenazadora, fruto de veinte años de lucha i sacrificios para dar a Chile su independendencia.

«Tambien a sus perseverantes esfuerzos i a su inalterable firmeza se ha debido la estincion de las pasiones políticas; i si algunos descontentos interesados en la anarquía han pretendido hacerlas revivir, pudo, en su conducta hacia ellos, mostrarse tolerante sin imprevision i jeneroso sin debilidad. Sus actos administrativos prueban su seguridad i su fuerza.

«No podemos dispensarnos, en esta corta reseña sobre Chile, dice aludiendo a la guerra del Perú, de hacer mencion de un hecho que ocupará

un lugar importante i honroso en su historia. Prueba a la vez de lo que es capaz un pueblo por el mantenimiento de su honor, i el apoyo que puede recibir un gobierno consagrado a sus deberes, i verdaderamente nacional.

«El jeneral Prieto es el que ha echado las bases i reunido los elementos de la situacion floreciente de Chile, segundado en este gran trabajo, sea en el gabinete, sea en las cámaras, sea en fin en todas las partes de la administracion, por los hombres mas eminentes i dotados del mas sincero patriotismo. Cuando dejó la presidencia, viendo en torno suyo la prosperidad del crédito, cimentadas fijamente las instituciones, i el orden en todo, ha debido aplaudirse de su maravillosa obra»

«El mal estado de los negocios públicos de Chile, dice un viajero norteamericano, Mr. Wilkies, que visitó a Chile en 1839, subsistió en mayor o menor escala hasta 1831, cuando subió al poder la presente administracion. Su política fué totalmente diferente de la de sus predecesores. Se adoptaron las medidas mas enérgicas para establecer el orden; se introdujo una severidad necesaria, que despertó alguna alarma en el país. El gobierno no desistió, sin embargo, de sus propósitos. Comenzó a correjir los abusos, a sofocar las revoluciones i a desterrar a sus autores; por un saludable terror refrenó a los partidos, i prosiguió vigorosamente reformando cada uno de los ramos de la administracion. Muchos, con todo, atribuian sus mejoras a iniciaciones de los otros gobiernos. En 1839 se habia estinguido ya esa viva oposicion. Todos los partidos aprobaban el modo como se habia conducido el gobierno del jeneral Prieto en la paz i en la guerra»

«Es menester decir en alabanza de Prieto i de su primer ministro Portales, dice el capitán Lafond du Lucy en sus *Viajes al rededor del mundo*, que a estos dos hombres debe Chile las mejoras de que goza ahora. Ellos supieron poner en orden la hacienda pública; crearon instituciones útiles, colejos i escuelas; hicieron caminos; prepararon la fundacion de ciudades, etc. etc.»

«Gracias a la administracion de don Joaquin Prieto, dice Mr. Gay, el país se vió verdaderamente constituido, cortando de raíz las cabezas de la hidra de la anarquía»

«De 1831 data la importancia que Chile ha tomado entre las naciones, dice Mr. de Mazade. Este es el punto de partida de la situacion de Chile.... Este período es el que puede llamarse el reinado de la política conservadora en Chile: sus adversarios están obligados a confesar hoi dia, que ella ha dado durante veinte años el orden al país, i que ella ha protejido el mayor desarrollo de los intereses públicos.»

Estas citas hablan mas alto que cuanto pudiera decirse en elogio del gobierno del jeneral Prieto.

Duró éste hasta 1841. Entónces fué elegido senador de la república, i poco despues fué nombrado intendente de Valparaíso. En este destino, en

que prestó mui buenos servicios a la provincia, permaneció hasta 1846.

Desde entónces se retiró para siempre de la vida pública, con la conviccion de haber hecho a su patria todo el bien posible. Ha muerto el 22 de noviembre de 1854, ocho años despues de su separacion de los negocios públicos, i trece despues de haber dejado la presidencia. Mas feliz que muchos otros de los fundadores de la república i que un gran número de sus mas ilustres hijos, él ha podido ver ántes de cerrar los ojos para siempre libre, rica, influente i poderosa a la patria a que consagró la mayor parte de su vida, i que él conoció tiranizada, pobre, envilecida i despreciada.

DIEGO BARROS ARANA.





XXVII.

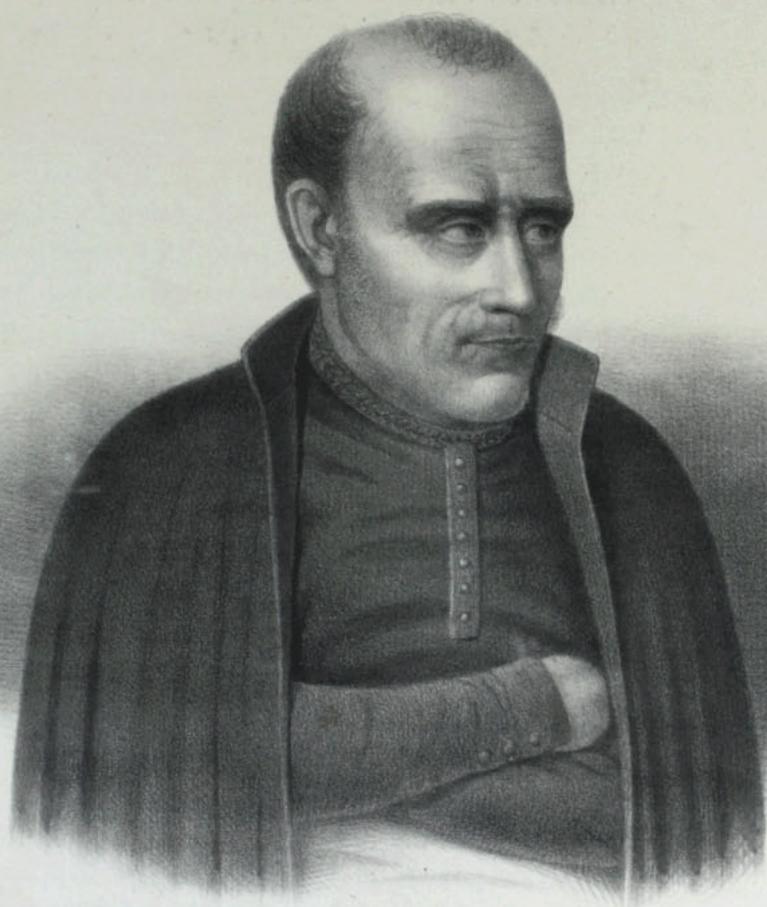
D. FRANCISCO BALMACEDA.

Balmaceda tenía el corazón de San Vicente de Paul; con el jenio habría sido la providencia sensible de Chile, como aquello fué de la Francia.



VISITANDO nuestro cementerio jeneral e internándose por una de las avenidas del jardin al patio de los mausoleos, a pocos pasos se tropieza con uno cuya forma modesta, pero alegórica despierta la curiosidad. Rodéalo una verja, i en el centro, sobre un balsamento de piedra cortado por unos cuantos escalones, se eleva un zócalo de mármol que sostiene un sárcofago o urna cineraria donde se encierran unos restos preciosos. Está coronada su parte superior por una estatua que representa la caridad: de pié con su túnica alba i flotante, ceñida suavemente por un cinturón, parece contemplar con una espression llena de dulzura a un pelicano que a su lado desgarrá sus entrañas para alimentar sus polluelos. En una de las fases del zócalo se lee este epitafio: «El señor presbítero don Francisco Ruiz de Ovalle i Balmaceda poseyó cuantiosos bienes de fortuna, i vivió pobre por darlos al hospital de San Francisco de Borja. El hospital consagra este monumento a la memoria de su jeneroso bienhechor.» Al lado opuesto se lee este otro: «Nació el 2 de octubre de 1772---Murió el 2 de noviembre de 1842.»

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadryl.



FRANCISCO RUIZ DE OVALLE Y BALMACEDA.

Pres. D. José Manuel Balmaceda

Hé aquí, nos hemos dicho nosotros, contemplando este sepulcro, un lenguaje conciso, pero que se hace comprender fácilmente de todas las inteligencias. Unas pocas palabras, pero que dicen toda una biografía. Cada sepulcro contiene una página de nuestra historia; pero esta página es sin duda la mas cara a la humanidad. Si hubiésemos de obedecer a nuestros deseos, no añadiríamos cosa alguna a este monumento histórico del presbítero Balmaceda. Nació rico, se hizo voluntariamente pobre por socorrer a los pobres; era ilustre por su cuna, se mantuvo oculto por su modestia; era de pasiones vehementes, llegó a ser un santo por su vencimiento i un mártir por su penitencia: esta es toda su historia. Sin embargo, los mas pequeños rasgos de la vida de los justos son edificantes; sus pormenores tienen un no sé qué de atractivo que interesa i gusta saborear. El padre los cuenta al hijo con toda la gravedad del misterio, i el hijo los escucha con respeto relijioso i los conserva en su memoria con veneracion. Descorramos, pues, en cuanto nos sea posible, el velo de la vida doméstica de este sacerdote modelo.

Como hasta la edad de cuarenta años nada encontramos de extraordinario en el clérigo Balmaceda. La piedad, celo relijioso, i demas virtudes que le adornaban, eran como el patrimonio de todos los clérigos de su época. Las casas ricas de Santiago, como aquella a que él pertenecia, se hacian ménos notables por su lujo que por su severidad de costumbres, i los sacerdotes que salian de ellas habian llegado con justicia a ser los oráculos del pueblo. El ilustre Alday, aquel sabio americano i tan sabio como discreto prelado, que los habia formado, les habia impreso, por decirlo así, el sello de su carácter. El clero era ríjido en su conducta, suave i prudente en sus doctrinas, lleno de caridad con los pobres, de tolerancia con los ménos dignos, i de abnegacion en el ministerio sagrado; sus miembros estaban enlazados entre sí por una santa union, dejándose conocer que un solo espíritu los animaba, el espíritu del Evangelio. Esta fué, pues, la escuela del jóven Balmaceda.

Todo lo que hemos podido averiguar de sus primeros años es que desde niño fué inclinado al bien. Su padre, el señor don Juan Francisco Ruiz Balmaceda, le dió una educacion correspondiente a su clase; pero mas que todo cuidó de imprimir en su corazon el temor de Dios, principio de toda sabiduría. Preparado con estos conocimientos, entró a hacer sus estudios superiores en el convictorio de San Carlos, donde su aplicacion, juicio i talento le merecieron una corona literaria con que él no quiso orlar sus sienes. Baste decir, para conocer su asiduidad en el estudio, que copió de su letra los dos volúmenes en folio de Pignatelli, i que los aprendió de memoria; los manuscritos se conservan hoi en la biblioteca de los padres mercenarios.

Aun no habia acabado su carrera, cuando murió su padre, dejándole jóven, rico i con un brillante porvenir. Su madre, la señora doña Antonia

Ovalle i Aguirre, mujer tan virtuosa como discreta, conociendo las bellas disposiciones de su hijo, supo aprovecharse de ellas. A la vez que le estimuló a continuar sus estudios, preparó su alma sensible con lecciones prácticas sobre el divino tema de la caridad, en favor de los desgraciados. El pupilo no dejó nada que desear a su virtuosa tutora; ántes fué preciso moderar su fervor, pues habiendo formado la resolución de entrarse de leigo en el convento de San Francisco para que su madre distribuyese su patrimonio en obras de beneficencia, fué necesario valerse de su confesor a fin de apartarle de este propósito. Este desprendimiento era en él tanto mas heroico cuanto que acababa de tomar posesion del mayorazgo de su familia, por hallarse su hermano mayor en estado de demencia.

Dominado siempre por el pensamiento de consagrarse al bien de la humanidad, abrazó mas tarde el estado eclesiástico; i para desempeñarlo dignamente, se asoció a varios sacerdotes ilustrados con quienes hizo el estudio de las ciencias sagradas, i especialmente de la Biblia, que casi aprendió de memoria. Iniciado en el presbiterado por el obispo don Francisco José de Maran, no perteneció en lo sucesivo a su familia sino a la iglesia i a los pobres. La limosna habia sido en él una necesidad, hecho sacerdote la creyó su mas santo deber. Todos los productos de sus rentas eran destinados al alivio de los pobres; él los buscaba con solícito empeño en las cárceles, en los hospitales i en todos los asilos de la miseria.

Para ejercitar mas libremente su caridad, quiso administrar por sí mismo la hacienda de Ibacache, su mayorazgo. En ella pasaba largas temporadas constituyéndose miéntras tanto en pastor i padre de sus inquilinos. Los reunia diariamente en torno suyo; los instruía en sus deberes religiosos i sociales; i con una paciencia inimitable enseñaba a leer, escribir, contar, i preparaba para la primera comunión, a todos los niños del lugar. Los inquilinos no eran molestados con ninguna especie de carga en favor del patron; el servicio que prestaban era voluntario i remunerado con usura. La hacienda proporcionaba los instrumentos i útiles de labranza a los que no los tenian. Si la cosecha habia sido mala, i el pobre se veia amenazado del hambre, los graneros de la hacienda estaban abiertos para todos, experimentando el patron un placer en distribuir por su propia mano la limosna. Si alguna familia por la muerte de un deudo quedaba huérfana, la hacienda se encargaba de su manutencion, sin que experimentase jamas la necesidad. Una caridad semejante hacía que se levantara de cada cabaña un concierto de bendiciones, que subiendo hasta los cielos, se difundía por todas partes, de manera que todos los campesinos aspiraban a ser inquilinos de Ibacache.

Pero no eran solamente los habitantes de las selvas los que participaban de esta beneficencia, sino tambien las familias indijentes de la capital; esas casas que, bajo la apariencia de una regular esterioridad, ocultan una miseria tanto mas desgarradora, cuanto es mas decente la condicion de las

personas que la sufren, eran un objeto especial de sus cuidados i ternura. Para éstas, las limosnas de Balmaceda no se reducian a depositar en sus manos suplicantes algunas cuantas monedas, que sin privar al rico de uno solo de sus goces, humillan al que las recibe sin alcanzar a remediar su indijencia. Nuestro sacerdote se acercaba a ellas, tocaba por sí mismo su miseria, i no se alejaba hasta que la habia curado i precavido para lo futuro. Familias conocemos en Santiago, que a esta alma jenerosa deben su bienestar, i que a fuer de agradecidas, preciso es decirlo, se hacen hoy un honroso deber el publicarlo.

Muerta su anciana madre, i viéndose libre del único vínculo que le ligaba a la tierra, solo pensó en elevarse al cielo. Para alijerarse de todo peso comenzó con santa impaciencia a desprenderse de su fortuna. El hospital de mujeres de San Francisco de Borja, habia sido, desde mucho tiempo atras, su casa predilecta. Hemos oído a una persona respetable (*), testigo ocular de aquellos hechos por hallarse a la sazón de tesorero de los establecimientos de beneficencia, lo que vamos a referir. Sabedor Balmaceda de las premiosas necesidades de aquella casa, la tomó bajo su inmediata proteccion. De tiempo en tiempo se presentaba al hospital llevando en sus manos gruesas sumas de dinero, i en su corazon un tesoro mas precioso aun de consuelos celestiales que dejaba caer de sus labios sobre esos lechos del dolor. Persuadido muy luego de que estas dádivas inseguras i sin método no alcanzaban a reparar de un modo permanente las urgencias diarias de un establecimiento que no contaba sino con pequenísimas entradas, en uno de esos arranques sublimes de la caridad, se decidió a invertir todo el fruto de su trabajo i de sus privaciones personales en una hacienda del valor de ochenta mil pesos, de la cual hizo donacion al hospital; i como si esto no fuese bastante, cedió asimismo en favor de éste todo el usufructo de su mayorazgo, reservándose solamente la escasa renta de mil pesos anuales, i una pequeña casa para su habitacion, disponiendo pasase tambien una i otra al hospital despues de sus dias. Sin este subsidio, Balmaceda se habria visto reducido a la indijencia, pues que el fruto de sus capellanías era distribuido estrictamente entre varias familias menesterosas.

Por incidentes que no es del caso referir, se vió Balmaceda, despues de esta cesion, despojado del mayorazgo. Sus labios no se desplegaron entonces para proferir la mas pequeña queja; conservó su humor festivo, i como para indemnizar a los pobres de esta pérdida, redujo sus comodidades i hasta sus alimentos al último extremo, ahorrando cuanto podia de la mezquina pension que él se habia reservado, para llevar el resto con puntualidad todos los primeros del mes al hospital. Ya que le habia consagrado sus bienes, quiso tambien consagrarle su persona; i aprovechando la

(*) El señor don Ignacio de Reyes.

ocasion de faltar el capellan del establecimiento, se ofreció a serlo gratuitamente él mismo. En este ejercicio, tan penoso como sublime, desplegó un celo i una bondad de santo; no solo atendia a las necesidades del espíritu de las enfermas exhortándolas con dulzura a la resignacion, fortificándolas con la gracia de los sacramentos, sino alijerando sus dolores con servicios i cuidados. Por sus manos les servia el caldo i los remedios, permaneciendo entre tanto de pié con los brazos cruzados delante de sus camas; i cuando álguien le invitaba a sentarse, él contestaba con una santa hilaridad: «No es justo que miéntras mis señoras las esposas de Jesucristo sufren, el criado esté descansando». Entregando un dia al tesoro de la casa los únicos muebles que le quedaban, i hasta las cucharas de su mesa para que se remediase cierta necesidad, aquel caballero lleno de admiracion le dijo: «Pero, señor don Francisco, esto es demasiado»; a lo que él dió esta orijinal contestacion: «Señor tesoro, ¿cuándo Ud. tomó una esposa le reservó algo de lo que poseia? pues así, señor, yo tambien me he desposado espiritualmente con estas pobrecitas; déjeme Ud. darles cuanto tengo.» ¡Ah! en nuestro concepto Balmaceda tenia el corazon de San Vicente de Paul; con el jenio habria sido la providencia sensible de Chile, como aquel lo fué de la Francia.

Para saber apreciar mejor en el hombre todo el mérito de su virtud, es preciso examinar primero su constitucion física, sus tendencias naturales i su carácter. La violencia de sí mismo i el continuo vencimiento de las pasiones es lo que constituye el heroísmo de la virtud. Balmaceda poseia una de esas naturalezas indómitas, una de esas complexiones fogosas en las que la sangre circula con vehemencia: alto, robusto, de frente erguida i color rojo, ostentaba todos los signos de la resolucion i la altivez. Pues bien, a pesar de todas estas esterioridades que le traicionaban, fué el hombre mas humilde, mas manso i complaciente que hayamos conocido. Como arribó a este grado de bondad i de mansedumbre habitual, es un prodijio que solo es dado a los esfuerzos mas sublimes de una voluntad decidida i segundada por los ausilios de la gracia.

Contaba él mismo, con una candorosa sencillez, que siendo colejalito cometió una falta grave, i que, sabedor de ella su padre, le aplicó un castigo vergonzoso a presencia de todos sus condiscípulos; que desde esa época, despues de algunas horas de una lucha tenaz consigo mismo, en la que sentia por momentos sublevarse todas sus pasiones, acabó por hacer un voto solemne de contrariar en adelante su jenio, i de sufrir inalterable todo cuanto le sobreviniese, propósito que no desmintió jamas. El ejercicio de esta formidable resolucion le hizo pasar entre muchos por un hombre escéntrico; i a la verdad, se notaba en él, a primera vista, algo de orijinal en sus costumbres. Se levantaba todos los dias ántes del alba, i esperaba sentado en las gradas de la Catedral hasta que se abriese la puerta para celebrar la misa; despues que la celebraba, iba a ocupar el

lugar mas incómodo de la sacristía, i ahí permanecía mucho tiempo ocupado en confesar, especialmente a los pobres i a los niños. Si habia un sol ardiente, él usaba de la ropa mas gruesa, atravesando largas distancias para ir a cumplir su ministerio en las casas de ejercicios o en las capillas mas apartadas de la ciudad; si llovía, tomaba para su camino la mitad de la calle, sin admitir jamas preservativo para la humedad o la lluvia; i si se le objetaba sobre esto, él encontraba salida para todo, hallando en todo comodidad. Hasta en su trato i conversacion procuraba encubrir con una especie de corteza vulgar su talento, usando no solo de las frases, sino hasta del acento de la jente ignorante del pueblo. Era preciso haberle tratado mui de cerca para conocer que no habia en todo esto nada de afectacion, ni ménos de ese escepticismo filosófico que todo lo desprecia por un secreto orgullo; en Balmaceda el estudio cristiano de contrariar sus mas inocentes inclinaciones, llegó a formar de él mismo un hombre extraordinario.

Para acabar de bosquejar el cuadro de su vida, dirémos algunas palabras mas sobre las penosas mortificaciones a que se sujetó en sus últimos años. Decir todo lo que sabemos de él a este respecto, i todo lo que se dice del clérigo Balmaceda, importaria un martirolojio, empresa superior a nuestras fuerzas, i ajena, por demas, del jénero de este escrito. Se contentarán, pues, nuestros lectores con saber que él se propuso, sin duda, imitar a los cenobitas mas austeros. Cerca de catorce años pasó sin mas alimento diario, que un poco de legumbres cocidas en agua i sal, que preparaba él mismo cada ocho dias; su postura habitual era de rodillas; en todo este tiempo no tuvo otra cama, hasta pocos dias ántes de su muerte, que un escaño de madera, pero tan pequeño que no podia estirarse en él. Mantuvo hasta su última enfermedad un cilicio ceñido a la cintura i piernas, cuyas puas se internaron profundamente en la carne, hasta formar una úlcera de todo su cuerpo. Su sueño era brevísimo i momentáneamente interrumpido por el canto destemplado i monótono de un sereno que pagaba con este solo objeto. De veras, una vida semejante i en estos tiempos parece increíble; pero escribimos para sus contemporáneos, i estamos seguros que ninguno de ellos nos tachará de exajerados. Por nuestra parte, al tratar de esta materia, hemos preferido ser parcos.

Con tal sistema de vida parece imposible que un hombre llegase a ser viejo; a pesar de esto, el señor Balmaceda, gracias a una constitucion robusta i a su fortaleza de espíritu, pasó de setenta años. Es cierto que sus últimos dias no fueron otra cosa que una constante agonía. El 2 de noviembre de 1842, a pesar de que se sentia desfallecer, se preparó como de costumbre a decir misa en la iglesia de las Rosas, a cuyo frente vivia; se arrastró, por decirlo así, hasta el zaguan de su casa apoyado en el sereno, su único compañero; allí le embargó el paso una fatiga mortal; fué preciso sentarse; era su agonía; él lo comprendió, i levantando su vista, con

un semblante en que se revelaba la alegría del justo, balbució estas palabras: «¡Qué grande es Dios!» fueron las últimas que habló; ¡Balmaceda estaba en el cielo!

Podemos decir de él con toda exactitud, que vivió poco para los deseos de sus conciudadanos, mucho para hacer el bien de sus semejantes, i vivirá siempre para la memoria de la posteridad.

FRANCISCO DE PAULA TAFORO.



GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmauryl.

MANUEL RENGIFO.

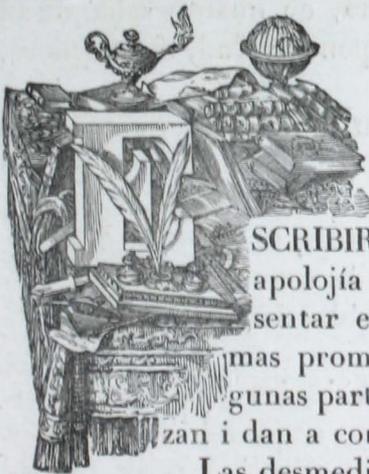
Man^l Rengifo





XXVIII.

DON MANUEL RENJIFO.



La verdad en todo, la verdad ante todo.
Frayssinous.

SCRIBIR la biografía de un individuo no es hacer su apolojía ni su proceso, en mengua de la verdad; es presentar en un cuadro reducido, pero exacto, los hechos mas prominentes del hombre público, si bien citando algunas particularidades de su vida privada que le caracterizan i dan a conocer.

Las desmedidas alabanzas que tal cual vez se prodigan a algunos hombres de escaso mérito, solo sirven para halagar el orgullo del enaltecido, si vive; o el de la familia, si ya no existe. Méenos laudable es todavía empuñar la pënca satírica i sacar innecesariamente a luz faltas i errores, sobre todo de los que no pueden defenderse, por el triste placer de saciar mal apagada sed de venganzas.

Ajenos nosotros de odios, libres tambien de interesadas afecciones, vamos a consignar cuatro pájinas modestas en honor del hombre modesto que muerte prematura arrebató, cuando tantos servicios podia prestar a su país; él que en tal alto grado poseia el amor a la patria, i en ocasion

que tantos bienes i reformas provechosas hubiera realizado en la administracion de las rentas públicas, que era el ramo en que descollaba su inteligencia.

Nació don Manuel Renjifo en Santiago el 31 de diciembre de 1793, siendo sus padres el doctor don Francisco Javier Renjifo i Ugarte i doña Ana Josefa Cárdenas e Isarra. En aquella época era poco difundida la instruccion superior, o al ménos nó era accesible, como ahora, a todas las fortunas; de modo que don Manuel Renjifo recibió solamente la instruccion primaria hasta la edad de once años, en que salió de la escuela con la adquisicion de todo cuanto en ella se enseñaba, i sobresaliendo en la aritmética i en la escritura. Su forma de letra española era entónces, como la conservó toda su vida, clara i limpisima.

Alguien ha observado que la letra de un individuo tiene cierta consonancia con su carácter. Pensamos mas; que guarda admirable armonía con sus facultades intelectuales. En don Manuel Renjifo vemos una prueba de esta regla, que por lo demas tendrá numerosas escepciones. La nitidez i claridad de su escritura, que carecia absolutamente de rasgos i de adornos, era el trasunto de su diction fácil i precisa, sin elegancia como sin fuego, sin aquellos arrebatos de estilo que agradan i conmueven, no pocas veces sin convencer.

Ponia singular esmero en que su lenguaje fuese puro, sin descuidar jamas la puntuacion i los acentos; en una palabra, en cuanto salia de su pluma habia prolijidad i cuidado, sin mucha espontaneidad, si se quiere, pero sin laboriosidad enojosa.

Fuera de la escuela ya, se colocó en casa de un comerciante, cuyo principal negocio consistia en la compra i venta de especies metálicas de oro i plata, donde dió a mostrar su probidad i amor al trabajo. Ya habia muerto el autor de sus dias, que dejó escasa fortuna, lo que obligó a don Manuel, el mayor de cinco hermanos, a aceptar la nueva colocacion que le ofrecia un señor Arrué, español, con el sueldo de doscientos pesos anuales, que servian para socorrer a su familia.

Nada mas cierto que los primeros pasos de la vida, las primeras impresiones, el estado que se abraza, la carrera que se emprende en los años juveniles dan un jiro especial a nuestro carácter e inclinaciones, preparando nuestro modo de ser futuro, fijando nuestro porvenir.

Don Manuel Renjifo, en aquella edad en que es natural i necesario a la vida física i a la intelectual buscar los juegos alegres i ajitados, se entregaba al retiro i a la lectura a que era notablemente inclinado. Esta singularidad, propia de su índole, se fortificó por los deberes que le imponia su posicion.

Hallarse al frente de una familia que sostener i amparar, ser el objeto de ilimitada confianza, que no suele concederse a los pocos e inespertos años, debió influir poderosamente en Renjifo i darle una madurez antici-

pada, mucha reserva, i cierto aplomo que rara vez deja de ser ficticio. Esta dignidad, ya natural, era tambien efecto de las obligaciones que sobre él pesaban en tan tierna edad, i que es fuerza aceptar i cumplir en escepcionales situaciones.

Desde entónces Renjifo abrazó la carrera del comercio, no ya como una necesidad fatal, sino como la mas acorde con sus disposiciones i con los hábitos de economía i de órden que habia contraído desde los primeros albores de su vida.

En la época en que empezó a ejercer su personalidad, la guerra era la pasion favorita i la mas honrosa; pero forzado por las circunstancias peculiares de su familia, apénas permaneció un mes en el servicio militar. Lanzado en esta carrera de peligros i tribulaciones, pero sembrada de laureles i de gloria, quizas don Manuel Renjifo, con un valor reflexivo, poco comun, que acreditó en mas de una ocasion i que habria templado en el hórrido fragor de los combates, hubiese brillado i ocupado alto puesto como muchos de sus compañeros i amigos. Ya lo hemos dicho, el estado particular de su familia le obligó a elejir otra ménos difícil senda, no libre de abrojos i tropiezos.

La Providencia suele a veces burlar todas las esperanzas, inutilizar todos los esfuerzos, frustrar los cálculos mas acertados, i, como siempre, dar en sus fallos provechosa enseńanza, que pone a prueba la solidez de nuestros principios i el temple de nuestra virtud.

Calculador seguro, laborioso, activo i de una honradez jamas desmentida, don Manuel Renjifo no logró dar creces a su mediana fortuna. Juguete siempre de los azares de la guerra de la independenciam, i, posterior a ella, de las disensiones intestinas, veíase forzado a una peregrinacion penosa que no daba tregua ni reposo a sus especulaciones, que la precipitacion i el peligro hacian zozobrar. El jenio de la adversidad se cernia sobre su cabeza i le hacía saborear terribles amarguras.

Entregado esclusivamente a sus negocios mercantiles, poca fué su accion en los acontecimientos políticos durante la guerra con España, sin por ello dejar de mirar con interes las peripecias del gran drama, ora gozándose en los triunfos, ora lamentando los reveses. Sin embargo, conocido su patriotismo i su intelijencia, el gobierno de Chile le nombró en 7 de julio de 1824, ajente de negocios cerca del Libertador don Simon Bolívar, a la sazón residente en Lima, con el esclusivo objeto de cobrar la deuda del Perú en favor de Chile de 120,952 libras esterlinas, que, del empréstito contratado en Lóndres en 1822, se habia cedido a aquel gobierno. El retardo que sufrió en recibir el oficio en que se le trascribia el nombramiento, el no hallarse en Lima el jeneral Bolívar cuando aquel llegó a sus manos, i sobre todo el conocimiento que tenia de la imposibilidad de realizar el cobro, cuando el erario peruano, por los inmensos gastos de la guerra, estaba exhausto, impidieron que diese paso alguno que sin duda

hubiera sido estéril. Esto mismo lo participó al gobierno de Chile al darle las gracias por la honra que le habia merecido, i renunciando este cargo. Añadia que sería conveniente se mandase al Perú un ministro plenipotenciario con facultades bastantes para reclamar de aquel gobierno grandes intereses a que Chile tenia derecho; nombramiento tanto mas necesario cuanto que la separacion que Bolivia acababa de efectuar del Perú, complicaba la cuestion de la deuda chileno-peruana.

Poco tiempo despues tuvo Renjifo que salir del Perú con otros chilenos i abandonar de nuevo sus intereses, por la órden de destierro que se le comunicó, segun parece, por efecto de la pueril ojeriza que el ministro don José María Pando tenía a este país.

Llegó a Santiago despues de tres años de ausencia, conducido por el hado fatal a que presenciase la muerte de su señora madre, a quien amaba con indecible ternura.

Acababa en aquel entónces de sofocarse una revolucion que dejó bien marcados los partidos existentes. Los *estanqueros* i los *liberales* formaban los dos grandes bandos que pretendian rejir esclusivamente los destinos de Chile. Los liberales consideraban la contrata del estanco como el punto vulnerable de los contrarios, i a él debian dirigir sus tiros. I efectivamente los lanzaron, i tan recios i constantes que lograron que el cuerpo lejislativo resolviese la rescision de la contrata, sometiendo al juicio de árbitros la cancelacion i conclusion de la cuenta del fisco con los empresarios.

Renjifo fué uno de los jueces nombrados por la empresa, i en este cargo tambien probó su imparcialidad i entereza. Como uno de los jueces opinase que era mejor contemporizar con la opinion pública, es decir, con la del partido dominante, Renjifo se opuso a esta opinion diciendo: «Cuando hemos admitido el cargo de jueces, hemos debido pensar que no somos «abogados de los intereses que vamos a deslindar, ni mucho ménos instrumentos de las pasiones populares, a cuya humillante condicion quedariamos reducidos, si por un momento consintiésemos en inclinar la balanza de la justicia, por consideracion a esas pasiones. El carácter en que «nos hallamos constituidos nos impone deberes sagrados e inviolables, que «yo por mi parte, sea cual fuere el juicio que forme en este asunto, estoi «resuelto a cumplir, sean cuales fueren tambien las consecuencias o azares a que me deje espuesto el fallo de mi conciencia(*)»

La sentencia sobre esta cuestion de intereses i de grave importancia, se dió el 7 de noviembre de 1827, insertándose en el núm. 21 de la *Aurora*, de que Renjifo era colaborador.

Como esta decision pusiese término a las inculpaciones que se hacian a los empresarios del estanco, sobre su manejo fraudulento, los enemigos de aquellos cambiaron el objeto de su irritada saña, dirijiendo sus ataques a don Manuel Renjifo, quien, no profesando ninguna idea extrema en polí-

(*) Memoria biográfica de don Manuel Renjifo, por su mas íntimo amigo, páj. 49.

tica, esta inmerecida enemiga le hizo afiliarse en el partido de los estancieros.

El desprendimiento era una de las cualidades mas notables en Renjifo, como lo atestigua el hecho siguiente. Vivía entónces su antiguo patron el señor Arrué, a quien durante la guerra de la independencia sirvió de protector i ejida. Hallábase en un estado tal de abatimiento i de penuria que no contaba para su subsistencia mas que con una casa que habitaba, con una familia de cortos haberes, que en compensacion le mantenía i cuidaba. En agosto de 1828 Arrué cayó gravemente enfermo, i agradecido a los anteriores servicios i a los socorros que en su triste estado le daba Renjifo, le confirió poder para testar, instituyéndole único heredero de cuanto poseía, que era la casa. Renjifo, que no estaba abundante de recursos, se negó obstinadamente a recibir tamaña merced, i consiguió de Arrué que hiciese su donacion a la familia que le habia asistido.

Maltratado por la fortuna, abandonó el comercio a principios de 1829, dedicándose a la agricultura i esperando que la ciega diosa, cansada de descargar sobre él sus rigores, le sería mas propicia en su nueva profesion.

En noviembre de este año tuvo que venir a Santiago, entónces presa de las divisiones intestinas, lo que le obligó a regresar luego que tuvo lugar la accion de Ochagavía, terminada por un armisticio, cuyas bases redactó Renjifo, llamado al efecto como persona en quien todos reconocian imparcialidad i opiniones conciliatorias.

El órden se restableció momentáneamente, pero no la concordia, i esta tregua permitió a Renjifo volver a sus pacíficas tareas agrícolas, para abandonarlas mui luego, i verse precisado a ceder a las reiteradas instancias de sus amigos que le llamaban a ocupar el ministerio de hacienda, de que se recibió el primero de julio de 1830.

Desde este momento no se perteneció a sí mismo, i asumió el carácter de hombre público.

Para hacer comprender debidamente los trabajos con que inició su carrera política, fuera preciso dar una ojeada retrospectiva de los gobiernos que precedieron al establecido despues de la batalla de Lircái, hacer la apreciacion de sus actos i de su marcha, convertir esta sencilla biografía en historia i sobre todo describir uno de sus episodios mas importantes, terminado por una sangrienta refriega, que puso los destinos del país en manos de los vencedores. No nos es dado admitir semejante tarea; este re-
crudescimiento en el estado actual de cosas, escandecería los ánimos harto trabajados por las nuevas i ardientes desavenencias, que turban la paz pública, de esa paz que por algunos años ha gozado Chile i bajo cuya apacible i protectora sombra ha crecido como un jigante en bienestar, en importancia i en ventura.

Nos ceñiremos a hacer una rápida reseña de las laboriosas i acertadas medidas del nuevo ministro, que es cuanto cumplé a nuestro objeto. Por otra parte, el país ántes de 1830 conyalecía a duras penas de sus pasadas

dolencias; i acostumbrados los ciudadanos a la vida de agitacion i controversia, no habia la calma conveniente para tentar con fruto una organizacion adecuada, no permitiendo las escaseces del erario seguir una marcha regular i desahogada en el ramo de hacienda. No era, pues, una anomalía singular, ni una culpa que no sea comun a todos los países que pasan de un órden de cosas a otro tan diverso, el desconcierto i conflictos de aquella administracion, para que nos detengamos a pintarla con sus propios colores.

Por lo demas, es un hecho evidente i confesado por todos que al encargarse don Manuel Renjifo de la cartera i por ello de organizar la hacienda, ésta estaba en completo desquicio. A restablecer el órden es a lo que él consagró toda la fuerza de su voluntad, toda su enerjía, sin arredrarle lo grande de la empresa, ni la exigüidad de los medios de consecucion.

Era preciso fundar el cimiento mas sólido de la prosperidad de las naciones: el crédito que era menguado i casi nulo, i el único sendero que a esta meta conduce, es el exacto cumplimiento de los compromisos contraídos con propios i estraños, dando, en caso de imposibilidad, garantías seguras de hacerlo gradualmente, a medida que desaparezcan los obstáculos que a ello se oponen, i para acercar este momento establecer economía i parcimonia en los gastos.

Para Renjifo fué de urgente necesidad i un deber de justicia, atender a la subsistencia de los servidores de la nacion, en quienes veia vinculado el órden público, sin el cual todo gobierno arrastra una existencia precaria, una vida de zozobras i de agonía.

No eran ménos atendibles los empleados civiles, casi todos acreedores del estado, ni los establecimientos de beneficencia i de educacion, precisados unos i otros a cerrar sus puertas i negar sus útiles socorros; ni las viudas de militares beneméritos, presa de espantosa miseria, ni el clero regular desposeído de sus bienes; todos estos clamores, todos estos gritos de penuria llegaban a oídos del ministro Renjifo, que conocia el deber de acallarlos con urgencia i de evitar el trance de declarar la hacienda en vergonzosa bancarrota i convertir la sociedad en un caos.

Sin rentas de que disponer, pues las dos principales estaban empeñadas, a no enajenar los bienes nacionales, lo que hubiera sido causar mayor descrédito, el ministro Renjifo empezó por crear una deuda flotante, del monto de los sueldos diferidos i de las acciones vencidas contra el fisco, determinando pagar en lo sucesivo con puntualidad todos los sueldos i pensiones. Este arbitrio hubiera sido ineficaz, pues no daba recursos para salir del apremiante apuro. Vino otro en su ayuda i que consistia en reconocer todas las deudas existentes, exijiendo de cada acreedor el duplo o triple de su crédito en dinero, i entregando a cada uno de ellos un pagaré de la aduana de aquellas dos cantidades. Esta operacion financiera, que en nada gravaba al fisco i favorecia a los acreedores, permitió hacer fren-

te a las exigencias apremiantes del momento, sin mas que tomar anticipadamente las rentas de las aduanas.

Entónces, cuando se sentia la enfermedad i sus acerbos dolores, nadie, ni aun los enemigos de la administracion, se atrevió a censurar el heroico específico que la curaba; i solo posteriormente, cuando los enfermos sanaron, cuando se enjugaron las lágrimas i se hubo olvidado la eficacia del remedio, se lanzaron contra el hábil ministro críticas amargas.

Mas, suponiendo que esta medida no llevase el sello del acierto, mucho ménos el de la perfeccion, dando por sentado que no se aprovecharan de sus beneficios los verdaderos acreedores, sino algunos traficantes en la ajena desdicha, despues de cinco i de catorce años de ejecutada una medida, irreparables ya sus consecuencias ¿no era cuándo ménos estemporánea su crítica?

Lo que es innegable, pues está al alcance del mas idiota, es que desde aquel entónces la hacienda de Chile ha tenido una marcha desembarazada, intelijente i pura, que ha merecido elojios hasta de plumas extranjeras desapasionadas i competentes en la materia.

Ya anteriormente don Manuel Renjifo habia creído que la equidad exijia devolver al clero regular los bienes de que se le habia desposeído, i no estaban enajenados; pero con la obligacion por parte de los conventos, de mantener a sus espensas escuelas de primeras letras como una compensacion, no pudiendo el gobierno, por la escasez de recursos, atender a este deber.

No será fuera de propósito decir que si esta obligacion la llenaron los conventos entónces, en el dia, por los datos adquiridos mui recientemente, no hai motivo de congratularse del estado de las escuelas conventuales.

Al ministro Renjifo se debe tambien la creacion de la visita de oficinas fiscales, encargada de regularizar todas sus operaciones i contabilidad.

Otra de las medidas mas laudables que llevó a cabo, fué la abolicion del derecho de alcabala sobre los productos agrícolas al entrar en las poblaciones, impuesto indirecto sobre los consumos, que en sentir de mas de un economista es injusto, pues recae sin proporcion equitativa sobre el pobre. A mas de esta desventaja, como la cobrasen los subastadores, venía acompañado su cobro de duras vejaciones.

En junio de 1832 propuso al congreso la lei sobre el establecimiento de almacenes de depósito que produjo tan buenos resultados. Recomendaba el ministro a la cámara de diputados el proyecto con estas palabras: «A la sabiduría del congreso no pueden ocultarse las ventajas de una lei protectora de la libertad del comercio marítimo, de una lei que, concediendo franquicias i seguridades a todas las naciones de la tierra, fije en nuestro principal puerto el mercado del Pacífico, i atraiga las manufacturas de Europa i Asia, para cambiarse por las preciosas producciones de Méjico i el Perú.»

Si esta lei, como otras muchas que inició i apoyó con ardor don Manuel Renjifo, en los dos períodos en que fué ministro de hacienda, no bastan a darle el título de creador atrevido, de consumado economista, revelan cuando ménos el pensador profundo, el incansable investigador de los males que nos agoviaban i que era de necesidad estirpar, i de los bienes que era preciso hacer; dan asimismo a conocer al hombre estudioso e infatigable que consagraba de lleno sus facultades al cumplimiento de deberes difíciles.

No pensamos que un ministro de hacienda haya forzosamente de salir de un mostrador, de un escritorio o de una oficina fiscal; no damos excesiva importancia a la práctica de los negocios, i ninguna a la empírica i rutinera, oríjen de desaciertos i poquedad; pero sí creemos que el manejo discreto i razonado de los negocios mercantiles, es una útil escuela, son preciosos elementos para un ministro de hacienda, que aun con mediana capacidad, forma de los hechos perfectamente observados un cuerpo de doctrina segura, una teoría luminosa, exenta de vanas ilusiones, no permitiéndole la esperiencia adquirida vagar incierto en el camino de las reformas inmeditadas i de infecundo resultado.

Don Manuel Renjifo poseia ademas de esta práctica ilustrada, permítanos la espresion, amor al estudio de la ciencia, a que en la edad madura se entregó; el anhelo por conocer todas las verdades, todos los fenómenos, todas las perturbaciones económicas.

Tambien entónces pidió i obtuvo de la lejislatura la autorizacion para habilitar radas i caletas cerca de los puertos de Valparaíso i Talcahuano, para embarcar por ellas el mineral de cobre, libre de derechos en buque nacional. En el siguiente se estableció, por indicacion suya, una clase de teneduría por partida doble en el Instituto Nacional, a fin de sistemar, con este método, la contabilidad de las oficinas fiscales. No es culpa suya si no hai completa uniformidad a este respecto en todas las oficinas de la república.

En octubre siguiente propuso al congreso i se sancionó la lei que da a los extranjeros domiciliados i transeúntes, el derecho de testar, con arreglo a las leyes de Chile, favoreciendo así el de disponer de sus bienes como los naturales.

Otras medidas secundarias propuso en favor de la industria nacional, que se hallaba en mantillas, tales como la que concedia privilejios i primas a los cultivadores de cáñamo, exenciones a favor de la pesca nacional, la que ordenaba la traslacion de las aduanas interiores al litoral, otra sobre la estraccion de metales en bruto, calcinados o en eje, la de derechos de internacion, de esportacion, la tarifa de avalúos, de cabotaje i derechos de puerto, como complemento al sistema de hacienda, entónces creado i que existe en el dia, con las modificaciones que los nuevos intereses i necesidades nuevas han hecho indispensables.

En 1834 fué nombrado senador, i en ese mismo año se presentó al congreso la primera Memoria de hacienda, saludable práctica que ha continuado despues. Aquel documento ponía a la vista de todos, con método i claridad, el estado de la hacienda pública, los gastos que reclamaba el servicio, los ingresos con que se contaba para pagarlos, las mejoras adoptadas, las que quedaban por realizar, con una breve reseña del deplorable desconcierto en que estuvo la hacienda, i dando como pruebas irrefragables del camino recorrido, el alza de los billetes de la deuda interior que de 24 p^s habian subido a 68.

Nombrado por el gobierno de Chile ministro plenipotenciario cerca del Perú, para el ajuste de un tratado de amistad, comercio i navegacion, que por los acontecimientos que sobrevinieron no se ratificó, tuvo la gloria de establecer en el art. 5.º el principio, ahora de estricta, ántes de dudosa justicia, de que la bandera neutral protege la propiedad enemiga, i el respeto en la bandera enemiga a la propiedad neutral, estendiéndose la proteccion en la bandera neutral a las personas de la potencia beligerante, que no fuesen oficiales o tropa en actual servicio de su gobierno.

Liberal fué la lei que el crédito nacional reclamaba de reconocer la deuda interior. Intereses de cuantía iban a ponerse en tela de juicio en virtud de aquella lei, i fué necesario todo el vigor de un hombre honrado i de profundas convicciones, para no cejar a la vista de la cruda lidia que se le declaró, no siempre contra sus principios i en pro de doctrinas envejecidas i pulverizadas por el tiempo i la civilizacion, sino contra su persona; pues los adversarios hicieron del pensamiento de Renjifo un arma de nacionalidad, queriendo poner en duda su acrisolado patriotismo. El triunfo obtenido por el ministro en esta ocasion solemne, sirvió para sentar en sólida base la reputacion del hombre de estado i de presentarle como orador culto, lójico i templado, sino brillante i caloroso. Las discusiones que por este motivo tuvieron lugar, forman una bella página de su vida pública. Las enemistades pasaron, las exajeraciones cedieron su lugar a la razon, i las ventajas para el crédito de Chile, las ve todo el que no quiera cerrar los ojos, pues de la América hispano-americana es el pueblo considerado en el extranjero como el modelo de la honradez, como el dechado de la moralidad.

I este era el punto adonde Renjifo queria llevar a su país con su marcha administrativa, curándose poco de la instable aura popular que se conquista en menoscabo de la justicia, siquiera sirvan sus mentidos favores de pedestal.

No fué ménos importante la Memoria que presentó en 1835, último trabajo en su primer período administrativo; pues en noviembre del mismo año hizo renuncia del ministerio, que le fué admitida, retirándose a la vida privada, en busca de sus dulces fruiciones i del solaz que habia de menester despues de tantos sinsabores i afanes.

Se ha atribuído su inesperada salida del ministerio a causas de trascendencia, que dejando a un lado las personas procedía, de desacuerdo en los principios. No intentamos escudriñar estas causas, que nos harían juzgar si ellas fueron bastante poderosas para que abandonase el timon de la hacienda, quien la habia conducido a seguro puerto por entre procelosos mares; porque este incidente no es de absoluta necesidad en esta biografía.

Lo indudable es que don Manuel Renjifo, con algunos otros prohombres, formaron al separarse del partido dominante, otro llamado *filopolita* (amante de sus conciudadanos). La historia, cuando pueda escribirse con imparcialidad i conciencia, dirá si los filopolitas merecieron o nó el epíteto con que se designaban, si en determinados casos la timidez i las medias tintas son una virtud o una debilidad inescusable. Ella dará a cada hombre i a cada partido el lugar que debe en justicia ocupar, segun sus doctrinas i sus actos. Entretanto, justo es consignar aquí un trozo de la nota en que se admitia a don Manuel Renjifo su renuncia, como prueba irrefragable de que si el gobierno de que habia hecho parte, no miraba las cosas bajo el mismo punto de vista que él, no desconocia su mérito al que tributaba el debido homenaje. Hé aquí el párrafo a que aludimos: «Vengo en admitirle la renuncia de su cargo, *deplorando, como es debido, la pérdida que el gobierno i la nacion entera experimentan con la separacion de un funcionario integro, laborioso e intelijente, a quien se debe el arreglo i mejora de las rentas públicas, i que por lo tanto es acreedor a la estimacion i gratitud de sus conciudadanos.*»

Separado ya Renjifo de los negocios públicos, se hicieron por la prensa algunos ataques, no a su persona, sino a sus medidas económicas. No contestó una sola palabra i rogó a su hermano que no escribiese, encargando lo mismo a sus amigos. Bastábale el testimonio de su conciencia i la opinion de los hombres desapasionados

La revolucion de Quillota, acaecida en junio de 1837 i la muerte del ministro don Diego Portales, le afectaron en extremo, considerando además estos sucesos como un borron en los anales históricos de Chile. Sin embargo, permanecia indiferente a la política del gobierno de entónces.

La guerra con la confederacion Perú-boliviana despertó en él vivo entusiasmo, i pedia con encarecimiento que se le mandasen los periódicos, para leer con avidez las noticias que publicaban sobre la marcha del ejército restaurador i sus constantes triunfos.

En 1839 volvió Renjifo a ocupar su asiento en el senado i cúpole gran parte en las modificaciones que, en sentido liberal, se hicieron al proyecto de lei sobre el uso de la libertad de imprenta que entónces se discutió i sancionó.

Llegaba con el año de 1841 la eleccion de presidente de la república, que debía reemplazar al jeneral don Joaquin Prieto. El país presentaba un campo de batalla, tales eran los aprestos que se acumulaban para la

lid electoral. Tres eran los partidos militantes i tres los candidatos que se presentaban a los electores. El jeneral don Manuel Búlnes, que con su gloriosa campaña del Perú i sus antiguos servicios en la del sud, gozaba de de gran prestigio en el ejército i en las poblaciones; el jeneral don Francisco Antonio Pinto, hombre de honradez e intelijencia, i que en un tiempo presidente de la república, era aun el jefe del partido liberal; i don Joaquín Tocornal, de probidad reconocida, ministro de hacienda en reemplazo de Renjifo, i que despues de la muerte de don Diego Portales, dirijia con don Mariano Egaña el gabinete.

Aunque las fuerzas respectivas eran mui desproporcionadas, temíase un choque recio, i los amigos de Renjifo que sabian su influencia i mas que esto su jenio conciliador i moderado, le escribieron que viniese a la capital, a fin de que contribuyese a dar un jiro pacífico a la contienda. Acudió luego al llamamiento, i creemos que a su influjo bienhechor se debió en mucha parte el convenio celebrado entre el partido Búlnes i el partido Pinto. En él se establecía que, obrando cada uno en su propia esfera i en su interes, i con absoluta independendencia, debian respetarse las personas i proceder con legalidad. El partido Tocornal, que creemos no tuvo parte en la liga, obró por su propio decoro de la misma manera. No sabemos si Chile puede recordar elecciones en que a la par de un entusiasmo i calor mas pronunciados, reinase mas órden, mas respeto a la opinion i al derecho ajeno. Esto era en 1841!!!.....

Verificada la eleccion, que recayó por una inmensa mayoría en don Manuel Búlnes, se festejó esta solemnemente por los dos partidos del convenio, i don Manuel Renjifo, satisfecho de su obra, volvió a dedicarse en el campo a los trabajos en que cifraba la fortuna de sus hijos.

Pocos dias ántes de ocupar la presidencia, dirijió el jeneral Búlnes una carta a Renjifo, rogándole le ayudase en su nueva tarea, encargándose al efecto del ministerio de hacienda. Contestó despues de cuatro dias de meditacion, admitiendo la cartera que se le ofrecia, i esponiendo de una manera conspicua i precisa sus principios políticos, el modo de ver las cosas i la marcha que en su sentir deberia adoptar la administracion de que iba a ser parte, si ella debia de producir los bienes a que el país tenia derecho, i que se habia prometido elijiendo el nuevo presidente. Encarecía el inmenso sacrificio que le causaba el abandonar la vida de sosiego, i sus ocupaciones rurales en el estado naciente de su fortuna, que deberia sufrir quebrantos irreparables con su ausencia. Esta carta es un modelo de sinceridad i buena fe. Por no estendernos demasiado no la publicamos íntegra; ademas ella ha visto la luz pública en la biografía que su mas íntimo amigo escribió en 1845, i a la que debemos estos i otros muchos detalles. Colocarémos aquí una parte que dice a nuestro propósito, pues prueba el deseo constante que acuciaba don Manuel Renjifo de dar al gobierno una existencia estable i dichosa, por medio de la conciliacion.

«Atraer a los que fueran enemigos de la administracion que espira; emplear, segun sus aptitudes, a los hombres de mérito que entre ellos haya; conceder una jeneral amnistía a los que por delitos políticos viven en destierro; rehabilitar al corto número de oficiales que aun queda fuera del servicio militar, de los que se dieron de baja en 1830, son medidas que sin trepidacion deben adoptarse por un acto espontáneo del gobierno, para que produzca pleno efecto; porque si despues las arranca el influjo o la importunidad; si se dictan con repugnancia, cediendo al ruego o bajo de condiciones que humillen a los agraciados, mejor estaria negarlo todo i preferir un sistema de persecucion contra el partido liberal, etc.

»No entienda Ud. por esto que pretendo convertirme en abogado celoso de los intereses de un partido, para sobreponerlo al otro que ha sido su rival. Lo que yo quiero es que se refundan ambos; que no haya predileccion, i que la justicia i gracias del gobierno recaigan indistintamente sobre todos los ciudadanos, para que todos se empeñen en sostenerlo.»

Si a don Manuel Renjifo le engañaba su buen deseo, si esta idea (no la de ocupar a todos los hombres de mérito cualquiera que sea el partido a que pertenezcan, que esto es justo i factible, sino la de refundir en uno dos bandos rivales), es o nó admisible i cuando ménos de dudoso provecho, no es a nosotros a quienes toca decidirlo. La consignamos porque trata a don Manuel Renjifo como hombre público. Siempre conciliador, siempre dispuesto a la concordia, hacia la que su celo le llevaba mas allá de lo realizable, creyendo buenamente en fusiones, que por desdicha son mas aparentes que reales. Su idea favorita, la que sin cesar le trabajaba, fué la de formar un todo de los partidos, por medio de recíprocas concesiones, poniendo en uso cierta flexibilidad que seria justificable si sirviese de atractivo i de reconciliacion; pero que suele tomarse como signo infalible de debilidad, redundando en propio daño sin ventajas efectivas. ¡Grata ilusion, dorados sueños de los corazones sin hiel, que ven el mundo a traves de un prisma fascinador! ¿Quién no ha tenido estos sueños? ¿Quién no los ha convertido, por el deseo, en realidades? ¿Quién al despertar no ha visto desvanecerse tan halagüeñas esperanzas?

Hecho cargo segunda vez del ministerio de hacienda, en setiembre de 1841, se entregó de lleno al trabajo, fijando su atencion principalmente en dos puntos importantes: la formacion de las ordenanzas de aduanas, cuyas oficinas no funcionaban con el método i regularidad apetecibles, para dar suficientes facilidades al comercio, cuidando, sin opresores procedimientos, de los intereses del fisco; i el arreglo del empréstito anglo-chileno.

Los tenedores de bonos de esta deuda disimulaban mal su despecho, al ver que desde 1826 a 1840 no se les habian pagado los intereses de veintisiete dividendos vencidos, i sus exigencias eran mas apremiantes a medida que la prosperidad de Chile le ponía en estado de no desatender esta

deuda. Era, pues, de estricta justicia no desoir sus reclamos, cimentar el crédito de Chile, cuyo vuelo habian detenido tantos azares, i un medio eficaz para ello era hacer un nuevo i equitativo arreglo, que dejase contentos a los acreedores, sin gravar indebidamente al erario.

Examinado escrupulosamente el estado de la hacienda, calculados sobre datos seguros los recursos con que se podria contar, para llenar sin interrupcion los compromisos que deberian contraerse al atender a los acreedores extranjeros, se acordaron i remitieron a nuestro encargado de negocios en Francia, don Francisco Javier Rosales, las propuestas de arreglo que contenian las cláusulas siguientes: 1.ª capitalizar los intereses diferidos, emitiendo nuevos billetes de su monto; 2.ª conceder el 3 p^o de interes anual sobre el valor de éstos; 3.ª que estos intereses solo serian cobrables i pagaderos desde 1847 hasta su total estincion; 4.ª señalar el 1 p^o anual como fondo de amortizacion; 5.ª pagar los intereses i la amortizacion con puntualidad en dividendos cada seis meses i en Lóndres, como se hacía con la deuda primitiva del 6 p^o; 6.ª poder trasladar estos capitales a Chile, convirtiéndolos en deuda interior, aumentando su monto con un 10 p^o sobre los fondos que se trasladasen; 7.ª dejar libertad al gobierno de Chile de amortizar a precios corrientes del mercado los bonos que pudiese comprar.

Estas propuestas se hicieron i mandaron con tal sijilo que nada se traslució, hasta el punto que el encargado en Santiago de jestionar un arreglo en nombre de los acreedores ingleses, supo que las tales propuestas se habian mandado cuando ya estaban en poder del señor Rosales.

Esta operacion económica ha sido igualmente el blanco de ataques contra su iniciador. Decíase que era altamente ruinosa para Chile, que hubiera bastado el reconocimiento, consolidacion i sucesiva amortizacion de los intereses diferidos, sin necesidad de pagar sobre su monto el interes anual de 3 p^o; que el ministro habia andado algo lijero; en fin, que nuestras rentas no eran tan pingües, ni el estado de la hacienda tan lisonjero para estas larguezas.

Grave error hai en creer que los acreedores ingleses hubiesen renunciado al derecho que tenian de percibir interes sobre una cantidad líquida, que se les debia i que no se les pagaba, privándoles por tan largo espacio de tiempo de hacer uso de ella en su propia utilidad. Los acreedores ingleses en esta materia saben algo mas que los visionarios, i en prueba de ello podemos apelar a las sesiones que el señor Rosales presenció de la junta de tenedores de bonos chilenos en Lóndres. El puede decir, si sus comunicaciones no lo dicen, con qué desenfado, i de ello algunas veces con qué ira recibieron otras propuestas ménos favorables. Que el que no tiene no pague lo que debe, lo concebimos fácilmente; pero que el que tiene burle los derechos lejítimos de sus acreedores, ni es justo, ni honroso, ni útil.

A mas el ministro procedió en nombre de un gobierno, cuyos actos llevaban el sello de la buena fe, como hubiera procedido por propia cuenta: con hidalguía i lealtad. Por otra parte, no hai sacrificio doloroso si sirve para conservar el buen nombre i la reputacion adquirida, a que debe Chile el estado pujante de su crédito en el exterior, digan lo que quieran los hombres meticulosos i de estrechas miras.

Para sacar todas las ventajas que al erario ofrecia lo estipulado en la cláusula 7.ª de las propuestas arriba citadas, se mandaron a Inglaterra algunas sumas de dinero e instrucciones reservadas al señor Rosales, para efectuar la amortizacion extraordinaria de la deuda, dando preferencia, en igualdad aparente de circunstancias, a los bonos del 3 p^o.

No es esta la oportunidad de investigar qué razones pudieran obrar en la mente de nuestro encargado de negocios, al amortizar los del 6 p^o, i despues de reiterada orden mui pocos de los del 3 p^o; pero los hechos probaron con evidencia la prevision i acierto de don Manuel Renjifo. Los bonos del 6 p^o se amortizaron en 1843 al 90 p^o, i en ningun caso pueden amortizarse a mas de la par (diferencia 10 libras p^o); los del 3 se amortizaron, comprados en el mercado en 1847, a 42, i en 1851, en la operacion núm. 10, se han comprado a 83 p^o (diferencia 41 libras p^o).

Desde entónces se ha seguido la marcha uniforme que en el negocio del empréstito anglo-chileno trazó don Manuel Renjifo.

Prosiguiendo en su obra de reformas útiles, modificó la lei sobre tarifa de avalúos de 1833, que por ordenar que solo cada tres años se innovaria, ocasionaba perjuicios al comercio, sujeto a continuas oscilaciones de altas i bajas. Se evitó en lo posible este mal, alterando el art. 4.º i estableciendo en el nuevo que anualmente se renovarian los avalúos.

Entónces fué tambien cuando Renjifo pidió autorizacion para comprar en Valparaíso los terrenos en que debian construirse los almacenes fiscales, en el dia ya construídos en su mayor parte, i que son un monumento que atestigua al extranjero la pujanza del comercio exterior en la reina del Pacífico.

Abiertas las sesiones del congreso en 1843, presentó don Manuel Renjifo el proyecto sobre alteracion del peso i lei de la moneda de plata, en conformidad con el que este metal en barra tenia en el mercado, i dando otra relacion entre ella i el oro.

Largas i por demas acaloradas discusiones promovió en la cámara de diputados este proyecto de tanta trascendencia. Pero Renjifo, que habia estudiado i meditado este asunto detenidamente, desplegó tal fuerza de raciocinio, tal poder de conviccion, que logró que se aprobase, si mal no nos acordamos, con un solo voto en contra.

En 1843 presentó su última Memoria que encierra abundante copia de datos i de apreciaciones útiles, sobre el estado de la hacienda pública, de su porvenir halagüeño que los hechos han comprobado.

Desde mucho tiempo pensaba Renjifo en la fundacion de un banco nacional, que sin los inconvenientes i peligros que acompañan a estos establecimientos, diese impulso saludable a la industria i al comercio, contrahando para ello un nuevo empréstito en Lóndres, donde nuestro crédito tenia inmovible asiento. Para obrar con tino i seguridad, pidió, por medio de nuestro encargado de negocios en Francia, todos los datos necesarios, todas las luces; tomó todas las precauciones que la cordura aconseja, obrando siempre con pulso i meditacion. Hemos sido testigos presenciales, i podemos decir que aun para resolver sobre la materia mas obvia, nunca Renjifo obraba con lijereza i por efecto de la primera impresion. I no porque fuese tardo en concebir i en elaborar sus ideas; era efecto del hábito contraído desde sus primeros años de investigar en todo las ventajas i los inconvenientes. En los negocios prácticos no se dejaba llevar de los arrebatos de su corazon jeneroso, al que dejaba todo su noble impulso en las afecciones morales.

Otros trabajos de menor cuantía le ocupaban a mediados de 1844, cuando se vió atacado de una ictericia, funesto precursor del mal que debia cerrarle las puertas de la vida i abrirle las de la eternidad.

Cuando el sufrimiento daba alguna tregua, cediendo de su intensidad, solia acercarse al ministerio de hacienda a informarse de sus trabajos i a hacer algunas indicaciones que juzgaba útiles, mostrando que aun en el lecho del dolor, no desatendia el servicio público.

Ya entónces empezó a presentir que su fin se acercaba, i este cruel presentimiento traslucíase a su despecho en su melancólica mirada, en su pálido semblante, que pintaba una santa resignacion a los decretos del destino!

Como hombre particular don Manuel Renjifo era un conjunto de bellas cualidades; corazon expansivo, accesible a los tiernos encantos de la amistad; hermano, esposo i padre cariñoso cual pocos. Los momentos de descanso que los negocios públicos le dejaban, que eran bien cortos, pues en su casa escribia los borradores de decretos i notas que debian ponerse en limpio, los consagraba a entretenerse en pláticas sabrosas con sus hijos para quienes era todo dulzura i amor.

Su exterior era de una rijidez que no se avenia bien con su carácter apacible, i esta bella cualidad se manifestaba desde las primeras palabras. Su conversacion era amenísima i llena de chistes oportunos, i esto que parecerá una paradoja a los que solo le conocieron de vista, pueden confirmarlo los que le trataron con intimidad.

Formado don Manuel Renjifo por sí mismo i sin estudios preparatorios, no se distinguió como literato; al ménos no ha llegado a nuestras manos ninguna produccion suya que le hiciese merecedor de este dictado, no obstante lo que hemos dicho respecto a su estilo correcto i lo castizas i depuradas que eran sus elocuciones.

Su enfermedad fué larga i dolorosa, con algunos interválos de mejoría,

tanto que cinco días antes de aquel en que murió, se le creía salvo i aun él pensó venirse a Santiago. ¡Fué un relámpago fugaz, el resplandor siniestro de una luz próxima a extinguirse!

El 16 de marzo de 1845, día de fúnebre memoria, voló don Manuel Renjifo a la mansion de los justos a recibir el premio de sus virtudes, legando a su familia, por único patrimonio, una reputacion sin tacha i la pobreza, que es la herencia que dejan a sus hijos los empleados públicos en Chile, tan maltratados por impudentes escritores.

Tuvo rivales i envidiosos, que harto hizo para merecerlos; enemigo ninguno.

Los que le combatieron durante su vida deben sellar sus labios i dejar que hable la posteridad.

Ya que no nos ha sido dado ser don Manuel Renjifo, nos felicitamos de ser sus biógrafos i de esparcir estas flores en su solitario sepulcro.

RAFAEL MINVIELLE.



GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadryl



FRANCISCO ANTONIO PEREZ.

F. Coz Pérez
Fran. Ant. Pérez



XXIX.

D. FRANCISCO ANTONIO PEREZ.



E ahí uno de los mas notables personajes de la era de la independenciam, que no ha tenido todavía su biógrafo. Sin embargo, le vemos figurar desde los primeros momentos de esa gran lucha hasta su muerte, ya obrando en el mismo foco del movimiento revolucionario, ya regularizando ese movimiento despues de la victoria, a veces triunfante, a veces víctima, segun los azares por los que corrió la patria en sus primeros dias.

Don Francisco Antonio Pérez nació en Santiago de Chile el año de 1769. Sus padres fueron don José Pérez García i doña María del Rosario Salas, notable aquel como autor de una de las mejores historias de Chile hechas durante el coloniaje. Don Francisco Antonio fué colaborador de aquella obra, i era el que recojia datos a su padre, sacados principalmente del archivo del cabildo, del cual era el primero secretario. La obra, que consta de dos volúmenes, existe manuscrita en la biblioteca nacional.

El señor Pérez, hijo, era ya una notabilidad en el foro ántes de la revolucion, uno de los abogados mas acreditados, i relacionado ademas con una de las mas antiguas familias de la colonia. Era cuñado del canónigo don Vicente Larrain, que en sus viajes por Europa se habia empapado en

los principios de la revolucion francesa i que representó un papel tan importante en la nuestra, como tambien del fraile mercenario don Joaquin Larrain, uno de los mas exaltados patriotas de la época. En su casa era donde se reunia el club que provocó el movimiento de 1810 con la deposicion del presidente Carrasco. El era el alma de esas reuniones i el jefe moral de la poderosa familia de los Larraines, tan comprometida en la revolucion.

El señor Pérez, desde algunos años ántes de aquella época, era secretario del cabildo. Su prudencia i su habilidad le hicieron dominar esa corporacion, e imprimir el empuje a todos los pasos que dió aquella en la via de la revolucion.

Empero, para hacer comprender el papel representado por nuestro personaje i por la corporacion a que pertenecia, permítasenos arrojar una lijera ojeada sobre esta última institucion, tal cual estaba entónces organizada, i de la cual no tenemos en el dia sino una leve sombra.

Los cabildos en aquella época se componian de dos alcaldes ordinarios, doce rejidores, un procurador de ciudad i un asesor o secretario, todos los cuales debian oriñalmente su nombramiento a la compra que hacian del cargo en subasta pública. Se concibe la independenciam de tales corporaciones, cuyos miembros no debian su rango al favor del gobierno, o al nombramiento de las autoridades españolas, sino a su propia voluntad i su dinero. Dándose el cargo de rejidor al mejor postor, se abria un campo a los propietarios coloniales i a los hombres emprendedores para injerirse en la direccion de los negocios públicos, i se dejaba penetrar en el gobierno el fecundo espíritu del municipio. Dejándose a los rejidores la facultad de nombrar a los principales empleados de la corporacion, como los *alcaldes*, encargados de la administracion de justicia, el *procurador* i el *secretario*, se ponía en manos de una aristocracia de vecinos independientes, un arma o un escudo con que, segun las circunstancias, podian atacar o defenderse contra las demasías de las autoridades españolas. En una palabra, la organizacion colonial de los cabildos admitia un representante verdadero de los intereses locales, i estaba basada sobre un sistema de democracia e independenciam que formaba una escepcion al réjimen de absolutismo a que estaban sujetas las colonias.

El señor Pérez, ademas de los servicios que prestó en el cabildo, desempeñó varios cargos de importancia en el primer período de nuestra independenciam. Cuando fué sofocado el motin de Figueroa, fué nombrado asesor de la junta que le juzgó, i merced a su influencia i a su humanidad fué que los oidores de la real audiencia no salieron implicados en el proceso. Abolido ese tribunal, Pérez fué electo miembro de la cámara de justicia que le reemplazó.

Pérez fué diputado al primer congreso nacional. Posteriormente fué presidente de la junta gubernativa que se instaló al tiempo de ser invadido el

país por Pareja. Después de la jornada de Rancagua, fué aprehendido por las autoridades españolas i desterrado a Juan Fernández, donde corrió la suerte de los demás ilustres proscritos. Su anciano padre, don José Pérez García, falleció a los pocos días de aquel suceso.

Restituido a sus hogares después de la jornada de Chacabuco, Pérez volvió a ocupar su asiento en la cámara de justicia. Fué entonces electo senador, i fué miembro de la junta en que delegó O'Higgins el mando en el año de 1818.

Si fué importante el papel representado por Pérez ántes de la reconquista, no lo fué ménos después. Tomó parte en la lojia lautarina que se formó por aquella época i dirigió a O'Higgins en los principios de su administracion. Cuando notó que aquella sociedad tendia a la oligarquía i que O'Higgins avanzaba al despotismo, se separó de ambos i se unió a Freire, a quien instigó a la gloriosa revolucion del año de 1823, que dió al suelo con la dictadura.

Durante la presidencia del jeneral Freire, dirigió la política de su administracion, principalmente en los cuatro primeros años. Al señor Pérez debió el país esa bella era de libertades i de garantías que por desgracia no se ha repetido posteriormente.

Como miembro de la cámara de justicia de que fué tambien rejente, se hizo notar siempre por la rectitud de sus fallos i por un talento certero para fijar las cuestiones jurídicas. Bondadoso i humano por naturaleza, se cuenta que temblaba al firmar una sentencia de muerte. Deseoso de conocer la pena de «carrera de baquetas» a que habia condenado varias veces, quiso una ocasión presenciar una; pero ántes que el reo llegara a la mitad de la carrera, hizo suspender el castigo.

Su carácter era jovial i alegre: sus chistes hacian su sociedad amable i solicitada especialmente por la juventud, de la que Pérez fué siempre apasionado. Por lo demás, no era hombre preocupado en sus ideas relijiosas, i simpatizaba con el espíritu filosófico de los pensadores franceses del siglo XVIII. Falleció a los cincuenta i nueve años de su edad en 1828, ántes de presenciar los desastres de la guerra civil i la reaccion política que fué su consecuencia.

M. CARRASCO ALBANO.



XXX.

DON JORJE BEAUCHEF. ⁽¹⁾



L coronel don Jorje Beauchef nació en Privas, pequeña ciudad del mediodía de Francia, por el año de 1784, de padres respetables, cultivadores de profesion.

Niño todavía, i al parecer arrastrado por una vocacion irresistible, Beauchef tomó las armas como simple soldado en 1805 contra la tercera coalicion, recibiendo el bautismo del fuego en la memorable batalla de Austerlitz.

La guerra de España, que sobrevino dos años mas tarde, encontró al jóven conscripto de sarjento primero de húsares de la guardia imperial, grado que habia alcanzado por su valor en las campañas de Prusia i de Polonia que precedieron a la inyasion de la península. Destinado a ésta, sin embargo, el jóven húsar fué hecho prisionero en uno de los primeros encuentros, con lo que concluyó su carrera militar en Europa.

Encerrado, en efecto, en un ponton en la bahía de Cádiz, se escapó de un largo cautiverio echándose a nado i ganando un buque ingles que se dirijia a Malta. Desde esta isla, Beauchef pasó a Constantinopla; i atravesando todo el continente de la Europa, incógnito, perseguido i desnudo, regresó a su patria en los momentos en que ésta era invadida en todas di-

(1) Esta biografía es solo un simple extracto de otra mas estensa escrita por el mismo autor.

GALERIA NACIONAL.



Dibujado y publicado por N. Desmadril.

GEORGE ISNEL BEAUCHEF.



George Beauchef

recciones por la coalicion triunfante. El sarjento de húsares volvió a des-
envainar su sable en aquel supremo momento en que la suerte del orbe
se jugó en el campo de Waterloo.

Despues de aquel gran desastre, Beauchef emigró a los Estados-Unidos,
llegando a Nueva York a fines de 1815. Un año mas tarde, habiendo toma-
do servicio en la república arjentina, cuyo gobierno lo hizo solicitar, se
dirijió a Buenos Aires donde fué incorporado al ejército libertador de
Chile, con el grado de teniente de caballería. Mas, cuando llegó a este
país, acababa de darse la batalla de Chacabuco que lo habia libertado.

En consecuencia, Beauchef fué llamado a un destino mas tranquilo i
análogo a su esperiencia i a su carrera, siendo ocupado en la academia
militar que acababa de fundarse, como segundo del mayor Arcos, nom-
brado director en jefe.

La renovacion de las hostilidades en el sud i la agregacion al ejército
patriota del jeneral Brayer, quien se obstinó en llevar consigo a Beauchef,
hicieron que éste dejase su claustro de Santiago para ir a dar los prime-
ros ejemplos de ese heroico denuedo que caracterizó todas sus hazañas
militares durante diez años de gloriosas campañas.

Beauchef, en consecuencia, ascendido a sarjento mayor la víspera del
famoso i malogrado asalto de Talcahuano, (6 de diciembre de 1817) fué el
primero en llegar al foso a la cabeza de su columna que marchaba a la
vanguardia, i cuando ya lo habia salvado i derribaba con sus propias manos
los rebellines de la palizada, una bala le atravesó el pecho en la parte su-
perior, precipitándolo de espaldas sobre el cadáver del bravo capitán Vi-
dela que habia caído muerto a su lado. El ataque se frustró en todas di-
recciones; pero el jeneral Brayer culpaba honrosamente a Beauchef de
este descalabro, diciendo que si este valiente no hubiera sido herido en el
momento crítico del asalto, la plaza habria sido tomada.

El mayor Beauchef fué conducido a la capital casi moribundo, traspor-
tándole los soldados en sus propios brazos. Los cañonazos de Maipú reso-
naron en su oído cuando ya su vida se estinguia por la debilidad i la
gangrena de su herida; pero de una manera súbita i casi inesplicable co-
menzó a recobrase, lo que consiguió a tal punto que a mediados de 1818
volvió a tomar el campo.

En su calidad de mayor de infantería hizo toda la campaña de 1819,
que dirijieron con mediocre suerte los jenerales Balcarce i Freire. Pero
Beauchef ganó tal crédito en estas escaramuzas que cuando en enero de
1820 recaló a Talcahuano el almirante Cochrane, pidiendo un puñado
de valientes para ir a vengar en los castillos de Valdivia los ultrajes que
habia recibido al pié de los del Callao, Beauchef fué designado para man-
darlos.

Conocida es esta hazaña casi prodijiosa, en que durante el espacio i la
densidad de la media noche, una columna de trescientos voluntarios se

hizo dueña de aquellas inespugnables fortalezas, defendidas por ciento diez i ocho piezas de grueso calibre i una guarnicion de mil veteranos. Beauchef fué el héroe de esta empresa, así como al almirante cúpole la gloria de haberla concebido i de haber encargado su ejecucion a manos tan aprovechadas.

El mérito contraído por Beauchef en este servicio le valió el mando de la plaza de Valdivia, el que debia afianzar luego con uno de los hechos mas gloriosos de nuestros anales militares. Rehecha, en efecto, la sorprendida guarnicion de Valdivia, que se habia retirado al sud, mediante los refuerzos sacados de Chiloé, vino en busca de los patriotas, desafiándoles con triple número i con los ademanes de una provocadora arrogancia. Beauchef voló a su encuentro con una columna de ciento cincuenta voluntarios, i aceptó en un bosque la batalla que el enemigo le presentaba en número de seiscientos hombres, parapetado en la casería denominada del Toro. El jefe de la columna patriota rompió el fuego tomando un fusil i derribando del primer golpe un oficial español. Con este ejemplo fué tal la bravura que ganó el pecho de los soldados, que la victoria no tardó en alcanzarse, sino lo que demora una carga a la bayoneta hecha en una angosta garganta. Este hermoso triunfo, que no costó a Chile sino treinta i tres soldados, fué obtenido el 6 de marzo de 1820, i Beauchef recibió en galardon, por la importancia de esta victoria, que llevó nuestro pabellon hasta los confines de la Patagonia, el grado de teniente coronel.

Durante el resto de aquel año ocupóse el gobernador Beauchef en afianzar la defensa de la provincia, ya disciplinando milicias, ya persiguiendo las montoneras o castigando las indiadas enemigas, ya organizando la administracion de la colonia i aun sofocando conspiraciones que eran principalmente dirigidas a quitarle la vida. Cuando estaba en estos conflictos vino a sustituirle, sin embargo, el teniente coronel de ingenieros don Cayetano Letellier, bajo cuyas órdenes el modesto veterano siguió sirviendo hasta que, llegado el invierno de 1821, la provincia quedó libre del amago de enemigos, i el exgobernador pudo regresar a la capital.

En esta época de su vida en que Beauchef sentia a la vez el cansancio de sus fatigas i el alhago de una gloria fresca i brillante, dejó penetrar en su corazon un sentimiento tierno i entusiasta, que despues de muchas dificultades de familia, que él zanjó, no por los recursos de la diplomacia, sino de su lealtad i su heroísmo, llevóle a la posesion de una señorita chilena, doña Teresa Manso i Rojas, cuya union fué para el noble soldado una especie de carta de ciudadanía, que no requeria trámites ni consultas. Desde aquel dia el coronel Beauchef fué chileno, i su nombre pertenece a nuestra historia doméstica así como al registro de nuestros ilustres ciudadanos.

La hazaña que le valió la mano de su amada fué la nueva conquista de Valdivia, que Beauchef ejecutó esta vez casi por el solo poder de su brazo

i el influjo de su nombradía militar. Sublevada, en efecto, la guarnicion de Valdivia, degollado su gobernador Letellier junto con nueve oficiales, depuestas las autoridades i nombrados jefes de la tropa una cuadrilla de subalternos asesinos, Beauchef fué encargado de sofocar aquel siniestro motin presentándose de sorpresa en medio de los culpables i aterrándolos con su entereza i el renombre que se habia adquirido entre aquellos veteranos habituados a pelear hombro a hombro con él. Hizolo así efectivamente. Acompañado de una pequeña division, se embarcó en Valparaíso en la fragata *Lautaro* por el mes de marzo de 1822, llevando consigo al jóven ingles don Guillermo Tupper que debia ser su amigo, su discípulo i el heredero de su gloria i de su mando militar. Llegado a Valdivia, desembarcó con este solo compañero, i presentándose en todas partes a los destacamentos amotinados les hizo presentar las armas al grito de *Viva la patria!* i entregar a los traidores, en los que fué hecha ejemplar i cumplida justicia. El grado de coronel fué la recompensa votada por el gobierno a aquel señalado servicio del comandante Beauchef.

Durante todo el año de 1822 permaneció este jefe al mando de la provincia ejecutando varias operaciones militares dirigidas principalmente contra los indios pehuenches que se manifestaban tenaces aliados de los realistas. En una de estas escursiones o paseos militares, Beauchef llegó hasta las gargantas de Boroa con una division de quinientos hombres.

Con el año de 1823 vinieron los primeros conflictos de la guerra civil entre los caudillos O'Higgins i Freire. Beauchef, llamado por ambos a jugar un rol que iba acaso a dirimir la contienda, adoptó un noble i leal partido que salvó su responsabilidad como jefe, su honor de soldado i sus deberes de amigo. Convocó al pueblo i la guarnicion a un cabildo abierto, hizo leer las opuestas comunicaciones de las autoridades de Santiago i Concepcion, i esperó el voto libre de la mayoría. Hubo casi unanimidad por secundar el movimiento del coronel Freire, i en consecuencia Beauchef se le reunió en Talcahuano con una division de cuatrocientos hombres, con la que marchó en seguida a Valparaíso i Santiago.

Siguiéronse una en pos de otra las tres campañas de 1823, 1824 i 1825: la primera al Perú i las otras dos a Chiloé. En todas tomó una parte principal el coronel Beauchef, que desde entónces figura siempre a la cabeza de su batallon, el famoso núm. 8. Malograda la campaña del Perú por una combinacion de circunstancias, en la que no intervinieron las armas, frustróse tambien la primer cruzada sobre Chiloé por un descalabro de éstas, cuya gloria, harto lejítima si bien dolorosa, pertenece de lleno al coronel Beauchef. Sorprendido, en efecto, con su batallon en la ciénaga de Mocopulli por una emboscada de mas de mil realistas, sostuvo su puesto con el mas porfiado teson i una bravura inaudita hasta que pareció quedar solo en medio de los cadáveres de sus compañeros, desafiando la metralla enemiga, sostenido por su inseparable amigo el capitán Tupper, que

sin embargo estaba herido. Mas de la mitad de su batallon yacia tendida en el campo, llegando los muertos a ochenta i pasando los heridos de ciento veintidos, cuando el bizarro coronel daba todavía la señal de tocar a la carga i llegaba hasta la boca de los cañones enemigos, cuyos artilleros sableó con su espada.

En la siguiente campaña de 1825 i 1826, que concluyó con la fácil victoria de Bellavista el 14 de enero del último año, Beauchef tomó tambien la parte mas conspicua, pero con mejor fortuna. El núm. 8 coronaba, en efecto, aquellas alturas que dominan a San Carlos, llave del archipiélago, cuando Tupper al frente de los granaderos de este batallon, de que era capitán, desalojaba la fila de los realistas que se ponian en fuga al interior de la isla.

Apénas habia regresado de Chiloé el coronel Beauchef, cuando fué destinado como segundo del jeneral Borgoño a aquellas notables expediciones contra los bandidos Pincheiras, que con tan consumada pericia i acierto dirijió este último jefe en 1827. Beauchef, al mando de la division que se internó en las cordilleras por el Descabezado del Maule, barrió delante de sí a los montoneros i a las tribus pehuenches que se les habian unido, hasta las fuentes del Biobio, por un espacio de mas de cien leguas, i regresó a Chillan, logrando su objeto despues de una penosa campaña que habia durado tres meses.

Esta fué la última jornada de la carrera militar del coronel Beauchef, i con ella se cerraron diez años de bellos servicios hechos a Chile con honor, con abnegacion i con gloria. Satisfecho de haberse granjeado los títulos de un noble descanso, se retiró a la vida privada entrando en la reforma militar de 1828, i se estableció en Santiago despues de haber dicho adios a sus viejos camaradas, dando un abrazo enfrente de las filas al jóven coronel Tupper, designado como su sucesor en el mando del núm. 8.

El coronel Beauchef, leal i honrado, vió pasar en el retiro i el aislamiento la tormenta revolucionaria de 1829, a la que era adverso por sentimientos i por ideas, sino por deber, estando ya esento del servicio activo. Disgustado quizá del resultado de aquella triste contienda, hizo un viaje a Francia en 1831, para dar su postrer adios a la tierra natal i a los lares paternos. En 1833 regresó a Chile prosiguiendo su vida de estricta domesticidad. I alejado, segun sus hábitos predilectos i sus convicciones mas profundas, del bullicio de los negocios públicos, llególe el fin de sus dias el 10 de junio de 1840, despues de una larga i penosa enfermedad de gota contraída en sus campañas.

Fué el coronel Beauchef un noble tipo de soldado, inferior a ninguno en el denuedo, i superior a muchos en las cualidades de intelijencia i de virtud que constituyen al jefe. Era de arrogante presencia, de férrea musculatura, graciosa i esbelta empero en sus ademanes, de rostro franco i

espresivo, ardiente en su mirada, de sonrisa bondadosa, i marcado en su frente, que sombreaban espesos cabellos crespos, el sello de la enerjía. De ánimo i de cuerpo era lo que su nombre parecia decir, un «bello jefe».

Probo i delicado por carácter hasta la austeridad, cuéntanse de él muchos rasgos de limpieza de conciencia, de magnanimidad, de resolucion i de virtud republicana que hacen su memoria grata i honrosa a los chilenos. Varias veces hizo la renuncia de su autoridad militar por solo el pundonor de su ejercicio; otras veces consentia en servir como subalterno de los mismos a quienes habia mandado, por obediencia a la lei.

Tenia anexos a su carácter los defectos de su misma organizacion que no deslustraban a aquel sin embargo. Era vehemente hasta la irreflexion e impetuoso hasta la temeridad, pero sabia volver sobre sí i contenia sus pasiones ántes que hubieran desbordado.

Pero entre sus bellos méritos, los chilenos se apresuraran a reconocerle el que es mas alto de aquellos i el que todos ven a la vez porque ni una leve sombra lo empaña. Este fué su lealtad de soldado i de servidor de la república. El coronel Beauchef no tuvo jamas partido, i su hoja de servicios en que están inscritos los nombres de Talcahuano, Valdivia, el Toro i Mocopulli, no tiene ni una sola gota de sangre chilena derramada en melancólica lid de hermanos.

B. VICUÑA MACKENNA.





XXXI.

D. GUILLERMO DEVIC TUPPER.



I es lejitima la gloria que se hereda de los antepasados a título del nombre o de la sangre, harto mas lo es aquella que el discípulo o el camarada reciben en la afanosa escuela del saber, o en el duro ejercicio de las armas. Por esto la gloria del coronel Tupper brilla con mas luciente esplendor cuando la hiere el reflejo de la gloria caballeresca i esclarecida de su primer jefe en la carrera militar, el coronel Beauchef, cuya heroica vida acabamos de trazar.

Pero sobre los timbres del último no caen los pliegues del fúnebre crespon que cubre la memoria del primero. Beauchef fué el heroe de aquellas últimas campañas de nuestra guerra nacional, en que los combates tenian algo del palenque antiguo, peleando los soldados de hombre a hombre i los jefes como simples caballeros. Tupper tuvo ese rol no ménos heroico como soldado, pero ingrato i triste, si bien sin culpa suya sino del destino:--fué el mártir noble i leal de nuestras contiendas civiles.

Con esta sola diferencia del papel desempeñado por uno i otro, los dos veteranos se asemejan vivamente, i la existencia del uno se comprende por el trasunto de la del otro.

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadryl



GUILLERMO DE VIC TUPPER.

Guillermo De Vic Tupper

Encontrábase un día, en efecto, a la mesa de un café de Santiago, por el mes de marzo de 1822, el coronel Beauchef, a quien se acababa de designar para ir a sofocar el levantamiento que habia tenido lugar en la guarnicion de Valdivia, • fines de 1821. Miéntas el despreocupado veterano se desayunaba, acercósele un hermoso jóven de veintidos años, cuya arrogante apostura i franco ademan parecia servirle esta vez como de suficiente introduccion. Trabóse luego una animada conversacion sobre la próxima campaña de Valdivia, i el jóven extranjero concluyó por pedir un puesto en las filas al jefe de la espedicion. Hai en la mirada del valiente algo que fascina al vulgo i que cautiva el alma de los fuertes. Beauchef comprendió la mision de aquel noble voluntario, i lo alistó desde aquel momento en su division, haciéndole su ayudante i obteniendo del gobierno el titulo de capitán de caballería de milicias para su protejido.

El jóven capitán que de esta manera entraba al servicio de Chile era Guillermo Devic Tupper, ingles de nacimiento. Habia nacido de noble estirpe en la isla de Guernesey, el 28 de abril de 1800. Hijo de una hermana del jeneral Brock, de cuya muerte gloriosa marca el sitio una pirámide que nosotros hemos visto en una pradera del Canadá, i el quinto de diez hermanos, todos los que parecian admirablemente dotados por aspecto físico i el temple de carácter para la carrera de las armas, formó ésta la inclinacion predilecta del jóven Tupper desde su mas tierna niñez.

Pero salia apénas de la escuela cuando se le cerraba aquel camino con la conclusion de la guerra continental en 1815.

Contrariado en esta inclinacion que parecia irresistible, el niño Tupper pasó cerca de dos años encerrado en el colejio de Enrique IV en Paris, i tres años, en seguida, en Barcelona, bajo la mano de un tío paterno que desempeñaba el consulado ingles en aquella ciudad, i que consiguió un puesto para su pariente en una respetable casa de comercio. Mas en una i en otra situacion el jóven Tupper vivió descontento e inquieto, anhelando llegar al terreno a que el secreto móvil de su destino lo arrastraba.

Una circunstancia inesperada vino a abrirle aquel sendero. Obligado a alejarse apresuradamente de Barcelona por una aventura, en la que intervino un duelo junto con un secreto de alcoba de alta trascendencia, pero que la sociedad barcelonesa se esplicaba por la juventud i belleza personal de Tupper, embarcóse en mayo de 1821 para su isla natal de Guernesey, dirijiéndose en seguida a Chile por la via de Rio Janeiro i Buenos Aires.

Acababa de llegar a Santiago en el mes de marzo de 1822, cuando tuvo lugar la escena que hemos referido como ocurrida en el café de Hevia entre el recién llegado i el coronel Beauchef.

Desde este dia la vida de ambos jefes está tan íntimamente ligada, que la personalidad de Tupper aparecerá de relieve i como aparte, solo

cuando por el retiro absoluto de Beauchef en 1828, quedó aquel al mando del batallón que éste había creado i en que Tupper hizo sus primeras i sus últimas armas, el famoso núm. 8 o batallón *Pudeto*.

Acompañó, en efecto, a Beauchef en su feliz pacificación de Valdivia, cuyos incidentes hemos narrado en la vida de este jefe, i regresó a Santiago despues de una campaña de once meses, siendo promovido al grado de capitán de granaderos del núm. 8 que mandaba Beauchef.

Con este mismo rango hizo la malhadada tentativa de campaña al Perú en 1823, que consistió en un cambio de cruceros de buques en las costas de aquel país, desde Arica al Callao i desde el Callao a Arica, en una confusion de órdenes i contraórdenes de los jenerales Pinto i Benavente, encargados del mando de las fuerzas, i en la que, por último, no corrió mas sangre que la de algunos centenares de caballos degollados en la mar para alijerar el lastre de los trasportes. Tupper, que se había embarcado con su batallón el 15 de octubre de 1823, regresó de Arica a Coquimbo en el navío *Santa Rosa*, padeciendo grandes penurias en la travesía hasta que desembarcó en el último puerto el 7 de enero de 1824.

Destinadas estas tropas a hacer la primera campaña que el director Freire emprendía sobre Chiloé, Tupper volvió a embarcarse con su batallón dirijiéndose a Talcahuano desde Coquimbo, i en seguida a Valdivia donde se unió a la division espedicionaria el 10 de marzo de 1824.

Sabida es la parte heroica i malhadada que tocó en esta ingrata cruzada al batallón núm. 8. Siendo la fuerza destinada a los combates de vanguardia, tomó sin resistencia el castillo de Chacao, con lo que se inició la campaña; pero fué desecho i aniquilado casi hasta el último hombre en la sangrienta refriega de la vega de Mocopulli con que se cerró esta breve e infausta espedicion. La bravura de Tupper en este lance solo puede compararse a la de su jefe, i la fortuna de ambos en escapar casi ilesos de aquel desesperado encuentro parece milagrosa. «El coronel, encontrando las cosas casi desesperadas, cuenta el mismo Tupper, formó la atrevida resolucion de atacar al enemigo en columna cerrada. Su conducta nos animó a todos, i aunque estábamos en completo desórden, nos formamos i quitamos su posicion al enemigo con la punta de las bayonetas, casi sin oposicion, pues probablemente se apoderaria de él un terror pánico al ver la intrepidez de este puñado de hombres (*)».

A esta campaña, o mas bien a la gloriosa derrota de Mocopulli, debió, sin embargo, el capitán Tupper su grado de sarjento mayor, así como en la segunda espedicion, que dió por resultado la conquista del archipiélago, alcanzó sobre la cresta de la montaña de Bellavista, a la que fué el

(*) *Papeles privados del coronel Tupper, puestos en órden por el señor don Jorge 2.º Huneeus*. En esta coleccion hemos bebido la mayor parte de los datos que sirven de base a esta biografía, ahorrándonos así un ímprobo trabajo que el señor Huneeus ha desempeñado con la mayor escrupulosidad i exactitud. El libro titulado *Family Records* que ha sido destinado a honrar la memoria de la distinguida familia de Tupper por uno de sus inmediatos deudos, tambien nos ha sido útil al trazar el plan de esta breve biografía.

primero en llegar a la cabeza de sus granaderos vencedores, el título de teniente coronel.

Antes de esta campaña, que tuvo lugar en los primeros meses de 1826, ya Tupper habia sido llamado a la prueba incesante i dolorosa que debia mas tarde sellar su destino, sin que jamas, empero, se empañara en los recios i frecuentísimos conflictos su pura e intachable lealtad de soldado i caballero. En el levantamiento aristocrático del coronel Sanchez, que tuvo lugar en octubre de 1825, Tupper operó la reaccion que le sucedió casi instantáneamente, poniéndose a la cabeza de su batallon, contra la voluntad de su mismo jefe, el coronel Beauchef, segun lo cuenta aquel en sus Memorias.

I ahora, de nuevo, apénas habia regresado de Chiloé, era destinado por tercera vez a aquella isla a someter al caudillo Fuentes que habia enarbolado la bandera de la insurreccion a nombre del jeneral O'Higgins. Sin disparar un tiro, el coronel Aldunate volvió a hacerse dueño del gobierno de que habia sido despojado, ocupando a San Carlos el 20 de julio de aquel año, poco mas de dos meses despues de ocurrido el levantamiento (3 de mayo de 1826). El comandante Tupper i el comodoro Wooster secundaron dignamente al intendente Aldunate en esta empresa.

Como dijimos al empezar este esquisio biográfico, la estrella de Tupper solo debia brillar en el cielo turbio de las disenciones civiles. Esceptuando las dos campañas de Chiloé en que tomó parte, ya le hemos visto ocupado en la pacificacion de Valdivia, en la contrarevolucion de Sanchez i en el sometimiento de Chiloé. Pero apénas habia vuelto de esta isla, en setiembre de 1826, cuando se le destinó a servir en esa especie de cruzada intestina que el jeneral Borgoño organizó al fin de aquel año contra la banda de los Pincheiras, i cuyos principales movimientos ejecutó con tanto acierto el coronel Beauchef. Tupper, sin embargo, obró independientemente de este jefe, internándose, al mando de un escuadron de dragones por el boquete de Alico. El principal servicio de esta fuerza fué el de servir de eslabon a las otras divisiones que marchaban por el centro de las cordilleras i suministrarles víveres.

Pero el destino evidente del desgraciado Tupper no tardó en ponerse mas en relieve arrastrándole, a pesar suyo, a los conflictos que por aquella época comenzaron a turbar la paz de la república. El 28 de junio de 1828 tuvo lugar, en efecto, el primer movimiento revolucionario encabezado por el coronel Urriola, que sublevó en San Fernando el batallon Maipú i un escuadron de dragones. El jeneral Borgoño, encargado de desorganizar este motin, llevó en su compañía al comandante Tupper, bien que sin fruto, porque sucedió al movimiento tal serie de farsas políticas que al fin la jornada concluyó como una pieza de comedia en la que las pocas lágrimas que costó la sangre derramada se confundieron en la estrepitosa algazara de los farsantes de todas categorías que jugaban a la política. Siguióse po-

cos meses mas tarde, el 17 de agosto, la revolucion del teniente Morillo con otro escuadron de dragones, i luego en seguida (6 de junio de 1829) la de otro escuadron de coraceros a cuyo frente se puso el mismo Urriola. Hubiera parecido que en aquella época estaba organizado el juego de los motines. Tupper fué encargado de sofocar el último, i persiguió a los rebeldes hasta Colina, en cuyo camino mató a varios e hizo a otros prisioneros.

Pero todavía estos no eran sino los augurios de la deshecha tormenta que se desprendia sobre Chile.

Elejido el jeneral Pinto presidente de la república en octubre de 1829 por el partido liberal, el jeneral Prieto protestó con las armas en la mano poniendo al servicio del bando vencido el ejército del sud que mandaba en jefe. La farsa de los motines tomó al punto el triste rango de la guerra civil.

Prieto se puso en marcha sobre la capital. El congreso constitucional que habia sancionado la eleccion de Pinto, se disolvió burlado e impotente. El presidente abdicó su puesto en la hora del peligro i de la lealtad. Ocupólo Vicuña, ciudadano probo, pero débil. Los revolucionarios de la capital tomaron brios i se pronunciaron en tumultuosas reuniones populares: el desquiciamiento era completo. Solo una fraccion del cuerpo político aparece unida, leal, jenerosa i aun magnánima. Esta es el pequeño ejército que servía de guarnicion a la capital, i a cuya cabeza se ve a Tupper que ha sido promovido a coronel del núm. 8 o *Pudeto*, por renuncia de Beauchef, a Viel, mayor jeneral de la plaza, a Rondizzoni, comandante del núm, 7 i a otros honorables extranjeros.

Aprovechando del alejamiento de estas fuerzas que habian salido a encontrar a Prieto, los jefes del partido revolucionario de Santiago organizan una poblada el 7 de noviembre para deponer al presidente Vicuña; pero éste se resiste con dignidad i se refugia en Valparaíso. El ejército, acantonado en Tango, protesta contra aquel tumulto desobedeciendo a la junta que de él naciera, i poniéndose a las órdenes del capitan jeneral Freire que estaba entónces en el auje de su popularidad.

Cegado por la fascinacion de ésta, pocos dias mas tarde (13 de noviembre) el jeneral Freire intenta sorprender al ejército que se ha confiado a su lealtad, i penetrando en el claustro de San Agustin donde estaban acuartelados los batallones núms. 7 i 8, les ordena prestar obediencia a la junta revolucionaria. Pero en aquel crítico instante llega el coronel del núm. 8 i se encara con el jeneral sublevado. Tupper estaba pálido i majestuoso en aquel instante; llevaba su espada desnuda en una mano i en la otra una pistola amartillada. *Soldados, ¿a quién obedecéis?* grita llegado al cuadro que forma la tropa, *¿al capitan jeneral Freire que os engaña o a vuestro coronel?* Un grito unánime de *Viva el coronel Tupper!* se hace oír en toda la fila, i el jeneral Freire cabisbajo e irritado da vuelta a la rienda de su caballo i se retira con su séquito del cuartel.

A. estas sublevaciones de las calles públicas debia suceder una batalla en campo raso. El humo del campamento de los sublevados del sud se veía desde las torres de los conventos de la ciudad, en cuyos claustros estaban hospedados los soldados constitucionales. El encuentro tuvo lugar en los potreros de Ochagavía en la mañana del 14 de diciembre de 1829. Todas las ventajas militares de la jornada quedaron por los constitucionales; pero por una de esas terjiversaciones que solo en las guerras civiles pueden esplicarse i acontecer, las ventajas políticas quedaron por los vencidos. El coronel Tupper, enfilando los cañones tomados al jeneral Prieto sobre la casa de Ochagavía en que se celebraba la conferencia que sucedió al combate, i amenazando derribarla a fuerza de metralla, fué el único que protestó contra la trama absurda e innoble de aquel dia.

Un profundo disgusto se apoderó del altivo ánimo de este pundonoroso militar desde aquella hora; i cierto horror se mezcló a su repugnancia por el servicio. Una turba de bandidos denominada la *Partida del alba*, habia entrado en tropel a la capital, i galopando por sus calles habia saqueado varias casas respetables al grito feroz de *Mueran los estranjeros! Mueran los herejes!* La esposa de Tupper, jóven de delicada belleza i que él adoraba con una pasion tiernísima i ardiente, iba a ser víctima de la furia de aquellos malhechores, que formaban como la descubierta del ejército del sud, cuando libertóla el humilde obispo Vicuña, que con un crucifijo en la mano i vestido de su traje episcopal, se presentó a las puertas de su palacio, donde aquella se habia refugiado i que los bandidos iban ya a derribar.

Bajo la impresion angustiosa de este lance de triste memoria, Tupper tiró su espada a un rincon de su alcoba, i vestido de particular se presentó en el palacio con un despacho en que ofrecia su dimision en estos términos: «*Santiago, diciembre 17 de 1829.*---Exmo. señor.---Guillermo Tupper, coronel graduado i comandante del batallon Pudeto, a V. E. hace presente: que hallándose actualmente imposibilitado por varias causas físicas i morales para continuar en el mando del cuerpo que actualmente desempeña, solicita de la bondad i justicia de V. E. se sirva admitirle su renuncia con agregacion a la plaza de Coquimbo. El infrascrito saluda a V. E. con los sentimientos del mayor respeto. Exmo. señor.---*Guillermo Tupper.*---Señor capitan jeneral, comandante jeneral del ejército.»

El jeneral Freire, cuyo desdichado destino fué vivir siempre entre el abismo del infortunio i lo mas alto de la gloria; i si bien siempre honrado i siempre patriota, deslumbrado i débil a la vez, aceptó la dimision de Tupper, i éste se dirijió en el acto a Valparaíso

Se disponia ya a embarcarse con su familia, cuando un dia se presentó en aquel puerto un incógnito que llegaba fujitivo de la capital. Era el jeneral Freire que habia escapado a uña de caballo, de las maquinaciones de sus desleales enemigos, quienes, sobre la fe de los tratados, habian vuelto a enseñorearse de la capital.

El pundonoroso Tupper no podia ménos de unir su suerte a la del jeneral que iba a defender las instituciones que habia jurado obedecer. Tenia, ademas, con el desgraciado caudillo compromisos de amigo i camarada que le era fuerza cumplir. *Il a fallu les remplir*, escribia a su esposa aludiendo a estos deberes del honor, *je sais que j' ai poussé la délicatesse tres loin---En tout cas je ne serai que plus digne de toi!* ¡Noble espresion en que está unida la magnanimidad del héroe a la ternura del amante!

Al mismo tiempo el coronel Tupper, decidido ya a correr la suerte de las armas, dirijia a la nacion una proclama en que se contenian estas varoniles palabras: *Los jefes i oficiales del batallon Pudeto a sus compatriotas.*—«El batallon Pudeto, siempre fiel a sus juramentos, protesta sostener la constitucion. Conciudadanos, confiad en este honor que jamas fué tachado. Enemigos del órden, temblad. Ya conoceis al Pudeto! S. E. el capitán jeneral Freire nos lleva a la victoria. Su nombre electriza el corazon de los valientes i garantiza el empleo de la fuerza ante el pacífico ciudadano.»

Tupper se embarcó con su batallon para Talcahuano haciendo una larga i penosa travesía que le llevó hasta Juan Fernandez, para evitar la persecucion del Aquiles, buque del gobierno que acababa de sublevarse. Mas, habiendo llegado felizmente a su destino, resolvió tomar por sorpresa esta nave que bloqueaba el puerto.

Esta temeraria empresa que Tupper quiso confiar casi a su solo brazo, tuvo lugar en la noche del 18 de febrero de 1830. Aquel jefe audaz se dirijió con ocho lanchas a abordar el buque por babor i estribor. Un capitán ballenero llamado Winter iba al mando de cuatro lanchas, i las otras cuatro seguian las aguas de la chalupa que montaba Tupper; pero al dar el asalto el enemigo que estaba preparado, hizo una vigorosa resistencia i la empresa se malogró, teniendo Tupper la peor parte de la jornada. «Al entrar yo por un portalon (dice él mismo en una carta que se publicó en el *Mercurio* de Valparaíso del 30 de marzo de 1830) apunté con una pistola que tenia en la mano izquierda a un marinero i en el acto recibí en ella una lanzada que me hirió i me hizo caer la pistola; otro me disparó un fusil cuya bala traspasó mi manga izquierda sin ofenderme, i aquel a quien yo habia tirado mi pistola me apuntó al pecho un furioso golpe con el atacador de un cañon que me arrojó de cabeza al mar.»

Aunque sobrecojido por una fatiga mortal con lo recio del golpe i la caída, Tupper que habia nacido en una isla i era eximio nadador, consiguió asirse de una lancha i aun intentó volver a conducir la tripulacion al abordaje, pero ésta se resistió e intentó amotinarse. De esta suerte Tupper se vió obligado a retirarse, i solo despues de tres dias consiguió llegar a Talcahuano donde sus soldados le lloraban por muerto. Fué tal el alborozo de estos leales camaradas, i era tan jeneral la popularidad de Tupper, que la tarde de su llegada se repicaron espontáneamente las campanas de la poblacion.

Recobrado un tanto de las contusiones que habia recibido en el abordaje del *Aquiles*, Tupper se dirijió a Chillan, cuya plaza sitiaba el coronel Viel i defendia el coronel Cruz. A los pocos dias resolviése por los sitiadores un ataque jeneral cuya ejecucion se confió a Tupper, llevándola a efecto, pero sin fruto, el 9 de marzo. Los asaltantes llegaron hasta el interior de una de las casas que forma un ángulo de la plaza principal, pero fueron rechazados al intentar hacerse dueños de las trincheras que defendian ésta. Tupper habia corrido inminentes peligros en este ataque, i como si hubiera caído bajo la impresion de un presajio de muerte, escribia dos dias despues a su esposa estas palabras: «Deliro solo contigo i con mi hogar. Detesto la guerra i todo lo que me aparta de tí i de mis hijos.»

En estas circunstancias, el 17 de marzo, desembarcó en Constitucion el jeneral Freire que llegaba de Coquimbo con los restos de la division constitucional. Al mismo tiempo súpose que el jeneral Prieto avanzaba sobre Talca con todas las fuerzas que habia reclutado i que pasaban de dos mil hombres. En consecuencia Viel i Tupper operaron su juncion con Freire el 27 de marzo a orillas del Maule, acampándose por algunos dias en el sitio conocido con el nombre de el Vado de Prado. Solo el 15 de abril Freire se resolvió a cruzar el rio i ocupó a Talca, a cuyas puertas estaba ya el ejército del jeneral Prieto.

Una batalla campal era el desenlace preciso de una revolucion que habia durado mas de lo que el carácter de los chilenos i los recursos i topografía del país pueden permitir. Los contendientes debian encontrarse en un sitio histórico, i que ya tres veces habia sido aciago al pabellon chileno, porque en él fueron derrotadas con deshonor nuestras primeras armas, porque se firmara en sus bordes aquel tratado de 1814 que fué una mancha de la primera era de la república, i porque, en fin, se dispersó ahí, mas tarde, el ejército libertador por un inconcebible pánico.

El ejército constitucional era fuerte solo en infantería, de cuya arma contaba cerca de mil veteranos mandados por excelentes oficiales, pero su caballería, que no pasaba de quinientos jinetes, parecia ménos que mediana, i su artillería nula, no constando sino de cuatro piezas de campaña mal servidas i tiradas por bueyes. Sucedia todo lo contrario en la division enemiga. Su infantería bisoña i colecticia, no tenia mas respetabilidad que las pocas bayonetas del Carampangue; pero su caballería, compuesta de los rejimientos de granaderos i cazadores a caballo, era mui superior, no ménos que su artillería que montaba doce piezas perfectamente dotadas. Tal diferencia en ambas fuerzas aconsejaba a los jefes constitucionales solo un plan de campaña: o parapetarse en un pueblo o punto fortificado en que les sirviera su infantería, o intentar un golpe de mano como el que Ordoñez habia dado en aquel mismo sitio con tan brillante suceso al ejército de San Martín en 1818. Tal era esta vez el plan favorito que traia desvelado a Tupper; pero el jeneral Freire le opuso siempre tan terca

resistencia, que hubiera podido creerse habia en ella asomos de una triste rivalidad si esta hubiera podido caber en el alma de tan gran soldado.

Pero en el ejército del jeneral Prieto se habia urdido otra clase de sorpresa, en la que cayó el jeneral Freire con la credulidad de un niño. Bajo la falaz promesa de que parte de las fuerzas enemigas se defeccionarian el dia del combate, el jefe constitucional sacó su division de la ciudad de Talca en la mañana del 17 de abril de 1830, i tendió su línea en el llano de Cancharrayada, al borde del estero de Lircai. Este movimiento parecia calculado para llegar a una pronta i completa derrota. Equivalia positivamente a renunciar todas las ventajas propias i abrir campo a todos los recursos del enemigo. I en efecto, en el instante se movió éste sobre el llano interponiéndose entre la línea de batalla de Freire i el pueblo de Talca que quedaba a su retaguardia. Cortada de esta sencilla manera la retirada de los constitucionales, comenzó el ataque. La débil caballería del coronel Viel fué arrollada en breve i dispersada por el campo, quedando solo la línea de fusileros a cuya cabeza se puso Tupper. Envistióla al instante la caballería vencedora, i los tres batallones que la componian formaron un cuadro para resistir i rechazarla. Pero en esta formacion la metralla tenia un blanco certero i diezmaba las filas, i de esta suerte sucedia que puesta la tropa en fila la caballería la arrollaba, i formada en cuadro era destrozada por los cañones. En este conflicto supremo, no quedaba mas partido que la bayoneta, i poniéndose cada jefe a la cabeza de su batallon sonaron la carga en columna cerrada.

Pero todo era ya en vano; el pánico se apoderó de los soldados i la fuga se hizo jeneral.

El denodado Tupper fué el último en retirarse. Habiendo perdido su caballo, montó a la gurupa del comandante de la artillería, Amunátegui, con quien ya se salvaba cuando fué alcanzado por una partida de caballería que lo hizo prisionero.

Cuando ya habia entregado su espada, llegó un oficial chileno de innoble memoria, i dió a los soldados la voz brutal de *Hachen muchachos!* señalando a los dos prisioneros, i como los soldados hirieran a Amunátegui, gritóles el asesino *A ese nó: al gringo!* i el valiente i leal Tupper, «ese héroe a quien Roma i Grecia habrian levantado estatuas», segun la espresion del jeneral Freire, cayó exánime al suelo donde aquellos cobardes lo descuartizaron inhumanamente con sus sables.

Al dia siguiente un hacendado de la vecindad recojió el cadáver i le dió la sepultura que tienen los bravos que han perdido sus estandartes: un hoyo en la tierra en que cayeron. Mas, algunos meses despues, el voto piadoso de su viuda hizo que se exhumaran aquellas cenizas olvidadas que fueron conducidas a la capital, en cuyo cementerio reposan bajo una loza que tiene esta lacónica inscripcion:

A LA MEMORIA

DEL CORONEL

GUILLERMO DEVIC TUPPER.

NACIÓ EN GUERNESEY EL 28 DE ABRIL DE 1800—MURIÓ EL 17 DE ABRIL DE 1830.

Cuando el coronel Tupper dejó de existir, era un apuesto jóven de la mas arrogante i seductora presencia. Poseia una noble figura, esbelta i marcial, midiendo no ménos de seis piés i una pulgada. Su fisonomía era amable i franca, sombreada de espesos cabellos castaños, que daban realce a sus facciones regulares i hermosas. Tenia una fuerza muscular prodijiosa, i en sus modales se traslucia cierta simpática brusquedad, síntoma de la altivez de su corazon no ménos que de su robusto temperamento. En su trato sobresalía una franqueza amena i festiva. No era como Beauchef severo i adusto con los soldados; los amaba, al contrario, como un niño ama a sus camaradas, i éstos le profesaban una ciega adoracion. Fué valiente como pocos, i nadie pudo llamarse su superior como hombre de armas. Tenia un discernimiento claro, pero debian faltarle las cualidades de instruccion especial i de disciplina que constituyen los capitanes eminentes. Puede decirse, como su mejor elojio, que fué el adversario mas temido i ménos odiado que tuvo la faccion que alcanzó la victoria en la guerra civil, siendo el primer sosten de las instituciones liberales por su honradez sin tacha, su firmeza sin ambicion i su lealtad caballeresca.

En la vida de Tupper no hai un solo baldon, pero hai una gran fatalidad que hasta aquí ha echado una sombra sobre su bello nombre al inscribirlo al lado de nuestras mas simpáticas reputaciones militares: fué el soldado por excelencia de las contiendas civiles. Pero cuando se comprendan los móviles de virtud i de honor que, como a pesar suyo, le arrastraron al campo ingrato de las pasiones, se le juzgará digno del amor i del respeto de todos los chilenos, con la sola escepcion de los que no valorizan el mérito de los hombres por otra norma que la del egoísmo ciego de los partidos.

B. VICUÑA MACKENNA.



XXXII.

DON CÁRLOS WOOSTER.



El contra-almirante don Cárlos Guillermo Wooster, segundo solo a lord Cochrane entre los ilustres marinos que vinieron del Atlántico a poner bajo la sombra del pabellon de nuestra patria el mar Pacífico, nació por el año de 1780 en New-Haven, ciudad importante hoy día del estado de Connecticut en la América del Norte. Su familia se habia distinguido en gran manera durante la revolucion que acababa de terminar, siendo su abuelo paterno aquel famoso jeneral David Wooster que pereció gloriosamente en la batalla de Danbury a los sesenta i siete años de su edad.

El jóven Wooster habia nacido con una inclinacion viva i temprana por la mar, i puede decirse que de la cuna dió un salto al camarote, porque niño apénas de once años, le encontramos navegando, ya en las costas de su país natal, ya en las de Europa, ya en los mares interiores de uno i otro continente, sea como comerciante, como piloto, i aun como armador i naviero.

De esta suerte habia hecho su carrera hasta llegar a encontrarse capitán de un hermoso buque armado en guerra, cuando empezó la lucha de 1812 entre los Estados Unidos i la Inglaterra. El jóven Wooster, ardoroso i au-

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N.º Desmadryl.



CARLOS GUILLERMO WOOSTER.

Chas. W. Wooster

daz entónces, como fuélo en las épocas posteriores de su vida, puso la proa de su velero bergantin, que llamaban el *Saratoga*, hacia los cruceros mas frecuentados por las naves del Atlántico, i no volvía a los puertos de la Union sino para depositar unas tras otras las valiosas presas que como corsario hacía al tráfico ingles.

Tan próspera fuéle la fortuna en estas empresas, que al cerrarse las hostilidades, el capitan Wooster se encontraba dueño de una hermosa fortuna i desempeñando el importante cargo de capitan de puerto de la bahía de Nueva York, dotado con una renta de seis mil pesos i condecorado ademas conel título de coronel. La posesion de una esposa jóven i hermosa que él amaba con locura i que acababa de darle un hijo (hoi dia un distinguido oficial del ejército de Estados Unidos) cumplía el cuadro de su felicidad.

Vínole, empero, el dolor súbito i cruel de donde ménos acaso lo aguardaba. Perdió casi repentinamente a su esposa, i su corazon se enlutó con una melancolía tan tenaz i profunda, que se vió obligado a tomar una resolucion suprema por el consejo de sus amigos i de su desesperacion a la vez. Reunió toda su fortuna, compró un bergantin que denominó *Columbus*, armólo en guerra, surtiólo de un cargamento de fusiles, i confiando la cuna de su hijo al amor i cuidado de los suyos, se hizo a la vela para las costas de Chile en los primeros meses de 1817. El brillante i malogrado historiador que con unas cuantas plumadas certeras i deslumbradoras, ha trazado el cuadro verdaderamente grandioso de los hechos de nuestra primera armada, nos dice que en esta empresa del capitan Wooster influyó poderosamente la mision que en aquella época desempeñaba en Estados Unidos el jeneral Carrera; pero otros cronistas atribuyen al ministro arjentino Aguirre el mérito de haber enviado a Chile este oportuno auxilio.

El *Columbus* ancló en Valparaíso por el mes de julio o agosto de 1817, precisamente en los dias que se hacian esfuerzos sobrehumanos para improvisar una escuadrilla con que sorprender el convoi español que habia doblado el cabo de Hornos con direccion al Callao, trayendo refuerzos de tropa de la península. Su capitan fué recibido en consecuencia con la distincion de un huésped tan importante como oportuno; e hizose un arreglo con el gobierno, tanto por el cargamento de armas como por el buque que fué comprado en treinta i tres mil pesos, recibiendo Wooster el grado de capitan de fragata de la marina chilena.

Con esta graduacion, el capitan Wooster alzó su enseña abordo de la fragata *Lautaro* de cuarenta i seis cañones el 10 de octubre de 1817. Su antiguo buque, que montaba veintiocho cañones, recibió el nombre del *Araucano*, i su mando se confió a otro oficial de los que en esos momentos acudian en todas direcciones a nuestro servicio.

El estreno de nuestras naves en la mar fué verdaderamente magnífico. Aquellos viejos pontones, el *San Martin* i la *Lautaro*, que se habian transformado en navíos i fragatas de guerra, manejados por manos robustas,

fueron a caer a velas desplegadas sobre los costados de la fragata *María Isabel*, orgullo de la armada española, en la rada de Talcahuano; i cuando la bisoña escuadrilla regresó a su surjidero de Valparaíso, arrastraba en pos nueve velas que habia hecho prisioneras! El capitan Wooster montaba la *María Isabel* en aquel bello dia de Chile, i habia merecido este honor en el instante del combate.

Sucedió, empero, que llegaba a nuestras costas en esos momentos el famoso lord Cochrane, cual si hubiera aguardado se le hiciese por nuestros jóvenes marinos aquel recibimiento digno de su fama, i al punto tomó el mando de la escuadra. Pero el arrogante corsario americano que cifraba su orgullo en contar las banderas inglesas que habia apresado en sus cruceros, no podia someterse a servir bajo las órdenes de un terco, aunque ilustre oficial británico. Wooster hizo, pues, su renuncia en manos de lord Cochrane, i no volvió al servicio durante los tres años que aquel mandó nuestra flota. El valiente i malogrado almirante Guise fué, sin embargo, el digno sucesor de Wooster en el mando de la *Lautaro*.

Durante los años corridos desde 1818 a 1822, Wooster vivió consagrado a especulaciones de mar como la pesca de la ballena i otras empresas arriesgadas, en las que perdió el fruto de la venta de su buque i de la parte de presa que le habia tocado en el convoi español.

Con la retirada de lord Cochrane volvió de nuevo al servicio el capitan Wooster en 1822, tomando otra vez el mando de la *Lautaro* con el grado de capitan de navío. En esta calidad condujo a su bordo la espedicion pacificadora con que el coronel Beauchef volvió a recuperar la provincia de Valdivia en el invierno de aquel año.

Hizo en seguida la campaña, o mas bien el crucero del Perú en 1823, i tomó una parte principal en la primera i malograda campaña de Chiloé, siempre al mando de la *Lautaro*.

Aconteció, sin embargo, por aquella época que un hermoso bergantin de la marina española llamado el *Aquiles*, digno de su nombre por sus cualidades de guerra, se sublevó en alta mar i se entregó a los patriotas en Valparaíso el 23 de junio de 1825. El capitan Wooster fué trasladado en el acto a esta linda presa que debia tener mas tarde una triste celebridad. Abordo de este buque flameaba el gallardete del almirante el dia en que nuestra escuadra forzó la entrada del puerto de San Carlos en la segunda campaña de Chiloé, aunque el verdadero jefe de la escuadra, el ilustre jeneral Blanco Encalada, montaba la *O'Higgins*, que era la capitana.

El año de 1826, libertado el archipiélago i rendidos los castillos del Callao, la escuadra de Chile que se habia conquistado tan alto renombre, quedó reducida a solo el bergantin *Aquiles*, siendo vendido el resto al gobierno de Buenos Aires, ocupado entónces de medirse con el Brasil en las costas del Atlántico. En esta época Wooster desempeñó diversas comisiones de algun interes en nuestro litoral, como la conduccion de las tropas que al

del coronel Aldunate pacificaron a Chiloé en 1826, i el transporte del jeneral Santa Cruz a Bolivia, de cuyo país habia sido hecho éste presidente mientras residia en Chile en calidad de ministro plenipotenciario. El capitán Wooster debió al ostentoso hijo de la inca Guarina espléndidos regalos por este servicio.

Por aquel entónces premióle tambien el gobierno de la república confiriéndole el grado de contra-almirante, empleo que en realidad desempeñaba desde mui atras, pues era el único jefe que mandaba los buques de nuestra marina de guerra.

La discordia civil que mas tarde sobrevino envolvióle en breve, i de tal suerte que sus contrastes fueron los mas recios i los mas frecuentes durante aquellos tristes conflictos. La posesion del *Aquiles* se hizo, en efecto, de una importancia casi decisiva para los bandos contendientes, por cuanto era el único buque capaz de abrir o interceptar la comunicacion de la mar para las operaciones militares. Esto dió lugar a una serie de motines en la tripulacion del buque que su capitán reprimia con inexorable rigor, haciendo muchas veces la justicia por su propia mano, como es lícito en la mar, pues en una ocasion derribó de un balazo a un tambor que tocaba llamada a los sublevados sobre la cubierta del buque, i en otra vez entró a la bahía de Valparaíso llevando colgados de las vergas los cadáveres de dos de los rebeldes que habian capitaneado una intentona. Era en esta parte tan severa la disciplina del contra-almirante Wooster, que una viajera inglesa, Mrs. Graham, cuenta como entre chanza i elogio que en una noche oscura consintió al centinela del buque tirarse sobre el bote que él mismo montaba, habiendo olvidado responder al *¿Quién vive?*

Al fin el *Aquiles* tuvo que arriar su bandera ante la fuerza de la faccion triunfante, capitulando en Coquimbo por el influjo del presidente Vicuña que habia sido conducido a su bordo a aquel puerto i acababa de ser hecho prisionero. El contra-almirante Wooster, que hubiera preferido quemar toda la pólvora de su Santa Bárbara contra la plaza o contra sí mismo, se retiró a Valparaíso mal de su grado; i habiendo rehusado reconocer al gobierno revolucionario que acababa de instalarse, fué dado de baja i privado hasta de los emolumentos que por sus sueldos i parte de presa le adeudaba el fisco.

Desde entónces el desgraciado Wooster arrastró una vida trabajosa e infeliz, a la que solo sirvió de leve pausa un viaje que emprendió a su tierra natal el año de 1835, merced a un abono de seis mil pesos que por via de transaccion le otorgó el gobierno.

De regreso a Chile, dos años mas tarde, el pobre marino no tuvo mas sosten que la amistad de un leal amigo en cuya familia tenia el rango de un respetable decano, hasta que envolviendo a aquel las mismas desgracias políticas i privadas que le habian perseguido, fuéles preciso separarse.

El contra-almirante Wooster se dirijió entónces a California, como so-

brecargo de un buque que llevaba una especulacion de harinas. Encontrábase recientemente en aquel país el año de 1848 cuando se descubrió el oro, i por un momento sonrióle la suerte con sueños de opulencia i de descanso, pues se hizo uno de los mas fuertes propietarios de terrenos en el puerto de San Francisco.

La muerte vino, sin embargo, a cerrar sus ojos cuando lucia el primer albor de aquel horizonte que le auguraba paz i ventura en su ancianidad, pereciendo víctima de las privaciones i enfermedades del clima de aquel país el año de 1849, cuando él rayaba ya en los setenta de su edad.

El último pensamiento de este benemérito veterano de nuestras mares fué un voto por Chile. Pidió en su testamento que sus restos fueran cubiertos con una mortaja militar formada de los pabellones entrelazados de la Union del Norte i de Chile, como un símbolo de su amor por estas dos patrias de sus servicios i de su gloria.... Veíanse, sin embargo, en aquella época en las vidrieras de una joyería de San Francisco de California algunas alhajas que tenian los colores de Chile. Eran las medallas de Chiloé i de la Lejion de mérito que el contra-almirante chileno don Cárlos Wooster habia dado en prenda para comer el último i amargo pan del dolor en la ingratitud i de la miseria en la proscricion (*).

Tal fué el contra-almirante Wooster, cuyo nombre parecerá una sorpresa a nuestros contemporáneos i cuya carrera habria sido llamada talvez una impostura algunos años mas tarde, cuando la cuenta del olvido i de la ingratitud hubiérase ido perdiendo al pasar de las manos de una jeneracion a otra. No fué un hombre esclarecido en aquel punto en que la inmortalidad se adhiere a nuestros hechos i los coloca en una cima deslumbradora a la que todas las miradas del mas alto i del mas humilde alcanzan i se fascinan. Pero cumplió noblemente su deber, i sus importantes i continuados servicios a Chile hacen su figura bastante hermosa para no deslucir estas pájinas consagradas a la gloria.

Como hombre de mar, el contra-almirante Wooster casi no puede compararse a ninguno de los jefes estranjeros que mandaron nuestros buques, si esceptuamos a lord Cochrane. Sus buques, sus tripulaciones, la disciplina de éstas, el aparejo de aquellos, era lo mas sobresaliente que tuvo nuestra marina, i en verdad, el método introducido por él sirvió como de primera escuela a nuestros marinos, que harto poco aprovecharon, sin embargo, por desgracia. Como hombre privado el señor Wooster era, a parte la ruda corteza de su profesion estampada bruscamente en sus modales, un excelente caballero i un leal amigo. Los que solo vimos sus canas i las arrugas de su vejez i de su dolor, le conservamos un simpático respeto; los que le trataron con intimididad en la vida guardan de él una memoria tierna i afectuosa. Chile solo le ha debido hasta aquí su desden i su olvido!

(*) Estas medallas fueron noblemente rescatadas por nuestro cónsul en San Francisco, el señor don Felipe Fierro, quien tuvo la bondad de obsequiarlas al autor de estos apuntes biográficos durante su residencia en California el año de 1853.

¡Pueda esta página lavar en parte el tizne de tan prolongada injusticia i hacer un digno lugar entre esta galería de ilustres *chilenos*, a un yankee que se hizo ilustre bajo el pabellon de Chile!

B. VICUÑA MACKENNA.





XXXIII.

DON JOSÉ TOMAS OVALLE.



N el grave conflicto de una crisis política, que preparándose de distintos modos en tiempos desgraciados, llegó a tener lugar en los últimos meses del año de 1829, i en los que siguieron hasta mediados de 1830; en ese tiempo de circunstancias azarosas, en el que, estinguida toda autoridad lejitima, rötos todos los resortes de la máquina administrativa, agotado hasta lo sumo el erario público, una completa e inminente ruina amagaba al estado; entónces la sensatez natural del pueblo chileno, su innata propension al órden i los buenos deseos de todos los hombres interesados en el verdadero bien de su país, dictaron unánime i simultáneamente la ereccion de juntas gubernativas, que conciliando todas sus medidas, contribuyesen a restablecer el gobierno jeneral i a dar nueva vida a todos los ramos que son el fundamento de la existencia civil.

La provincia de Santiago, en aquella época memorable, dirijió sus miradas a los hombres en quienes tenia mas fundadas esperanzas de que sobreponiéndose a todo inconveniente dominarian su afflictiva situacion, haciendo renacer la paz i toda la felicidad de que con la pérdida de ella estaba privada. El primer ciudadano a quien se dirijieron sus fervientes votos, fué el individuo de quien vamos a ocuparnos en esta breve reseña

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N.º Desmadril.



JOSÉ TOMAS DE OVALLE.

Jose Tomas de Ovalle

de su vida pública i privada: tal fué el doctor don José Tomas Ovalle Bezanilla, cuya conducta intachable, cuyo talento sólido, cuyo juicio recto, cuyo desinterés notorio, daban segura garantía del resultado mas feliz en el lleno de los grandes deberes a que se le destinaba.

Si tan fundada fué la eleccion, el resultado sobrepujó a las esperanzas mas exajeradas, i el señor Ovalle, gobernando como presidente de la junta provincial primero, i despues como jefe supremo del estado, auyentó los males, quitó a la república el luto, hizo renacer sus dias de gloria, i puso los cimientos sólidos de ese órden de cosas que por espacio de veintiocho años ha conducido, i sigue conduciendo, a Chile a su engrandecimiento i al recomendable lugar que le está deparado en la gran familia de las naciones.

El señor doctor don José Tomas Ovalle, hijo lejítimo del mui apreciable caballero don Vicente Ovalle, cuyas virtudes llegaron a ser proverbiales, i de la señora doña María del Rosario Bezanilla, verdadero tipo de las mujeres cristianas, nació en esta ciudad de Santiago el año de 1788. Aun cuando en sus mas tiernos años la muerte arrebató a su digno padre, su madre, verdadera mujer fuerte, i admirablemente próvida en el gobierno de su familia, al mismo tiempo que cuidó de la conservacion i aumento de los bienes temporales de sus hijos, no perdonó medio para que don José Tomas, varon único de su casa, tuviese la educacion mas cumplida i correspondiente al rango que debia ocupar por su clase en la sociedad.

No fueron sus desvelos perdidos; el talento i la docilidad de su hijo hicieron cada dia grandes progresos en el camino de la virtud i de la ilustracion. Alumno del convictorio de San Carlos, el mas recomendable establecimiento científico de su tiempo, fué mui aventajado en los estudios, de lo cual dió repetidas manifestaciones en la universidad de San Felipe, en la que, previas las rigurosas pruebas determinadas por los estatutos, obtuvo en 1809 los grados de licenciado i doctor con aprobacion unánime en las facultades de sagrados cánones i leyes.

Desde entónces, encargado de la administracion de los bienes de su casa i unido por los vínculos sagrados a una esposa digna de tan recomendable consorte, el jóven Ovalle se hizo un lugar, a pesar de sus pocos años, entre los vecinos mas respetables, dando a conocer cuánto debian prometerse de él sus amigos i todos sus semejantes.

El señor Ovalle dotado de un grande amor a su patria tuvo siempre las mejores ideas respecto de la existencia de ésta como nacion independiente; pero como tenia sobre todo una humildad verdadera, que le hizo siempre tener a raya el amor propio, jamas traspasó los límites de la moderacion; sin entrometerse altanero en los negocios públicos, cuando era llamado a ellos siempre concurrió con la mejor voluntad, i aplicó a su ejercicio los mas ardientes conatos. Como alcalde ordinario, cuando esta majistratura tenia a su cargo las funciones que hoi corresponden a los

juzgados de derecho en lo civil i criminal, como individuo de la municipalidad, como diputado a congresos i asambleas, manifestó siempre su decision por el mas exacto servicio, i la mayor justicia i rectitud

Tales cualidades le llevaron, como ya hemos dicho, a los destinos en que de una manera tan brillante manifestó de cuanto era capaz; son notorias la intergridad, actividad i prudencia con que condujo los negocios como presidente de la junta gubernativa de Santiago, en las circunstancias mas complicadas i dificiles; el jenio del mal, en todas partes, i de distintos modos, trabajaba por destruir las medidas mas bien concertadas, para fomentar el desórden i burlar los propósitos de la majistratura provisional, a la que el mas fundado asenso de los pueblos habia confiado el fin santo de la reconstruccion de la república.

Mencionar aquí los grandes e importates trabajos de la junta de Santiago es ajeno de la breve reseña que nos ocupa. Un dia la historia narrará minuciosamente hechos que entre sí se disputan lo heroico i lo grande: entónces aparecerá en todo su esplendor la gloria del señor Ovalle i sus dignos colégas, i se admirará la unidad de accion en todas las provincias, prueba irrecusable de la justa causa que sostenian i del espíritu que las animaba. Bástenos por ahora decir que a esa union se debió la reunion de los plenipotenciarios, que formando en esta ciudad el congreso a que su junta provincial habia invitado, elijieron segun el órden establecido en la constitucion de 1828, para presidente de la república al señor don Francisco Ruiz Tagle i para vice presidente al señor doctor don José Tomas Ovalle.

Restablecido así el gobierno jeneral, todo presentaba al parecer insuperables dificultades para restaurar el órden i la paz. Una parte del ejército se habia fraccionado i lanzado al mar para tomar un punto desde donde dirigir la guerra al centro de la union nacional; aunque desordenados un tanto los sublevados por las sabias i prontas medidas que con respecto a ellos tomó la junta de Santiago, amenazaban todavía; i era necesario, urjia en el momento, poner el resto de la fuerza fiel en estado de dirigirse al punto del peligro. Estas operaciones demandaban costosos elementos sin que hubiera un fondo bastante para ocurrir a las primeras necesidades. Puede afirmativamente decirse que no habia erario; no era posible gravar a los pueblos con contribuciones; i era sobre toda espresion difícil conseguir préstamos en circunstancias tan aventuradas; por otra parte los interesados en el desórden instigaban en todas direcciones para hacerlo prevalecer, i aunque la fuerza de la opinion les dió siempre la mas merecida i clara repulsa, no por eso dejaban de ocupar la atencion del gobierno, i robarle una parte del tiempo tan precioso para detener los horrores de la guerra civil:

Cabe la honra al señor don Francisco Ruiz Tagle de haber hecho desde el momento que tomó el mando cuanto pedian tantas i tan apre-

miantes circunstancias; empero gravísimas consideraciones de conocido interes público le obligaron a renunciar la presidencia, recayendo así el mando supremo en el señor Ovalle.

Desde el momento de su instalacion en el mando, ese ciudadano ilustre, hizo la mas completa abnegacion de sus intereses personales, de su quietud, i de cuanto mas caro puede sacrificarse en las aras de la patria. A esto se debió el favorable éxito con que de dia en dia el pueblo trabajó en su causa. En medio de las agitaciones propias de un tiempo verdaderamente lamentable, el gobierno prestó el mas solícito cuidado en el arreglo i economía de las rentas, i en cumplir relijiosamente los compromisos nacionales, que se veia obligado a contraer a cada momento.

Sería tambien mui difuso e impropio de este trabajo el hacer una enumeracion de los hechos que, a mas de los referidos, llenaban de verdadera admiracion a la república; mas no es difícil apreciarlos, si se considera que en esos mismos críticos momentos se daba cuanta organizacion por entónces era posible a la guardia cívica; que sin embargo de tan instantes apuros, cumplido un dividendo del crédito público, se pagó relijiosamente contra las esperanzas de todos los tenedores de sus letras; que la lista civil, en cuyos sueldos habia grandes retardos, fué completamente cubierta, i que para todo esto el gobierno del señor Ovalle, con entera autorizacion del congreso de plenipotenciarios, solo tomó una medida extraordinaria, tan favorable al erario i al público, que habiéndose dictado solo por el término de tres meses, su indisputable conveniencia obligó a la posterior lejislatura a adoptarla por una lei como regla permanente.

La medida a que aludimos fué la rebaja del derecho de un quince por ciento con que desde el reinado de Carlos III estaban gravadas todas las imposiciones de patronatos, capellanías i otras rentas perpetuas destinadas a diversos objetos. Lo escesivo de tal derecho habia causado la retencion de las imposiciones mandadas hacer i no fundadas ántes del gravámen i las que sucesivamente se habian ido preceptuando hasta los últimos tiempos. La administracion del señor Ovalle indultó esas imposiciones para que pudiesen verificarse por solo un cinco por ciento en el mes primero de los tres a que se estendió el indulto, por un seis en el segundo i por un siete en el tercero. Podemos asegurar que no ha habido providencia mas bien recibida, ni llamamiento a que se haya ocurrido con mas gusto i presteza; los particulares lograron salir de la demora en que el excesivo gravámen habia constituido sus obligaciones, i el erario reportó un ingreso el mas considerable i oportuno que podia esperar en su situacion.

Se sofocó en fin la guerra; el gobierno supremo quedó firmemente establecido i jeneralmente respetado; el comercio principió a gozar los beneficios de la seguridad que por todos medios se procuró afianzar; se desterraron abusos envejecidos, cuya introduccion siempre es inevitable en

medio de los grandes acontecimientos como los que tuvieron lugar entre nosotros desde el año de 1817. La visita jeneral de hacienda, decretada apénas se logró la quietud, dió los mas felices resultados: precision en sus manejos, claridad en sus cuentas, honradez i dignidad en sus empleados, fueron los frutos que mui luego produjo; i las verdaderas nociones adquiridas por medio de ella abrieron el camino del perfeccionamiento en el jiro del tesoro público, estableciendo la confianza en la administracion. Es indisputable que el gobierno del señor Ovalle, fué el que dió principio a la felicidad pública i a ese órden que, establecido desde entónces, en vano han querido perturbar las miras siniestras, las vergonzosas pasiones.

En tan importantes i variados trabajos se hallaba embebido el señor Ovalle, teniendo una sola mira personal, cual era no ser elejido presidente, para cuyo destino era jeneralmente aclamado. Sus deseos fueron cumplidos, pero de una manera para siempre lamentable. Una variacion absoluta en su método de vida, una contraccion tan estraordinaria a la mejora de la cosa pública en todo sentido le produjeron la enfermedad que en poco tiempo le condujo al término de su existencia, privando a la nacion de lo mucho que de él se prometia, a su familia del esposo mas amante, del padre mas tierno, i a sus amigos del hombre que nunca protestó amistad sin ser verdadera i jamas faltó a los deberes que ella impone.

Murió el señor Ovalle en lo florido de su edad el 21 de marzo de 1831, dando en sus últimos dias, hasta el postrer suspiro, testimonios irrecusables de su relijion i sabiduría, del magnánimo corazon con que la Providencia le habia dotado; murió sin que una sola mancha empañase su nombre en todo el curso de su carrera mortal; murió siendo jefe supremo del estado, para dejar en su memoria la imájen perfecta del majistrado sabio, del político verdadero, del gobernante justificado i del ciudadano apreciable, de quien con propiedad puede decirse que: *Consummatus in brevi explevit tempore multa*. ¡Que su memoria dure tanto cuanto la vida del estado, que su ejemplo excite en los chilenos la mas saludable emulacion, i que el único dador de los bienes nos dé muchos ciudadanos como el excelentísimo señor doctor don José Tomas Ovalle, son los votos que hacemos al concluir esta reseña, en la que no hemos podido ser tan felices, que hagamos el retrato merecido del héroe que nos ha ocupado; porque sus excelentes cualidades fueron mui superiores a lo que puede alcanzar nuestra pobre espresion, que ciertamente no es instrumento adecuado a lo que nuestro entendimiento llega a concebir, i a lo que nuestro corazon siente penetrado de la verdad!

JUAN FRANCISCO MENESES.

GALERIA NACIONAL.



Grabado i publicado por N. Desmadril



DIEGO PORTALES.

Diego Portales



XXXIV.

DON DIEGO PORTALES. (*)



ON Diego José Víctor Portales, hijo lejítimo de don José Santiago Portales i de doña María Fernandez de Palazuelos, nació en Santiago de Chile el 16 de junio de 1793.

Estudió en el colejio de San Cárlos gramática latina, filosofía, teología, bellas letras i algo de jurisprudencia; i con estos elementos desplegó el talento extraordinario, las grandes virtudes i la fuerza de carácter que le condujeron despues a los puestos mas elevados, con que encadenó la fortuna i se hizo el hombre mas importante, mas célebre i mas popular de Chile

En su juventud fué ensayador de la casa de Moneda, cuyo destino renunció para entrar en el comercio; i a favor de sus acertados cálculos formó un capital considerable

(*) La biografía de don Diego Portales era una de las que debían ocupar un lugar preferente en nuestra obra. En este concepto la hemos solicitado de varias personas que tuvieron trato íntimo i frecuente con aquel eminente ciudadano; pero nuestras instancias han sido inútiles. ¡Todas se han excusado diciendo que para escribirla dignamente, era necesario ponerse a su altura!

No pudiendo, pues, obtener una biografía completa, publicamos en su lugar una sucinta memoria que escribió don Fernando Urizar Garfias por encargo del gobierno el dia en que se trasladó a la iglesia metropolitana de Santiago el cadáver del ilustre ministro, i que habiéndola aceptado ordenó se depositase dentro de una botella al lado de aquellos preciosos restos.

En octubre de 1825 se le nombró miembro del consejo consultivo del gobierno que se estableció en aquel entonces.

En 6 de abril de 1830, cuando la república ardía en una guerra civil espantosa i sufría las consecuencias de una completa desorganizacion, se le llamó a servir los ministerios del interior i relaciones exteriores i de guerra i marina; i desempeñó estos cargos empleando su fortuna particular en servicio del estado, i sin recibir sueldo ni ninguna especie de recompensa, hasta el 17 de agosto de 1832 en que hizo su renuncia, despues de haber satisfecho las esperanzas de la nacion, i se le admitió a sus repetidas instancias, espidiendo en su consecuencia el congreso nacional el siguiente decreto:

«El congreso nacional teniendo en consideracion que don Diego Portales entró a servir los ministerios del despacho del interior i de la guerra en la época mas angustiada de la patria, cuando destruido el imperio de las leyes i encendida la guerra civil, la anarquía i el desórden amenazaban la ruina política de la nacion, en cuyas lamentables circunstancias, desplegando un celo, vigor i patriotismo extraordinarios, consiguió con la sabiduría de los consejos i el acierto de las medidas que proponia en el gabinete, restablecer gloriosamente la tranquilidad pública, el órden i el respeto a las instituciones nacionales, decreta: que el presidente de la república dé las gracias a don Diego Portales a nombre del pueblo chileno i le presente este decreto como un testimonio de la gratitud nacional debida al celo, rectitud i acierto con que desempeñó aquellos ministerios, i a los jenerosos esfuerzos que ha consagrado al restablecimiento del órden i tranquilidad de que hoi disfruta la patria.»

Al salir del ministerio admitió, a instancias del gobierno, el empleo de gobernador de Valparaíso i comandante jeneral de marina; pero solo por cuatro meses; i en este corto espacio quitó multitud de abusos inveterados, creó i organizó la guardia cívica, estableció un buen réjimen interior e hizo todo el bien que el público i el gobierno se prometian de sus conocimientos, de la superioridad de su jenio i de la fuerza de su voluntad.

En setiembre de 1835 se le llamó de nuevo al gabinete como el único medio que se presentaba para apagar la tea de la discordia que habia vuelto a encenderse miéntras estuvo retirado a la vida privada; e impulsado solo por su ardiente patriotismo ocupó el 21 de dicho mes el ministerio de guerra i marina, i el 6 de noviembre inmediato el del interior i relaciones exteriores, sirviendo al mismo tiempo uno i otro. Sus extraordinarias i brillantes cualidades i el inmenso prestijio de su gran nombre restableció casi instantáneamente el órden de las cosas a su curso ordinario; i en esta época de su vida pública fué cuando lució mas esa facultad que parece tenia para hacer cooperar a sus grandes fines patrióticos cuanto era necesario para realizarlos, i con que frustró todas las tentativas que los enemigos del órden público hicieron para trastornarlo.

En agosto de 1836 se tuvo noticia de que debia hallarse en las costas del sur una espedicion salida del Callao al mando del caudillo don Ramon Freire, bajo la proteccion i en buques del gobierno del Perú; i sin que tuviésemos mas marina de guerra que una goleta i un bergantin desarmado, al mes de haberse recibido, se vieron como por encanto entrar presos a Valparaíso al jeneral Freire que se habia apoderado ya del archipiélago de Chiloé, i al resto de la escuadra peruana estacionada en el Callao, todo por efecto de las profundas combinaciones del ministro i de su asombrosa actividad.

Desde ese dia la tranquilidad interior quedó establecida, el pabellon chileno dominó el Pacífico, i el presidente de Bolivia i conquistador del Perú don Andres SantaCruz, se vió obligado a pedir la paz; pero no ofreciendo garantías sólidas para lo venidero, el congreso nacional acordó que se le declarase solemnemente la guerra. Se formó un ejército, i hallándose acantonado en Quillota, próximo a embarcarse para el Perú, el segundo jefe aprovechó la ocasion de hallarse en el campamento el ilustre ministro para apresarlo i declararse en abierta rebelion contra el gobierno el 3 de junio de 1837. Los amotinados marcharon luego sobre Valparaíso con el objeto de apoderarse de aquella importante plaza, llevándole encadenado i haciéndole sufrir los mas crueles tratamientos; el 6 del mismo mes le salieron al encuentro los cívicos de aquella heroica ciudad i el batallon Valdivia, mandados por el jeneral Blanco, en las alturas del Baron; aquellos fueron completamente derrotados; pero los cánticos de alegría por el triunfo que vindicó las leyes i el honor del país, fueron interrumpidos por el lúgubre espectáculo que se presenta a la vista de los vencedores. ¡El ilustre ministro, el patriota mas ardiente i jeneroso, el estadista mas célebre i mas honrado, el primer hombre de Chile, aquel cuya gloriosa reputacion llenaba todos los estados de América i se habia estendido hasta los reinos de Europa, habia sido ese dia bárbara i atrocemente asesinado!

El congreso nacional en 8 de agosto de 1837, espidió el siguiente decreto:

«La nacion chilena en demostracion de su respeto a la memoria de su ilustre hijo don Diego Portales i de gratitud a sus eminentes servicios en el establecimiento del orden i seguridad, en la reforma de las leyes i de la administracion de justicia, en la fuerza moral i disciplina del ejército de línea, de la armada i de la milicia cívica i de todos los ramos del servicio público, ha acordado i decreta:

1.º Se elevará un monumento de mármol en el lugar del panteon a donde se trasladen sus preciosos restos, sirviéndole de inscripcion el presente decreto.

2.º Se erijirá en el atrio del palacio de gobierno una estatua que represente a don Diego Portales con la inscripcion siguiente: «Erijida por decreto del congreso nacional de Chile en honor de don Diego Portales.»

FERNANDO URIZAR GARFIAS.



XXXV.

DON AGUSTIN VIAL SANTELICES.



ON Agustin Vial Santelices nació el año de 1794, i su larga carrera pública ha sido borrascosa como la de todos los eminentes patriotas americanos. A los veintiun años de su edad fué licenciado, i sus talentos no tardaron en hallar un puesto donde pudiesen lucir con ventaja, como que pronto fué nombrado secretario de la capitanía jeneral de Chile. Su integridad, su rara espedicion i el admirable tino que desplegó en el desempeño de este destino, le granjearon de tal manera el aprecio del capitán jeneral Pino, que, nombrado éste virrey de Buenos Aires, le conservó siempre a su lado i proporcionó un campo mas vasto a su actividad i conocimientos. Jóven aun, todo le presajaba una vida tranquila i una buena porcion de aquellos bienes que tanto contribuyen a hacerla feliz. Pero el amor a su país natal i sobre todo el ardiente deseo de su independenciam, le movieron a desoir las lisonjeras promesas del virrey, i a renunciar el brillante empleo que ocupaba. Vuelto a Chile, el rei de España le nombró oidor de Manila; pero hizo dimision, a pesar de fundadas esperanzas de ser promovido dentro de poco a la au-

GALERIA NACIONAL.



Dibujado y publicado por N.º Desmadril.



AGUSTIN DE VIAL SANTELICES.

Agustín de Vial

diencia de Lima. ¡Aquel a quien ha iluminado la idea sublime de libertar a su patria, desprecia cuanto puede apartarle de tan glorioso objeto! Leal a su digno propósito, apenas habia regresado de Buenos Aires cuando se asoció a algunos pocos de sus compatriotas que abrigaban las mismas ideas de libertad, i combinaron un plan cuyo acierto es su mejor elogio. Rayó, por fin, el suspirado 18 de setiembre de 1810, i resonaron por primera vez los Andes chilenos al grito de libertad. La gran mayoría de los pueblos respondió entusiasta a tan grato acento. Inmediatamente se instaló una junta i se convocó un congreso nacional; pero la novedad de la situacion i las sordas maquinaciones del partido colonial, reanimaron la faccion realista abatida i próxima a espirar. El coronel Figueroa, español de nacimiento i jefe de los veteranos de Concepcion, determinó sofocar a mano armada la recién nacida libertad. Mas ¿cuándo faltó un campeón a la causa de los libres? Don Juan de Dios Vial, hermano de don Agustin i a la sazón comandante militar de la capital, determinó oponer la fuerza a la fuerza; i el 1.º de abril de 1811, en la plaza principal de Santiago se derramaron por la independencia las primeras gotas de aquella sangre que despues corrió a torrentes. El triunfo no fué de difícil logro, i quedaron completamente deshechas las tropas de Figueroa i su jefe preso.

Miéntas la capital era escena de tan importantes acontecimientos, don Agustin Vial que se hallaba en Valparaíso, temeroso del éxito del combate, quiso preparar una tabla de salvacion para el caso de que fuese funesto. Acompañado del coronel Mackenna, parte de este punto en alcance de doscientos hombres de Figueroa que venian para Santiago, se presenta en medio de ellos, les arenga, i ayudado de su valiente compañero i de algunos oficiales, conquista a la causa de la nacion doscientas bayonetas prontas, pocas horas ántes, a herir la misma libertad que desde entónces defendieron con bizarría.

Restablecida la tranquilidad, don Agustin Vial tomó una parte importante en el gobierno desde 1811 a 1814. Sus miradas todo lo abrazaban, i tan presto tendía la vista hacia el desnudo soldado, como sobre la naciente industria. Suyos son el primer proyecto i el primer decreto para la apertura del canal de Maipo. La libertad del comercio, medida que enlazó los intereses del chileno con los del extranjero, fué obtenida a favor de sus esfuerzos. El instituto nacional le debe en gran parte su existencia, como igualmente varias escuelas públicas que por entónces se fundaron. Una grave enfermedad, el año de 1814, le obligó a dar treguas a sus tareas; i pocos meses despues, las consecuencias desgraciadas de la accion de Rancagua ensangraron el país a los rencores del español. Ya el rumor de las atrocidades cometidas por el ejército victorioso, esparcía el espanto i sembraba los caminos de fujitivos. Pero don Agustin Vial, postrado de resultas de una caída, permaneció en Santiago, esperando con la serenidad i la resignacion del virtuoso la suerte cruel que bien pronto le cupo.

Entró en la capital el ejército español disponiendo a título de vencedor de vidas i haciendas, i realizando cuanto el temor habia sujerido a las imaginaciones despavoridas. No tardó el señor Vial en verse arrastrado del lecho donde yacia al cuartel de Talaveras; se le hizo montar en un caballo, al cual se le ató groseramente viendo que su debilidad no le permitia sostenerse por sí mismo. Difícil sería concebir los padecimientos físicos i morales de este distinguido patriota por el largo camino desde la capital a Valparaíso, camino doblemente largo cuando se deja atrás cuanto se ama en la vida. Cada paso, cada movimiento aumentaba sus agudos dolores; pero su ánimo que jamas desfalleció, le hizo triunfar de unos enemigos que creian humillar al que hacian padecer; como si hubiese título mas honroso que el sufrir por una buena causa. Llegó a Valparaíso, i allí se le embarcó con cuarenta i cinco distinguidos infortunados a bordo de un bergantin español, en cuya estrecha bodega apénas cabian aun de pié, i el cual les condujo al presidio de Juan Fernández.

Ningun chileno ignora las crueles vejaciones sufridas por los ilustres presos de Juan Fernández. Don Agustin Vial las participó todas, i así solo nos será necesario añadir que las lágrimas que virtió durante cerca de tres años de prision, fueron por el desamparo de su esposa e hijos, por su patria desvalida, i no por sus padecimientos personales.

El completo i glorioso triunfo de Chacabuco tornó a Chile su independencia, e hizo huir a los escondrijos del sur las huestes deshechas del español. El señor Vial i las otras víctimas de la opresion no demoraron en pisar las playas del continente; i los primeros pasos de este hombre jeneroso, se dieron en favor de sus enemigos políticos, espuestos a su vez a los peligros de una justa reaccion. A su influjo i a sus desvelos debieron no pocos la seguridad en aquellos momentos de exaltacion. Bastaba verle, i fuera chileno, fuera español el oprimido, contaba desde entónces con un defensor que se curaba mas del resultado feliz i que desplegabá un interes mas vivo por su causa que el que habia manifestado por sí mismo i por los suyos. La injusta persecucion de don Juan de Dios Vial, el primer soldado de la revolucion, le brindó la triste oportunidad de defender la causa de un hermano; sus esfuerzos fueron vanos, i el haber espuesto a los ojos del jefe supremo los abusos de la administracion con la entereza de un republicano, le mereció un destierro de año i medio, cumplido el cual, fué llamado por el mismo supremo director al ministerio de hacienda, que angustiado clamaba por la presencia de un hombre capaz de sacarle del caos i de la estrecha pobreza en que se hallaba; prueba la mas elocuente de su probidad i saber, rendida por sus mismos perseguidores. Don Agustin Vial pospuso todo resentimiento personal a la utilidad de la patria, i bastaron algunos meses de un trabajo asiduo i bien dirigido para desembarazar los canales obstruidos del tesoro nacional, para abrir otros nuevos i establecer una marcha regular en el ramo importante de hacienda.

Llenado su objeto, renunció el cargo que la repetición de las circunstancias difíciles del erario, le hizo reasumir por dos veces mas en los años de 1823 i 1826, i un resultado feliz siempre coronó sus espinosas tareas. Fué tambien inspector jeneral de rentas fiscales, i miembro electo de todos los cuerpos lejislativos que se reunieron desde 1811 hasta su muerte, i solo en uno a que por enfermedad no concurrió se dejó de oír su voz abogando por la causa de la libertad i por los derechos i garantías de sus compatriotas. Perteneció varias veces a la junta de educacion, i los antiguos alumnos del instituto nacional vieron en diversas ocasiones a este venerable e ilustrado patriota ocupar gratuitamente mas de una de las cátedras del colegio, i derramar en tono paternal lecciones de sabiduría. Jamas quiso poseer empleos cuyos distintivos fuesen el lucro i el descanso. Desde la creacion del supremo tribunal judicial, se le designó un asiento a que le hacian acreedor sus profundos conocimientos en el derecho i su probidad a toda prueba, i ejerció las funciones del magistrado con la rectitud que en todos tiempos i situaciones le habia caracterizado.

Estos son algunos rasgos sobresalientes de la carrera pública de don Agustin Vial Santelices, que pertenecen en gran parte a los anales de Chile.

En su vida privada el señor Vial fué el mismo que en la pública; vemos en él a un padre amante, o mas bien, al amigo íntimo de sus hijos; a un esposo que desde la hora en que tomó ese dulce nombre, jamas vió turbada la faz del matrimonio con la mas lijera nube; a un amigo que era capaz hasta del sacrificio de su persona i de sus bienes. Una probidad sin tacha, un desinterés que rayaba en abandono, un corazón fácil de conmover i una relijiosidad ejemplar, unida a la mas evanjélica tolerancia, fueron tambien distintivos suyos. Murió el 26 de junio de 1858, regando su sepulcro el llanto de su desolada familia, de sus deudos i de sus amigos confundido con las lágrimas mismas que tantas veces su benéfica mano supo enjugar. Su alma dejó la tierra, pero fué para aparecer ante aquel tribunal excelso donde preside un juez divino, que jamas dejará sin un premio eterno al buen padre, al tierno esposo, i al que consagró sus dias a la felicidad de su patria.

CARLOS BELLO.



XXXVI.

DON ANTONIO GARCIA REYES.



ACIO don Antonio García Reyes en la ciudad de Santiago el 15 de abril de 1817. Eran sus padres don Antonio García Haro, oficial poco ántes del ejército realista de Chile, jefe distinguido despues en la guerra de la independendia del Perú i en las revoluciones posteriores de España; i su madre, la señora doña Tadea Reyes. Dos meses ántes del nacimiento de García, su padre habia emigrado al Perú a consecuencia de la reconquista de Chile en la batalla de Chacabuco: De este modo se vió introducido al mundo sin fortuna i sin prestijio, pero él supo mas tarde vencerlo todo, i elevarse al rango mas encumbrado a que puede aspirar cualquier chileno.

Las vicisitudes de la guerra de la independendia americana detuvieron a su padre en el Perú i le llevaron mas tarde a España. La educacion de García Reyes quedó desde entónces confiada al cuidado de sus tios maternos, algunos de los cuales, si bien no poseian una fortuna abundante, no dejaron de suministrarle los recursos mas necesarios para seguir sus estudios en el instituto nacional. García era en efecto mui acreedor al empeño que tomaban sus deudos para educarle. Desde los primeros años de su

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N.º Desnadryl.



ANTONIO GARCIA REYES.

Antonio Reyes

permanencia en el colejio, sobresalió entre sus condiscípulos por un talento precoz, una imaginacion vivísima i un carácter naturalmente dulce i afable. La franqueza i su jenerosidad habituales por una parte, su despejo i cordialidad por otra, le granjeaban el aprecio i simpatías de todo el mundo.

Los ramos que entónces se cursaban en los colejios de Chile, no imponian a los alumnos la obligacion de contraerse incesantemente al estudio para cumplir con sus clases. Miéntas sus otros condiscípulos perdian su tiempo en juegos i travesuras, García Reyes concibió el proyecto de formar un *Diccionario jeográfico* de Chile. Para llevar a cabo una obra tan atrevida, tomó por base el famoso *Diccionario jeográfico de América* de Alcedo, i sacó de él todos los artículos relativos a Chile. Ampliaba estos con las noticias que recojia empeñosamente de boca de sus camaradas acerca de la provincia o lugar de que ellos eran orijinarios, con los datos estadísticos que publicaba el periódico oficial de aquella época, el *Araucano*, i con todas las variaciones que la independenciam habia introducido en la administracion pública i en la division del territorio. Agregaba despues una multitud de artículos que no se hallaban enunciados en el *Diccionario* de Alcedo, sea por la insignificancia del lugar para que figurase en aquella época, o porque fuese un sitio desconocido hasta entónces, o algun pueblo de nueva fundacion. A fuerza de contraccion i de trabajo, su autor, un muchacho entónces de diez i seis años, logró adelantar mucho en aquella dificil tarea.

Don Antonio García Reyes conservaba su obra hasta sus últimos años, i aun la mostró a algunos de sus amigos. Fácil es inferir que ella no es un trabajo científico i concienzudo, lleno de datos matemáticos i jeológicos, para lo cual no estaba preparado su autor, ni se lo permitia su edad; pero su *Diccionario* contiene una infinidad de noticias importantes i curiosas, i está redactado en un lenguaje claro i lucido. Jamas pensó en publicarlo, i en cierta ocasion en que uno de sus amigos le pidió que lo diese a luz, García Reyes se escusó diciendo que tendria que modificarlo mucho ántes de entregarlo al impresor.

Desde esta época deploraba García la absoluta falta de estudios sobre la historia nacional i mui particularmente sobre la gloriosa revolucion de Chile. Alentado de un espíritu entusiasta, concibió la idea de despertar el gusto por esos estudios, i no descansó hasta que vió fundada en el instituto nacional una sociedad histórica de que eran miembros los mas distinguidos alumnos del colejio. Ellos se reunian periódicamente, i aglomeraban los diversos folletos que tenian alguna relacion con la historia del país. La sociedad, como era de esperar, no hizo gran cosa para realizar su programa; pero todos sus miembros se sintieron impregnados del mismo espíritu que animaba a García.

La vida pública de García Reyes casi comienza en esta misma época. La

introduccion a ella fué obra esclusiva de su talento. La relacion de este incidente de su vida tendrá algun interes.

A mediados de 1836 se publicaban en el periódico oficial, el *Araucano*, largos i razonados artículos sobre la necesidad de pedir al protector de la confederacion Perú-boliviana una reparacion amplia por ciertos ultrajes hechos a la nacionalidad chilena. García Reyes creyó que debia tratarse la cuestion con mas fvego i enerjía, i en este sentido comenzó a escribir un artículo, que no tenia donde publicar. Vió por casualidad uno de sus tios un borrador, i, sin que García supiese nada, lo llevó inmediatamente al ministro de la guerra don Diego Portales. Leyólo éste con atencion, i desde luego creyó que el jóven autor del artículo era un hombre notable. El ministro le mandó llamar al ministerio, i, aun cuando la turbacion de García le hizo dudar que él hubiese escrito el artículo, le encargó que lo concluyese para publicarlo en el *Araucano*. García volvió a su casa, revisó su trabajo, i en la misma tarde lo puso en manos del ministro Portales. Pocos dias despues el *Araucano* publicó su artículo; el lenguaje brillante i entusiasta con que estaba escrito le dió gran boga i circulacion.

Con esto solo la carrera de García estaba comenzada. El ministro Portales llamó a García al ministerio i creó para él un destino de oficial auxiliar. Encargósele entónces la redaccion de documentos públicos de alta importancia, i, entre otros, la memoria del ministerio de hacienda de 1836. Quien haya visto el trabajo de García Reyes, conocerá cuanto prometia ese jóven a la edad de diez i nueve años.

En el desempeño de su destino trabajaba García con grande actividad, sin ambicionar por entónces mejor posicion. Ganaba treinta pesos por único sueldo, i daba veintiocho de estos a su virtuosa madre, para subvenir a las necesidades de su familia; miéntras él por su parte se abstenia de todo gasto, i aun de admitir obsequios que no podia retornar. Caballeroso i digno hasta en los mas insignificantes rasgos de la vida doméstica, García era ya un modelo acabado de virtudes, un buen hijo, buen amigo i buen ciudadano. Sus superiores le colmaban de honores i distinciones; i a la edad en que todos los hombres son todavía niños frívolos, él gozaba de toda la confianza i consideracion de grandes personajes.

Pocos meses despues de la ocurrencia que queda escrita, salió de Chile una legacion extraordinaria cerca del gobierno de la confederacion Perú-boliviana. Don Mariano Egaña marchó entónces en calidad de ministro plenipotenciario, llevando consigo tres oficiales de legacion, que debian servir la secretaría. Eran estos don don Antonio García Reyes, don Salvador Santuientes i don Juan Ramírez: el ministro Portales habia creído que convenia dedicar estos tres jóvenes a la carrera diplomática.

Durante su viaje, García permaneció una larga temporada en el puerto del Callao sin desembarcar una sola vez. Pasó ese tiempo ocupado en los trabajos de la secretaría de la legacion, i esplotando, como él decia, la

ciencia de Egaña. Sus conversaciones rodaban frecuentemente sobre los estudios que habia dejado interrumpidos para servir a la patria, pero con mas frecuencia García le preguntaba sobre las ocurrencias i pormenores de algunos sucesos de la revolucion chilena, en que Egaña habia hecho un papel importante. Durante su residencia en el Callao, concibió el proyecto de narrar algun dia las glorias navales de la república.

A su vuelta a Chile, García quedó ocupado en el ministerio. El ministro Portales le ofreció entónces el destino de profesor de filosofía, que debia dejar don Ventura Marin a principios de 1837. García se consagró por algunos meses al estudio de esta ciencia; pero cuando se preparaba para enseñar el nuevo curso que iba a abrirse, el profesor Marin se manifestó dispuesto a seguir desempeñando aquella cátedra. Con este motivo, el gobierno confió a García la clase de retórica, que por muerte de don Juan Egaña habia desempeñado el mismo Marin. Entónces le fueron de grande utilidad las relaciones que habia contraído con don Mariano Egaña.

Este señor, animado de los mejores deseos en favor del jóven profesor, no solo le indicó las obras en donde podia formarse un buen gusto literario, sino que despojó su biblioteca de algunos libros hasta entónces desconocidos en Chile, i que él habia traído de Europa, para regalárselos a García. Este los conservó siempre como un recuerdo de benevolencia i distincion del sabio Egaña.

Entónces comenzó a redactar un curso de retórica bajo un plan enteramente nuevo. Sea que no tuviese mucho empeño por concluir esta obra, o que las ocupaciones no se lo permitiesen, el comenzado curso de retórica quedó en principios.

Sus ocupaciones, sin embargo, no le impidieron consagrarse con preferencia a su estudio favorito, la historia de Chile. El supo sacar provecho de su permanencia en el ministerio; con un celo infatigable rejistraba i compulsaba los archivos de gobierno, tomando nota de todo aquello que le ofrecia mas interes. Cada vez que sus atenciones se lo permitian, salia de la oficina en busca del edecan de servicio, o lo llevaba a la sala del ministerio, para oírle referir las campañas militares de la revolucion chilena. Por fortuna desempeñaban entónces el destino de edecan los coroneles don Agustin López i don Nicolas Maruri, que habian servido en toda la guerra de la independenciam, i casi siempre en distintos puntos. García interrogaba incesantemente a ambos, i recojia de sus labios todas las noticias que ellos le comunicaban. Para conservarlas mejor las escribia en un cuaderno, i empleaba largas horas en cotejar estas relaciones con los documentos históricos i con los datos que podian suministrarle algunos otros militares de aquella época. García guardaba sus apuntes como una preciosa mina que algun dia debia explotar.

Comenzó entónces a trabajar una historia jeneral de Chile. Su plan era dividirla en cuatro partes que debian llevar estos títulos: *Conquista---Colo-*

nia---Revolucion---República. En esta obra trabajó largo tiempo, i aun escribió algunos fragmentos sobre sucesos que él juzgaba de una importancia primordial. Entre estos habia una elegante descripcion de la batalla de San Carlos, i un grueso cuaderno que contiene la historia completa de la república, desde la dimision de O'Higgins hasta 1828. A esta última parte le faltaba aun el retoque para poder darla a luz. Nuevas i mui urgentes ocupaciones imposibilitaron a García para llevar adelante su importante trabajo. Muchas veces dijo a sus amigos que la conclusion de esa obra, emprendida en su primera juventud, sería el solaz de su vejez. Por desgracia la muerte vino a llevarse esta rica esperanza de la literatura nacional.

En enero de 1840, García Reyes, de edad entónces de veinte i tres años escasos, dió sus últimos exámenes i obtuvo el título de abogado. Desde entónces pesó sobre él el encargo de sostener a su familia; i con un teson admirable, comenzó su carrera forense. Sin prestigio, sin vastas relaciones i sin contar con otro auxilio que el de su talento, supo abrirse un sendero brillante en mui poco tiempo. Cuatro años mas tarde, gozaba ya de una reputacion colosal, i tenia a su cargo los asuntos mas graves que por entónces se ventilaban en los tribunales de justicia. Para atender a sus numerosos trabajos, García se vió reducido a estudiar sin descanso, i a sustraerse por meses enteros del trato de sus amigos i de toda distraccion o pasatiempo.

La reputacion que alcanzó García Reyes era mui justa i merecida. Si bien es cierto que él no sentia inclinacion i gusto por los estudios forenses, habia comprendido perfectamente su papel como abogado, i alcanzó a ocupar el primer puesto entre sus colégas. Antes de pocos años de profesion no necesitaba ya tomarse un largo tiempo para estudiar i comprender la causa mas difícil que se ponía en sus manos, i para sacar en su defensa todas las ventajas que ofrecia el asunto. Acostumbróse al estudio de los espositores i comentadores, i aprendió a conocer la importancia relativa de cada uno de ellos. Con un talento superior, García Reyes desenvolvía en el primer momento el fondo de la cuestion, sus puntos mas importantes i el lado por el cual le convenia tomarla. Sus alegatos abundaban en doctrinas jurídicas recojidas en el estudio; pero se distinguían sobre todo por la lucida facilidad de esposicion, i los brillantes rasgos de elocuencia con que los adornaba. En sus palabras habia siempre sentimiento; pero nunca la vana i pueril declamacion con que se pretende adornar los trabajos del foro. Varios informes jurídicos que dió a luz en diversas épocas son un modelo en su jénero; la gallardía i elegancia de su estilo realzan el mérito intrínseco del trabajo.

Llevaba apénas un año de profesion cuando conoció la falta que habia en Chile de un periódico en que se publicasen las sentencias de los tribunales de justicia, i comenzó a trabajar por la creacion de una gaceta oficial que llenase esta necesidad. A su juicio, las resoluciones de los tribu-

nales eran exactas interpretaciones de la lei que debían quedar recopiladas en un cuerpo para servir de guia a los abogados. Con esta idea, García trabajó empeñosamente por la creacion de ese periódico, i alcanzó a ser uno de los fundadores de la *Gaceta de los Tribunales*, cuyo primer número se publicó el 6 de noviembre de 1841. En este periódico escribió muchos artículos sobre varios puntos de jurisprudencia.

La abogacía, sin embargo, no separó enteramente a García Reyes del cultivo de las letras. En 1842 fue él uno de los mas tenaces promovedores de la publicacion del primer periódico literario que ha tenido Chile, *el Semanario*. Asociado a otros jóvenes distinguidos por sus talentos i luces, vió realizados sus proyectos despues de mil dilijencias i empeños. García es el autor de una multitud de artículos insertos en ese periódico, i entre otros, de una brillante necrolojia del jeneral O'Higgins, publicada inmediatamente despues de haber llegado a Santiago la noticia de su muerte.

Los trabajos literarios de García Reyes son mas numerosos de lo que jeneralmente se cree. En sus ratos de ocio, comenzó una multitud de trabajos históricos i literarios, escribió muchas biografías sueltas i varias descripciones de las batallas mas notables de nuestra revolucion. La historia militar de Chile le debió mucha contraccion; a su estudio dedicaba largas horas de exámen i de trabajo, i sus apuntes i borradores tienen grande importancia para el esclarecimiento de ciertos sucesos mal conocidos hasta hoi. Muchas producciones publicadas con diversos nombres fueron tambien obras esclusivas de su fecunda pluma.

Es el caso de recordar aquí un servicio importante que en su calidad de hombre privado prestó García Reyes a la literatura nacional, con toda la modestia que le caracterizaba. A su lado se formaron algunos distinguidos jurisconsultos, i mas de uno de nuestros escritores le debió sabias i amistositas lecciones para seguir con juicio i acierto la carrera de las letras. García Reyes fomentaba en ellos el amor al estudio, revisaba escrupulosamente sus primeros ensayos i dirijia por buen camino sus inclinaciones; i todo esto bajo la condicion de que no se le dedicase ningun trabajo, ni se hiciese mencion de él en las notas ni en los prólogos de los libros.

A la época de la creacion de la universidad de Chile, en 1843, García Reyes fué nombrado miembro de la facultad de filosofía i humanidades. En ese puesto trabajó con decision i constancia en favor del programa de la corporacion. Sin evitar esfuerzos ni sacrificios, García Reyes no se escusó jamas para desempeñar las comisiones que se le confiaban, ni para hacerse cargo de los informes que se le pedian. En 1846 le cupo el cargo de presentar la memoria anual sobre algun hecho de la historia de Chile; i, dando de mano por un corto tiempo a todos sus trabajos, formó su interesante *Memoria sobre la primera escuadra nacional*. García Reyes empleó mes i medio para estudiar los documentos i demas fuentes históricas, solo quince dias

para redactar la memoria i una sola noche para hacer la introduccion. ¡Tan prodijiosa era su facilidad para escribir!

La Memoria de García Reyes es bajo muchos aspectos una obra maestra. La elegancia i brillantez de su lenguaje, el fuego i colorido con que adorna la descripcion de los combates navales, la precisa claridad de su narracion i el interes que sabe darle, son las dotes de estilo mas prominentes de su obra; pero hai en el fondo tanta animacion i tanto tino para presentar los sucesos sin muchos detalles, que basta leerla para conocer exactamente las campañas de la primera escuadra, sus prohombres i la época en que les tocó figurar.

En el estudio de los documentos, García Reyes concibió una idea, cuya realizacion habria sido altamente útil para la historia nacional, i mui honrosa para Chile i para su propio nombre. Pensaba García hacer una publicacion de todos los libros impresos i manuscritos sobre la historia del país, recopilando en ella las crónicas i memorias importantes, los diarios de ciertos militares i todos los documentos interesantes que pudiesen ilustrar a los futuros historiadores. Esta grande obra debia ir acompañada de noticias biográficas, i de notas i comentarios esplicativos. Para llevarla a cabo interesó en ella a la facultad de filosofía i humanidades de la universidad, buscó algunos colaboradores para tan colosal trabajo, i comenzó a dar a luz dos diversos volúmenes a la vez. Era uno de estos la *Historia jeneral de Chile* de Pérez García, i el otro estaba destinado a comprender todos los fragmentos relativos a Chile que contienen las historias antiguas del Perú, i las jenerales de toda la América. Habia ya publicado algunos capítulos de Pérez García, i los fragmentos de Gomara, Garcilaso i Zárate, cuando los sucesos políticos de 1851, en que representó un papel principal, vinieron a llamar su atencion hacia otro punto.

En 1853 García Reyes fué elejido miembro de la facultad de leyes i ciencias políticas de la universidad, en remplazo de don Francisco Bello. El discurso de recepcion que con este motivo pronunció para incorporarse, es sin disputa la mejor de las piezas académicas que registran los anales de la corporacion. Trazaba en él García Reyes el panejirico del amigo con quien dividió las vijilias i afanes del estudio i señalaba con un tino superior los inconvenientes i defectos que hacen dejenerar a la abogacia en Chile casi en un oficio mecánico, reducido a disputar sobre hechos, i a sostener estériles i enojosas chicanas en que no se debaten los puntos de la ciencia.

Mui jóven aun, García se vió llamado a servir la secretaría de una sociedad de agricultura que acababa de fundarse en Santiago. Sin práctica alguna en esta industria, pero animado del deseo de hacer algo en favor de tan útil institucion se incorporó gustoso a la sociedad, i trabajó incesantemente por la realizacion de ciertas ideas. En el *Agricultor*, periódico que daba a luz la sociedad, García escribió muchos artículos sobre varias cues-

tiones jurídicas o industriales que tenían alguna relacion con el programa de aquel cuerpo.

En 1843, cuando apenas cumplia veinte i seis años, García Reyes ocupó un asiento en la cámara de diputados, como representante del departamento de Chillan. Contrájose con particular empeño al estudio de las cuestiones mas importantes de que se trataba, i tomó parte en algunas cuestiones de interes. Desde luego se distinguió por sus ideas moderadas i progresistas, por el talento superior i por la elocuencia lucida i brillante con que las sostenia. Sus discursos siempre fueron buenos, i algunos de ellos magníficos. Su gallarda presencia, su pronunciacion dulce i sonora i su admirable facilidad de locucion, eran sus menores dotes oratorias.

La lei de la conveniencia i del interes no tenia vijencia alguna para él: su conducta no tenia mas guia que los dictados de su corazon i de su conciencia. Cuando se trataba de decir la verdad, ni temia los odios que podia acarrear, ni el influjo de los poderosos: sus discursos eran entónces mas brillantes i sus palabras mas espresivas i elocuentes que nunca. Abrigando en su corazon tan jenerosos sentimientos, García Reyes tomó una parte principal en el debate de muchos asuntos de importancia. Los ilustró con luminosos discursos, i despertó por ellos todo el interes que siempre tomaban las cuestiones en sus manos.

En diversas épocas presentó a la consideracion de la cámara algunos proyectos de lei de alta importancia. Uno sobre procedimientos judiciales i otro sobre instruccion pública, que no han sido aprobados en todas sus partes, sirvieron de punto de partida para otros proyectos. La lei que reglamenta la desvinculacion de mayorazgos le debe a él su primer orijen.

Los principios políticos de García Reyes fueron, como queda dicho, moderados i progresistas. Ni gustaba del impetuoso e intempestivo espíritu de reforma de los unos ni de la calmosa inaccion de los otros: su partido ocupaba un término medio entre las opuestas exajeraciones de los bandos políticos, i en su defensa no perdonó nunca sacrificio de ninguna especie. En este sentido las controversias de la política le encontraron siempre con las armas en la mano. En 1849 fué elegido diputado por la Ligua, a despecho del ministerio de aquella época, que habia combatido i siguió combatiendo con tenacidad i audacia.

A la caída del ministerio Vial, García fué llamado a formar parte del nuevo gabinete, en el puesto de ministro de hacienda. Sin conocimientos teóricos ni prácticos en la materia, pero sí animado de los mejores deseos de ser útil al país en aquel destino, García hizo grandes sacrificios pecuniarios, cerró su bufete, que le producía una buena renta, i se presentó al ministerio dispuesto a estudiar todas las cuestiones como un principiante. Por fortuna, su capacidad superior no necesitaba de mucho tiempo para hacerse cargo de todas las dificultades que tenía que vencer.

García Reyes permaneció en el ministerio de hacienda diez meses

escasos. En ese corto tiempo intentó mejoras de la mas alta importancia, i alcanzó a realizar algunos de sus pensamientos, sin arredrarse jamas por las grandes dificultades i tropiezos que a cada paso encontraba por todas partes. El fomentó con tino i acierto la casa de moneda, que entónces daba anualmente un déficit crecido, la puso en pié de producir una pingüe renta, i pidió a Europa la magnífica maquinaria que ahora posee. A él se le deben una recopilacion de todas las disposiciones vijentes sobre aduana, de que se sirvió su sucesor para formar la actual ordenanza, los primeros pasos para un cambio radical en la moneda, el incremento de la quinta normal de agricultura, un juicioso arreglo para el pago de la deuda interior, el fomento de la colonizacion en la provincia de Valdivia, el ensanche del comercio de cabotaje con el permiso dado a las embarcaciones extranjeras para hacerlo libremente, i mil otras medidas de alta importancia que sería largo enumerar. A pesar de los trabajos que cuesta la planteacion de cualquiera mejora en el ramo de hacienda, García Reyes hizo todo esto solo en el espacio de diez meses.

A su salida del ministerio, García se redujo de nuevo al rol de campeon del partido que gobernaba. Sus servicios fueron siempre importantes i eficaces, tanto en la cámara de diputados como en los demas trabajos que se necesitaron para el triunfo del candidato conservador. Franco i caballeroso por carácter, García Reyes no se cansaba de aconsejar la jenerosidad e hidalguía aun en los momentos en que la lucha de partidos era mas tenaz i encarnizada. Si él reprobaba la conducta de los que promovian la revolucion armada, i se hallaba dispuesto a servir por todos medios a la causa del órden, no por eso pedía golpes violentos ni medidas atentatorias. El pensaba que asumiendo el gobierno una actitud enérgica i decidida, cumplia perfectamente con su deber.

Con estas convicciones, i cediendo a los principios de órden tan arraigados en su corazon, se prestó gustoso a acompañar en calidad de secretario de ejército al jeneral Búlnes, cuando éste salió de Santiago a sofocar la insurreccion que habia estallado en las provincias del sur en setiembre de 1851. El rol de García Reyes en aquellas circunstancias era el de consejero i hasta el de mediador si se ofrecia una oportunidad para tratar con el enemigo. Con este carácter vivió en el campamento, marchaba siempre con el ejército i participaba de todas las angustias i privaciones de una campaña fatigosa. En las marchas i contramarchas del ejército, García Reyes no cuidaba mucho de colocarse en el punto de menor peligro, ni en el paso de los torrentosos rios de las provincias meridionales separaba de sus ocupaciones a ningun soldado para que le ayudase a atravesarlos. Su vida fué en todo la de un militar; en el desempeño i comisiones del servicio cruzó sin escolta alguna, mas de cien leguas del territorio, ocupado en su mayor parte por guerrillas enemigas.

Despues de la batalla de Longomilla, García Reyes admitió la comision

de acercarse al jefe enemigo para entrar en capitulaciones. El ejército de éste se habia puesto en marcha hacia el sur, i ocupaba los campos de Purapel cuando García Reyes se apersonó en su campamento. Despues de largas conferencias con el jeneral Cruz, que mandaba las tropas enemigas, estendió i firmó los tratados con que se concluyó esa desastrosa campaña.

Durante los tres meses que duró la guerra civil, García Reyes llevó un prolijo diario de todas las ocurrencias de la campaña del sur, i guardó cuidadosamente todos los documentos que tienen alguna relacion con ella, o por los cuales se puede descubrir algun incidente de mediano interes. La historia completa de la campaña i de las negociaciones con que terminó, está guardada pues en su cartera de papeles i apuntes. El informe que pasó al gobierno el jeneral Búlnes, que fué redactado por García Reyes, es un lucido compendio de toda ella. Los que han leído algunas fojas de su curiosísimo diario han podido imponerse mas ampliamente de la verdad, i justificarlo de los injustos cargos que algunos exaltados partidarios hicieron a García Reyes, con motivo de la capitulacion de Purapel, i del completo olvido que en ella ofrecia a nombre del gobierno a los militares revolucionarios.

Despues de la pacificacion de las provincias del sur, García Reyes volvió a Santiago dispuesto a ocuparse esclusivamente en su bufete. Ofrecíale éste una brillante expectativa, i en efecto le dió grandes ganancias en los primeros meses de 1852. El gobierno, que proyectaba la formacion de los códigos nacionales, le encargó entónces la redaccion del código penal, trabajo que emprendió García Reyes con entusiasmo i placer. Inmediatamente se contrajo con gran teson a estudiar a fondo la materia, i dedicándole todo el tiempo que le quedaba desocupado de sus otros afanes, logró echar las bases sobre las cuales debia dar principio a los trabajos de redaccion, i compuso los cincuenta artículos primeros de su proyecto. El gobierno le asignó un sueldo de cuatro mil pesos anuales por esta obra; pero García Reyes, por un rasgo de la mas honrosa jenerosidad, se negó constantemente a admitirlo. A pesar de sus trabajos, tomó una parte principal en los debates de la comision codificadora cuando se discutia el nuevo código civil: a su talento i a su ciencia se debe el ver convertida en lei mas de una bella idea.

Hacia esta misma época, García Reyes acabó un interesante trabajo sobre lejislacion de aguas i regadíos. Estudiando incesantemente las leyes de Francia, Inglaterra i Holanda sobre este punto, i meditando con calma i detencion acerca de los medios de reformar el pésimo sistema que ha rejido en Chile, escribió un excelente tratadito, i redactó un buen proyecto, que sometió a la consideracion de la sociedad de agricultura en 1852. De él se ha servido don Andres Bello para fijar algunas disposiciones que sobre este particular contiene su código civil.

García Reyes continuó ocupado en los trabajos del foro hasta pocos meses antes de su muerte. A pesar de los sufrimientos que le ocasionaba una grave aneurisma vivió consagrado al estudio i dilucidacion de dos causas de la mas alta importancia, que le estaban encomendadas. En esas mismas circunstancias dictó una elegante biografía del jeneral Zenteno, publicada en la *Galería Nacional de chilenos célebres*.

Por desgracia, se había debilitado de dia en dia, sin que los recursos de la ciencia bastasen a impedirlo. Los médicos le aconsejaron que saliese de Chile; i estaba resuelto a pasar al Perú cuando el gobierno le confirió el cargo de ministro plenipotenciario de la república en Estados Unidos. Hurlado por las mas lisonjeras esperanzas de ser útil a su patria en aquel importante destino, García Reyes lo aceptó gustoso, i formuló un estenso programa para sus trabajos. Proponíase estudiar la agricultura i la lejislacion de aquel país, para trasplantar a Chile todo lo bueno que allí encontrase; i pensaba pasar a Europa a continuar sus estudios en Inglaterra i Francia, i a compulsar en España los archivos de Indias para reunir todos los documentos históricos, jeográficos i estadísticos que faltan en Chile, a fin de aclarar infinitos puntos de nuestra historia que hoy permanecen ignorados. Sus deseos eran emplear en Europa i en los Estados Unidos todo el tiempo que le dejasen libre las ocupaciones de su cargo en estudios prácticos de aplicacion que hubiesen sido de grande utilidad para Chile. Había tenido antes de su partida un especial cuidado en recojer todos los trabajos de interes literario, científico i administrativo, publicados en Chile; i era su propósito reimprimir algunos de ellos en los Estados Unidos i en Europa, para presentar el país a los ojos de las naciones cultas en su verdadero punto de vista.

García Reyes, sin embargo, no tuvo la fortuna de realizar su programa. Alcanzó apenas a llegar al Perú, i durante un mes que vivió en Lima, el mal estado de su salud no le permitió salir del hotel que habitaba. El mismo conocia ya que se acercaba su fin, i que la ciencia médica no podía nada para cortar su enfermedad. Su único deseo era entónces volver a Chile para morir en medio de sus amigos. «Quisiera seguir mi viaje a los Estados Unidos, escribia a uno de estos, poco antes de su muerte, pero quisiera mejor volver a Chile: lo uno i lo otro es imposible.»---«Que mis amigos, decia en otra carta, no me olviden porque he vuelto las espaldas: que no me tengan léjos del corazon porque me tienen léjos de la vista.»

Su vida, en efecto, se apagaba por momentos, i tocó a su fin el 16 de octubre de 1855: el dia anterior, cumpleaños de su apreciable esposa doña Teresa Reyes, recibió todos los auxilios de la relijion, i se dispuso a emprender el camino de la eternidad. La muerte se llevó ese dia un buen ciudadano, un brillante escritor, un hábil jurisconsulto, un distinguido orador i un jeneroso político.

DIEGO BARROS ARANA.

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N.º Desmadryl.



FRANCISCO ANTONIO PINTO.

F. A. Pinto



XXXVII.

DON FRANCISCO A. PINTO.



El nombre que encabeza estas líneas es el de uno de los hombres que han desempeñado un papel mas importante en el drama de la revolucion chilena. Militar i diplomático a la vez en el tiempo de la guerra de nuestra independencia, ministro de estado en los primeros tiempos de la república, i mas tarde su primer jefe, el jeneral Pinto ha vinculado su nombre a las pájinas mas gloriosas de la historia nacional.

El jeneral Pinto nació en Santiago por el año de 1785. Eran sus padres el señor don Joaquin Pinto i la señora doña Mercedes Diaz, vecinos de los mas distinguidos i caracterizados de esta ciudad por su fortuna i por su posicion social. Hizo sus estudios en el real colejio carolino; i desde sus primeros años se distinguió por un espíritu estudioso i observador i por un carácter suave i afable, que le granjeó el aprecio de sus maestros i camaradas. Sus condiscípulos, entre los cuales figuraron don José Miguel Carrera i don Manuel Rodríguez, tenian por él un singular cariño, que no pudieron entibiar las rivalidades que el sistema de enseñanza de aquella época creaba de ordinario en las aulas de los colejios chilenos, ni la superioridad que siempre manifestó en sus estudios.

Cuando apenas cumplia veintiun años, en 1806, el señor Pinto rindió sus últimos exámenes en la universidad de San Felipe, i obtuvo el título de abogado de la real audiencia de Chile. En esta misma época era ya oficial del rejimiento de milicias de Santiago denominado del Rei; i en el desempeño de las obligaciones de este cargo habia manifestado un celo verdaderamente prodijioso. Cuando a fines de 1807 se organizó en el lugar denominado las Lomas un campamento de todas las milicias chilenas para atender a la defensa de nuestras costas, que por entónces se creian amenazadas de una invasion inglesa, Pinto desplegó una singular contraccion para disciplinar a los reclutas i atender a todas las necesidades i exigencias del servicio.

Aquella simple parada militar tuvo una grande influencia en la obra de nuestra emancipacion. Los milicianos de la colonia volvieron del campamento ufanos i orgullosos con el recuerdo de aquel aparato bélico, creyéndose ya militares consumados por el solo hecho de haber soportado las fatigas consiguientes a un acantonamiento. El jeneral Pinto recordaba estos incidentes en sus últimos años, i les daba una grande importancia histórica. «Esta iniciacion de nuestra juventud en el arte de la guerra, escribia en 1853, exaltó su fantasia i comenzaron a oírse conversaciones mas o ménos atrevidas sobre independendencia. I la opinion pública comenzó a pedir enérgicamente lo que hoi llamamos 18 de setiembre.»

Inútil parece advertir que el hombre que escribia esas líneas fué uno de los mas decididos partidarios de la revolucion de 1810 desde sus primeros tiempos. Pinto abrazó con calor la causa de nuestra emancipacion, i la sirvió con proyecho durante las turbulentas ajitaciones de su primer año. Aunque mui jóven todavía para tomar un papel principal en la direccion de la cosa pública, estrechó, sin embargo, relaciones con los hombres mas caracterizados de la época, i contrajo una amistad íntima con el padre Camilo Henríquez i con el doctor don Bernardo Vera, que, en su rol de escritores, figuraban entónces en primera línea.

En octubre de 1811 se abre la verdadera vida pública del jeneral Pinto. Queriendo el congreso chileno de aquella época estrechar sus relaciones con el gobierno revolucionario de Buenos Aires, representó, con fecha de 11 de este mes, a la junta que reasumia el poder ejecutivo, la necesidad de acreditar un enviado diplomático a ese país para mantener las comunicaciones de ambos estados, i trasmitir al gobierno chileno noticias de Europa i del Brasil. La junta aceptó la indicacion; hízose el nombramiento en la persona de Pinto; i éste partió para Buenos Aires pocos dias despues.

En aquella ciudad permaneció tres años desempeñando todas las comisiones del servicio público. En 1813 recibió orden de partir para Inglaterra, con encargo de desempeñar en Lóndres una comision idéntica. En esta capital debia ponerse de acuerdo con los americanos de las otras colonias sublevadas, inquirir noticias de España, comunicarlas al gobierno

chileno i comprarle armas i municiones. Pinto partió para Europa en los primeros dias del siguiente año: el eminente patriota don José Miguel Infante pasó poco despues a reemplazarle en Buenos Aires.

Hallábase en Lóndres cuando llegó a su noticia la funesta derrota que los patriotas chilenos sufrieron en Rancagua, i la pérdida total de este país. Privado por este accidente de su destino i de sus sueldos, Pinto se asoció al jeneral arjentino don Manuel Belgrano, que, como comisionado del gobierno de Buenos Aires, desempeñaba las mismas funciones que él. En compañía de Belgrano, frecuentó el trato de varios personajes europeos que simpatizaban con la causa de la revolucion americana i estrechó relaciones con algunos militares i escritores mejicanos i colombianos que pasaban a Inglaterra a buscar ausilios con que continuar la guerra de la independenciam de sus respectivos países.

En 1817 volvió a Buenos Aires en compañía del jeneral Belgrano i de varios otros patriotas arjentinos. Apénas llegado a esta ciudad, se puso en marcha para la frontera del norte de aquella república a continuar la guerra con los ejércitos españoles del Alto Perú. Belgrano, que debia dirijir las operaciones militares por parte de los revolucionarios, le dió el mando del batallon núm. 10, i le distinguió con consideraciones de todo jénero durante la campaña.

En aquella época, los gobiernos chileno i arjentino se preparaban para emprender una gran campaña militar contra el virreinato del Perú. Belgrano, a la cabeza de los ejércitos de Buenos Aires, debia atacarlo por sus fronteras del sur, miéntras San Martin, al frente de los vencedores de Chacabuco i Maipo, operaba por el Pacífico i atacaba directamente las costas del virreinato i su misma capital. El plan era grandioso, i habia sido concebido con talento i preparado con maña i paciencia: el Perú debia quedar libre e independiente despues de una campaña de uno o dos años a lo mas.

Por desgracia, la guerra civil que por entónces estalló en las provincias arjentinas, vino a embarazar la realizacion de este hermoso proyecto. El grito de *federacion* lanzado en Santa Fe i Corrientes por los gobernadores López i Ramírez, suscitó un violento sacudimiento que vino a ser una conflagracion completa cuando el jeneral chileno don José Miguel Carrera se asoció a ellos, i comenzaron las operaciones militares. Las bandas que se llamaban federales se acercaron a las fronteras de la provincia de Buenos Aires i se disponian a marchar hasta la misma capital, cuando el gobierno, justamente alarmado a la vista de tamaño peligro, dió al jeneral Belgrano la órden de acudir con su ejército a la defensa de la capital amenazada.

Belgrano tuyo que abandonar el Alto Perú para atacar a las montoneras federales; pero, cuando apénas comenzaba las operaciones militares, en la noche del 7 de enero de 1820, estando acampado su ejército en la posta

de Arequito, estalló en su campo una sublevacion militar capitaneada por el coronel don Juan Bautista Bustos. El comandante Pinto fué de los últimos que rindieron sus armas a los sublevados; pero el espíritu de rebelion habia tomado tanto cuerpo, que el noble Belgrano se encontró abandonado por casi todos sus jefes i oficiales subalternos. La salud quebrantada de este jeneral comenzó a decaer de dia en dia hasta llevarle al sepulcro al cabo de pocos meses.

Pinto volvió a Chile poco tiempo despues de este suceso. El supremo director O'Higgins le encargó que pasase al Perú a ponerse a las órdenes del jeneral San Martin, que entónces hacía la campaña de la independencia de aquellos pueblos. Su papel fué secundario en los primeros tiempos de aquella guerra, pero a fines de 1822 i principios de 1823, hizo con el cargo de segundo jefe del ejército patriota, i a las órdenes del jeneral Alvarado, toda la desgraciada campaña del sur del Perú, que terminó con los desastres de Torata i Moquegua.

No podemos entrar aquí en detalles para referir la historia de la expedicion chilena que bajo las órdenes del jeneral Pinto i las del coronel Benavente, hizo la corta i desgraciada campaña de fines de 1823. La historia explicará algun dia la causa de todas esas desgracias, i referirá todos los hechos por los cuales tenemos que pasar ahora tan de lijera.

Pinto volvió a Chile en los primeros meses de 1824 con las fuerzas chilenas que hicieron esta última expedicion. Tenia entónces el grado de brigadier de nuestro ejército, i gozaba en el ánimo del gobierno de consideraciones de todo jénero. El 12 de julio de este mismo año fué nombrado ministro de estado en el departamento de gobierno i relaciones exteriores, destino importante que desempeñó con jeneral aceptacion durante algunos meses.

Su salida del ministerio no importó su separacion completa de la vida pública. El jeneral Pinto representaba entónces en la política chilena un papel sobrado importante para que pudiera sustraerse de figurar en los primeros puestos. Permaneció un corto tiempo en Coquimbo en calidad de intendente de la provincia, i a principios de 1827, cuando a consecuencia de la renuncia que hizo don Agustin Eizaguirre de la presidencia de la república fué necesario hacer nueva eleccion, cupo al jeneral Freire el puesto de presidente i a Pinto el de vicepresidente.

Pero el jeneral Freire estaba cansado con la vida pública, i queria solo dejar el mando. Hizo, en efecto, su renuncia pretestando su mala salud, i el congreso se la aceptó con fecha de 5 de mayo de ese mismo año. El jeneral Pinto, que debia reasumir el mando supremo, se negó a admitirlo; pero el congreso no consideró bastantes sus excusas, i lo forzó a que tomase las riendas del gobierno.

La posteridad comienza ahora apenas para los hombres de aquella época, i todavía no ha pronunciado su juicio acerca del gobierno del jeneral

Pinto. Fué aquella una época azarosa i turbulenta por demas, en que las revoluciones i los motines se seguian unos a otros sin descanso ni intermission, i en que se echaron a la circulacion una multitud de ideas i sistemas políticos mas o ménos avanzados, que hicieron de la república un verdadero pandemonium. El código constitucional de 1828, que representa las ideas liberales de aquella época, i que casi no tuvo vida, queda todavía como la enseña de un partido político que se avanzó quizá demasiado a su época. La historia imparcial vendrá mas tarde a hacer justicia a los hombres i a desentrañar ese caos oscuro de los sucesos que ocurrieron en aquellos años.

El jeneral Pinto quedó en el poder hasta la promulgacion del código constitucional. En ese tiempo sofocó dos revoluciones militares i dió a la república el primer impulso en la nueva marcha que debia seguir. Cuando se hallaba dispuesto a dejar el mando de la república, vinieron las elecciones de 1829, las primeras que debian hacerse con arreglo a la nueva constitucion, i en ellas fué electo presidente del estado. Su mando, sin embargo, fué demasiado corto: el jeneral Pinto divisó próxima una gran revolucion; sintió rujir la tempestad sin contar con elementos i recursos para refrenarla; i dejó el mando de la república para retirarse a la vida privada. Esto ocurrió en octubre de 1829; la revolucion que estalló en este año i que terminó en las llanuras de Lircai el 17 de abril de 1830, le encontró alejado del poder.

Desde 1830 fué mas bien espectador que actor en la marcha política del país.

Si en 1841 fué el candidato para la presidencia de la república del partido liberal, eso sucedió sin que tomara parte alguna en los trabajos electorales.

Durante los dos períodos de la administracion Búlnes en el consejo de estado i en el senado contribuyó poderosamente a la mejora progresiva de la república. Dotado de una intelijencia clara, nutrida por estudios sólidos, adiestrado por una larga práctica en las dificultades del gobierno, sus consejos fueron siempre útiles.

El carácter del hombre privado tiene una grande influencia sobre las ideas i tendencias del funcionario público. Habia en el alma del jeneral Pinto un fondo inmenso de benevolencia que le hacia el mediador obligado de todos los que se acercaban al gobierno para solicitar gracias, o para pedir justicia contra poderosos adversarios.

De esa manera, se asoció a todos los actos dignos, jenerosos i elevados, que durante la administracion del jeneral Búlnes se acometieron.

Aunque el jeneral Pinto desde sus primeros años siguió la carrera de las armas, tuvo en la vejez los gustos i los hábitos pacíficos del literato. Hablaba el ingles i el frances como su propio idioma. Seguia con avidez el movimiento intelectual de la Europa, i no cesaba de estimular a los jó-

venes que se consagraban al estudio. La muerte le encontró en sus ocupaciones habituales: el estudio de los buenos libros i la educacion de su familia. Su fallecimiento, ocurrido el 18 de julio de 1858, fué una desgracia lamentada no solo por sus hijos, sino tambien por todos aquellos que tuvieron la fortuna de tratarle i de conocer sus buenas cualidades.

Tenemos algunos motivos para pensar que dejó escritas sus memorias; i si nuestra conjetura es fundada, no será este uno de los menores servicios que haya prestado al país. Los hechos narrados por un testigo i actor que estaba siempre preñado de moderacion i sensatez, i las apreciaciones que de ellos podia hacer una cabeza ilustrada i vigorosa, serán de grande utilidad. El jeneral Pinto escribia con una correccion i elegancia nada comunes.

Ese hombre tan apto para los negocios públicos, era tan singularmente desinteresado, tenia el dinero en tan poca estimacion, que no ha conservado siquiera los bienes que heredó de su familia, no obstante que jamas fué disipado ni ostentoso.

Hemos diseñado a grandes rasgos los hechos mas notables de la carrera ilustre del jeneral Pinto; ha sido necesario que dejara de existir para poderlo hacer. El se negó constantemente a suministrar datos para que se escribiera su biografia; pero el imperfecto bosquejo que dejamos trazado basta para revelar algo de lo que debe el país al jeneral Pinto.

DIEGO BARROS ARANA.



GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Zambrayl

JOSE MANUEL BORGOÑO.



J. Man. Borgoño



XXXVIII.

DON JOSÉ MANUEL BORGÑO.



L 5 de abril de 1818 se sostenia en los llanos de Maipo una batalla que debia decidir de la suerte de Chile. El ejército patriota dividido en dos cuerpos, atacaba vigorosamente a las tropas españolas que se mantenian firmes i serenas en la altura de una loma que domina todo el campo. La victoria parecia coronar sus esfuerzos cuando, reconcentrándose en la derecha realista la mayor parte de los batallones españoles, cargaron denodadamente sobre los cuerpos patriotas que formaban el ala izquierda del ejército chileno. La defensa de esta division fué heroica; pero la sorpresa producida por aquel movimiento i el mayor número de las fuerzas españolas desorganizaron por fin a los patriotas i los obligaron a volver caras.

La derrota de aquella division importaba sin duda la derrota del ejército entero. En el cuartel jeneral de los patriotas quedaban todavia algunos cuerpos de reserva que podian entrar en accion; pero, ántes de que esto se lograra, las tropas españolas iban a caer en persecucion de los derrotados i a introducir en sus filas la turbacion i el desorden. El jeneral en jefe de los chilenos, el hábil San Martin, el estratéjico por excelencia, examinaba atentamente cada uno de los movimientos del enemigo,

dictaba con toda actividad i acierto sus órdenes, pero se mordía los labios de rabia i de despecho.

Los cuerpos españoles, entretanto, avanzaban rápidamente en persecucion de la division chilena, i tras de ella comenzaban a bajar de la colina que ocupaban cuando cayó sobre sus columnas una inmensa granizada de metralla que produjo la turbacion i el espanto. Vueltos de la primera sorpresa, dan algunos pasos adelante, i una nueva granizada de metralla cae de nuevo sobre sus filas. La accion se sostuvo así cerca de media hora: los cuerpos patriotas comenzaron a reorganizarse, los batallones de la reserva pudieron entrar en accion, i algunos de los que formaban la division de la derecha patriota se corrieron hacia el punto del peligro. La batalla cambió inmediatamente de faz.

Cuéntase que en esos momentos San Martin miraba desde el cuartel jeneral el rumbo que tomaba el combate e impartia sus órdenes para acelerar la marcha de las tropas, i que no pudiendo ocultar su júbilo, exclamó: ¡La victoria es nuestra! Ese mayor Borgoño sabe dirigir las balas de cañon como un buen jugador puede picar las bolas de un billar.»

En efecto, sobre una altura que enfrentaba a la posicion de los españoles habia ocho piezas de artillería que mandaba un jóven de veinte i seis años de edad, de gallarda presencia, de aire marcial, de espíritu frio i sereno, que apuntaba personalmente sus cañones para no perder un solo tiro. Ese jóven se llamaba José Manuel Borgoño: llevaba apenas sobre sus hombros las charreteras de sarjento mayor, pero ya habia adquirido una alta reputacion militar, i su nombre figuraba en los boletines oficiales de todos los combates a que habia asistido.

Nació don José Manuel Borgoño en Petorca el año de 1792. Eran sus padres don Francisco Borgoño i doña Cármen Núñez. Contaba apenas doce años de edad cuando su padre le remitió a Concepcion a que ocupase el puesto de cadete en el batallon fijo de infantería de línea, empleo que, a causa de los muchos aspirantes que lo solicitaban, se conseguia con gran dificultad. El jóven Borgoño sirvió su destino hasta 1804, época en que solicitó una licencia de dos años para venir a Santiago a estudiar matemáticas. El presidente de la colonia le concedió dicha licencia; i el jóven militar pudo adquirir en el colejio los conocimientos mas necesarios para desempeñar con acierto en lo futuro las comisiones que se le confiaron.

Vuelto al sur despues de concluir sus estudios, pudo prestar en la frontera importantes servicios. Ocupósele en reparar algunos fuertes militares, en montar las piezas de artillería i en otros servicios en que podia ser útil un hombre que, como él, poseia conocimientos especiales. En el desempeño de estas comisiones pasó ocupado hasta 1812.

En este año, el gobierno nacional que se habia organizado en Santiago, le llamó a la capital, le dió el grado de teniente i le agregó al

cuerpo de artillería que mandaba don Luis Carrera, i en que servirían los Gameros i otros oficiales destinados a adquirir una alta reputacion militar. Pocos meses mas tarde le remitió a Valparaíso a mandar la artillería de las fortalezas que guarnecian el puerto. Allí permaneció durante todo el año de 1813, mientras el ejército nacional se batia en el sur contra los cuerpos invasores que el virrei del Perú remitió a Chile a las órdenes del brigadier Pareja. Durante este tiempo, el teniente Borgoño recibió solo una pequeña parte de su sueldo: voluntaria i generosamente cedia el resto para ausiliar al estado en los gastos de la guerra.

En noviembre de ese mismo año se organizaba en Talca una division patriota qua debia entrar a campaña en auxilio del ejército chileno. El teniente Borgoño recibió el encargo de preparar la brigada de artillería de esa division, i con ese motivo se trasladó a Talca. Sus servicios en el campamento fueron tan activos como eficaces; i cuando un mes despues marchó al sur la division bajo el mando del coronel de ingenieros don Juan Mackenna, la brigada de artillería, a cuyo servicio marchó tambien Borgoño, formaba un cuerpo reducido en su número, pero lucido i capaz de infundir las mas lisonjeras esperanzas en el ánimo de los gobernantes.

Esa division fué a acantonarse a las orillas del rio Itata, en el sitio denominado el Membrillar. La historia ha referido ya minuciosamente los servicios prestados por esa division, sus sacrificios i su heroísmo. El 19 de marzo de 1814 se empeñó allí la batalla que lleva el nombre de aquel lugar: la artillería se distinguió particularmente en la jornada i el nombre del teniente Borgoño obtuvo una mencion honrosa en el parte oficial que Mackenna pasó al gobierno chileno. En las jornadas subsiguientes, en los Tres Montes, paso del rio Claro i Quechereguas, Borgoño se distinguió nuevamente, i su nombre vuelve a aparecer en los boletines oficiales de la victoria. En el paso del rio Claro, sobre todo, dos cañones dirigidos personalmente por él, destrozaron las partidas de caballería realista que defendian las riberas del rio, i facilitaron el paso a los cuerpos patriotas. Desde ese dia se pudo ver en el jóven oficial al artillero intelijente que tan distinguido papel debia desempeñar en la historia militar de nuestra revolucion.

El primer período de la guerra de la independencia tocó a su término con el desastre de Rancagua, el 2 de octubre de 1814. Borgoño, que poco ántes habia obtenido el grado de capitán en premio de los servicios prestados en la anterior campaña, recibió el mando de seis cañones, i el cargo de marchar con ellos en la tercera division del ejército patriota, que no alcanzó a entrar en combate. Despues de la derrota, los oficiales chilenos tuvieron que buscar su salvacion al otro lado de los Andes; pero aquellos que no alcanzaron a tomar los caminos de cordille-

ra, o que se encontraron cortados por las fuerzas realistas, se vieron en la precision de ocultarse en los campos i de permanecer escondidos todo el tiempo que duró la dominacion de los reconquistadores de Chile.

Borgoño, que fué de este número, buscó un asilo en Talca i sus inmediaciones, en donde habia contraído estrechas relaciones de amistad en la época que permaneció acampado en la ciudad. Allí quedó oculto durante un año entero, hasta que los ajentes del ejército patriota que se organizaba en Mendoza comenzaron a formar guerrillas en el territorio chileno. Entónces Borgoño corrió gustoso a prestar sus servicios en aquella grande empresa: su carácter no era el mas aparente para capitanear una banda desordenada de montoneros, ni podia exigir de éstos que observasen las reglas de táctica i diciplina que reclama el buen servicio militar; pero su talento organizador servia perfectamente para dictar órdenes superiores, preparar recursos i disponer los movimientos de los guerrilleros. En estos trabajos, le fué necesario en una ocasion presentarse al famoso Neira, el caudillo principal de los montoneros que operaban en las serranías de la provincia de Talca, i se presentó con su casaca de capitán para hacerse respetar de los guerrilleros. Neira, que poco ántes habia tenido largas entrevistas con él, finjió no conocerlo i dió la órden de fusilarlo pretestando creer que era un oficial realista. El jefe de los montoneros queria solo robarle la casaca; i ante tan baja codicia no vacilaba en cometer un crimen horrible. Borgoño, sin embargo, supo hacerse respetar, i salvar así de este inminente peligro.

Los servicios que prestó en aquellas circunstancias hasta despues de la recuperacion de Chile por el ejército patriota le pusieron mil veces en situacion de correr riesgos de toda naturaleza. Si él no tuvo la fortuna de hallarse en las filas de ese ejército i combatir con él en Chacabuco, pudo, al ménos, prestar su importante cooperacion para facilitar las atrevidas operaciones estratéjicas en que se vió empeñado, ya dando noticias al jeneral San Martín, ya combinando las marchas i contramarchas de los montoneros para mantener en continua alarma a los cuerpos realistas i ayudar a las divisiones patriotas que atravesaban las cordilleras.

Despues de la victoria de Chacabuco, Borgoño voló a Santiago a ofrecer sus servicios al gobierno nacional que acaba de formarse. El director supremo O'Higgins lo incorporó de nuevo en la artillería, i le dió el mando de una brigada de esta arma para que a su cabeza marchara al sur, a donde él mismo iba a dirigir la guerra contra los últimos restos del ejército español. Durante toda la campaña de 1817, que el jeneral O'Higgins sostuvo contra los defensores de la plaza de Talcahuano, Borgoño manifestó las dotes de un oficial intelijente i celoso por el buen cumplimiento de sus deberes. En los boletines de la campaña, su nombre se encuentra recomendado a cada paso; i en las

notas de O'Higgins al gobierno de Santiago, hemos hallado muchas palabras destinadas a encomiar algun servicio suyo. Fueron, sin duda, estas recomendaciones las que le valieron el grado de sarjento mayor, que se le confirió en aquel mismo año.

La campaña del sur tocó a su término en enero de 1817, época en que el jeneral O'Higgins se retiró con su ejército hacia el norte para evitar un combate con las fuerzas españolas que, bajo el mando del brigadier Ossorio, venían a someter de nuevo a Chile a la dominacion realista. Borgoño tomó una parte principal en todos los trabajos consiguientes a la retirada disponiendo el trasporte de los bagajes, i aprestando sus cañones para que no sufrieran averías en una marcha precipitada. No es este el lugar de referir la historia de esa retirada ni de las operaciones que se le siguieron hasta la desastrosa sorpresa de Cancha Rayada. En la funesta noche del 19 de marzo de 1818 en que esa sorpresa tuvo lugar, Borgoño, al frente de una brigada de artillería, servía en la tercera division del ejército patriota sobre la cual cayeron en confusos pelotones los derrotados de la segunda division i despues los cuerpos españoles que los atacaban. En medio de la turbacion general, el mayor Borgoño conservó su sangre fria: dispuso la retirada de sus cañones i marchó con ellos por el mismo camino que seguian los restos destrozados de aquellas dos divisiones del ejército. Al llegar a las orillas del rio Lircai, el desorden i la confusion iban en aumento por la tenaz persecucion de los españoles. El paso del rio presentaba, por sus barrancos i cortaduras, serias dificultades para el trasporte de los cañones; pero Borgoño, que conservaba siempre su serenidad, mandó hacer unos grandes hoyos en las inmediaciones del rio, arrojó en ellos sus cañones, i no se retiró hasta no dejarlos perfectamente cubiertos con tierra para que el enemigo no los percibiera al dia siguiente. Este arbitrio le dió los resultados que esperaba.

Los trabajos que siguieron a ese desastre para la reorganizacion del ejército forman una de las pájinas mas gloriosas de la historia de Chile. En esos trabajos, tomó Borgoño una parte principal para la formacion del cuerpo de artillería en el campamento de Maipo. Su conducta en esos dias de conflicto como en la batalla que les puso término, le mereció los mas espontáneos elogios del jeneral San Martin.

Los militares dicen que para distinguirse personalmente en el campo de batalla se necesita servir en la caballería. En las cargas que da un ejército, los jinetes pueden hacer prodijios de valor, mientras los infantes tienen que permanecer en sus puestos haciendo fuego, o que maniobrar con menor actividad i de un modo mas simultáneo i compacto. Pero, el artillero tiene que vencer aun mayores dificultades, puesto que casi nunca tiene que moverse de la posicion que ocupa, i que le es forzoso reducir sus esfuerzos a ciertas operaciones para las cuales el empuje del héroe sería perjudicial. Borgoño, con-

todo, sirvió siempre en la artillería; i quizá no se halló en un solo combate en que no arrancara elojios de sus jefes en los boletines oficiales. I sin embargo, Borgoño no era un militar de esos que entre los valientes de nuestros ejércitos han merecido el epíteto de bravos; pero era un oficial de honor: este sentimiento le infundia serenidad; i su inteligencia le permitia distinguirse en el lugar que estuviera. Esto esplica la causa de las recomendaciones que siempre mereció en los partes oficiales.

La batalla de Maipo afianzó definitivamente la independencia nacional. Despues de ese glorioso hecho de armas, O'Higgins i San Martin, el director supremo del estado i el jeneral en jefe del ejército, no pensaron en otra cosa que en dar el golpe de muerte a la dominacion española en América llevando la guerra al vireinato del Perú. Un militar de la inteligencia de Borgoño era necesario en una campaña como esa; por esto se le confió en noviembre de 1818 el destino de comandante jeneral de la artillería chilena, i se le dió el encargo de hacer todos los aprestos necesarios para el buen servicio de aquella arma. En estos trabajos pasó ocupado Borgoño hasta agosto de 1820: el 20 de ese mes se dió a la vela para el Perú con el ejército libertador.

Durante toda la campaña, el comandante Borgoño desplegó su celo habitual, su empeño por el buen servicio i las demas prendas que hicieron de él un militar distinguido; pero esa campaña se redujo casi esclusivamente a evoluciones parciales que dirigia hábilmente el jeneral San Martin, i en las cuales la artillería desempeñaba un papel secundario. Esas evoluciones, eficazmente apoyadas por la escuadra chilena que mandaba lord Cochrane, dieron por resultado la evacuacion de Lima por el ejército realista i un cambio altamente favorable en la faz de la guerra. En julio de 1821 el ejército independiente ocupó esa ciudad: Borgoño tuvo el honor de recibir la comision de entrar a la cabeza de las tropas chilenas i de tomar el mando político de ella. El es, pues, el primer gobernador que haya tenido la capital del Perú cuyo poder no emanase del rei de España.

Durante el corto tiempo que desempeñó aquel destino, Borgoño dictó diversas providencias para calmar la ajitacion de los espíritus consiguiente a la ocupacion de una ciudad poblada en su mayor parte por familias acaudaladas i enemigas decididas de la causa revolucionaria. Al exigir contribuciones i donativos de guerra, se condujo, no solo con una moderacion ejemplar, sino tambien con una honradez que le captó las simpatías de sus mismos enemigos. En el ejército libertador, preciso es confesarlo, habia hombres que pensaban que la opulenta capital del vireinato del Perú habia de hacerlos ricos en mui poco tiempo por medio de las contribuciones que se impusieran, de los empréstitos i donativos que debian exigirse. Borgoño, cuyo corazon poseia una moralidad a toda prueba, no solo

no siguió sus consejos, sino que combatió las pretensiones de sus camaradas. En una ocasion, los recaudadores de esos empréstitos i contribuciones llevaron a la casa de Borgoño las especies i dinero recojidos en un dia, por estar cerrada la oficina de su despacho: el gobernador de Lima se sintió herido por este hecho, i casi inmediatamente elevó su renuncia del puesto que ocupaba. Borgoño no queria que ni aun el mas insignificante incidente pudiera empañar en lo mas mínimo su reputacion, ni dar lugar a que mas tarde se le pudieran hacer reproches de cualquier jénero.

Poco tiempo despues de ocupada Lima por el ejército chileno i de jurada la independenciam del Perú, el jeneral San Martin recojió de uno de los templos de aquella capital las banderas gloriosas que los españoles habian quitado a los patriotas en Rancagua despues de la evacuacion de esta plaza por O'Higgins i sus soldados, i determinó mandarlas a Chile como un trofeo de sus mas inmarcescibles glorias militares. Borgoño recibió esta comision: en la segunda mitad de 1821 volvió a su patria trayendo esas honrosas reliquias de aquella famosa jornada para que fueran colocadas en un lugar digno de ellas. Esas banderas fueron recibidas con la pompa correspondiente a su importancia i colocadas en la iglesia matriz de Rancagua. Desgraciadamente, la jeneracion que sucedió a los padres de la patria no supo comprender la importancia de esos gloriosos trofeos: fueron arrancados del lugar en que se les habia colocado, relegados a un oscuro rincon, i por último, sustraídos de aquel templo. Hoi no se tiene noticia exacta de su paradero.

Borgño volvió al Perú, i siguió ocupado en el servicio hasta principios de 1823. En este tiempo desempeñó en el ejército los mas elevados puestos, hasta que ese ejército, derrotado en Torata i casi destruido en Moquegua, quedó casi completamente desorganizado. Entónces volvió a Chile, donde vino a prestar sus servicios en las oficinas militares i en la instruccion de los cuerpos del ejército permanente. Desde entónces, su vida se alternó entre el servicio militar i el político: de los campamentos pasó a los congresos i aun al ministerio de guerra i marina. Tan pronto se le empleaba en sofocar algunos motines o sublevaciones populares, como se le encargaba la direccion de la guerra que en el sur de nuestro territorio se hacía a las bandas considerables de guerrilleros que, llamándose últimos defensores de los derechos del rei de España, asolaban aquellos campos. A fines de 1825 recibió el grado de jeneral de brigada, i el cargo de jefe de estado mayor del ejército que marchaba a reconquistar a Chiloé a las órdenes del supremo director Freire. No es este el lugar de trazar la historia de esa campaña: los documentos i memorias de aquella época i las relaciones que se han hecho despues, manifiestan bien claro cuán importantes fueron sus servicios en toda ella, i particularmente en la jornada de Pudeto en que mandó en jefe, i dispuso personalmente todas las operaciones i movimientos del ejército. Esta victoria terminó la cam-

paña: a ella se siguieron las capitulaciones i la incorporacion del archipiélago al territorio de la república. La historia, al referir esos sucesos, ha dicho: Borgoño fué el alma de aquella expedicion.

En octubre de 1826, Borgoño volvió a salir a campaña contra las bandas de montoneros que capitaneaba Pincheira, i a cuya cabeza recorría las provincias meridionales cometiendo saqueos i depredaciones de todo jénero. Esa guerra requería un pulso singular para maniobrar convenientemente contra las guerrillas que se movían rápidamente de un punto a otro, evitando los ataques i acometiendo a los cuerpos patriotas solo cuando podían hacerlo con ventaja. Borgoño desplegó las dotes requeridas: no solo dispersó a los montoneros en encuentros parciales, sino que por medio de una capitulacion, separó de ellos al oficial español Senosains, que habia puesto su intelijencia i su brazo al servicio de aquella causa.

Cuando aseguraba estas ventajas, fué llamado al ministerio de la guerra por el jeneral Pinto que presidía interinamente la república: esto no le impidió volver de nuevo al sur a seguir la campaña contra Pincheira, en el año siguiente. En esta vez, maniobró diestramente apoyado por algunos jefes subalternos entre los cuales se distinguió el valiente coronel Beauchef, salvó infinitos cautivos que habian quitado los guerrilleros i puso a éstos en el mas terrible aprieto. Si la campaña se hubiera seguido con el teson i el acierto con que la habia iniciado Borgoño, sin duda, Pincheira no habría podido reorganizarse; pero el gobierno lo llamó con urgencia al ministerio, en donde su presencia era necesaria.

Volvió en efecto a Santiago a ocuparse en los trabajos de este ramo de la administracion pública. Durante el tiempo que estuvo en aquel puesto, tomó mil medidas de la mayor importancia para moralizar el ejército, reducir su número separando de él los miembros inútiles, i limitar el de los jenerales i jefes que comenzaba a hacerse considerable por la profusion de grados militares; i para dar los ascensos segun el mérito de los oficiales ordenó que las propuestas fuesen hechas por eleccion de los oficiales para impedir los abusos del favoritismo. A él se debe la formacion de la corte marcial, instituida para juzgar en segunda instancia las causas militares.

A pesar de que ocupaba un puesto de esta importancia, Borgoño no tomó nunca parte odiosa en las cuestiones políticas. Ocupaba un asiento en casi todos los congresos, i sin embargo, siempre se manifestó digno i elevado en las rencillas de partidos. Rejístrese la prensa de aquella época, i solo se encontrarán elogios de él: consúltese el recuerdo de los contemporáneos i no se oirán mas que recomendaciones. Jamás abrazó los partidos estreños ni se negó a transijir con las exigencias de la opinion pública para sostener sus caprichos. A la época de su separacion del ministerio, en julio de 1829, los dos partidos que entónces se hostilizaban con gran calor, lamentaron este acontecimiento.

Separado de los negocios públicos, Borgoño fué neutral en la guerra civil que comenzó al terminar ese año. Si bien tenía afecciones por el bando que sostenía la constitución de 1828, que él mismo había firmado, se mantuvo alejado de los partidos i se negó a tomar las armas. Sin embargo, cuando la revolución triunfante exigió de todos los jenerales chilenos que se prestara reconocimiento al gobierno que ella había elevado, Borgoño se negó terminantemente «porque, según decía, habiendo cesado el régimen constitucional, había él cesado como funcionario público.» Desde entonces fué dado de baja, i se vió espuesto a las persecuciones que le acarreó su terquedad para reconocer el nuevo gobierno. En medio de su alejamiento de la vida pública, le sorprendió el nombramiento de diputado que había hecho en su persona el pueblo de su nacimiento, Pectorca. Borgoño pudo protestar en el congreso contra muchos de los actos del gobierno revolucionario.

Alejado de los puestos públicos, retirado en una pequeña propiedad rústica en donde se ocupaba en la educación de sus hijos, Borgoño vivió así hasta 1838, año en que el gobierno le confirió el cargo de ministro plenipotenciario de Chile cerca de la corte de España para celebrar un tratado de paz i amistad con la madre patria, cuyas relaciones habían quedado cortadas desde la revolución. Después de largos trabajos, Borgoño firmó el tratado en que la España reconoce nuestra independencia.

Durante su permanencia en la península, el gobierno español le ofreció la cruz de Carlos III; pero Borgoño la renunció como un distintivo que venía mal en el pecho de un republicano. Ya antes se había abstenido de poner en su casaca las condecoraciones de la lejion de mérito de Chile i de la orden del sol del Perú, por igual razón. Borgoño poseía el verdadero espíritu de un buen hijo de la república.

Vuelto a Chile, fué llamado en setiembre de 1846 a ocupar el ministerio de guerra i marina. El había vivido alejado por largo tiempo de los negocios públicos, i necesitó de algunos meses para imponerse de nuevo de todas sus necesidades i exigencias. La muerte le sorprendió el 29 de marzo de 1848 cuando comenzaba a plantear las reformas que le preocupaban.

En ese día, perdió la república un militar intelijente e ilustrado que constituía uno de los mas gloriosos restos de aquella falanje que nos dió patria i libertad. Contaba apenas 56 años; i su corazón i su cabeza podían todavía haber prestado a Chile importantes servicios.

DIEGO BARROS ARANA.



XXXIX.

DON MANUEL GANDARILLAS.



Al separarse el jeneral O'Higgins del gobierno de la república, abrióse una era de ebullicion i de reformas políticas. Las ideas de una organizacion liberal habian cundido i fortificándose en los espíritus tanto mas, cuanto, durante el gobierno que acababa de caer, habian sufrido injustas persecuciones en no pocos de sus mas ilustres apóstoles, ganando de este modo el prestigio del martirio i el temple del convencimiento. A la tutela demasiado tirante i prolongada que la república acababa de sacudir, sucedia el ensayo de una amplia libertad, cuyos primeros frutos fueron la abolicion de algunas instituciones vetustas del coloniaje que habian logrado llegar hasta entónces escondidas en el humo mismo de la revolucion, i la improvisacion de una carta fundamental, que la república acojió con aplauso, ménos por lo que valia en sí misma i prometia al porvenir, que por el deseo de tener al fin algo que semejase una organizacion política, reglando las relaciones entre gobernantes i gobernados, i poniéndolos a todos bajo el imperio de una lei comun.

Este primer paso, que por de pronto se creyó definitivo, fué apénas el principio de esa dilatada serie de tentativas, de luchas, de discusiones, de polémicas periodísticas, de pasiones tumultuosas i de simples ensayos, que se pro-

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N.º Desmadryl.



MANUEL JOSÉ GANDARIILLA.

Gandarilla

longó hasta 1833 i es en nuestra historia la época de verdadera crisis de la república.

Es en estas épocas cuando los hombres de jenio se dejan conocer lanzándose a la escena política con sus ideas i sus pasiones; es entónces cuando el patriotismo conduce a las plazas públicas todo lo que hai de ilustrado i de elocuente en la sociedad. Las doctrinas, las pasiones i los caracteres se chocan, se mezclan, se supeditan por momentos, transijen, se separan, creando con este movimiento el espíritu de discusion, la prensa i el parlamentarismo.

Efectivamente, la época a que nos referimos es fecunda en hombres públicos, en elocuencia i en discusiones periodísticas.

El personaje cuya vida vamos a trazar brevemente, es uno de los hombres mas notables de esa época. Para figurar tenia desde luego el título especial de las persecuciones sufridas bajo el réjimen caído en 1823. Así fué que apénas se presentó en el campo político el proscrito, el peregrino de largos años, muchas miradas se tornaron a él con interes, i el nuevo gobierno, a fuer de liberal i enemigo del réjimen caído, se apresuró a honrar a la víctima.

Don Manuel Gandarillas i Guzman, nacido en Santiago por los años de 1790 i ligado por la sangre a una de esas familias que constituyeron la aristocracia de la colonia i en cuyas manos, no obstante, se encomendó la revolucion democrática de 1810, se nos presenta enrolado en esa jeneracion jóven i entusiasta, que, educada bajo el espíritu revolucionario i testigo de los grandes sucesos que prepararon la independenciam, recibió el noble legado de continuarla, defenderla i fecundizarla.

Desde temprana edad, Gandarillas cursó los estudios que conducen al foro, desplegando en ellos una intelijencia avanzada i creándose las aptitudes que mas tarde debian darle gran reputacion en los estrados de la justicia, en la arena política i en la tribuna parlamentaria.

Frisaba en los 20 años cuando se presentó a sus ojos la magnífica epopeya de 1810. Su corazon ardiente, su intelijencia ilustrada, su imaginacion vivaz saludaron desde el fondo del alma aquella hermosa aurora de nuestra emancipacion, i se apercibieron para servirla con celo i hasta con fanatismo. Mas, el colejial de veinte años no podia aun prestar servicios de importancia a la recién iniciada revolucion. Veíala marchar, engrandecerse, desembozarse, i la aplaudia i la amaba cada vez mas i ardia en deseos de marchar en la vanguardia de sus falanjes, arrollando todos los obstáculos que se presentaban a su marcha imponente.

A principios de 1814 el jóven Gandarillas habia concluido sus estudios de derecho e incorporándose en la academia de práctica forense, que rejentó mas tarde con intelijencia i acierto. Entónces se inauguró en la vida pública desempeñando interinamente la secretaría del cabildo de Santiago.

El desastre de Rancagua, ocurrido en octubre de aquel mismo año, entregando nuestro suelo a sus antiguos dominadores, sofocó la república, o mas bien, la hizo huir con sus prohenitores i secuaces mas ilustres. Renació la colonia adusta i sobre todo vengativa; el patriotismo i el espíritu de independenciam se procesaron i castigaron como el mayor de los crímenes. Quedarse al alcance de las garras del leon ibérico, restaurado en la colonia, era una doble imprudencia, pues no solamente habia en ello el peligro de las persecuciones i padecimientos personales, si que tambien el de postergar indefinidamente el restablecimiento de la república.

El réjimen terrorista i sanguinario de la restauracion no habria perdonado jamas a los corifeos de la república, i aun cuando la idea o el principio revolucionario hace nacer cien apóstoles de la sangre de uno solo, es indudable que habrian pasado muchos años ántes que los colonos, vueltos del estupor causado por el martirio de los primeros patriotas, demandasen a sus manes la idea, el vigor i la espada de la revolucion. Por eso fué que los patriotas mas audaces, los mas firmes partidarios de la independenciam no vacilaron en abandonar el suelo de Chile. Entre los emigrantes hubo algunos a quienes el amor a la libertad i a la república, mas bien que el peligro de sus antecedentes, hizo abandonar la patria. Entre estos estaba el jóven Gandarillas. Sus pocos años i el puesto secundario i modesto que habia ocupado en la esfera pública, si no eran bastantes a disculparle a los ojos del gobierno reaccionario, le podian librar, al ménos, de ser víctima escogida. Pero amaba tanto la libertad, le era tan doloroso el espectáculo de las venganzas del poder, i de las humillaciones de la patria, le era tan duro ver partir a los héroes i quedar tras ellos el terror i la esclavitud, que partió tambien i traspuso los Andes, como los demas.

Pocos son los hombres grandes que han escapado a los rigores de la adversa fortuna, pues parece que la naturaleza ha encargado al infortunio el corregir i disciplinar las dotes mas estimables del ser humano. La emigracion fué para nuestros patriotas una escuela de gran enseñanza moral i de grandes resultados políticos. La escasez, el aislamiento i todos los sufrimientos consiguientes al destierro de una patria cuyas puertas quedaban cerradas para los fujitivos, fueron para los emigrados chilenos un trance terrible, si bien es cierto que el suelo arjentino les dió por de pronto la jenerosa hospitalidad a que su noble causa les hacía acreedores.

Cada cual buscó en sí mismo las aptitudes i los medios de hacer frente a las necesidades de la vida, i pocos fueron los que encontraron esos honestos recursos de que la naturaleza hace gracia o de que la prevision dota a ciertos hombres, i que constituyen una preciosa reserva para atravesar los dias de tribulacion i de miseria. Don Manuel Gandarillas poseia esos recursos en un grado que hacía honor a su intelijencia previsora i a su espíritu exento de las preocupaciones sociales. Dotado de una admirable disposicion para las artes industriales, se habia ejercitado en algunas de ellas, sin considera-

cion a la poca estima i aun al desprecio en que eran tenidos los hombres que profesaban las artes mecánicas. Ya en 1812, siendo todavía mui jóven, Gandarillas habia tenido ocasion de mostrar sus dotes industriales, haciendo un señalado servicio a la prensa revolucionaria de entónces. El 4 de julio del citado año se daba un gran baile en Santiago en casa del cónsul norte-americano Mr. Poinsett, en celebracion del aniversario de la independencia de Norte América. A este baile habian sido invitadas todas las categorías de nuestra revolucion i las autoridades principales. El pueblo vagaba curioso i alegre en torno de la casa en que tenia lugar el baile. De repente se arma un alboroto en la puerta; un grupo de hombres del pueblo, entre los que habia algunos norte-americanos, amenaza, a influjo de la embriaguez, arremeter a la tropa de granaderos que custodiaba la entrada de la casa; hai un conflicto momentáneo; la tropa hace fuégo sobre el tumulto, i algunos hombres del pueblo caen heridos, i entre ellos tres norte-americanos que hacian el servicio de tipógrafos en la imprenta de la *Aurora chilena*. Este desgraciado incidente dejó sin operarios a la *Aurora*, pues el arte de la tipografía era todavía desconocido entre nosotros; la imprenta de aquel periódico era la primera que habia venido a Chile, i para movilizarla i hacerla útil habia sido necesario importar con ella tipógrafos estranjeros. Creíase, pues, que la *Aurora*, el primer oráculo de la revolucion, iba a quedar interrumpida hasta el restablecimiento de los yankees heridos, i se lamentaba hondamente esta circunstancia, cuando el jóven Gandarillas se presentó al jefe de la junta gubernativa, don José Miguel Carrera, ofreciendo sus servicios en calidad de tipógrafo para que la *Aurora* continuase su marcha sin interrupcion. Fué una agradable sorpresa para el jefe del gobierno ver a un estudiante chileno, salido de una de las familias patricias de Santiago, ofrecer sus servicios como tipógrafo. El ofrecimiento fué aceptado con entusiasmo i gratitud, i, gracias al comedimiento del jóven Gandarillas, la *Aurora* salió a luz sin haber experimentado el menor atraso. Este incidente hace recordar uno de esos rasgos hermosos de la vida de Franklin.

Cuando Gandarillas se encontró desterrado i pobre en Mendoza, se acordó de que era industrial i se dispuso a trabajar i aun a suministrar trabajo a sus mas desvalidos compatriotas i compañeros de infortunio. Era tambien mui intelijente en el arte de la relojería, i poseia una herramienta completa para el ejercicio de esta industria. Una vez en Mendoza, pensó en trasladarse a Buenos Aires, donde una sociedad mas numerosa i mas culta, ofrecia mayores recursos a su industria i mejores relaciones a su carácter. Vendió su herramienta de relojería para costear el viaje i darse trazas para iniciar alguna especulacion en Buenos Aires. Llegado allí, estableció una imprenta i una fábrica de naipes, donde dió ocupacion a muchos de sus compatriotas emigrados i se procuró por algun tiempo medios honestos de subsistir.

Miéntas tanto, trabajábase con teson por organizar en las provincias argentinas una espedicion que trajese a Chile la república independiente, acuchi-

llada en Rancagua. El jenio de San Martin levantaba en la provincia de Cuyo un ejército de la nada, i mostraba en lontananza a los emigrados chilenos el águila libre, rotas por segunda vez las cadenas de la opresion. Llegó el dia deseado. San Martin atravesó los Andes con el ejército chileno-argentino, i llegó a Chacabuco, donde le esperaba un espléndido triunfo i donde la independencia renació, llena de esperanzas i orgullosa con la victoria. Las puertas de la patria se abrieron de par en par a los emigrados.

La emigracion de 1814 llevó en su seno jérmenes de division i animosidades mútuas que no bastó a sofocar la desgracia comun. Bien al contrario, esos jérmenes se desarrollaron en el destierro i dieron lugar a cargos i re-priminaciones entre los dos bandos que se dividian la república cuando tuvo lugar el desastre de Rancagua. Emigrados los dos jefes de estos bandos O'Higgins i Carrera con no pocos de sus partidarios, no se disimularon sus rivalidades en el destierro, ni se ahorraron las inculpaciones. Una faccion achacaba a la otra el haber perdido la patria, i llegó a tal punto la division entre algunos de los emigrados, que produjo episodios sangrientos.

O'Higgins, mas feliz que los Carreras, consiguió captarse la voluntad de las principales autoridades arjentinas, tomó una parte activa en los preparativos de la espedicion que se preparaba para libertarnos del yugo español, se incorporó como jeneral de division en las fuerzas espedicionarias i se cubrió de gloria en Chacabuco: la estrella de la felicidad habia alumbrado para él i su partido. O'Higgins llegó al mando supremo de la república.

Miéntras tanto, algunos de los partidarios de Carrera permanecian en la república arjentina indecisos sobre el partido que les convendria tomar. Don Manuel Gandarillas, amigo personal i político de Carrera, se habia quedado en Buenos Aires durante la campaña del ejército libertador. Allí le llegó la noticia de la victoria de Chacabuco, que celebró sinceramente i le hizo resolverse a regresar a Chile, esperando que el auge triunfal del partido o'higinista le perdonaria su predileccion por Carrera. Gandarillas se trasladó a su patria.

Pero las prevenciones hostiles que no habian podido borrar las penalidades del destierro, continuaban en toda su fuerza entre las dos facciones. El poder mismo parecia haber redoblado la suspicacia de partido en O'Higgins, entónces gobernante, i los patriotas afectos a Carrera eran vijilados i mirados con desconfianza. El jóven Gandarillas tuvo bien pronto ocasion de comprender hasta donde trascienden las pasiones políticas i hasta donde alcanza la suspicacia de partido, cuando se arma del poder.

Poco despues de la batalla de Chacabuco i constituido ya el gobierno del jeneral O'Higgins, se denunció a las autoridades una conspiracion que dió lugar a diversas prisiones i a un proceso político. Don Manuel Gandarillas fué comprendido entre los conspiradores i en consecuencia sometido a juicio. Mas nada pudo averiguarse de verdad respecto de la conspiracion de-

nunciada, i mucho ménos respecto de la complicidad de que se acusaba a Gandarillas, contra quien probablemente no habia mas antecedentes que su carácter franco i emprendedor i su abierta adhesion al partido de Carrera.

Poco despues de este proceso, Gandarillas fué llamado por San Martin, el númen de la política de entónces, quien le propuso que hiciese un viaje a Europa llevando cierta comision del gobierno. Gandarillas comprendió que se le queria imponer un destierro disimulado i rehusó aceptar las proposiciones de San Martin. Esta negativa le señaló de nuevo al gobierno como un hombre tenaz, como partidario impertérrito, i desde entónces Gandarillas no tuvo que esperar del gobierno sino persecuciones.

Para sustraerse a ellas vióse en la necesidad de espatriarse nuevamente. Huyó a Buenos Aires esperando encontrar allí la ocupacion i los recursos que algun tiempo ántes le habian suministrado los medios de subsistir.

Pero la condicion de Buenos Aires habia cambiado mucho para los espatriados chilenos que por desgracia pertenecian a la faccion de los Carreras, o que por cualquier título se habian concitado la saña del gobierno de O'Higgins. Las autoridades de Buenos Aires tenian estrechas relaciones con el gobierno chileno; en uno i otro lado de los Andes la política era una, no teniendo mas que un móvil i una alma. Cuando Gandarillas llegó a Buenos Aires comprendió inmediatamente que aquella tierra no tenia mas que espías i sinsabores para los desterrados desafectos al partido gobernante en Chile. Habria querido abrir otra vez el establecimiento tipográfico que con tanto acierto emprendió en su primera emigracion. Pero era inútil pensar en ello. Tentó restablecer entónces su antigua fábrica de naipes; mas no se lo permitieron. Era abogado bien distinguido. Pero ¿qué éxito podia esperar como abogado en un pueblo cuyas autoridades le miraban con desconfianza i prevencion, estando en íntima connivencia con el gobierno de Chile?

Aun quedaba a Gandarillas una industria cuya modestia era un timbre de honor para un hombre de su calidad. Gandarillas buscó una fábrica de relojes i se alquiló en ella como oficial de relojería. Creyó que en aquel humilde puesto le dejarian en paz. Pronto, empero, hubo de desengañarse. La tiranía sospecha i teme de sus víctimas tanto mas, cuanto mas estrecha su condicion, porque en su lójica suspicaz comprende que a medida que apura las persecuciones, mas pábulo da a los odios i rencores, hasta hacer de la venganza una necesidad i a veces el único consuelo del perseguido.

Gandarillas no gozó mucho tiempo de su humilde colocacion. Ella misma contribuyó acaso a hacerle mas sospechoso i le señaló a las autoridades como conspirador. Se fraguó entónces su prision: los esbirros del poder le sorprendieron en su ocupacion de relojero, i sin proceso ni forma alguna de juicio, le arrastraron a un fortin de la frontera de Buenos Aires.

Allí pasó algun tiempo aislado, sin pasatiempo, rodeado de una naturaleza salvaje i árida, i sin esperanza de obtener piedad de sus enemigos. En

esta circunstancia no pensó sino en escaparse. Consiguiólo al fin i se embarcó en Buenos Aires a bordo de la fragata inglesa *Mercurio*, que desplegabá velas con direccion a Chile.

Un fuerte temporal que tomó a la fragata en el Cabo de Hornos, la obligó a arribar a las islas Malvinas para reparar sus averías. Su capitan Tressinet compró allí mismo la fragata francesa *Urania* para marcharse inmediatamente a Inglaterra. Gandarillas contrató su pasaje en esta fragata hasta Montevideo, donde desembarcó pocos dias despues.

Montevideo no ofrecia al desventurado prófugo mas que el espectáculo de un pueblo esclavo. Las fuerzas brasileras ocupaban la capital del Uruguay. Un hombre libre, un corazon humanitario, una intelijencia despejada e instruida no podian encontrar allí mas que sofocamiento i desesperacion. Para Gandarillas el fortin de Buenos Aires habia tomado el aspecto de una ciudad; pero así en aquel como en ésta faltaba igualmente el aire libre que anhelaba hacía tanto tiempo. En Montevideo esperó la primera oportunidad de trasladarse a Chile, aunque tuviese que desafiar nuevas animosidades i peligros.

Al gobierno de O'Higgins le llegó al fin su hora fatal. Cegado por su propia felicidad, perdió de vista los principios i la opinion de la sociedad, de que no se apercibió sino en presencia de aquella reunion de ciudadanos de Santiago, ante la cual el héroe de cien batallas depuso su orgullo i las insignias del poder para retirarse a la vida privada i tomar luego el camino de la espatriacion.

Don Manuel Gandarillas regresó a Chile desde Montevideo a tiempo que la reaccion política que habia desquiciado la administracion de O'Higgins, estaba en toda su fuerza. El horizonte estaba al fin despejado i un hermoso porvenir se abria delante de los ojos del prófugo de Buenos Aires.

El foro le ofreció desde luego un campo de accion donde en breve tiempo se hizo conocer i apreciar, adquiriendo una gran reputacion.

El gobierno del jeneral Freire fijó bien pronto sus miradas en él i le nombró defensor de las temporalidades de regulares, cuyos bienes habian sido desamortizados en beneficio del fisco.

Poco despues el director supremo de la república le confió la cartera de hacienda, ministerio de sumo labor entónces i al que los apuros i graves empresas del estado exijian recursos de consideracion. Una gran deuda exterior gravaba sobre nuestro erario; preparábase la última campaña que incorporó a la república la isla de Chiloé. Nuestro sistema tributario se resentia de las perversas prácticas de la colonia i de las oscilaciones i vaivenes políticos; la industria en todos sus ramos era pobre i deficiente, por lo que las entradas fiscales eran harto escasas, haciéndolas todavía mas mediocres i continjentes el desarreglo de las oficinas de hacienda i lo irregular o vicioso de las instituciones económicas.

En el poco tiempo que Gandarillas desempeñó el ministerio de hacien-

da, manifestó ideas mui adelantadas en economía que procuró poner por obra segun se prestaron las circunstancias.

Los productos de la industria chilena pagaban, por la mayor parte, derechos de esportacion. La minería espermentaba gabelas insoportables; hasta el oro i la plata acuñados pagaban derechos al esportarse. Gandarillas redujo los derechos de la industria minera, i abolió los correspondientes al oro i plata amonedados i a los demas artículos de manufactura chilena. Creó el sistema de *vales* en reemplazo de las libranzas que se acostumbraba dar a los prestamistas i acreedores del estado contra ramos determinados de la renta pública, i que habian puesto las oficinas recaudadoras de los fondos fiscales a merced de la avaricia i de la especulacion privadas. Arregló la recaudacion de la contribucion de patentes, puso orden en el sistema de licitaciones, plagado entónces de corruptelas i abusos; tentó ensanchar el horizonte de la industria chilena i atendió, cuanto le permitieron los recursos de la época, a la mejora de las vias de comunicacion i a la libertad mercantil e industrial.

Las exigencias de la política le hicieron pasar despues al ministerio del interior, donde desplegó bastante celo e intelijencia, mas sin dejar esa huella que las cabezas privilegiadas estampan en su paso i donde la posteridad encuentra algo que admirar o que agradecer. El ministerio de Gandarillas fué ministerio de transicion; ajitado, mas bien que activo; de contienda, mas bien que de organizacion. Gandarillas tiene, sin embargo, como hombre de estado, rasgos que le recomiendan altamente. Alma fuerte, el poder no le cegó jamas, ni le hizo olvidar un solo instante el principio democrático que la nacion se habia propuesto cultivar i hacer fructificar. Por esta razon, ni aun colocado en la cumbre de un ministerio, se atrevió jamas Gandarillas a imponer su personalidad a ninguna faccion, ni a ningun hombre; por eso, jamas rehusó la esplicacion de sus actos ya en el congreso, ya en la prensa. Quería la publicidad como la condicion esencial de la república, i amaba la franqueza como una virtud republicana. Acusado en 1826 en la cámara de diputados de algunas infracciones de la constitucion, mandó inmediatamente su vindicacion a la cámara i a la prensa: encerrarse en un orgulloso silencio, o limitarse a esperar que la acusacion pasase por todos sus trámites para defenderse, no lo habria podido su alma ardiente, no lo habria consentido su profundo i sincero respeto por la opinion pública.

Con motivo del movimiento revolucionario de 1826, Gandarillas renunció el ministerio para contraerse a ocupaciones de otro jénero.

La época era crítica. Bajo el gobierno del jeneral Freire se habian hecho una multitud de ensayos políticos, sin llegarse jamas a una organizacion definitiva i regular. Diversificándose mas i mas los principios i los intereses, la sociedad llegó a fraccionarse de tal modo, que ahora mismo es una gran dificultad clasificar bien las influencias i los partidos de entónces. Motines i pronunciamientos de mas o ménos consecuencia, alternabau a los hom-

bres en el poder, sin dejarles un punto de reposo; i la república, traída por las encrucijadas de la guerra de partido, gobernada i disputada por las diversas escuelas i facciones, presentaba un conjunto anárquico, difícilísimo de reducir a las reglas del orden i a los principios de la vida normal.

La prensa debia naturalmente ser el eco de todos los sucesos, de todas las ideas e intereses; ella preparaba los acontecimientos; ella afilaba las armas de los partidos; ella era las mas veces el guante que éstos se arrojaban i la escuela en que se daban cita para el campo de batalla. Así es que la época a que nos referimos es acaso la mas fecunda que haya tenido la república en la polémica periodística. Desde 1826 a 1830 la prensa es una tempestad continua que aborta rayos en todas direcciones. Los hombres capaces de escribir se precipitan en masa a la prensa, e inundan el foro de la política con un diluvio de folletos cuyo estilo es casi siempre exaltado i acre. En medio de este bullicio de la prensa, hai un eco robusto, franco i compasado a un tiempo, que llama la atencion pública i se atrae numerosas simpatías. Ese eco es Gandarillas convertido en periodista.

El ex-ministro comprendia su época al propio tiempo que cedia mucho a sus pasiones i al espíritu dominante. Comenzó a escribir tocando cuestiones de mucha importancia, como las relativas a política interna, economía, empréstitos, libertad de comercio i otros asuntos de verdadera organizacion. En esta clase de discusiones, Gandarillas desplegaba una erudicion regular, una dicion correcta, un estilo didáctico. Pero bien pronto la política de partido le afilió en su bandera e hizo de él un adalid impertérito i temible.

Escribió sucesivamente en diversos periódicos, entre los cuales merecen notarse la segunda *Aurora*, el *Constituyente*, el *Clamor del pueblo chileno*, el *Hambriento*, la *Cola del cometa* i otros, donde desarrolló altas cuestiones de política i administracion, o blandió las armas de la polémica de partido con la acritud de la época i con la enerjía propia de su acerado carácter.

Hacia 1829 fundó el *Sufragante*, en cuyas pájinas recojió i comentó con el estilo sañudo que precede a los sacudimientos políticos, todos los desaciertos del gobierno del jeneral Pinto, a quien tachaba de vacilante i débil, i de haber traído la república a una situacion aflictiva, ya por condescender a las exigencias de un liberalismo exajerado, ya por disimular o consentir las intrigas de algunos ambiciosos. En este periódico manejó las armas del ataque con lucimiento i con éxito.

Estalló la revolucion de 1829, que barrió con los ensayos políticos que se venian haciendo desde 1823 i abrió una nueva era para la república. Gandarillas saludó la revolucion como la mensajera necesaria de un nuevo orden de cosas i como un suceso de que él en realidad habia sido uno de los mas eficaces promovedores. Por eso el trabajo de organizacion que sucedió, disipada la tempestad i tranquilo el país, encontró en Gandarillas un excelente i hábil colaborador. Los congresos que se sucedieron le contaron por

largo tiempo entre sus mas hábiles i laboriosos miembros. Trabajó en la constituyente de 1833 i sancionó el código de aquel año, que ha durado hasta nuestros dias.

Don Manuel Gandarillas sirvió por largos años en la administracion de justicia con mucha intelijencia, i sobre todo, con un carácter intejérrimo. La corte suprema le contó entre sus majistrados por cerca de diez años. Cinco años fué auditor de guerra, i otros tantos rejentó la academia de práctica forense.

Su aficion al periodismo i sus compromisos políticos le hicieron redactar todavía el *Araucano* i el *Filopolita*. En el primero se limitó a explicar los actos del gobierno; en el segundo a desarrollar el pensamiento de un partido análogo. Pero ya en estos periódicos, el redactor del *Sufragante* apareció pálido i muelle.

Cuando Gandarillas vió consolidada la revolucion en que habia tomado parte, cuando vió mui remotos los peligros de nuevos trastornos i contiendas, dejó la escena del periodismo i con ella los negocios públicos. Desde entónces su vida corrió apacible i serena al lado de una anciana madre a quien idolatraba i en cuyo amor parece que se reasumió la llama activa de su existencia. En medio de esta calma doméstica por sobre la cual rodaban los recuerdos de su vida tempestuosa, vino a sorprenderle la muerte a fines de 1842 i a los 53 años de edad.

RAMON SOTOMAYOR.





XL.

DON BERNARDO VERA I PINTADO.



L personaje a quien se refiere la corta noticia biográfica que va a leerse fué uno de los que mas activamente prepararon e impulsaron el movimiento revolucionario que principi6 en 1810, i que trajo por resultado la independencia de Chile.

En esa 6poca, tan famosa en la historia hispano-americana, Vera cumpli6 treinta a6os de edad, esto es, llegaba al per6odo de le vida humana en que el hombre alcanza de ordinario la plenitud de sus facultades. La casualidad hac6a que el h6roe de esta biograf6a pudiera entrar armado de todas sus fuerzas en la lucha memorable que deb6a convertir en naciones soberanas i llenas de porvenir a las pobres colonias que crec6an raqu6ticas i macilentas a la sombra de la bandera de Castilla desde el golfo de M6jico hasta el cabo de Hornos.

Al tiempo de que hablo, solo hac6a once a6os, que don Bernardo Vera i Pintado resid6a en Chile. Nacido allende los Andes, a las m6rjenes del Paran6, en la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, hab6a pasado a nuestro

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N.º Desmadryl.

BERNARDO DE VERA PINTADO.

D.º Bernardo de Vera Pintado
[Signature]



país en 1799, cuando vino de gobernador i capitán jeneral don Joaquin del Pino, que estaba casado con una hermana de su padre. La protección de tan encumbrado patrono le habia durado poco. Al cabo de unos tres años, Pino habia sido promovido a virrey de Buenos Aires, adonde Vera rehusó seguirle, prefiriendo quedarse en Santiago. Pero aquel jóven, extranjero i sin relaciones de familia como era, habia sabido adquirir una grande i merecida influencia. Voi a explicar cómo.

Así como don Bernardo Vera se distinguia de sus contemporáneos en lo físico por un color albino, que llamaba la atención de cuantos le miraban en una comarca donde tal color era desconocido, así se distinguia tambien de ellos en lo moral por la excelencia i cultivo de su entendimiento, que eran singulares.

Habia principiado su educación en la universidad de Córdoba, esa Salamanca de la América española durante el coloniaje, donde habia merecido ser llamado en estilo escolástico el *Fénix del ergotismo cordobés*, i habia venido a concluirla en la de San Felipe con no menor brillo hasta graduarse de doctor en teología i en leyes. Los individuos de aquel tiempo apartado que aún viven, cuando quieren manifestar, por no confesarse inferiores en nada a sus nietos, que la cultura intelectual de la época del señor presidente don Luis Muñoz de Guzman no era tan despreciable como ahora se pretende, recuerdan todavía con complacencia que habiéndose mandado proveer por real cédula todas las cátedras de la universidad de San Felipe, hubo una persona, que fué el doctor Vera, capaz de hacer oposicion a todas ellas, teología, leyes, cánones i artes, i lo que es mas, de arrancar unánimes aplausos en los diversos actos que tuvo que desempeñar con dicho objeto.

Pero lo que conviene saber es que don Bernardo Vera, junto con ser un consumado doctor *in utroque*, tan sabio como los mas sabios de sus colégas, era ademas un literato que habia leído, releído i aprendido de memoria los clásicos latinos, i ademas todavía un poeta que componia versos de amor a las damas, e improvisaba en los convites brándis sobre toda especie de materias, talento especialísimo i mui raro entónces, que daba una fisonomía particular a aquel docto miembro de la grave universidad de San Felipe.

Esta diversidad de aptitudes habia granjeado a Vera una gran nombradía, haciéndole respetado por su ciencia i amado por su gracia i agudeza.

Vera estaba mas o ménos íntimamente relacionado con todos los magnates de Santiago, cuyas tertulias alegraba con lo ameno i variado de su conversacion, i el denaire de sus chistes, a los cuales mezclaba, segun suelen hacerlo los buenos conversadores, algunos granos de sátira o de mordacidad, que le hacian temible a las personas, a quienes no estimaba.

Para completar el retrato del doctor Vera debo advertir que su popularidad e influencia en Santiago resultaban, no solo de las sobresalientes dotes

de su espíritu, sino tambien de las prendas de su carácter jeneroso, franco i servicial. No contaba para sostenerse mas que con los productos de la profesion de abogado que ejercia ; pero sin embargo era sumamente desinteresado con sus clientes. « No solo servia gratuitamente a cuantos le ocupaban en su oficio, si le decian que no tenian cómo pagarle, dice don Joaquin Campino en una necrolojia que publicó a los pocos dias de haber muerto Vera, sino que se hacía el ajente, procurador i patrono de todos estos miserables, que imploraban su proteccion, haciendo los costos procesales de su propia bolsa. »

La opinion de un hombre de tales condiciones debía por necesidad ser mui atendida entre sus contemporáneos, que le eran naturalmente adictos por admiracion a su talento, o por gratitud a sus servicios.

Don Bernardo Vera era uno de los que creian ya en aquella época que el sistema colonial de España pecaba por absurdo i perjudicial a todas luces para los criollos. Mui ligado con los patriotas de Buenos Aires, entre los cuales se contaba su primo político, el despues tan célebre don Bernardino Rivadavia, mantenia con ellos una correspondencia sostenida, i les servia de intermediario con los patriotas chilenos. Al mismo tiempo, aunque por lo bajo, atizaba el descontento, i procuraba sacar provecho en favor de su causa de las circunstancias difíciles en que la invasion francesa colocaba a la metrópoli. Dando rienda a sus inclinaciones satíricas, no desperdiciaba oportunidad de ridiculizar al arrogante virrei del Perú don Fernando Abascal, i al menguado presidente de Chile don Francisco García Carrasco, propagando así entre burlas i chistes contra los mandatarios españoles las ideas revolucionarias que tan serias consecuencias debian producir.

El gobierno no tardó en notar el papel de agitador que habia tomado Vera, yendo de casa en casa, a manera de gaceta viva, para esparcir noticias i promover discusiones desfavorables a las autoridades reales, i naturalmente le colocó uno de los primeros en la lista de los discolos a quienes era menester vijilar.

Es sabido que en mayo de 1810, el presidente Carrasco se lisonjeó de poner fin a la agitacion pública con la prision de los vecinos a quienes consideraba como los principales fautores de ella. Como podia esperarse, don Bernardo Vera fué contado en ese número, i trasladado junto con otros dos sujetos respetables a uno de los castillos de Valparaíso.

Cuando Vera se vió encerrado en un calabozo, guardado de vista por un centinela i acusado de traidor al soberano, tuvo miedo, se estremeció. Su imaginacion de poeta, turbada por las visiones pavorosas que habitan en la oscuridad de las cárceles, desplegó ante sus ojos el mas triste i sombrío porvenir.

Para concebir la tribulacion de Vera en la prision, es preciso trasportarse a aquella época, i recordar que entónces la simple sospecha de ser alguno

inclinado a novedades políticas era mil veces mas peligrosa que hoi dia la de ser luterano o panteísta.

Vera veia trocarse su hogar doméstico donde experimentaba las dulzuras de esposo i de padre, i todas las delicias del estudio por los horrores de un calabozo; su posicion ventajosa de abogado con crédito i clientes por la suerte nada envidiable de un reo de estado de aquellos tiempos; la consideracion social de que gozaba por la reprobacion que debia ligarse a un traidor. La contemplacion de semejante cambio le abrumó.

Bajo el imperio de tales impresiones escribió con fecha 13 de junio a un alto potentado una carta para disculparse e interesarle en su favor. Despues de haber dado esplicaciones sobre los hechos que en su concepto debian haberle ocasionado la persecucion que sufria, termina su esposicion con los siguientes trozos oratorios que descubren la agitacion de su ánimo.

« ¡Oh Dios inmortal que me oyes, i ves mi corazon poseído de los sentimientos mas dignos del mas fiel vasallo! ¡oh rei mio a quien amo, e imito en la prision no merecida! ¡ausiliadme i confortad mi espíritu para que no desespere o pierda la razon!

« Me contentaré con una providencia que salve mi honor, i la nota a mi hija de serlo de un *reo de estado*. ¡Oh Dios! ¡*reo de estado!* Haced, señor, que conozcan mi inocencia, i que no me consuma la contemplacion de ser sin culpa el objeto de los juicios arbitrarios del vulgo, i de la posteridad que me confundirá con los delincuentes.

« Señor, yo no sé lo que escribo; mi cabeza se desvanece; son ya las tres de la mañana; acuérdense U. S. de quién es, de quién soi; i despues de tener la gloria de salvar a un inocente, tendrá en él un esclavo de su agradecimiento, o un amigo sin la infamia que hoi le cubre i horripa. »

¡Qué leccion tan provechosa contienen los pasajes que acaban de leerse!

Lo que Vera encerrado en uno de los calabozos del castillo de Valparaíso juzgaba una infamia ha llegado a ser su gloria.

El no haber sido fiel vasallo, i sí buen ciudadano, es lo que le ha valido que su memoria sea venerada, i que su nombre sea inscrito en los trofeos de las fiestas nacionales.

Su hija, en vez de tener a mengua el deber la existencia a tal *reo de estado*, esto es, a uno de los fundadores de la república chilena, no querría cambiar ese bello título por el de hija de un cortesano, aunque fuera conde o marques.

El mismo don Bernardo Vera ha contradicho los falsos conceptos, en que se calumniaba a sí mismo, de su carta de 13 de junio de 1810 por estos ciertamente mas verdaderos del himno que compuso en 1812, para la primera celebracion del 18 de setiembre.

Las jeneraciones
 Nos bendecirán,
 Cuando a nuestro esfuerzo
 Libres se verán.
 De padres a hijos
 La voz pasará,
 I esta noble historia,
 ¡Qué honor nos hará!

Él mismo, cuya mano no temblaba al escribir el nombre del rei Fernando VII inmediatamente despues del de Dios, era quien algunos años mas tarde debia componer nuestra cancion nacional donde se leen estos dos versos:

Arrancad el puñal al tirano
 Quebrantad ese cuello feroz.

Los partidarios de la libertad i del progreso no deben perder jamas la fe. Los triunfos de sus enemigos son momentáneos, miéntras que el porvenir es siempre de aquellos. La victoria de los que combaten la injusticia i los abusos es solo asunto de tiempo.

Ese momento de debilidad que acabo de revelar en Vera, nos está manifestando cuánto debemos a los que nos dieron independendencia. Cuando las grandes revoluciones sociales han llegado a ser hechos consumados, no nos figuramos bien todo lo que ha costado llevarlas a cabo. Nos parece, por ejemplo, que era mui natural ser patriota, i mui absurdo ser realista. La tribulacion de don Bernardo Vera en el castillo de Valparaíso está ahí para contradecir una idea tan equivocada. La realizacion de la independendencia ha costado tanto, como nos cuesta en la actualidad la consecucion de las reformas que los buenos ciudadanos trabajan por plantear en Chile. El presente sirve tambien para esplicarnos el pasado, así como el pasado ilustra el presente.

A pesar de las disculpas i protestas de fidelidad de la carta de 13 de junio, Vera continuó preso, pues Carrasco i sus allegados comprendian perfectamente lo que ellas importaban, i la clase de vasallo que era el doctor poeta.

No es este el caso de referir los motivos que repentinamente influyeron en el ánimo del gobernador para ordenar que sin tardanza los tres sujetos a quienes mantenía arrestados en el castillo de Valparaíso fuesen enviados al Perú a disposicion del virrei.

Vera en particular tembló de verse entregado al resentimiento de Abascal de quien era mui mal querido, pues este magnate no ignoraba que nuestro héroe le tomaba con frecuencia por blanco de sus chistosas burlas. En trance tan apurado, recurrió al arbitrio de finjirse enfermo siquiera para ganar tiempo, logrando así que la órden de Carrasco se suspendiera

solo por lo que a él tocaba. Sus dos compañeros de prision fueron conducidos a Lima, mientras Vera consiguió quedarse en Valparaíso.

Una serie de sucesos inesperados vino a concluir lo que la astucia habia comenzado. Es sabido que el vecindario de Santiago, violentamente ajitado, llamó a cuentas a Carrasco al tener noticia de su resolucion respecto de los presos políticos de Valparaíso, i que al fin de cinco dias de conmociones forzó a este mandatario a que renunciara el gobierno del reino.

Vera volvió entónces a la capital, donde fué recibido en triunfo.

La revolucion siguió su marcha sin que nada pudiera contenerla. El 18 de setiembre de 1810 un gobierno nacional sucedia al establecido por la metrópoli. Vera, con un desprendimiento i un patriotismo ejemplares, puso al servicio del nuevo órden de cosas sus bienes, su talento, cuanto valia.

Conocido en las provincias del Plata, donde residia su familia, i respetado en Chile, donde él se habia formado, nuestro héroe habia tomado desde el principio de aquel gran trastorno social el papel de intermediario entre los hombres que dirijian el movimiento en Buenos Aires, i los que lo impulsaban en Santiago. Desempeñó desde luego ese importante cargo privadamente, i haciendo valer sus relaciones personales; pero desde agosto de 1811 comenzó a ejercerlo con un carácter público i oficial, habiendo sido nombrado diputado, como se decia en el lenguaje de la época, ajente diplomático, como se dice ahora, del gobierno argentino para entenderse con las autoridades chilenas.

El tino i la actividad con que desempeñó este empleo, hicieron concebir a los gobernantes bonaerenses una idea tan elevada de Vera, que le instaron para que se trasladara a Buenos Aires; pero él rehusó por los motivos que espone en la siguiente carta escrita con fecha 24 de julio de 1812 a su primo político don Bernardino Rivadavia, a la sazón secretario de la junta gubernativa del Plata.

« Cuando Ud. se empeña en convidarme con esa capital, me hace mas honor del que merezco, porque no me conoce. Permítame que le hable con toda la franqueza que me caracteriza. Yo no soi a propósito para comision alguna militar; abomino esta carrera. Tampoco tengo aquellas luces de alta política que en las circunstancias exige la grande estension del gobierno superior de un estado naciente. Mis talentos no pasan la raya de comunes: tal cual espedición en la pluma i el deseo de formarme por principios de pura reflexion i estudio sobre el hombre, acaso los hagan aparecer mas de lo que son. Carezco de erudicion, porque no he sido mui aplicado a la historia, ni me ha sobrado tiempo para dedicarme; ahora empiezo. Casado cinco años hace en Chile con una jóven idolatrada i con dos hijos, el foro ha hecho toda mi subsistencia. Lo desamparé desde que acepté la diputacion de Buenos Aires. Su corta renta es la que sufraga a las urjencias diarias, porque nada he guardado, ni he podido guardar de

los honorarios de la abogacía, que siempre han seguido la naturaleza de mi jenio desprendido de intereses. Así ninguno poseo que me detenga en Chile, siempre que en esas provincias pueda contar con un empleo seguro para la manutencion de mi familia, que debe ir en aumento; pues a no contar con un destino fijo, si he de verme obligado a volver al bufete, sería imprudencia dejar el país donde soi conocido i buscado como abogado; a ménos que pudiese en tal caso retirarme a Santa Fe, en donde me ha tocado un pedazo de tierra por muerte de mis padres, que hoi se hallará *pro derelicto*. Hé aquí la relacion sincéra que Ud. desea. Diré mas: soi honrado, amo la justicia, i mi corazon solo deja de ser benigno, cuando ve que se le ataca. Los derechos de los pueblos i la libertad bien reglada son mi manía. »

Este proyecto de pasar a las provincias del Plata quedó sin efecto. Vera continuó desempeñando el cargo de diputado del gobierno de Buenos Aires, escribiendo prosa i versos para los periódicos de la época i prestando a la causa de la independencía cuantos servicios pudo, hasta que la pérdida de la batalla de Rancagua en octubre de 1814 le obligó, como a tantos otros de los patriotas chilenos mas comprometidos, a poner los Andes entre él i las encarnizadas persecuciones de los realistas.

Don Bernardo Vera volvió a Chile de secretario i auditor jeneral de guerra en el ejército de don José de San Martín, habiendo conservado este empleo hasta despues de la batalla de Maipo.

Desde esta época, Vera se dedicó esclusivamente a la enseñanza, al foro i a la prensa. Aunque fué diputado al congreso de 1824, i su presidente, tomó siempre una parte poco activa en las contiendas civiles que siguieron a la lucha contra España. Semejante en esto a su amigo i coléga en la prensa el padre de la buena muerte Camilo Henríquez, el único partido por el cual se acaloró i comprometió cuanto valia fué el de la independencía; miró todos los demas con frialdad. «La calidad mas notable del carácter del doctor Vera, dice el señor Campino, era su espíritu conciliador i de complacencia; i esto, en tiempo de revolucion, en que las facciones i partidos se hallan tan exaltados, le esponia a ser tenido por débil o tejedor (como se dice en el idioma del tiempo), i a que ninguno de los partidos o facciones le tuviese por un acérrimo partidario suyo. Pero esta circunstancia tambien le ha libertado de tener enemigos encarnizados. » Vera es el autor de la cancion nacional chilena antigua.

Este eminente patriota murió el 27 de agosto de 1827, tan falto de recursos que con frecuencia tuvo que recurrir en sus últimos dias a la jenerosidad de sus amigos. Su muerte dió lugar a un duelo jeneral, i produjo manifestaciones de dolor público que hasta entónces nadie habia obtenido.

MIGUEL LUIS AMUNATEGUI.

GALERIA NACIONAL.



Dibutado i publicado por N. Desmadril.

RAFAEL VALENTÍN VALDIVIESO Y ZANARTU.

Rafael Valentín Sr. de San.

A decorative flourish or signature mark consisting of several overlapping loops and curves, rendered in a dark ink or engraving style.

XLI.

DON RAFAEL V. VALDIVIESO,

ARZOBISPO DE SANTIAGO.

COMO éste, i los demas personajes que le siguen en la presente *Galería* viven aún, hemos resuelto, para evitar las dificultades que siempre ocurren al referir las vidas de contemporáneos, limitarnos a insertar una reseña breve i descarnada de sus principales hechos.

Por lo que toca al actual arzobispo de Santiago, hemos querido hacerle el honor de que su biógrafo sea el padre comun de los fieles, el pontífice Pio IX, quien se espresa así respectó del metropolitano chileno en la bula de institucion dada en Roma en Santa María la mayor el 7 de octubre de 1847.

« Habiendo deliberado atentamente con nuestros venerables hermanos los cardenales de la Santa Iglesia Romana sobre proveer la iglesia metropolitana de Santiago de Chile en una persona útil i provechosa, hemos dirijido en fin los ojos de nuestra mente a tí, que has nacido en la ciudad de Santiago de Chile, de padres lejítimos, católicos i honrados; que tienes cuarenta i tres años de edad; que habiendo recorrido con gran gloria la primera carrera de los estudios i alcanzado el honroso título de doctor en ambos derechos, desempeñaste por algun tiempo en el foro civil el cargo de defensor de menores, de huérfanos i de pobres, el de protector de la casa de beneficencia i otros empleos; i que en seguida desde el año de 1834 llamado al estado del Señor, iniciado en el sacerdocio, i honrado con el título de doctor en sagrada teología, te entregaste completamente a las obras de piedad i de relijion; que despues con mucho fruto de las

almas te ejercitaste en oír la sagrada confesion de ambos sexos i tambien de monjas, en la predicacion de la palabra de Dios, i en las sagradas misiones; que habiendo desempeñado mui bien el cargo de visitador, en el mismo arzobispado, cuidaste de la reparacion de los templos, de la refutacion de los errores en los escritos, i de la institucion de un oratorio vespertino, para conseguir con singular celo i piedad la mayor utilidad i santificacion de los fieles; i que sabras, querras i podras, con la proteccion del Señor rejir saludablemente i gobernar con felicidad la dicha iglesia metropolitana de Santiago de Chile; i habiendo pensado en todo esto con la debida meditacion, por lo que exigen tus méritos, proveemos con tu persona a la iglesia metropolitana de Santiago de Chile, a Nos i nuestros hermanos, por la autoridad apostólica que hemos recibido del consejo de esos mismos hermanos, como Arzobispo i Pastor, encargándote plenariamente el cuidado, réjimen i administracion de la iglesia metropolitana de Santiago de Chile en las cosas temporales i espirituales. Confiamos en Aquel que da gracias i reparte con liberalidad los premios, i esperamos que el Señor dirija tus actos en la antedicha iglesia metropolitana de Santiago de Chile i que bajo tu feliz gobierno sea rejida útilmente i dirijida con prosperidad, reportando al mismo tiempo grandes incrementos en lo espiritual i temporal. Recibe, pues, con pronta sumision el yugo del Señor, impuesto a tus hombros; procura ejercer la administracion i el cuidado antedicho con tal solicitud, fidelidad i prudencia, que la iglesia metropolitana de Santiago de Chile se goce por haber sido confiada a un pastor pródigo i celoso administrador: por todo lo cual mereceras conseguir en retribucion, a mas del premio eterno, nuestra bendicion i gracias i las de la Sede Apostólica. »



XLII.

DON MANUEL BÚLNES.

DON Manuel Búlnes nació en Concepcion el 25 de diciembre de 1799. El 15 de noviembre de 1811 se alistó de cadete en el batallon veterano de infantería de Concepcion. Habiéndose decidido este cuerpo por la causa real al tiempo de la invasion del jeneral Pareja, Búlnes so pretesto de enfermedad se retiró del servicio hasta 1817, año en que, despues de la batalla de Chacabuco, volvió al ejército en clase de alférez del rejimiento de cazadores a caballo, que se creó entónces a las órdenes del comandante Freire.

El jóven oficial hizo inmediata i sucesivamente el estreno de su valor en las siguientes acciones de guerra: asalto de Talcahuano, 6 de diciembre de 1817; combate de caballería en las casas de Quechereguas, marzo de 1818; sorpresa de Cancharrayada, 19 del mismo mes; batalla de Maipo, 5 de abril, donde obtuvo en recompensa la medalla de plata conferida a los vencedores en esta memorable jornada, i el grado de teniente; un mes despues recibió la efectividad de este empleo.

Fué en seguida destinado a la vanguardia del ejército de operaciones del sur, mandada por el coronel Zapiola, quien le hizo pasar el Maule, e incorporarse a la guerrilla del célebre Jacaravilla, a cuyo lado se halló en diferentes encuentros i en el asalto dado a Chillan el 28 de junio de 1818.

En las campañas contra Vicente Benavides, Búlnes tomó parte en las acciones que siguen: Curalí, 1.º de mayo de 1819; Puda, 1.º de junio; Curaco, noviembre del mismo año; defensa de la plaza de Yumbel, 19 de

diciembre, donde obtuvo el grado de capitán; Tucapel; Damas; Quiltreo; Pangal, 23 de setiembre de 1820; defensa de Talcahuano, 25 de noviembre, donde obtuvo la efectividad de capitán; alameda de Concepción, 27 del mismo mes, donde obtuvo la medalla de la lección de mérito i el escudo que se dió a los vencedores en esta acción i en la anterior; i vegas de Saldías, donde obtuvo el grado de sarjento mayor. En esta última acción era comandante de la vanguardia, i tuvo la gloria de haber derrotado con solo ochenta cazadores a todo el ejército enemigo.

Enviado Búlnes despues de esto a la Araucanía para concluir con los restos de las fuerzas de Benavides, al frente de una columna de 1,600 hombres, consiguió las victorias de Culiguaico, Nininco, Cauten, Mulchen i estero de Pile hasta obligar a capitular al coronel realista Bocardo, el último jefe que hubo del ejército de Benavides.

Habiendo marchado con la vanguardia del ejército del sur que contribuyó a la deposición del director O'Higgins, recibió en recompensa la efectividad de sarjento mayor, i muy poco despues el empleo de teniente coronel i la comandancia de un escuadrón de cazadores.

Hizo en seguida varias campañas contra los araucanos i los Pincheiras, habiendo sido elevado el 4 de julio de 1827 al grado de coronel con encargo de organizar el rejimiento de granaderos a caballo recién creado.

Comandante jeneral de caballería i de vanguardia en el ejército del jeneral Prieto en 1829, fué ascendido a coronel efectivo en 1830, i a jeneral de brigada el 16 de setiembre de 1831.

El 10 de enero de 1832 tomó el mando de la expedición que concluyó con los Pincheiras en las lagunas de Epulanquen, i restableció la tranquilidad de la Araucanía.

En 1838 i 1839 dirijió la campaña contra la confederación Perú-boliviana, en la cual mandó las acciones de la portada de Guías, Buin i Yungai. En recompensa de estos servicios, el gobierno chileno le dió el título de jeneral de división, i el peruano el de gran mariscal de Ancach, obsequiándole además cada uno de estos gobiernos una medalla i una espada de honor.

El 18 de setiembre de 1841 fué llamado a la presidencia de la república por elección popular, cargo para que fué reelegido en 1846.

Apénas concluyó su segundo período presidencial, tomó el mando en jefe del ejército del gobierno para ir a sofocar la insurrección que estalló en el sur.

En el día, el jeneral Búlnes es senador i consejero de estado.

GALERIA NACIONAL.



Dibujado y publicado por N. Desmadril.

MANUEL MONTT.

Manuel Montt

XLIII.

DON MANUEL MONTT,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.

DON Manuel Montt nació en Petorca el 5 de setiembre de 1809. A los once años de edad vino a educarse al instituto nacional, i no pasó mucho tiempo sin que su capacidad i aprovechamiento le elevaran por grados del puesto de simple alumno al de rector del establecimiento.

Durante su rectorado se introdujo en el instituto el estudio del derecho romano, que aprendió por sí solo i que fué el primero en enseñar; se ensanchó notablemente la enseñanza, i se mejoró a tal punto su réjimen i disciplina interior, que vino a ser el instituto un establecimiento modelo.

Encontrándose en esta situacion, don Diego Portales tuvo ocasion de conocerle, i le nombró oficial mayor del ministerio del interior. La atencion de Montt vino a hallarse compartida de este modo entre las tareas administrativas, el profesorado i la direccion superior del instituto. En estas circunstancias acaeció la muerte de Portales i el motin militar de Quillota. Montt fué el alma de las primeras medidas que se tomaron, i a su enerjía i actividad se debió en gran parte la salvacion del país.

Montt fué ascendido en seguida a la corte suprema de justicia, donde sirvió sucesivamente los empleos de fiscal i de ministro de ese tribunal.

A fines de la administracion del jeneral Prieto, fué elejido diputado al congreso nacional, i su ingreso en la lejislatura fué seguido de su eleccion para presidente de la cámara de diputados por acuerdo unánime de sus colégas.

De la presidencia de la cámara pasó a ocupar el puesto de ministro del interior i de relaciones exteriores. Tocóle entónces una de aquellas épocas siempre difíciles de dominar; la terminacion de un período presidencial, i la eleccion de nuevo presidente. La política se complicó extraordinariamente con la ajitacion de los antiguos odios de partido, i Montt echó las bases de otro partido mas moderado i acorde con las ideas de la época, i cuya divisa ha sido el órden i el progreso gradual del país. Disidencias de opinion en el seno del gabinete ocasionaron la salida de don Joaquin Tocornal, que a la sazón era ministro de hacienda; i Montt pasó a desempeñar el ministerio de justicia, culto e instruccion pública, subrogándole en el del interior don José Miguel Irarrázaval, i por renuncia de éste acaecida poco despues, don Ramon Luis Irarrázaval.

Cuando el jeneral don Manuel Búlnes fué elevado a la presidencia, Montt permaneció en el ministerio mencionado. En este puesto, aumentó las escuelas, hizo imprimir textos de enseñanza, fundó la escuela normal de preceptores, restableció la universidad, ensanchó la instruccion superior en el instituto nacional, introdujo el sistema penitenciario, obtuvo del congreso la abolicion del fuero de senadores i diputados, i mejoró todos los ramos del servicio público de su departamento.

En 1846 se separó del ministerio de justicia para volver a tomar a su cargo el del interior i relaciones exteriores, que desempeñó hasta la conclusion del primer período presidencial del jeneral Búlnes.

Despues de esta época se mantuvo retirado de la administracion, volviendo a tomar su puesto de ministro en la corte suprema, de la cual fué nombrado presidente.

Diputado al congreso en 1848, tomó una parte activa en los acalorados debates parlamentarios que tuvieron lugar en ese año i los dos siguientes: enfrenó con el poder de su palabra los impetuosos arranques de una mayoría hostil, i se hizo el campeon de los principios constitucionales i de las ideas moderadas.

Habiendo sido elejido presidente de la república en 1851, i reelejido para el mismo cargo en 1856, ha fomentado la construccion de ferrocarriles; ha establecido líneas telegráficas; ha protegido la inmigracion extranjera; ha abolido el diezmo; ha fundado una escuela normal de preceptoras i las bibliotecas populares; ha creado una escuela de sordomudos i un hospicio para locos; ha introducido en el país las hermanas de la caridad i las monjas de la Providencia; ha organizado el poder municipal; ha introducido la navegacion por vapor en los puertos del sur; ha promulgado el código civil en cuya revision ha tenido una parte considerable; i ha sido el primero en echar las bases del gobierno propio, *self government*, emancipando a la administracion de influencias ilejítimas i retrógradas.

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadryl.



JUAN GREGORIO DE LAS HERAS.

J. M. O. de las Heras
[Signature]

XLIV.

DON JUAN GREGORIO DE LAS HERAS.

ESTE ilustre veterano de la independencia nació en Buenos Aires el 11 de julio de 1780. Principió su carrera militar en 1806 de soldado en las compañías del comercio que se formaron en esta ciudad ántes de la invasión de los ingleses, i en clase de tal cooperó a la heroica resistencia que el pueblo bonarense hizo contra los invasores. Despues del triunfo, pasó de sarjento primero a un cuerpo de húzares que se mandó organizar. Habiéndose trasladado a Córdoba por asuntos particulares, fué nombrado capitán de milicias provinciales el 22 de agosto de 1810, i ascendido por el gobierno nacional a sarjento mayor el 24 de octubre del mismo año. El 27 de octubre de 1812 obtuvo el nombramiento en propiedad de comandante de la guarnicion de Córdoba.

En 1813 ofreció sus servicios al gobierno del Plata para venir a Chile con la division auxiliar arjentina, en la cual obtuvo el despacho de comandante de las compañías sueltas de línea. Con este motivo se encontró en las siguientes acciones: Cuchacucha, 23 de febrero de 1814, por la cual su gobierno le concedió el grado de teniente coronel i un escudo de honor; Membrillar, 20 de marzo; paso del Maule, 3 de abril; Tres Montes, 4 del mismo mes; paso del rio Claro; Quechereguas, 8 del mismo mes. Despues de la pérdida de la batalla de Rancagua, cumpliendo con las instrucciones de su gobierno, se retiró uno de los últimos con su tropa formada para proteger la emigracion, habiendo tenido que rechazar dos ataques del enemigo al subir la cordillera. Desde esta época hasta el 17 de enero de 1817, permaneció en Mendoza empleado en la organizacion del

ejército llamado de los Andes, i con el mando del batallon núm. 11; el 13 de enero de 1816 obtuvo el grado de coronel.

En 1817, destacado al frente de una columna por el camino de Uspallata, mandó los siguientes combates en que salió victorioso: Potrerillos, 25 de enero; Guardia, 4 de febrero; villa de los Andes, 8 del mismo mes. Habiéndose reunido a las fuerzas del jeneral San Martín, se encontró en la batalla de Chacabuco, 12 de febrero recibiendo del gobierno de Chile una medalla en recompensa. Enviado al sur, al mando de una division, consiguió los siguientes triunfos: Curapaligüe, 5 de abril; yegas de Talcahuano, 20 del mismo mes; Gavilan, 5 de mayo. Tomó parte en los dos sitios de Talcahuano a las órdenes de O'Higgins, i fué jefe de la columna de asalto el 6 de diciembre del año citado.

En la sorpresa de Cancharrayada salvó una gran parte del ejército; i en la accion de Maipo tuvo el mando del ala derecha. En premio de esta última accion fué ascendido a coronel efectivo, i condecorado con una medalla por el gobierno de Chile, i con un cordon por el argentino.

En 2 de noviembre de 1818 fué nombrado oficial de la lejon de mérito. En 25 de marzo de 1820 fué nombrado por el gobierno chileno jefe de estado mayor del ejército libertador del Perú. En 15 de abril del mismo año fué ascendido por el gobierno argentino a coronel mayor; i en 20 de junio por el gobierno de Chile a coronel jeneral, título que mas tarde se denominó mariscal de campo, i últimamente jeneral de division.

Habiendo pasado al Perú en 20 de agosto de 1820 con el ejército libertador, tuvo el mando i direccion del sitio de los castillos del Callao durante el año de 1821.

El 8 de octubre de este año fué nombrado consejero de estado del gobierno del Perú; en 10 de diciembre obtuvo el título i medalla de fundador de la órden del Sol; i en 22 del mismo mes i año recibió el despacho de gran mariscal del Perú. Mas tarde fué tambien condecorado con la medalla concedida a todos los jefes del ejército libertador.

Habiéndose retirado del Perú con licencia, despues de algunos meses de permanencia en Chile, fué a seguir prestando sus servicios a su patria, donde se le nombró ministro plenipotenciario para entenderse con las autoridades españolas del Alto Perú el 9 de agosto de 1823; i a su vuelta de esta comision, gobernador i capitán jeneral de la provincia de Buenos Aires el 2 de abril de 1824. Durante el desempeño de este cargo, que ejerció hasta el 7 de mayo de 1826, formó un ejército i una escuadra que defendieron el territorio argentino contra una invasion intentada por el Brasil.

Ese mismo año volvió a Chile donde fué dado de baja con motivo de los trastornos civiles de 1830; mas por disposicion del congreso se le volvió a dar de alta con fecha 7 de octubre de 1842.

En 13 de diciembre de 1855 ha sido dado de alta por el congreso de Buenos Aires en el ejército argentino con goce de sueldo íntegro.

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Dassasdel

JOAQUIN TOCORNAL.

Joaquín Tocornal.

XLV.

DON JOAQUIN TOCORNAL.

EL señor Tocornal nació en Santiago de Chile por el año de 1787. Fué el mas jóven de los vecinos invitados a formar parte de la reunion que se celebró en el consulado de Santiago el 18 de setiembre de 1810 para cambiar la forma de gobierno establecida, i elejir la primera junta gubernativa que ha tenido Chile, siendo de notar que al presente no sobreviven mas que él i otro sujeto de los que concurrieron a ese acto memorable.

Perteneció en clase de rejidor al cabildo de Santiago en 1813 en las circunstancias azarasas de la invasion del jeneral Pareja, i cuando el cabildo era cuerpo consultivo del gobierno.

Ese mismo año desempeñó el cargo de prefecto de policia.

En 14 de enero de 1814 fué nombrado comandante de un cuerpo cívico.

Inmediatamente despues de la restauracion del país por el ejército de los Andes en 1817, sirvió el empleo de cónsul del tribunal del consulado sin recibir sueldo, a pesar de que este empleo tenia sueldo fijo.

En 1821 volvió a ser rejidor de la municipalidad, encargado del juzgado de abastos; i en 1822 fué elejido por Talca diputado suplente al congreso, en el cual se incorporó por ausencia del propietario.

En este último año principiò a servir el cargo de vista de la aduana principal de Santiago.

En 1827 fué diputado a la asamblea provincial de Santiago, i su secretario sin haber recibido sueldo alguno.

En 1828 fué capitán del batallón Constitución.

En 1829 pasó en calidad de visitador jeneral de las oficinas fiscales a Valparaíso, donde permaneció seis meses interviniendo particularmente en todas las operaciones de la aduana de aquel puerto.

El 16 de marzo de 1830 fué nombrado ministro tesorero de la aduana principal de Santiago.

En 1831 fué diputado al congreso por esta capital, i presidente de la cámara, reelejido mes a mes hasta que fué a servir el ministerio del interior i relaciones exteriores.

A fines de ese año fué miembro i presidente de la gran convencion.

El 17 de mayo de 1832 pasó a desempeñar el ministerio del interior i relaciones exteriores.

Durante su permanencia en este ministerio ejerció simultáneamente el de hacienda por espacio de cuatro meses con motivo de una licencia concedida al propietario.

El 25 de mayo de 1833 firmó como ministro la constitucion que ha rejido la república desde entónces hasta ahora.

Desde 17 de abril hasta 26 de junio de 1837 estuvo a cargo de todos los ministerios.

Desde la última fecha hasta 31 de julio del mismo año ejerció simultáneamente los ministerios de hacienda, guerra, interior i relaciones exteriores.

Siguió despues desempeñando al mismo tiempo los ministerios de hacienda, interior i relaciones exteriores, excepto un corto tiempo del año de 1838 que desempeñó interinamente el del interior don Ramon Luis Irrázaval, continuando aún entónces el señor Tocornal con los de hacienda i relaciones exteriores.

Desde 29 de febrero hasta 11 de julio de 1840 fué vice-presidente de la república por enfermedad del presidente, jeneral don Joaquin Prieto.

En las elecciones de 1834, 1837 i 1840 fué diputado al congreso por varios departamentos.

Habiendo dejado el ministerio, pasó el 27 de marzo de 1841 a ser superintendente de la casa de moneda, empleo cuya jubilacion goza en la actualidad, retirado a la vida privada.



GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N.° Desmadryl



BENJAMIN VIEL.

Benjamin Viel

XLVI.

DON BENJAMIN VIEL.

BENJAMIN Juan María Nicolas Viel nació en Paris el 21 de enero de 1787; su padre, Claudio Benjamin Nicolas Viel, era abogado del parlamento i consejero del rei.

Cediendo a sus propias inclinaciones i a las tendencias de la época, ingresó al ejército frances en el campo de Boloña, como soldado del 3.^{er} rejimiento de húzares, el 14 fructidor, año XII de la república (31 de agosto de 1803).

Asistió a la batalla de Elchingen, en la division del mariscal Ney en 1806, i fué ascendido a cabo. A las órdenes del mismo mariscal se encontró en la batalla de Iena, i fué promovido a sarjento el 8 de setiembre de 1807. Concurrió al sitio de Magdeburgo i a las batallas de Eylau i Friedland, ascendiendo a subteniente de húzares, en 15 de setiembre de 1809. En esta época fué destinado a las desgraciadas i penosas campañas de España i Portugal, hallándose en las batallas de Torres-Vedras, Busaco i Salamanca, i en los asedios de Ciudad Rodrigo i Almeida, hasta el año de 1813, que regresó a Francia de teniente del 8.^o rejimiento de húzares. Ingresó a los cazadores de la guardia imperial en el mismo año de 1813, i concurrió a las batallas de Bautzen, Dresde i Leipsick, mereciendo en la última, la condecoracion de la lejion de honor. Asistió a la batalla de Hanau; i en las filas de la guardia imperial, hizo toda la campaña de Francia de 1814, obteniendo por la batalla de Champaubert la condecoracion de la orden de la Reunion. Tomó parte en la batalla de Montmirail; i en el mismo

año de 1814, el 14 de julio, pasó como capitán a los cazadores de Berry. A la vuelta de Napoleón de la isla de Elba, hizo en el 6.º regimiento de cazadores de la guardia imperial, la campaña de Bélgica, encontrándose en las jornadas de Ligny i Waterloo.

Elevado al rango de jefe de escuadrón por el gobierno provisorio de 1815, presentó su dimisión en 13 de abril de 1817, i buscó en América, como Brandzen, Giroux, los hermanos Bruix, en la lucha de ésta por su independencia, un campo de proezas i de gloria. Recibido como sarjento mayor de caballería en el ejército de Buenos Aires, en 14 de noviembre de 1817, pasó la cordillera i se unió a las fuerzas que mandaba en Chile el jeneral San Martín, como mayor agregado al regimiento de granaderos a caballo. Se halló en la batalla de Maipo en 1818, i fué condecorado con la *medalla de oro de Maipo* por el gobierno de Chile, i el *cordón de oro de honor* decretado por el de Buenos Aires con motivo de la misma victoria. El 14 de enero de 1819 fué nombrado por el gobierno de Buenos Aires, comandante del 4.º escuadrón del regimiento de granaderos a caballo: en 14 de noviembre recibió la condecoración de miembro de la legión de mérito; i el 2 de noviembre de 1820 le confirió el gobierno de Chile el empleo de comandante del 1.º escuadrón de húsares de Marte. Hizo tres años la guerra en el sud de Chile contra los caudillos españoles Sánchez i Benavides i contra los indios, i en junio de 1823 fué ascendido a coronel de cazadores a caballo. En el año de 1827 desempeñó las funciones de jefe de estado mayor del ejército a las órdenes del jeneral Borgoño; i en 1828 tomó el mando en jefe de la división del sud, hasta el año de 1829 que fué reemplazado por el jeneral Prieto; separándose del servicio de resultas de los acontecimientos políticos, hasta el año de 1841, en que fué reincorporado en su mismo empleo. Desempeñó la comandancia jeneral de armas por muchos años, hasta que en 1849 fué enviado a Valdivia en servicio militar; en 1851 fué nombrado intendente de la provincia de Concepción, i jeneral de brigada de los ejércitos de la república.

Ultimamente el emperador Luis Napoleón le ha hecho oficial de la legión de honor, i le ha concedido la medalla de Santa Helena instituida para los militares que sirvieron desde 1792 hasta 1815.



GALERIA NACIONAL.



Disegno e gravato per il benedetti.



MANUEL BLANCO ENCALADA.

Man. Blanco Encalada

XLVII.

DON MANUEL BLANCO ENCALADA.

NACIÓ en Buenos Aires el año de 1800. Cuando cumplió once años, su madre ya viuda resolvió enviarle a Europa con el objeto de proporcionarle educacion i carrera. A poco tiempo de haber llegado a Madrid, entró en calidad de alumno al real seminario de nobles. Habiendo obtenido en 1806 carta orden de guardia marina, pasó a la isla de Leon en cuya academia, a causa de sus estudios anteriores, permaneció pocos meses, al fin de los cuales fué declarado apto para embarcarse. Habia a la sazón estallado el alzamiento i declaracion de guerra de las provincias españolas contra Francia; i Blanco fué destinado al servicio de las lanchas cañoneras que contribuyeron a la rendicion de la escuadra francesa, surta en la bahía de Cádiz, lo que le valió el grado de alférez de fragata.

En 1808 fué embarcado en la fragata de guerra *Flora* con destino al Callao con el carácter de ayudante del comandante jeneral de aquel apostadero. Miéntras tanto estalló la revolucion de las provincias del Plata i de Chile. Sospechando el virrei Abascal de Blanco por las relaciones de familia que tenia en estos dos países, le hizo volver, con pretextos especiosos, a Cádiz, donde fué empleado en el servicio de las lanchas cañoneras contra las fuerzas que sitiaban la plaza. En 1812 fué reembarcado en la corbeta *Paloma*, que se hizo a la vela para Montevideo, amagado en aquel entónces por las fuerzas revolucionarias de Buenos Aires. Habiendo querido obligarle a hostilizar a sus compatriotas, se fugó a esta última ciudad, de donde pasó, por motivos de familia i de intereses, en 1813, a Chile.

Aquí obtuvo desde luego el empleo de capitán de artillería, i poco despues el de teniente coronel. Encargado de una division de reclutas, sufrió un descalabro en Cancharrayada el 29 de marzo de 1814.

Hecho prisionero despues de la reconquista de Chile por los realistas, fué condenado a muerte por un consejo de guerra como desertor, pena que se le conmutó en la de destierro por cinco años a la isla de Juan Fernández, donde permaneció hasta la restauracion del país por el ejército de los Andes.

Incorporado de nuevo en las filas de los patriotas, organizó un cuerpo de artillería volante, que tuvo la gloria de salvar con todas sus piezas de la sorpresa sufrida en Cancharrayada el 19 de marzo de 1818, i que mandó con brillo en la batalla de Maipo, 5 de abril.

Inmediatamente despues de esta victoria, Blanco, con el grado de capitán de navío, fué encargado de organizar la primera marina de guerra nacional. Se estrenó, apoderándose de la fragata española *María Isabel* i de cinco trasportes, por lo que mereció el grado de contra-almirante. Militó en seguida a las órdenes de lord Cochrane. Cuando este célebre marino rompió con San Martín, Blanco recibió el mando de la escuadra peruana. En 1824 ascendido a vice-almirante, hizo varias espediciones por el mar Pacífico, al frente de la escuadra chilena. En 1825 tomó parte con igual grado i carácter en la espedicion que libertó el archipiélago de Chiloé de la dominacion española.

Desde el 8 de julio de 1826 hasta el 10 de setiembre del mismo año, ejerció la presidencia de la república.

El 28 de marzo de 1837 fué nombrado jeneral en jefe del primer ejército restaurador del Perú. Antes de partir a su destino, sofocó en las alturas del Barón la insurreccion militar que estalló en Quillota, acaudillada por el coronel Vidaurre. Habiendo desaprobado el gobierno de Chile el tratado celebrado en Paucarpata entre Blanco i Santa Cruz, el primero se retiró a la vida privada hasta el 25 de junio de 1847, en que fué nombrado intendente de Valparaíso i comandante jeneral de marina.

Desde 27 de enero de 1853 hasta 1.º de junio de 1858, ha desempeñado el cargo de ministro plenipotenciario en Francia.

Ha sido tambien miembro del senado.



GALERIA NACIONAL.



Dibujado y publicado por N.º Desmadryl.



JOSÉ MARIA DE LA CRUZ.

J. M.ª de la Cruz

XLVIII.

DON JOSÉ MARÍA DE LA CRUZ.

DON José María de la Cruz nació en Concepcion el 21 de enero de 1801.

Tomamos de su hoja de servicios la enumeracion de las acciones de guerra en que se ha encontrado, que es la siguiente: asaltos de Chillan el 2, 3 i 5 de agosto de 1813; Roble, 17 de octubre; Quilo, 19 de marzo de 1814; paso del Maule, 3 de abril; Tres Montes, 7 de id.; Quechereguas, 8 de id.; Chacabuco, 12 de febrero de 1817, por la que tiene una medalla de plata; plaza de los Anjeles, 20 de octubre donde fué contuso de sable; sitio de Nacimiento en el mismo mes i año; sitio de Talcahuano; asalto dado a esta plaza el 6 de diciembre, en el cual fué el primer individuo que superó la trinchera por el costado derecho haciendo que un soldado le sirviese de estribo, i arrojando, cuando él hubo trepado, una manta de que hicieron escala sesenta i tres hombres que le siguieron, los cuales, despues de haber llegado hasta la cortadura del portalon, fueron obligados a retirarse por órden superior a causa de haberse encontrado con cuarenta i cuatro piezas de artillería, i seiscientos soldados de infantería; Cerrillo Verde, 17 de marzo de 1818; sorpresa de Cancharrayada, 19 de id.; batalla de Maipo, 5 de abril, por la que tiene una medalla de plata concedida por el gobierno de Chile, i un cordon de plata por el arjentino; Pangal, 23 de setiembre de 1820, de donde se retiró en el mayor órden con el cuerpo que mandaba; Talcahuano, 1.º i 25 de noviembre; alameda de Concepcion, 27 del mismo mes i año, donde fué recompensado con un

escudo; vegas de Saldías, 10 de octubre de 1821; acciones de la guerra civil de 1829; acción de Guja en el Perú, 21 de agosto de 1838; Buin; Yungai, 12 de enero de 1839 donde fué recompensado con una medalla de brillantes por el gobierno de Chile, i con otra por el peruano; acciones de la guerra civil de 1851.

Tomamos del mismo documento la enumeracion de los principales empleos, comisiones i distinciones que ha obtenido este jefe tan valiente como patriota: oficial de la lejion de mérito de Chile, 18 de setiembre de 1822; secretario de la junta preparatoria del ejército libertador del Perú, 3 de julio de 1823; sarjento mayor de la plaza de Concepcion, 14 de febrero de 1824; jefe principal de las milicias de caballería e infantería de id., 29 de enero de 1829; comandante jeneral de armas de las provincias de Concepcion i Maule, 10 de noviembre del mismo año; jefe de estado mayor del ejército del sur, 14 de abril de 1830; ministro de estado en los departamentos de guerra i marina, 25 de setiembre de 1830; jefe de estado mayor del ejército del sur por renuncia del ministerio, enero de 1831; jeneral de brigada, 15 de febrero de 1832; jefe de estado mayor del ejército restaurador del Perú, 22 de mayo de 1838; jeneral de division de Chile, 2 de abril de 1839; id. del Perú, 21 de noviembre del mismo año; ministro de estado en los departamentos de guerra i marina, empleo que renunció, 18 de setiembre de 1841; gobernador de la plaza de Valparaíso i comandante jeneral de marina, 22 de setiembre de 1842; primer intendente de la nueva provincia de Valparaíso, 29 de octubre del mismo año.

A los cargos anteriores deben agregarse los siguientes: intendente de Concepcion; jeneral en jefe del ejército del sur; diputado al congreso; senador; jeneral en jefe del ejército formado en 1851 por las provincias del sur.



ÍNDICE

DEL SEGUNDO TOMO.

Frontispicio.

	Paj.	
XVIII.	D. JOSÉ MIGUEL DE CARRERA, por D. DIEGO JOSÉ BENAVENTE.	3
XIX.	• D. FRANCISCO DE LA LASTRA, por D. JOSÉ ANTONIO TORRES.	44
XX.	D. FRANCISCO RAMON VICUÑA, por D. PEDRO FÉLIX VICUÑA.	24
XXI.	• D. JUAN EGAÑA, por D. MARCIAL MARTÍNEZ.	36
XXII.	D. RAMON FREIRE, por D. PIO VARAS.	52
XXIII.	D. MANUEL VICUÑA, primer arzobispo de Santiago, por D.ª MERCEDES MARIN DE SOLAR.	88
XXIV.	• D. MARIANO DE EGAÑA, por D. JOSÉ SANTIAGO MELO.	88
XXV.	D. JOSÉ ALEJO EYZAGUIRRE, por D. FRANCISCO DE PAULA TAFORÓ.	101
XXVI.	D. JOACUIN PRIETO, por D. DIEGO BARROS ARANA.	111
XXVII.	D. FRANCISCO BALMACEDA, por D. FRANCISCO DE PAULA TAFORÓ.	118
XXVIII.	• D. MANUEL RENJIFO, por D. RAFAEL MINVIELLE.	125
XXIX.	• D. FRANCISCO ANTONIO PÉREZ, por D. MANUEL CARRASCO ALBANO.	141
XXX.	• D. JORJE BEAUCHEF, por D. BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.	144
XXXI.	• D. GUILLERMO DEVIC TUPPER, por D. BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.	150
XXXII.	D. CÁRLOS WOOSTER, por D. BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.	160
XXXIII.	D. JOSÉ TOMAS OVALLE, por D. JUAN FRANCISCO MENESES.	166
XXXIV.	D. DIEGO PORTALES, por D. FERNANDO URÍZAR GARFIAS.	171
XXXV.	D. AGUSTIN VIAL SANTELICES, por D. CÁRLOS BELLO.	174
XXXVI.	D. ANTONIO GARCÍA REYES, por D. DIEGO BARROS ARANA.	178
XXXVII.	• D. FRANCISCO A. PINTO, por D. DIEGO BARROS ARANA.	189
XXXVIII.	• D. JOSÉ MANUEL BORGONO, por D. DIEGO BARROS ARANA.	195
XXXIX.	• D. MANUEL GANDARILLAS, por D. RAMON SOTOMAYOR.	204
XL.	D. BERNARDO VERA I PINTADO, por D. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.	214
XLI.	D. RAFAEL V. VALDIVIESO, arzobispo de Santiago.	221
XLII.	• D. MANUEL BÚLNES.	223
XLIII.	• D. MANUEL MONTT.	225
XLIV.	D. JUAN GREGORIO DE LAS HERAS.	227
XLV.	D. JUAN QUIN TOCORNAL.	229
XLVI.	D. BENJAMIN VIEL.	231
XLVII.	• D. MANUEL BLANCO ENCALADA.	233
XLVIII.	D. JOSÉ MARÍA DE LA CRUZ.	235